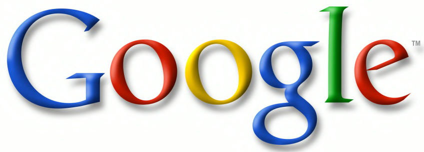
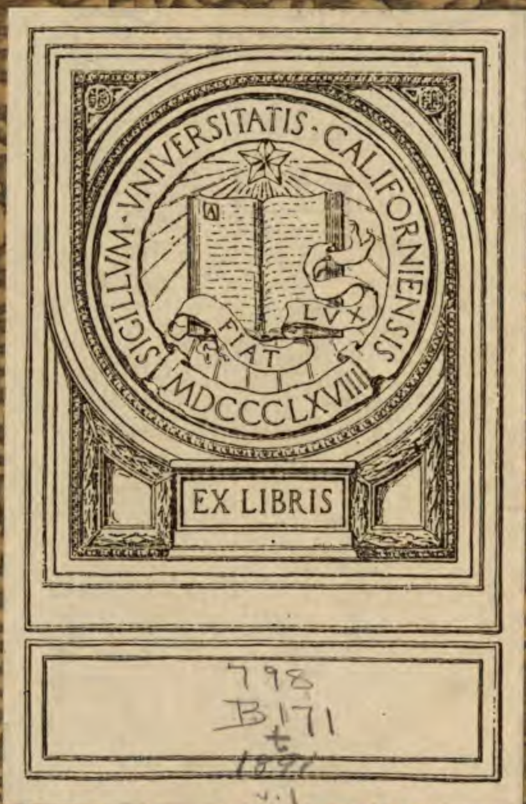





SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS
798
B171

2614

OBRAS
DE VÍCTOR BALAGUER

TRAGEDIAS

TEXTO CATALAN Y TRADUCCIONES EN VERSO CASTELLANO

TOMO XXVIII DE LA COLECCIÓN Y PRIMERO DE ESTA OBRA.

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN Y DE VENTA EN LA PORTERÍA DE LA BIBLIOTECA-MUSEO BALAGUER, DE VILLANUEVA Y GELTRÚ, APLICÁNDOSE EL PRODUCTO AL SOSTÉN Y FOMENTO DE ESTE INSTITUTO.

POESÍAS CATALANAS. (*El libro del amor.—El libro de la fe.—El libro de la patria.—Eridanias.—Lejos de mi tierra.—Últimas poesias*). —Un tomo que forma el I de la colección. . .	6 pesetas.
TRAGEDIAS. Original catalán y traducción castellana. (*La muerte de Aníbal.—Safo.—La sombra de César.—El conde de Foix*, etc.)—Un tomo (II de la colección).	8 »
LOS TROVADORES. (*Su historia política y literaria*).—Cuatro tomos (III, IV, V y VI de la colección).	30 »
DISCURSOS ACADÉMICOS Y MEMORIAS LITERARIAS.—Un tomo (VII de la colección).	7'50 »
EL MONASTERIO DE PIEDRA.—LAS LEYENDAS DEL MONTSERRAT.—LAS CUEVAS DE MONTSERRAT. —Un tomo (VIII de la colección).	7'50 »
HISTORIA DE CATALUÑA.—Once tomos. (Del IX al XIX de la colección), á 10 pesetas uno. .	110 »
LAS CALLES DE BARCELONA (complemento de la *Historia de Cataluña*).—Tres tomos (XX, XXI y XXII de la colección)	30 »
EN EL MINISTERIO DE ULTRAMAR. (Memorias y documentos de la última época en que el autor fué ministro).—Dos tomos (XXIII y XXIV de la colección)..	10 »
MIS RECUERDOS DE ITALIA. Un tomo (XXV de la colección).	7'50 »
NOVELAS. Dos tomos (XXVI y XXVII de la colección).	10 »
TRAGEDIAS, texto catalán con la traducción castellana en verso. Dos tomos (el XXVIII y XXIX de la colección)..	12 »

VÍCTOR BALAGUER

De las Reales Academias Española y de la Historia.

TRAGEDIAS

TEXTO CATALÁN Y TRADUCCIONES EN VERSO CASTELLANO

POR

DISTINGUIDOS POETAS

Sexta edición corregida y aumentada con la tragedia *Los Pirineos*.

TRAGEDIAS QUE CONTIENE ESTE PRIMER TOMO:

La muerte de Aníbal.—Coriolano.—La sombra de César.—La fiesta de Tibulo.—La muerte de Nerón.—Safo.—La tragedia de Llivia.—La última hora de Colón.

Tomo XXVIII de la colección y primero de «Tragedias».

BARCELONA
TIPO-LITOGRAFÍA DE LUIS TASSO
ARCO DEL TEATRO, NÚMS. 21 Y 23
1891

Las ediciones que anteriormente se hicieron de esta obra, son:

Tragedias. Barcelona. Imprenta de la Renaixensa. 1876.
Tragedias. Madrid. Fortanet. 1878.
Novas tragedias. Barcelona. Renaixensa. 1879.
Nuevas tragedias. Madrid. San Martín. 1879.
Tragedias. Madrid. Tello (segundo volumen de esta colección). 1882.

Algunas se han publicado sueltas, haciéndose varias ediciones.

El tomo segundo de esta *Colección de obras*, se titula *Tragedias* y contiene, en cuanto al texto catalán, casi todas las comprendidas en estos volúmenes, pero en estos se insertan sus traducciones en verso castellano por ilustres poetas que no figuran en aquél.

Al Excmo. Sr. D. Claudio López y Brú

SEGUNDO MARQUÉS DE COMILLAS.

Permítame, mi noble y distinguido amigo, que dedique á V. esta nueva edición de TRAGEDIAS, *que he dividido en dos volúmenes, y de las cuales forma parte la que con el título de* LOS PIRINEOS *acabo de escribir especialmente para V. y en su obsequio.*

Una edición de estas TRAGEDIAS *con la traducción en verso de ilustres poetas castellanos, se publicó en Madrid en la imprenta de Fortanet el año 1878, costeada por una persona muy allegada á V., quien, al hacerlo, exigió la reserva de su nombre, nombre que no me creo autorizado á revelar, ni aun ahora que ya sobre sus restos mortales, aunque no sobre su memoria, ha caído la piedra del sepulcro. La persona ilustre á quien me refiero, quiso costear aquella edición espontáneamente, movida sólo por un sentimiento generoso y patriótico que se indica en las pocas líneas publicadas al frente del libro y que en honor á su memoria querida y respetada insertaré á continuación.*

Creo cumplir con un deber de conciencia dedicando á V. esta nueva edición, la cual he aumentado con la tragedia titulada Los Pirineos, *para usted y en tributo á V. escrita, no tanto como deuda de honor, sí que como recuerdo y homenaje al amigo cariñoso y al patricio insigne que está prestando grandes y señalados servicios á la patria, siguiendo la inspiración y las huellas de su esclarecido padre.*

Víctor Balaguer.

Villanueva y Geltrú, casa Santa Teresa, *17 enero de 1891.*

PRÓLOGO DEL EDITOR

QUE SE PUBLICÓ EN LA EDICIÓN FORTANET DE MADRID EN 1878.

Una persona, amante de las letras catalanas, hoy más que nunca floreciente rama del árbol frondoso de la literatura nacional, publica en obsequio á las mismas, esta segunda edición de las celebradas *Tragedias* de D. Víctor Balaguer.

La primera edición vió la luz pública en Barcelona, por agosto de 1876, á cargo de la imprenta *La Renaixensa*, seguida cada tragedia de una sencilla traducción literal en prosa castellana.

La prensa de toda España, singularmente la de Madrid, de Barcelona y de Valencia, pero con especialidad la primera, llamó la atención sobre la obra del Sr. Balaguer, á la cual atribuyó verdadera importancia, diciendo de ella que *por su forma, por su género, por su fondo, por su intención y mérito, era la obra más culminante del renacimiento lemosín en España del siglo* XIX *y la que acababa de imprimir carácter y razón de ser á la rama lemosina de las letras nacionales.*

A estas palabras de un ilustrado crítico en uno de los periódicos más importantes de Madrid, siguieron las esmeradas traducciones que de las *Tragedias* de Víctor Balaguer se apresuraron á hacer distinguidos poetas, entre ellos algunos que figuran entre los primeros y más altos de nuestra república literaria, apareciendo la mayoría de es-

tas traducciones en revistas tan universalmente conocidas, como *La Revista de España, La Revista europea, La Revista contemporánea, La Ilustración española, La Academia, La Raza latina* y *La Cátedra.*

La importancia que á esta obra ha dado la prensa madrileña y las traducciones de los poetas, han venido á demostrar cuán equivocados andan aquellos que creen hallar en Madrid desdenes sólo y silencio para la literatura catalana. Una reciente solemnidad académica y el hecho que se acaba de citar demuestran lo contrario.

Por esto el editor de esta edición, queriendo contribuir á la obra patriótica de hacer cada vez más íntima la fraternidad de las literaturas patrias bajo el pabellón sagrado de la nación española, ha querido que la segunda edición de las *Tragedias* de Balaguer, previo el permiso de su autor, se hiciera en la capital de España, centro y luz de la literatura nacional en todas sus manifestaciones y en todas sus formas y lenguajes: por esto ha querido que al original de cada tragedia siguiesen las versiones castellanas que hasta ahora se conocen; por esto, en fin, ha querido publicar esta obra precedida, ya que no de cuantos juicios críticos se han hecho sobre ella, de uno al menos por cada una de las capitales de España cuya prensa más se ha fijado en ella, teniendo cuidado de escoger aquellos periódicos que por sus conexiones ó ideas políticas están más distantes de las que profesa el autor.

A.

PRÓLOGO DEL AUTOR

QUE SE PUBLICÓ EN LA EDICIÓN DE «NUEVAS TRAGEDIAS», POR SAN MARTÍN, MADRID, 1879.

Un poeta ilustre, el autor de las *Doloras*, inventó este título para cierto género de composiciones, á las que ha dado justa y merecida celebridad con su ingenio y su talento. A tener yo los méritos de aquel escritor insigne, hubiera hecho lo mismo para cierta clase de *Escenas* que tenía pensadas. Podía, y quizá debía, inventar un título. No me permití hacerlo, sin embargo; que yo sé bien que para esto se necesitan autoridad y nombre.

Acepté, pues, un título común y al alcance de todos, el de *Tragedias*, no porque fueran en todo rigor mis pobres obras lo que indica este título, según generalmente se concibe, se comprende y acepta, sino porque caen y están comprendidas dentro de la explicación que da la sociedad á esta palabra y dentro de la significación también que se le daba en remotos tiempos. *Tragedias*, es decir, cosas trágicas, cosas tristes, cosas de lamentar y de sentir.

Al publicar mi primer tomo de *Tragedias*, recibido por el público, por la prensa y por los críticos con una benevolencia que jamás me hubiera permitido esperar y que nunca hallaré palabras suficientes para agradecer, se me observó que debiera haber desarrollado la acción, haciendo de cada una de ellas un drama ó una tragedia para el

teatro. No lo hice, porque no era esto lo que había concebido. Mi pensamiento y mi concepción están fuera de este círculo, obedecen á otro orden de consideraciones y de ideas.

Nótese, en primer lugar, que ni siquiera divido en escenas las obras que de esta clase escribo. Para mí, para mi objeto, son un cuadro solo, tienen sólo una escena, en la que juegan los personajes únicos que necesito para dar color y vida á la época ó al carácter que me propongo presentar. Del mismo personaje no tomo más que lo indispensablemente necesario para presentarle en el momento de su vida que me parece más culminante, en el momento que más favorable encuentro para dibujar su personalidad ó su carácter histórico, en el momento, por fin, en que le considero ya dentro del suficiente foco de luz para fotografiarle, por ser el instante en que se resume toda su vida histórica con un hecho, con un acto, con un rasgo ó con una frase.

Estas *Escenas* mías son un resumen, un extracto, una síntesis. Todo el trabajo que en ellas pueda haber, está en el estudio con respecto al fondo, y, con respecto á la forma, en la concisión; en el conocimiento del personaje para encontrar el momento propio, oportuno, de representarle; en la sobriedad de las palabras, las menos posibles, las indispensables sólo, que hayan de ponerse en sus labios.

Mis *Tragèdias* no se escriben para el teatro, pero todas pueden representarse. Lo han probado ilustres y distinguidos artistas llevándolas á la escena. Ernesto Rossi, traduciendo al italiano *La muerte de Aníbal*, *La muerte de Nerón* y *La última hora de Colón*, y representándolas en Italia y otros puntos; la Pezzana representando el *Coriolano* en Madrid, en Barcelona y en la Habana; Carlota Mena creando la *Saffo*, y Goula el *Prócida* del

Guante del degollado en Barcelona; Mercedes Abella, Parreño, Goula y otros llevando á la escena catalana *Los esponsales de la muerta*.

El Conde de Foix, *Rayo de Luna*, la *Tragedia de Llivia*, la misma *Fiesta de Tibulo* y la misma *Sombra de César* pueden representarse el día que haya actores que quieran hacerlo. Todas tienen condiciones escénicas y caben perfectamente dentro del teatro, aun cuando estén escritas sin contar con él.

A más, en mis *Tragedias* no hay exposición alguna. Me imagino que los lectores ó espectadores están enterados del asunto, que lo conocen á fondo, y entro de lleno en materia. Por esto no escribo más que sobre temas que supongo conocidos de todos. Sólo en aquellos que lo son poco, me permito poner una advertencia preliminar ó intercalar alguna acotación como recuerdo á la memoria del lector, á quien considero perfectamente enterado y dueño del asunto.

Para retratar á *Aníbal*, á *Nerón*, á *Safo* y á *Cristóbal Colón*, parecióme el mejor momento el de su muerte. A *Nerón* y á *Aníbal* se les comprende del todo en este momento. Es cuando mejor se dibuja su carácter: su muerte es su vida. Quise rodearles sólo de los personajes mismos que les acompañaron en aquella su hora suprema, porque me daban pie para ensanchar un poco el cuadro, á fin de que la figura principal pudiera resaltar mejor.

Para *Safo* y para *Colón* no necesitaba personajes. Por esto acudí al monólogo. Bastaba hacerles pensar y hablar, como supongo que pudieran pensar y hablar en el momento de su muerte, al deslizarse ante sus ojos el cuadro de su vida toda.

Para *Julio César*, según la idea que me proponía al menos, no encontré medio de retratarle en ningún acto de su vida, ni de su muerte tampoco.

Acudí, pues, á una ficción permitida, y la busqué en los *Campos Elíseos;* de aquí *La sombra* y no *La muerte de César.*

Coriolano tiene su momento, su gran momento histórico, en la entrevista con su madre, tan de mano maestra descrita por Plutarco.

Por lo que toca á *Juan de Prócida* en *El Guante del degollado*, los que estén enterados del gran movimiento político producido por las Vísperas sicilianas, los que conozcan á fondo aquella historia y con ella los detalles y pormenores de la conspiración que tuvo por alma y cabeza á Prócida, según tradicionalmente ha venido reconociéndose, podrán decir si está bien escogido el momento de presentarle. La introducción del coro griego en la escena, obedece sólo á la idea que pueden haberse formado los que conocen el teatro de Atenas.

La *Tragedia de Llivia* es una escena de amor, recuerdo de una tradición de mi país, cuadro de la lucha de dos religiones cimentadas entrambas en el amor, y cuya lucha resuelvo por medio del amor también, pero del amor cristiano.

A varios personajes he intentado retratarles con una frase sola, una frase sintética que pudiera expresar á un mismo tiempo su carácter, sus ideas y su época. Así *Fabio*, y con él á Roma, en *La muerte de Aníbal;* así *Izarn*, y con él á la Inquisición y con él también á la Teocracia, en *Rayo de Luna*.

Los Esponsales de la muerta es la tradición de los amores de Romeo y Julieta, inspirada por la lectura de Shakespeare, Federico Soulié y otros autores. Esta leyenda, que está en todos los teatros y en todas las lenguas, faltaba al teatro catalán y á la lengua catalana, á la que se suponía impotente para reproducirla. Otros poetas catalanes lo hubieran hecho mejor que yo cien veces, y acaso haya habido atrevimiento por mi parte en intentarlo.

Finalmente, *La Fiesta de Tibulo*, que he dejado á propósito para lo último, es un cuadro de género, y sus personajes hablan como escribieron, como ellos mismos se han dado á conocer en sus obras inmortales. *La Fiesta de Tibulo* es producto de un estudio de época, y sus personajes de un estudio de sus obras.

A propósito de esta *tragedia* y de la de *Safo*, se me ha hecho un cargo severo, que creo infundado, como encontraría infundado el que pudiera hacerse á un artista si, habiéndose propuesto representar á una Venus, se le criticara por representarla desnuda.

He expuesto sencilla y concisamente las ideas que me guiaron á escribir mis *Tragedias*, así las contenidas en los volúmenes juzgados ya por el público, como las que forman este nuevo libro, que entrego al fallo de la opinión y de la crítica.

EL RENACIMIENTO

DE LA POESÍA LEMOSINA

«TRAGEDIAS» POR

DON VÍCTOR BALAGUER.

I

El poema trágico, inspirado en la poética y en el resorte de la clásica antigüedad, no es ciertamente una forma dramática en que pueda fundar sus timbres de gloria el teatro nacional. En este género de composición no tenemos grandes modelos de que envanecernos: no lo son las obras que han producido los Huerta, á pesar de su *Raquel*, los Cienfuegos, los Cadhalso, los Montiano, ni la familia toda de imitadores y traductores del teatro francés, cuyas producciones, ó han caído, como de la mayor parte puede decirse, en completo olvido, ó no solicitan nuestro recuerdo sino en gracia y por la intercesión de alguna apreciable cualidad poética. Los esfuerzos aislados más ó menos felices, pero que pasan el nivel de la medianía, no se remontan á los días más gloriosos de la dramática española, ni al movimiento literario más reciente á que pertenecen los escritores mencionados. Son producciones de ingenios contemporáneos cuya vocación poética, no sabemos si por desgracia ó para bien de la patria literatura, ha buscado la belleza bajo formas diversas sin proponerse llegar á la perfección en un género, á cuyo cultivo asiduo no les estimulaba, á la verdad, el lamentable estado

de nuestro arte escénico. Pero cualquiera que sea el mérito relativo de las tragedias que han granjeado reputación dramática á los Martínez de la Rosa y á los Quintana, y el que en grado, á nuestro juicio, más relevante encierran *La Muerte de César* de nuestro inolvidable Ventura de la Vega, y muy singularmente *La Virginia* del Sr. Tamayo y Baus, es el hecho que el poema trágico de contextura clásica y de mérito no común no es una forma de la composición escénica que haya fijado la vocación gloriosa de ningún poeta español, ni existe en nuestra literatura sino como manifestación excepcional de algunos ingenios que han cultivado la dramática.

Así, pues, el anuncio de un libro titulado *Tragedias*, y debido á la pluma de uno de nuestros vates más insignes, era para hacer presumir si las raras y felices tentativas de aquellos escritores habían servido de ejemplo á un ingenio más fecundo ó más resuelto á enderezar por este rumbo sus facultades poéticas. Basta, sin embargo, abrir el libro del Sr. D. Víctor Balaguer para convencerse de que no ha sido este el designio del autor. Otro es el sentido de la publicación á que nos referimos, y que brevemente nos proponemos examinar en estos apuntes.

Don Víctor Balaguer es uno de los más ilustres campeones y el impulsor quizá más activo del renacimiento de las letras lemosinas, iniciado años há en la capital de Cataluña, secundado con cierto entusiasmo en Valencia y las Baleares, y con el cual ha coincidido el de la poesía provenzal de la nación vecina, dando ocasión á aquellas animadísimas fiestas internacionales de Barcelona y Saint Remy, que en 1868 reunieron, para estrechar los vínculos de un antiguo parentesco, á los *felibres* de uno y otro lado del Pirineo. El Sr. Balaguer es, por consiguiente, un espíritu poético consa-

grado á esta obra de regeneración, de la cuál no consiguen distraerle ni las atenciones absorbentes de la política, tan ocasionadas entre nosotros á cambiar la dirección instintiva de ciertas inteligencias, convirtiendo á muchos hijos de Apolo en desorientados curadores de ese menor que se llama el País, y á quien deseamos una juiciosa mayor edad, cuyo plazo no se pierda en la infinita sucesión de los tiempos. Víctor Balaguer, que este es el nombre cariñosamente familiar que le dan los maestros en «Gay saber» y los poetas que cantan en los dialectos derivados de la lengua de Oc, es un político que no ha abdicado su sér de poeta; es una inteligencia que persigue su ideal por todas las latitudes de la inteligencia; y unas veces cantando las tradiciones religiosas de su país, otras despertando vigorosamente el grito de guerra del patriotismo catalán; ya pidiendo á la lira de Ausias March el acento de sus trovas de amor; ya haciendo revivir en el drama la memoria de sus héroes populares, Víctor Balaguer ha predicado sin cesar con el ejemplo, cuando no ha llevado por delante con la acción, su propósito dominante de renovar el antiguo esplendor de la literatura lemosina y de restaurar esta variedad gloriosa del genio nacional.

El Sr. Balaguer há calzado, pues, el coturno trágico, evocando las sombras de César, Nerón y Cayo Marcio, como ha pulsado la lira de los enamorados acordes para cantar á las *Ninas de ulls negres;* como ha hecho resonar las cuerdas del arpa mística para cantar las glorias de Montserrat; como ha empuñado la trompa despertadora de los entusiasmos de la patria, para glorificar á los héroes catalanes. En una palabra, el Sr. Balaguer ha probado sus fuerzas, siempre dispuestas á la lucha, en un género de composición que no parecía adaptarse al lirismo de la poesía catalano-provenzal, para demostrar con el ejemplo que ésta se

plega á todos los tonos y se presta á todas las modulaciones.

No creemos equivocarnos al presumir que las ocho tragedias que contiene el libro del Sr. Balaguer, escritas todas ellas en lengua lemosina, no están concebidas con el propósito deliberado de buscar en la escena la sanción del público y el sufragio de los inteligentes. No son ni el interés de la acción ni la contextura del poema originariamente destinado al teatro, las cualidades que ha querido realizar el poeta en esas producciones. Algunas de ellas recuerdan la composición, ya desusada en la escena, á que solía darse el nombre de *Unipersonal*, y la mayor parte son poemitas en que intervienen tres, cuatro ó más personajes y que se desenvuelven en otras tantas escenas no siempre concebidas, como se ve en *La festa de Tibulus*, con la idea de poner en acción grandes afectos ó de preparar un desenlace trágico. Apresurémonos, sin embargo, á añadir que en casi todas estas creaciones, á pesar de su escaso desarrollo y de que todo su nervio dramático estriba á veces en un puro y aislado movimiento psicológico, privado de la oposición y del contraste, como se ve en las tragedias *Safo, La sombra de César* y *La última hora de Colón*, ó en una rapidísima lucha desenlazada con escasa preparación, el poeta ha sabido llegar á la expresión sentida y grandemente comunicativa de la pasión, y bosquejar caracteres con colorido enérgico. Ejemplo de ello es el de Cayo Marcio, y singularmente el de Volumnia en *Coriolá*, el de Nerón en la tragedia cuyo asunto es la muerte de este cruel emperador, en quien nuestro poeta pinta de mano maestra aquella cobarde vacilación, aquel ánimo apocado, pero aun no desposeído, ante la idea de la muerte, de los humos de una insensata y pueril vanidad, que señalaron los últimos momentos del tirano y qué con arte tan admirable ha

narrado Suetonio. La lucha postrera de Aníbal con su destino ha inspirado también al Sr. Balaguer versos robustos, pinceladas vigorosas, rasgos patéticos que expresan de una manera feliz la terrible constancia con que, en medio de la mayor adversidad, se revuelve el implacable enemigo de Roma, buscando todavía el rayo con que aniquilarla; su firme y serena resolución de sustraerse con la muerte á la última venganza de los romanos, sirviendo de trofeo de una fácil victoria, y su noble y sentido recuerdo consagrado al morir á su perdida patria.

«Dolsas auras marítimas», dice el héroe curtido en las batallas en un momento de ternura:

Vosaltres,
que tantas voltas vers la mar llatina
las victoriosas naus cartaginesas
arrodonint llurs velas impel-lireu:
aplegáu en mos ulls, verges de llágrimas,
la que primera apunta, y ab vosaltres,
brisas del mar, portáula á ma Cartago,
que 'm fou ingrata, pero que es ma patria. (1)

Después de este movimiento de sensibilidad á que se ha plegado admirablemente, bajo la inspiración del poeta, el genio de la lengua lemosina, el celo de la gloria vuelve á despertarse en el alma del vencedor de Cannas, y exclama arrebatando de mano de su fiel Icetas la copa envenenada que ha de libertarle del más insoportable de los ultrajes:

(1) Dulces auras marítimas; vosotras, que tantas veces empujasteis hacia la mar latina las naves cartaginesas, recoged en mis ojos, vírgenes de lágrimas, la primera que en ellos hoy asoma, y con el postrer suspiro de mi corazón, auras del mar, llevádsela á Cartago, que ingrata me fué, pero que es mi patria.

(*Traducción inserta en el libro del autor.*)

¿Qué tardas, donchs? ¿qué vols?... ¿Vols que ma testa
ensangrentada lo Senat de Roma
posar fasse en lo rotle, perque puga
fartarne de la plebe las miradas?
¿Vols qu' entre en la ciutat unjit al carro
triunfal de Flaminius, ó que el poble
romá contemple en sos mercats la venda
d' Aníbal al encant? ¡Dónam!... (1).

Y dejándose Icetas arrebatar la copa, Aníbal añade con el gozo de quien tiene en su mano el arma que ha de proporcionarle la suprema salud:

. . . ¡Oh! ¡gracias!
¡Ja tinch la mort! (2)

Este «¡Ja tinch la mort!» es un rasgo expresado con una concisión y una fuerza á que se prestan admirablemente, manejados por verdaderos poetas, los dialectos derivados de la lengua *de Oc*.

Bellos son también los dos poemitas *La sombra de César* y *La última hora de Colón*. Son dos monólogos, en los cuales dos almas grandes, dotadas de superior aliento, se duelen de una gran ingratitud; pero ¡con qué diversas inflexiones del sentimiento! La sombra del dictador pagano increpa con la amargura del genio mal comprendido á un pueblo de insensatos que no ha visto en él al grande y bien intencionado piloto de una decadencia: el moribundo marino genovés lamenta la ingratitud de un siglo que ha humillado en él la inspiración divina, creadora de una grandeza. El uno

---

(1) ¿Qué tardas, pues? ¿Qué quieres? ¿Quieres que el Senado de Roma haga poner mi cabeza ensangrentada en la argolla para hartar las miradas de la plebe? ¿Quieres verme entrar en Roma uncido al carro triunfal de Flaminio, ó quieres que el pueblo romano contemple la venta pública de Aníbal en sus mercados? ¡Dame esa copa!

(*Traducción inserta en el libro del autor.*)

(2) ¡Oh, gracias! ¡Ya tengo la muerte!—(*Idem.*)

habla con la sarcástica amargura del genio pagano mal comprendido por una raza de *estúpidos:* el otro con el dolor melancólico del genio cristiano que ha cumplido éntre ingratos una misión providencial. El poeta ha buscado bien la luz y el tono que convienen á estas grandes decepciones y á estos resentimientos engendrados en dos almas grandes.

II

Sin detenernos en el examen de los dos poemas *La festa de Tibulus* y *La tragedia de Llivia,* cuadro animadísimo de costumbres el primero, cuyo colorido brillante y vivaz está muy lejos de las tintas fatídicas de la tragedia; bosquejo de drama romántico el segundo, que recuerda los tonos sombríos de la paleta de Schiller, daremos una idea, siquiera sea sucinta, de dos composiciones de diverso resorte trágico, entre las ocho de que consta el libro del Sr. Balaguer, para tomar acta de la variedad de su talento poético y de la facilidad con que subordina á su inspiración la lengua poética en que cantaron los antiguos trovadores de la costa superior del Mediterráneo.

Se trata de dos afectos de naturaleza antitética: el afecto del amor sensual, desligado de toda noción de la virtud y del pudor, pero interesante por su vehemencia excepcional, y el afecto del amor austero de la patria, inoculado en el seno materno y alimentado en la conciencia del deber.

Se trata de la enamorada Safo y de la romana Volumnia.

Volumnia es, en el poema del Sr. Balaguer, el tipo de la matrona de los buenos tiempos de la república romana, y el poeta nos dispensará si al hablar de su tragedia *Coriolà,* prescindimos del héroe principal, que, á nuestra manera de ver, sólo en

virtud de un gran desenvolvimiento del carácter y de los móviles que dirigen sus acciones, imposible de realizar en un poema de tan cortas dimensiones, puede imponerse á nuestra simpatía, y hacemos notar principalmente la energía con que está concebido, y á grandes y felices rasgos bosquejado el personaje segundo de la composición: la madre del vengativo romano. Volumnia es una figura bosquejada á grandes rasgos, pero dibujada á la manera de Corneille en sus momentos de intuición de las virtudes antiguas. Dice pocas palabras en la breve composición del Sr. Balaguer; las necesarias, sin embargo, para pintar las condiciones más altas de un carácter y las excelencias de una virtud.

Coriolano se dispone á consumar la venganza de sus agravios contra Roma, entregándola á los volsgos. Su madre Volumnia, á quien acuden las matronas romanas, como postrera esperanza de salvación, corre con ellas al campamento de su hijo, y triunfa de su obstinación, obligándole á levantar el sitio.

La escena es bellísima y está perfectamente sentida. Volumnia se presenta, y Cayo Marcio, que adora en ella, va á arrojarse en sus brazos; pero su madre le rechaza.

. . . . Ans d' abrassarte,
necessito saber si es romá ó volsgo
qui los brassos m' extén; si só sa mare,
ó no més que sa esclava (1).

«Soy siempre tú hijo», exclama Coroliano con ternura.

. . . . . Mon fill se deya Marcius
y era romá (2).

---

(1) Antes de abrazarte necesito saber si es un romano ó un volsgo quien me tiende sus brazos; si soy su madre ó no más que su esclava.— (*Traducción inserta en el libro del autor.*)

(2) Mi hijo se llamaba Marcio y era romano.—(*Idem.*)

La matrona sigue hablando sin abandonar esta actitud severa y este tono glacial. Ha venido con las más nobles damas romanas á conseguir del dictador de los volsgos lo que ha negado á los patricios, al Senado, á los sacerdotes, á Roma entera. La nueva de la defección de Marcio ha llegado inopinadamente á la soledad en que vive, y donde todo le habla de la ternura de su hijo ausente, de su amor á la patria, de los triunfos en defensa de Roma conquistados, y de que son glorioso trofeo las coronas que guarda en el santuario de la familia.

Marcio escucha á su madre enternecido, y otra vez intenta llegar á sus brazos; pero ella le detiene con el ademán, diciéndole:

Ne parlo de mon fill..... (1).

Sigue Volumnia narrando, con gran calor de sentimiento, cómo la hermana de Publícola ha ido á buscarla para rogarla, anegada en llanto, que sirva de intercesora con su hijo; el asombro doloroso con que ha escuchado de los labios de la noble romana que es Coriolano quien tiene sitiada á Roma, para entregarla á merced del enemigo, y la indignación, aun refrenada por la incredulidad, que la ha hecho exclamar:

. . . . ¡No es pas posible!
¡Aném al camp dels volsgos, ho vull véure
y al véureu... no ho creuré! (2)

Toda la escena está concebida y escrita con esta energía y con este movimiento de la pasión. Si abrumado bajo el peso de las reconvenciones de Volumnia, Coriolano exclama:

---

(1) Hablo de mi hijo.
(*Traducción inserta en el libro del autor.*)

(2) ¡No es posible! ¡Vamos al campo de los volsgos; quiero verlo, y al verlo... no lo creeré!—(*Idem.*)

Més dolsa n' es la mort que tas paraulas,
¡miserable de mí! (1)
—¡Més miserable
la que un jorn t' ha portat en sas entranyas! (2)

responde implacablemente la matrona. Si el espíritu ya quebrantado de Marcio fluctúa entre la idea de rechazar á su madre ó de ser traidor á los volsgos, que le han acogido cuando Roma le arrojaba de su seno, Volumnia le responde con la inflexible lógica del deber:

Dos medis sóls per escullir te quedan:
traidor als volsgos ó traidor á Roma (3).

Coriolano se revuelve contra el primer término de este terrible dilema: no puede vender á los que le han dado una patria adoptiva y le han confiado sus ejércitos. Nada para él más doloroso que negarse al ruego de su madre, de su madre, «que es en la tierra lo único que conmueve su corazón»: pero es imposible lo que le pide: su deber es ir á Roma al frente del ejército volsgo, y lo cumplirá.

«Pues bien, si es tu deber, cúmplelo, le dice la matrona; pero yo no debo esperar viva el término de una guerra que sólo puede concluir

O cadáver mon fill y Roma viva,
ó vencedor mon fill y Roma esclava (4).

«Cumple con tu deber, pero sabe que al entrar

---

(1) Me es más dulce la muerte que tus palabras. ¡Miserable de mí!

(*Traducción inserta en el libro del autor.*)

(2) ¡Más miserable la que te llevó un día en sus entrañas!—(*Idem.*)

(3) Sólo dos medios que escoger te quedan: traidor á los volsgos ó traidor á Roma.—(*Idem.*)

(4) O el hijo mío sucumbe y Roma se salva, ó sale vencedor y esclava es Roma.—(**)

por las puertas de Roma has de encontrar el ensangrentado cadáver de tu madre.»

Esta amenaza terrible es de un efecto decisivo. Marcio manda levantar en el acto el sitio de Roma, y cuando Volumnia se arroja en sus brazos, exclamando con la efusión del cariño y de la gratitud:

¡He recobrat mon fill! Gracias, oh Roma (1),

Coriolano le responde abrazándola:

¡No es Roma, ets tu qui m' ha vençut, oh mare! (2)

La escena está concebida y desarrollada con alta inspiración trágica, y los rasgos que hemos señalado son todos ellos elocuentes y naturales arranques de los afectos que mueven á los personajes.

Veamos ahora cómo el Sr. Balaguer maneja, en los estrechos límites de un monólogo, un resorte dramático de naturaleza distinta.

Safo es una composición que hace echar de menos un desenvolvimiento más vasto de la entidad moral del personaje, y un desarrollo análogo de la forma dramática del poema. El monólogo que el Sr. Balaguer pone en boca de aquella musa de Lesbos, cuyo sensualismo poético encontraba en las cuerdas de la lira la expresión vehementísima de los *modos* más inconciliables de la pasión amorosa, es un trozo de poesía notable por el movimiento y el calor de los afectos, y en el que la inspiración del autor ha sabido colocarse en las corrientes del numen que agitaba á la poetisa griega. El último cántico de Safo, en la composición del señor Balaguer, es la condensación, si así puede llamarse, el grito supremo y postrero de una existencia

---

(1) ¡Recobré á mi hijo! ¡Gracias, oh Roma!—
(*Traducción inserta en el libro del autor.*)

(2) No es Roma, ¡oh madre! eres tú quien me ha vencido.—(*Idem.*)

consagrada irrevocablemente á fluctuar entre los extremos inexplicables de la naturaleza afectiva y á expresar las tiernas emociones con una fuerza de vibración, con una dulzura, con una percepción admirables de los latidos dominantes y supremos de la pasión, y con una independencia del sentido moral que no se encuentra sino raras veces, por razones harto justificadas, en la poética de las sociedades modernas.

De las poesías de Safo rarísimas son las muestras que han llegado hasta nosotros: se reducen á un himno á Venus Afrodita (Venus había de ser el numen superviviente de la enamorada cantora de Lesbos): una poesía á *Una mujer amada*, y algunos raros fragmentos que han imitado ó parafraseado á porfía poetas antiguos y modernos. En todas estas reliquias del *Deus agitante* que movía el plectro de fuego de la desesperada amante de Faón, se ha inspirado el poeta catalán en este monólogo, que es, á nuestro juicio, uno de los mejores de su libro. El corazón de Safo se consume en la última llama de la pasión amorosa. El oráculo de la Sibila la ha conducido al pie del promontorio que baten las olas del mar de Léucade, en cuyo seno se apagará para siempre el fuego que la devora. En esta hora solemne los recuerdos se agolpan á su imaginación. Hijas de Lesbos, Athis, Cidno, Corina; vosotras todas, las que en otros días inspirabais los cantos de la poetisa y erais, *non sine crimine*, predilectos objetos de su ternura; Safo es ya insensible á vuestros hechizos; Safo ya sólo vive del amor de Faón.

Pero ¡ay! el ingrato se ha arrancado de sus brazos y vive lejos de ella

. . . . En la encontrada
que ab sa plu a de foch arruixa el Etna (1);

(1) En la comarca que el Etna rocía con su lluvia de fuego.—(*Traducción inserta en el libro del autor.*)

y la desesperada amante, ponderando por un natural y bellísimo arranque del sentimiento el incentivo del objeto adorado, se le representa, no rendido á los encantos de una rival feliz, sino como un centro de atracción irresistible, alrededor del cual *las mujeres* de Sicilia giran locas de amor, amando en él lo que *no han hallado jamás en hombre nacido. Pero ¿cómo no te han de amar?* exclama en un hermoso arranque de pasión, de pasión sentida por un alma de poeta;

Mes ¿cóm no t' han d' aymar si en tú ellas trovan
lo que, trovat en mi, tu te 'n portares?
Mes ¿cóm no t' han d' aymar, si tu en Sicilia
ne vius tan sols y sents, y amas, y parlas
ab l' ánima de Safo que robares?... (1).

Viene después la memoria de los días felices en que gozaba de un amor correspondido, y Safo encuentra, bajo la inspiración del poeta, acentos llenos de elocuencia, imágenes en que desborda la llama de un alma poética abrasada en las aras de Venus Afrodita. El pasaje es magnífico. Eran las tardes del otoño, y una, entre todas, inolvidable;

Lo sol fugía
empurpurantho tot; devall las rocas
la mar bullía; pèls espays volaban
entre sordas remors fugitius besos.

. . . .

Tot era bell y dols, lo sol en púrpura,
la terra en flor, en bull la mar salada,
lo cel ruent, las brisas aromosas,
los horizonts en foch, y jo en tos brassos! (2).

---

(1) Pero ¿cómo no te han de amar cuando ellas encuentran en tí lo que, hallándolo en mí, tú te me llevaste? Sí, ¿cómo no te han de amar si tú en Sicilia vives sólo y sientes y amas y hablas con el alma que robaste á Safo?—

(*Traducción inserta en el libro del autor.*)

(2) El sol huía tiñéndolo todo de púrpura; al pie de las rocas bullía el mar; por los espacios volaban, entre sordos ru-

Es Safo la que habla, y en lenguaje y con fuego dignos de la oda *A una mujer amada*.

Con esta vehemencia y con este nervio poético sigue evocando los recuerdos, ora apacibles, ora abrasadores, de su infancia, de su juventud criminosa, de su última pasión ardiente y correspondida. Pero no nos es dado, porque no entra en los límites de estos ligeros apuntes, multiplicar los ejemplos de los rasgos notables que encierra hasta el fin el monólogo de Safo. Si hemos citado algunos, trascribiendo el original, como lo hemos hecho con la composición anteriormente examinada, ha sido para hacer comprender á nuestros lectores hasta qué punto el ingenio que impulsa desde su sitio de honor la regeneración de la poesía catalana provenzal, sabe encontrar en el genio del dialecto que maneja, con no menos inspiración que maestría, la expresión variada y calorosa de los afectos. Las tragedias del Sr. Balaguer, ó mejor diremos, sus ensayos en el poema clásico teatral, considerados como una muestra feliz de ciertas facultades poéticas, y como un alarde afortunado de la ductilidad de la lengua catalana, son creaciones que, á nuestro juicio, ocuparán lugar distinguidísimo entre los esfuerzos realizados en la obra de renacimiento de la literatura lemosina, y que, en todo caso, merecerán la estimación de todos aquellos amantes de las buenas letras á quienes inspire algún interés la renovación de los manantiales del genio poético nacional.

PEREGRÍN GARCÍA CADENA.

(De *La Ilustración Española y Americana.*)

---

mores, besos fugitivos... ¡Todo era bello y dulce; el sol en púrpura, la tierra en flor, la mar salada hirviendo, el cielo encendido, las brisas aromatizadas, los horizontes en fuego, y yo en tus brazos!—(*Idem.*)

TRAGEDIAS

DE

DON VÍCTOR BALAGUER.

El eminente poeta cuyo nombre acabamos de escribir, ha dado á la estampa un nuevo libro, y este libro es de poesía. El incansable cultivador de las musas, el esforzado adalid de esa cruzada generosa y patriótica que se ha levantado en favor de la literatura lemosina, á cuya restauración aspira, acaba de ofrecer una prueba concluyente sobre las muchas que ya lleva ofrecidas de su genio fecundo y poderoso, que ni se amengua con la edad, ni se abate con las desilusiones, ni se esteriliza como otros muchos en medio de la actividad febril y de las amarguras sin cuento que trae consigo la vida política; antes al contrario, parece que estas mismas causas que debieran ser de postración, lo son de vigoroso estímulo para el genio de Balaguer.

En el libro que nos ocupa se echan de ver el brío de la juventud, la enérgica virilidad, el fuego del espíritu que han reverberado siempre en las inspiradas producciones del poeta catalán. Lo que la edad y la experiencia han hecho en el caso presente, es moderar aquellos impetuosos arranques, alguna vez desordenados, como la expresión más acabada del genio inquieto é irregible que no obedece á otras reglas ni se aviene á más conveniencias que á los preceptos de su propia inspiración.

Las composiciones que ese libro contiene, llámalas *Tragedias* el autor, en concepto nuestro, con verdadero fundamento, por más que no correspondan por su estructura á aquel género de composiciones. En efecto; podrán no ser verdaderas *tragedias* en la acepción clásica de la palabra; podrán carecer de una acción eminentemente trágica que se desarrolle á la vista del espectador, desde el primer instante en que una pasión cualquiera, de esas que agitan, estremecen y torturan el corazón humano, empieza á manifestarse; pero en lo que no cabe duda, es en que D. Víctor Balaguer ha adivinado, y con poderosa intuición expuesto, de una manera admirable, la última y suprema expresión de ese cuadro sombrío de las grandezas y miserias que en gran modo han influido en la marcha de la humanidad.

Las *Tragedias* de Víctor Balaguer son cuadros, episodios ó fragmentos verdaderamente épicos, que no se hubieran desdeñado de adoptar Sófocles ó Esquilo, poetas trágicos á los que no ha llegado después ninguno de los que han intentado igualarles, así en la edad antigua como en las posteriores; son, y permítasenos la frase, trozos de verdaderas epopeyas, de las cuales se deduce toda una grande acción que el lector puede coordinar á su gusto, sin más que recordar los hechos históricos, y aquellas luchas apasionadas en todos los terrenos que dieron por resultado las inmensas catástrofes que han estremecido ó ensangrentado las páginas de la historia.

Estas *Tragedias* están escritas en verso catalán, y por cierto que no es mal atavío para concepciones de tal género ese de la más robusta, la más viril, la más enérgica y valerosa de las lenguas de origen latino, y la cual contribuyó á dar su carácter independiente é indomable como la fiereza ingénita de su idioma á los pueblos *laletanos*. Pocas

serán las lenguas que conserven, como esta de que nos ocupamos, la aptitud necesaria para cantar episodios de esta índole. Tal vez sea apasionamiento nuestro por las que con desdén llaman algunos dialectos; pero ni la lengua castellana con toda su aristocrática é inflexible gravedad; ni la enérgica y á la vez dulcísima italiana; ni la expresiva y más humana francesa, sirven tanto como la catalana, por lo abierto de sus vocales, por lo agudo de las terminaciones de sus palabras y por las *alisiones* que contribuyen á la mayor expresión y flexibilidad del verso, para describir afectos poderosos del espíritu, como los que forman el objeto de estas *Tragedias*.

Son ocho las que contiene el libro del señor Balaguer. *La muerte de Aníbal* se titula la primera, y en ella se exponen con verdad conmovedora los últimos momentos de aquel héroe que fué durante su larga existencia amenaza perenne de la preponderancia romana en el mundo. El vencedor de Sagunto, de Cannas, de Trebia y Trasimeno, va á pedir hospitalidad á Prusias, rey de Bitinia, quien por temor á Roma trata de inclinar el ánimo del hijo de Amílcar á aceptar la paz que la poderosa república ofrece con la condición de que huésped tan temible no abandone jamás aquellos Estados. Conoce Aníbal que su perdición es inminente; y antes de faltar al juramento que en el altar de Júpiter hizo en su niñez, cuando su padre le dijo:

¡Jura, ó mon fill!..................
que serás sempre lo enemich de Roma,

prefiere acabar con su existencia por medio del veneno, y manda á su servidor Icetas que lleve al Senado cartaginés su acero,

tantas voltas tenyit en sang romana.

Épico en alto grado es este episodio. El héroe

de él, Aníbal, el indomable enemigo del poder romano, respira grandeza y hasta sublimidad en todo; en sus recuerdos, en sus odios, en sus esperanzas, y hasta en el instante en que próximo á darse muerte no quiere, y así lo dice,

que un romá no 'm vege defallir á sos ulls.

Al mismo sacrificio á que impulsa el odio por causa de la patria al más ilustre de los Barcas, arrastra por el amor febril, apasionado y delirante á la musa de Lesbos, á la inspirada poetisa Safo, cuyo nombre sirve de título á la segunda de las tragedias. Aquella epopeya de sentimiento, de pasión, de dolor, con todo el extravío y toda la grandeza de los afectos humanos, cuando la luz del espíritu no los ilumina, encuentra digna manifestación en este monólogo en que la apasionada sacerdotisa de Venus Afrodita, la enamorada de Faón, redimida por este amor de sus liviandades y torpezas, recuerda todas las ternuras y amorosos deliquios de aquella pasión inmortal; la tarde en que sobre su frente imprimió el primer beso el apasionado mancebo, el vacío que con la ausencia de él siente su corazón, la necesidad de morir, como lo indicara la voz de la pitonisa, arrojándose desde lo alto de la roca de Léucade para librarse con la muerte del peso inmenso de su pasión. Todo está admirablemente pensado y sentido en este monólogo sublime. Para dar una idea de la grandeza que alcanza la inspiración del poeta en esta tragedia, necesario fuera trascribirla entera á nuestras columnas; baste, sin embargo, como ejemplo de la sublimidad de aquellos arranques del corazón de Safo, inextinguible queja del desencanto amoroso, que no haya podido lanzar después mujer en el mundo, los siguientes versos, que no há muchos días, leídos por el autor en el Ateneo Literario de

nuestra capital, arrancaban lágrimas de nuestros ojos y hacían latir con vehemencia todos los corazones:

. . . . Lo sol fugia
empurpurantho tot; devall las rocas
la mar bullía; pels espays volavan
entre sordas remors fugitius besos;
en mitj dels arbres los concerts s' auzian
de cantadoras aus trescant alegres;
tot era bell y dols, lo sol en púrpura,
la terra en flor, en bull la mar salada,
lo cel ruent, las brisas aromosas
los horizonts en foch, y jo en tos brasos!
Ne fou lo jorn de nostras esponsalias...

El que esto ha imaginado es un gran poeta, y la lengua que sabe expresar afectos tan sublimes, con tanta energía y sobriedad, digna es de figurar entre las primeras, si no la primera, que hablan en la actualidad los pueblos de origen latino.

A esta tragedia sigue la titulada *Coriolano*, que para nosotros es indudablemente la mejor del libro en punto á bellezas literarias. No queremos desflorar sus bellezas con el análisis; léanla nuestros lectores, y aprenderán cómo en medio de las sombras del paganismo podía anteponerse á todo otro sentimiento, el grandioso y elevado de la madre.

Lo mismo decimos de *La sombra de César*. Tales son los recuerdos tristes, las amarguras profundas que esta epopeya despierta en nuestro corazón; tales las semejanzas y conexiones que encontramos con otra época terrible de nuestra historia presente, que no nos atrevemos á hacer de ella un estudio minucioso. César muere á manos de los que quieren fecundar la república sin mancha, y la república nace para ser ahogada al momento en los brazos del disoluto Imperio, para que venga, tras la dictadura del genio, la abominable dictadura de la ignorancia.

Dice César:

. . . . La república
necessita virtuts. ¿Hónt son las vostras?
¿Las té aqueix poble enllotassat y brétul,
poble d' histrions y mimos, plebe inmunda,
que en los Teatros viu y en las Arenas?

. . . .

La festa de Tibulo es una descripción exacta de los placeres y de los extravíos á que se entregaban los potentados y hasta los genios del pueblo romano, durante el largo período de decadencia, que se inició con el despotismo de los Césares.

La mort de Nerón, es indudablemente la *tragedia* que, como concepto poético, sobresale entre todos los del libro. Aquella manifestación material, ante los ojos del verdugo, de las figuras lívidas ó ensangrentadas de sus víctimas, es la expresión más acabada del remordimiento.

El emperador histrión, después de luchar, en el delirio de su fiebre, con los fantasmas que evidenciaban sus crímenes, se decide, viéndose perseguido, á morir, pero sin grandeza, como pudiera haberlo hecho en el teatro para resucitar después en el festín; muere haciendo la última comedia; muere recordando y pronunciando unos versos griegos, como si esperara que el término de la farsa no hubiera de ser tan terrible.

La última hora de Colón no tiene la importancia de las demás composiciones que este volumen contiene. Las amarguras del recuerdo de la grandeza pasada y el premio que por su esfuerzo recibiera el descubridor del Nuevo Mundo, constituyen todo el pensamiento de este monólogo, que no ha sido escrito, según la fama pregona, para que le contuviera este libro.

Y por último, la *tragedia de Livia*, en que se ve á Monissa con su amante Otman, escapando á la

furia de los vencedores alarbes, en un lugar agreste de los Pirineos en donde alcanzan al protector y le dan muerte las huestes de Abderramán, es un episodio más bien dramático que épico; pero lleno de bellezas de primer orden, que revelan todo el genio poético del autor.

Después de la ligera exposición que acabamos de hacer de los fragmentos épicos que contiene el libro, nada nos resta sino congratularnos de que todavía, y á pesar de las contrariedades que á ello se oponen, existan en nuestra patria poetas que, como el Sr. Balaguer, estén dispuestos á inspirarse en las verdaderas fuentes; que existan espíritus levantados que, despreciando los gustos y aficiones del inconsciente vulgo, se remonten á aquellas épocas de feliz recordación, en que la poesía no era pasto ó granjería de la multitud, entendiéndose por este nombre todo linaje de ignorantes, así doctos como indoctos.

Reciba por su nueva obra, nuestro humilde parabién el Sr. Balaguer.

FÉLIX PIZCUETA.

(Del *Diario Mercantil* de Valencia.)

TRAGEDIAS CATALANAS

DE

DON VÍCTOR BALAGUER

Estampa de LA RENAIXENSA

I

Contra la costumbre que tenemos establecida, damos de mano á los asuntos políticos y vamos á ocuparnos de bella literatura. Dos razones nos mueven á obrar así: primera, la innegable importancia del libro que nos da tema; y segunda, el deseo de darnos un solaz, necesario de todo punto en los tristes tiempos que alcanzamos, y dada la ingrata tarea de hacer política en que estamos empeñados y comprometidos.

Alto ejemplo seguimos, que el Sr. Balaguer nos lo ha dado, volviendo á las inspiraciones de su juventud desde el campo de las áridas luchas, y complacemos á nuestro optimismo, que optimistas somos, cuando se trata de gloria y provecho para nuestro país, encontrando un libro digno de aplauso, entre las muchas publicaciones dignas á lo más de la caridad del olvido. Y aquí ponemos punto á las disculpas, y, sin más exordio, entramos de lleno en el asunto.

Contiene el volumen últimamente publicado ocho cuadros dramáticos que su autor llama tragedias para sentar una calificación común y porque en su mayoría tienen un desenlace trágico y fatal. Ha de

sernos permitido, sin embargo, considerar aparte la titulada *Coriolá,* que es un drama, en que para nada interviene la fatalidad griega; *La fiesta de Tibulus*, concienzudo y poético estudio de las costumbres romanas, y el monólogo *La sombra de César*, epílogo de la tragedia ocurrida en el Senado. Se adaptan perfectamente al título del libro: *La mort d' Aníbal*, *Safo*, *La mort de Nerón*, *La última hora de Colón* y *La tragedia de Llivia*, y diremos, para concluir la noticia del libro, que todas estas obras, y no usamos el diminutivo porque no consideramos su extensión y sí su valer é importancia, están escritas en verso catalán, verso robusto, lleno y sonoro.

El género es nuevo en España, donde por referencia se conocía; el intento del autor ha sido el de dar á conocer á un tiempo el personaje y la época en que éste vivió, en cada cuadro, y el género se ha conquistado en un libro carta de naturaleza, con tanto acierto ha sido importado; y se ha realizado el intento probándonos el autor que mienten sus canas, pues sólo un joven ha podido sentir el vigor y demostrar la espontaneidad que el Sr. Balaguer demuestra. Unicamente en el largo, paciente y especialísimo estudio que ha debido forzosamente preceder á tan acabados trabajos, se conocen los años del autor.

Lenguaje eminentemente poético, enérgico y conciso en los labios de Aníbal; fácil y dulce en los de Galo, Propercio y Tibulo; duro en boca de Coriolano y lamentoso en Safo y preñado de brillantes imágenes en *La tragedia de Llivia*, es el que predomina en el libro. Unas veces oculta tras de artificiosos y elegantes giros las lúbricas desnudeces que recuerdan la poetisa de Lesbos y los sensuales poetas de Augusto; en otras salva el realismo de algunos detalles, presentando adornado lo que no se puede ocultar, y raras veces, más

que por falta del autor, en gracia de la exacta expresión de la idea, baja hasta el vulgarismo á pesar de los detalles minuciosos que debe mentar para conseguir el objeto de la obra.

Roma ha dado al Sr. Balaguer los mejores asuntos, los más acabados caracteres. El patricio Coriolano, conservador por egoísmo, orgulloso por clase, envanecido de su historia y preso del rencor de bandería, es un retrato completo y una alegoría perfecta del partido noble, protector y defensor de la República en un principio, después tirano y emperador por fin, Colatino, Syla ó César, según los tiempos y las aspiraciones del pueblo. Aquel hombre de hierro, que habla de agravios cuando le imploran; de enojos, cuando se quejan, y de venganzas ante la miseria de la patria, sólo se conmueve, se aterra y cede al oír la voz de su madre. Aquella familia severamente republicana vive aún y se impone á todos los odios y á todas las ambiciones.

Sigue después la familia imperial, que da asunto á las murmuraciones de los poetas, en *La festa de Tibulus*, con los desórdenes de Julia, y en *La mort de Nerón* se presenta con toda su hediondez en la sombra de Agripina, que enciende el rencor y no el remordimiento en el alma del parricida. Ya entonces han concluido su obra los patricios, y es el César quien nombra á los tribunos populares. Por esto las severas amonestaciones de Propercio inspiran risa á Galo, é indiferencia á Tibulo; por esto el amor materno de Agripina y el conyugal de Popea encienden en ira el alma de Nerón.

¿Por qué el Sr. Balaguer, que tan bien ha comprendido y marcado esta diferencia esencial, no la ha tenido en cuenta cuando hace pedir á César virtudes al pueblo romano para fundar la república? El Sr. Balaguer ha incurrido en una grande equivocación. Su César, que tanto se parece á un

ilustre personaje de la historia moderna, razona perfectamente y con lucidez, partiendo de un principio falso. No mereció el pueblo romano la república por sus virtudes; las adquirió después, practicando las severas máximas republicanas, y sólo el terror de Syla se las pudo quitar; sólo la balumba del Imperio pudo enterrarlas para que los bárbaros no las encontrasen. Para fundar la república del 92 también habría pedido el Sr. Balaguer virtudes y varones enteros á los franceses, y los disolutos vasallos de Luis XV no habrían podido, como los romanos de César, citar un solo nombre; pero, poco después, al proclamarse los derechos del hombre, como ecos de la voz de los Estados, habrían aparecido varones y virtudes de alma heroica, de indomable valor, de raza republicana. *La sombra de César* juzga con admirable acierto á sus contemporáneos; pero no quiere ver más allá; se equivoca, como se equivocó un ilustre general, que hoy es respetado, como César quería serlo.

Perdonada nos sea esta digresión histórica, el Sr. Balaguer comprenderá que el juicio de una obra, como la suya, debe salirse del campo de la literatura, y, ya que no resolver, tocar cuestiones de alta trascendencia.

La festa de Tibulus es un modelo de exquisito gusto. Sólo la falta de espacio nos impide trasladar á la letra las composiciones de Propercio y Galo; la que lee Tibulo es inferior, y en elogio del autor del cuadro debemos decir que ésta es la más adaptada á la traducción; en las dos anteriores el Sr. Balaguer ha dejado tomar campo á su propia inspiración y ha hecho dos poesías que recuerdan al primer maestro de los poetas catalanes. La época de Augusto, la edad de oro, está entera en este cuadro de costumbres, donde la elegancia suple á la concisión, el ingenio y el buen gusto á la

rigidez y el razonamiento, y la molicie á la voluptuosidad antigua.

El Nerón que *La mort de Nerón* nos presenta es para nosotros el verdadero. El autor de la tragedia ha hecho bien en no admitir los opuestos juicios que se han formado del emperador romano, que hizo el bien por vanagloria, en los primeros tiempos de su mando, y el mal después, por hastío. No era el timorato que dudaba al firmar una sentencia de muerte, ni el monstruo cruel que se complacía en la matanza y el incendio; era el vano, el estragado, el aburrido poderoso que buscaba nuevas sensaciones, ocurrencias raras y torpes placeres. Empezó por espantarse del poder, enamoróse después de su predominio, le enloqueció la alabanza, le aburrió la facilidad, y Agripina y Popea con sus consejos y sus lubricidades concluyeron la obra. Este fué Nerón y este es el Nerón que hemos visto en la tragedia que nos ocupa. Las sombras de Agripina y de Popea le irritan, le molesta la sombra de Séneca que con sus máximas, su filosofía moral, pero impracticable de puro severa y utópica, y sus aplanchadas tragedias, logró aburrir á su real discípulo; y sólo se aterra y llora cuando la inocencia de Británico y la castidad de Octavia le muestran lo que él no había sospechado nunca en el delirio de sus orgías. Lucano también le conmueve; pero un momento solo, que Lucano también había formado en la turba de cortesanos de Nerón.

Hé aquí, rapidísimamente examinados, los cuadros dramáticos que el Sr. Balaguer ha tomado de la Roma antigua: Coriolano es la República con sus patricios orgullosos y sus rebeldes plebeyos; César la encarnación del Imperio con su falsa doctrina; los tres poetas, el siglo de Augusto, todo placer y arte, y Nerón el imbécil coronado, el Imperio que levanta un crimen y derriba un motín.

II

El Sr. Balaguer no ha observado un orden rigurosamente cronológico respecto á la colocación de sus tragedias; arbitrariamente las ha ordenado, y nosotros, que estamos muy lejos de dirigirle un cargo, le hemos imitado haciendo una clasificación arbitraria también. Si así no hubiese sucedido y hubiéramos tenido la pretensión de examinarlas por orden de altura poética, empezáramos, sin duda, por la que lleva el título *Safo* y el sello de una inspiración levantada. Retratar en un breve monólogo, más que un carácter, el mundo del arte griego con su gusto refinado, su clásica sencillez, su hondo sentimiento de la belleza y su desesperante fatalidad, es empresa que ennoblece con sólo intentarla, y enaltece y admira si se consigue. El Sr. Balaguer ha osado concebirla y la ha llevado á cabo sin esfuerzo, sin lucha, espontáneamente.

Su *Safo* no es la mística de Lamartine, ni la lúbrica poetisa de Mme. Girardín; aunque no pueda relegar al olvido los primeros años de sus mocedades, está santificada por una pasión noble, y al precipitarse de la roca, más que convencida de lo milagroso del remedio, está desesperada y loca. Busca la muerte y no el amparo de sus dioses; no tiene ni una palabra para una vida posterior: sólo quiere, sólo desea el término de la humana. Se suicida, pues, y no se sacrifica; se destruye y no aspira á trasformarse.

Antes de precipitarse, intenta en una admirable gradación de exaltación febril, que es el fondo y el mérito principal del monólogo, razonar consigo misma. Evoca todos los recuerdos que halagan á sus sentidos y siente el remordimiento; se refugia entonces en su amor, pretende embriagarse con

memorias y se ve sola, abandonada, y su resolución se justifica por su delirio y muere obedeciendo á la terrible lógica de su pueblo, que proclama la fatalidad como ley inevitable de la existencia.

Esta *Safo* del Sr. Balaguer es la verdadera amante de Faón, la que sabía replicar con altivez á Alceo, la que buscaba la satisfacción de su sentimiento artístico en el culto de la forma y lo encontraba después en el amor sin límites; no es la impúdica bacante juzgada severamente y hasta calumniada por los poetas cómicos, que dos siglos después la sujetaban al criterio de sus preocupaciones y la sacrificaban á las exigencias de la sátira; no es el prototipo del ardor libidinoso. Enhorabuena sea dada al poeta que ha sabido inspirarse en la fábula sin desdeñar el examen imparcial; su *Safo* será, si no su obra mejor, su obra más acabada.

Recuérdese cuanto hemos dicho sobre el lenguaje y aplíquese en esta parte de nuestra crítica; más diremos: auméntese el elogio y no se tengan presentes los meros detalles que apuntamos como censura, que en el monólogo citado la dicción no tiene tilde, las imágenes, obligadamente realistas en algún punto, son brillantes, y el buen gusto, lo escogido de las palabras, velan lo que es fuerza ocultar.

Precede á *Safo*, en el tomo, el *Aníbal*, tragedia completa, que, como todas las contenidas en el libro, es el cuadro de una época y el retrato de una gran figura. Dudamos, cuando escribimos nuestro artículo anterior, entre apreciarla como hoy lo hacemos ó incluirla en el grupo formado por los asuntos tomados de la historia de Roma; pero nos decidimos á darle párrafo aparte, que lo merece su movimiento dramático y lo reclama la alteza del héroe.

Aníbal, anciano ya, vencido, proscrito y mendi-

gando el amparo del extranjero: Aníbal, viviendo de los recuerdos del Trasimeno, con la sola riqueza de un anillo recogido en Cannas y con la memoria de Zama por torcedor y remordimiento, habla á Prusias, su amigo hoy y su siervo y admirador un tiempo, como podía hablar el rival de Scipión el guerrero, olvidado de que es tan sólo la víctima de Flaminio el diplomático. Prusias le admira y aun le teme; pero Roma le aterra, y hasta en lo más guardado de su palacio tiembla de que el eco repita las maldiciones que el caudillo cartaginés lanza á su eterna enemiga, que es el rey Prusias rey consentido por Roma, que ya presiente la llegada de un pretor. Esta es la tragedia; la lucha entre estos dos caracteres, personificación el uno del genio que siempre confía en su fuerza, y el otro del ánimo apocado y temeroso, ha dado asunto para un breve cuadro dramático con exposición clara, peripecia natural y desenlace lógico.

Aníbal sabe que va á ser abandonado: ve llegado el punto de su fin: un eco de Grecia ha hecho resonar en sus oídos el último suspiro de Filopoemen. y de Cartago no le lleva el viento más que gemidos de dolor é injustas maldiciones; pero no quiere saber, no quiere oír, se niega á comprenderlo todo: es Roma quien le persigue y á Roma se la vence, sobre todo ahora, cuando han muerto los Scipiones, que le robaron á España y abofetearon á Cartago, Fabio, su tormento en Campania, y Nerón, el matador de Asdrúbal.

—Osa vencerla, si vencerla quieres,

dice á Prusias: yo, que pasé los Alpes, conduciré tu ejército; yo, que vencí en Cannas, mandaré tus tropas; yo, que mandé á mi patria una fanega de anillos, te daré todos los tesoros del latino.

En verdad, este es Aníbal, el retrato es acabado; pero el Sr. Balaguer ha hecho más: nos ha presen-

tado al caudillo cartaginés tal como era cuando murió. El veterano de las guerras púnicas ha pasado ya por Capua y ha caído en Zama; razona, pues, y aunque obedece á sus fogosas inspiraciones, sabe ver el peligro y sabe que puede ser desgraciado. Así intenta convencer primero, después huir, y muere últimamente, no por el hierro, sino por la ponzoña; ha aprendido de los gladiadores á caer con gracia y ha olvidado que los numidas morían sin pensar que su mismo corcel iba á pisotearles. Queda el general; el africano quedó en Campania.

Un solo verso nos hemos atrevido á traducir y á citar, que más no nos permite el espacio fijado para nuestro artículo; de no ser así, diéramos á nuestros lectores brillantes y abundantes muestras de la épica entonación y de la concisión y robustez de los versos del *Aníbal*, versos admirables que en un hemistiquio encierran todo el pesar del héroe, y en seis palabras retratan á Flaminio.

Después de *Aníbal* y *Safo*, creaciones originales, la alteza del asunto nos hace fijar en la *Mort de Colón*, única traducción libre que contiene el libro del Sr. Balaguer. Diremos de ella, para pasar á *La tragedia de Llivia*, que la idea del autor italiano ha sido trasladada á nuestra lengua sin perder una sola de sus galas, sin que se empañara su brillantez. Al leerla de nuevo, tras de nueve años de no verla ni oirla, hemos recordado los últimos días del verano de 1868.

Pero demos de mano á la política, como prometimos al empezar, volvamos la hoja para ver en *La tragedia de Llivia* una creación de la juventud, una inspiración briosa, un largo lamento de amor expresado con todas las imágenes, todos los colores de la fantasía oriental. Unos amores desgraciados, una persecución encarnizada, la lucha entre el cristianismo mártir y el islamismo triunfante, el

romanticismo puro, en una palabra: tal es *La tragedia de Llivia.*

El Sr. Balaguer debió pensarla hace ya muchos años y escribirla há poco, porque la obra sólo da á conocer en la estructura del verso, literato experimentado; lo demás pertenece al poeta joven que se enamora de lo novelesco y da á los argumentos más sabidos el aroma de sus primeros años y saca partido de lo que aburriría en manos de la madura experiencia. El cuadro de que nos ocupamos es una protesta que la inspiración, moza aun y enamorada, levanta contra la fe de pila del Sr. Balaguer.

Hemos dicho mal: en todas las páginas del libro hemos visto levantarse idénticas protestas; sólo el profundo estudio y el exquisito cuidado en los detalles nos han recordado á veces que ha cumplido ya con creces todas sus promesas aquella personalidad que presidió y sostuvo el renacimiento glorioso de la literatura catalana. Los azares de la vida, el positivismo de la política, el trabajo constante y la amargura de las decepciones no han podido nada con el espíritu poético que vive y se remonta en el libro del Sr. Balaguer. Lean esta obra los que conservan pura la religión del arte, los que no sujetan su facultad de pensar á las prescripciones de escuela y no se encierran en el mezquino círculo de la preocupación y la rutina. En las *Tragedias catalanas* hay algo más que una obra apreciable; hay la fe de vida de un gran poeta y un nuevo camino abierto á la actividad de nuestros poetas jóvenes.

Y con estas palabras damos fin al rápido y osado examen de un libro que es para nosotros promesa de otros; para el Sr. Balaguer complemento de su fama y corona de sus años.

ANTONIO LLABERÍA.

(De *La Gaceta de Barcelona.*)

LA MUERTE DE ANÍBAL

CON LAS TRADUCCIONES HECHAS EN VERSO CASTELLANO

POR

D. TEODORO LLORENTE Y D. PEDRO BARRERA

En los últimos años de su vida, Aníbal se refugió en la corte de Prusias, rey de Bitinia, á quien tuvo ocasión de prestar grandes servicios contra Eumenes, rey de Pérgamo. Resentidos los romanos por la protección que Prusias dispensaba á su implacable enemigo, enviaron el embajador T. Q. Flaminio á quejarse al rey de Bitinia en nombre de la República.

Prusias había acabado por ceder y convenía ya en entregar á su huésped, cuando Aníbal, hallándose sin medios de resistencia ni de fuga, tomó un veneno que guardaba en el secreto de una sortija.

Aníbal murió á los 64 años, después de haber sido por espacio de dieciséis el terror de Roma.

LA MORT DE ANÍBAL

PERSONATJES

ANÍBAL
PRUSSIAS (REY DE BITINIA).
ICETAS (CAPITÁ CARTAGINÉS).
FLAMINIUS (EMBAIXADOR DE ROMA).

Soldats romans.

La escena en la capital de Bitinia y en lo palau del rey.

ANÍBAL, PRUSSIAS.

(*Entran en escena seguint una conversa.*)

PRUSSIAS.

No, Aníbal, no. Las cosas cauhen sempre
del costat que 's decantan. Jo de Roma
no puch avuy combátre la potença,
y si la lluyta emprench, de mon realme
l' últim rey jo seré; y de mon exércit,
lo que en trabar se tarde la batalla,
tardará Roma en esventar las cendras.
No, Aníbal, no. ¿Qué hi fa que avuy te tinga
per general y aliat?... ¿Qué hi fa?... ¡Tinguésses
sisquera ab tu de tas legions de Cannas
una ressaga sols!... Avuy, ¿qué resta
d' aquells cent mil soldats que atravessáren
lo Pirineu, y l' Apení y los Alpes?...
¿Qué resta d' ells, d' aquells soldats que un día,
posantse en marxa sols, brunesir feyan
la llum del cel y tremolar la terra?...
¿Qué resta de ells?...

ANÍBAL.

¡Qué resta de ells!... Aníbal.
Si vols véncer á Roma, gosa véncer.
Donchs qué, ¿no só jo Aníbal?... Donchs qué, ¿Roma,
Roma no sent encara, estemordida,
sos monuments y márbres esberlarse
al nom tan sols del vencedor de Cannas?
¿Aníbal no só jo?... Lo día, oh Prussias,
que entre lo sol y Roma s' interpose
l' ombra tan sols d' Aníbal, aquell día,
deixará 'l sol d' ensolellar á Roma.
No torbes mos intents; deixa que 't cerque
aliats en Grecia, en Creta, fins en Pérgam,
y del jou dels romans per sempre 't salvo.
Tres batallas no més, y jo á las portas
de Roma te duré... Jo te la entrego
pantejant á tos peus, postrada y muda,
lassa y retuda la ciutat superba.
Será lo teu palau son Capitoli;
sos temples teus y de tos Deus sas aras;
esclaus de tos servents serán sos cónsuls;
de tos soldats rameras sas matronas;
y en tos mercats, aquí, podrás en venda
posar sos senadors, y allá, en Cartago,
los anells d' or dels caballers de Roma
podrá de mos soldats rébrer, en pago
de sos lascius favors, la cortesana
serventa de la Venus africana.

PRUSSIAS.

¡Es somni, Aníbal!... No pot ser. Bitinia
cau avuy si combat.

ANÍBAL.

Mes caurá ab gloria.
Un día jo aprenguí, sent nin encara,
en los cants messenians del gran Tirtéus,

que cal morir y cáure com un home
quan sols se viu de la mercé dels altres
comprant la pau ab deshonròs oprobi*.

PRUSSIAS.

Aníbal, jo no vull, jo no puch rómpre
l' aliansa ab Roma que ab la pau me brinda.
¡No més guerras! La pau que m' ofereixen,
jo la disfruto, mes per tu l' accepto,
per tu tan sols, Aníbal; pus ja es hora
que als anys donant lo que tos anys reclaman,
morir pugas tranquil y en pau, finida
la que gloria y missió fou de ta vida.

ANÍBAL.

Y á mi ¿qué 'm fa, qué 'm fa morir ó víure?
Jo vull tan sols morir ó víure ab gloria.
¡Lo repós! ¡lo descans!... ¿Has pogut creure
que esvahit ja pels anys mon bras, se nega
á brandejar lo ferro?... Encara sento
bátre dintre mon pit un cor de mascle,
y rebrotar la sanch de mos cinch lustres,
quan lo ronch nácre y la sonora trompa
pel mon esbomban sos sonells de guerra.
Só fill del gran Amílcar. De mon pare
aprenguí á ser soldat. Perills y lluytas
foren festas per mí. Tota ma vida
en los camps de batalla tinch passada,
vivint de fam y set, per llit la terra,
per coxí mon escut, y per tuguri
lo cel ab llums d' estels ó de tempesta.
Avesat als combats y á las fatigas,
may coneguí ni més descans que 'l bátrem',
ni més repós, pera plaher de l' ánima,
que 'l d' auzir recitar, allá, en las fredas
vetllas d' hivern, los cants del grech Tirtéus.
¡Qué 'm parlas, donchs, de ma missió finida!
A un sagrament ma vida encadenada,

sols per cumplirlo, 'ls Deus m' han donat vida...
Mon pare... jo era un nin, y me 'n recordo,
que es de ma vida 'l gran recort... mon pare
me conduhí per la ma al altar de Júpiter
á temps que 'ls sacerdots sacrificavan,
y fent posar ma dreta, de la víctima
sobre la ensangonada coradella,
—«Jura, oh mon fill, me digué Amílcar, jura
que serás sempre lo enemich de Roma!»
Y jurí. Y ja may mes, ni en nit, ni en día,
ni en pau ni en guerra, ni en combats ni en trevas,
ja may mes s' esborrá de ma memoria
lo sagrament que, nin, fiu en la platja
hont los murs s' alsan de l' hispana Gades.
Sols una volta... en Capua fou... ma pensa
un moment l' oblidá, y m' ho recordáren
las que en mas mans encara, de la víctima
del sant altar, tacas de sanch oviro.
D' odi visch. Roma ho sab, y per ço m' odia,
com l' odio jo.—Si no voléu la guerra,
si no 'us mòuhen mos prechs, si lo guany vostre
y 'l pervenir mateix de vostre realme
á fer la guerra á Roma no 'us inclinan,
jo partiré, senyor. De poble en poble
buscaré aliats; als límits de la terra
reys aniré á cercar que 's gosen bátre
ab l' aborrida Roma, y si no 'ls trobo,
fidel almenys seré al que fiu un día
vot sacrosant, y finará mon odi
ab lo darrer panteig de ma agonía.
Eixa es donchs ma missió, eixa ma vida.
De mon cor africá l' odi no 's doma.
¿Rublirla vols? ¿la vols véure finida
la missió de ma vida?... ¡Dónam Roma! [3]

PRUSSIAS.

Jamay, Aníbal, bona consellera
ha sigut la passió. Te cega l' odi.

Altas virtuts té Roma. Sé que guarda
recorts de tu, com tu no 'ls guardas d' ella,
y si t' odia enemich, héroe t' admira.
Avuy mateix l' embaixador de Roma,
Flaminius lo pretor, me deya...

ANÍBAL.

¡Prussias!
¡Tu! ¿Tu has rebut de Roma una embaixada?

PRUSSIAS.

Avuy, al rómpre l' alba, de Flaminius
las naus han arribat.

ANÍBAL.

¡Deus poderosos!
¿Y tu, tu, oh rey, ab Roma mantens tractes
sense saberho Aníbal?

PRUSSIAS.

Ets mon hoste.
Roma ho sab. Sab que aquí tens un refugi,
y envia embaixadors tan sols per dirme
que no torbará may de nostra vida
la pau y la quietut, y que al realme
que assilo 't dona guardará respecte,
si fas lo jurament de no sortirne
may més de mos estats, ni de la nova
patria que avuy te brinda ab son amparo.
Aixís Roma permet que en mon realme
sa vida acabe en pau lo gran Aníbal.

ANÍBAL.

¿Y aixís de tu, de mi, Roma disposa?

PRUSSIAS.

Es forta, y pot. Irrevocable es l' órdre,
y ab Roma en pau vull viure. Aquí te deixo

tranquil y á solas meditar. ¡Oh! créume,
fes donchs lo jurament!

ANÍBAL.

May de ma vida.
¡No 'l faré pas jamay!

PRUSSIAS.

Féslo, t' ho prego,
que la pau en mon realme, en tu la vida,
de ferho ó no, tal volta dependeixen.
(*Se 'n va.*)

ANÍBAL, *sol.*

¡Oh terra, oh cels, oh Deus, que de Cartago
presidiu lo destí, ¿es que ja l' hora
ha sonat pera mi?... ¿Es que la terra
sota mos peus s' esquerda, ó que á las Parcas
mos Tutelars han entregat ma vida?...
Rey ingrat, rey perjur, un jorn d' Eumenes,
ton enemich capdal, te deslliurava!
Rey ingrat, rey perjur, un jorn de Pérgam
jo 't feya dictador, y li devías
al socors de mon bras, lo véuret duenyo
de las ricas ciutats que 'l Cauco banya [1].
¿Qué 't demaní de ma victoria en cambi?...
¿Honors? ¿Tresors? ¿Grandesas?... No. La guerra,
la guerra ab Roma sols... Y m' ho juráres,
y 'l jurament que 'm féres, recullíren
tos Penats, ells mateixos, en tos llabis!
Rey ingrat, rey perjur, de ta falsía,
á tos Deus la venjansa jo encomano.
Si justiciers ells son, tu serás víctima
de la pau ab que Roma t' engranalla!
Y qué ¿jo dech abandonar la empresa
perque á ma sort m' entrega Prussias?... Cáiguen
las estrellas primer; primer se veje
rodar onas de foch y aiguas encesas

per l' ámple conca de la mar salada.
Lo que á Aníbal no va, n' ho pot Aníbal.
Me dech als Mans gloriosos de mon pare,
me dech á mi mateix, y á tu, oh ma terra
plena d' amor, á tu me dech, Cartago!
Jo buscaré pel mon un rey que vulga
secondar mos intents. La odiosa Roma
caurá á mos peus. De l' Aventina serra,
la veuré entrar á foch y á sanch. Fugirne
veuré á sos ciutadans, com flacas fembras
que 'ls llars espavordidas desamparan.
Veuré sos monuments esllavissarse
á la rojenca flama del incendi,
y faré á mos vaixells portar, per llastre,
sos enderrochs y cendras á Cartago,
per ab runas de Roma alsarte un temple,
Belus cartaginés, Deu de mos pares!
¡Oh Deus, que l' ansia de mos vots se comple!
¡Que sia jo lo venjador del Africa!
¡Que vers la mar, á rechs, la sanch llatina
jo vege córrer, escolant la rassa,
y, esferehint encara á la futura
generació romana, que ma tomba
en lo roch Tarpeyá reste clavada,
de ton sol treluzent, ¡oh gran Cartago!
per las vesllums de gloria empurpurada!

ANÍBAL, ICETAS.

(*Icetas entra corrent y espahordit.*)

ICETAS.

Senyor, lo port es ple de naus romanas
y de soldats romans la plassa es plena.

ANÍBAL.

¡Qué dius!

ICETAS.

¿No sents? «A mort, á mort, Aníbal»
¿sents? cridan tots. Es un aplech que esglaya.

ANÍBAL.

¡Mon casco! ¡ma corassa!

ICETAS.

Es impossible
pensar en resistir, que ja Flaminius
té cercat lo palau.

ANÍBAL.

¡Oh Prussias! ¡Prussias!

ICETAS.

Tenim temps de fugir. Aquí jo 'm quedo,
y lluny tu podrás ser avans que 'm maten.
¡Fuig, donchs, Aníbal!

ANÍBAL.

No. Jamay, Icetas:
no ets tu qui ha de morir. ¿Ab tu jo conto?
¿Cumplirás ton deber?

ICETAS.

La vall de Isubria
hont ma vida salváres, pot respóndre.
Desde aquell jorn ma vida ja no es meva.
De Aníbal es.

ANÍBAL.

Donchs lo verí prepara
que aquest anell conté.
(*Li dona son anell. Icetas se retira.*)

ANÍBAL.

Triunfas, ¡oh Roma!
Passá lo temps en que 'l Senat enviava
per combátre ab Aníbal varons nobles
que 's deyan Fabius ó Scipió. La guerra

Roma la enten avuy d' un altre modo.
Avuy no envia héroes á combátre,
sino assessins á occir...
¡Tu y jo, Cartago,
l' havém perdut nostra fortuna antiga!...
¡Ah! jo deguí marxar del camp de Cannas
dret sobre Roma, y Roma fora meva [5].

(*S' acosta á la finestra.*)

Dolsas auras marítimas, vosaltres
que tantas voltas vers la mar llatina
las victoriosas naus cartaginesas
arrodonint lurs velas impe-líreu,
aplegáu en mos ulls, vérges de llágrimas,
la que primera apunta, y ab vosaltres,
áuras del mar, portáula á ma Cartago,
que 'm fou ingrata, pero que es ma patria.

(*Baixant al prosceni.*)

Tot es finit. Vinga la mort. La espero.
¡Adeu, Cartago!... ¡Ja has viscut, Aníbal!

ANÍBAL, ICETAS.

(*Icetas porta una copa d' argent. Aníbal allarga una má per péndrerla, pero Icetas la retira.*)

ANÍBAL.

¡La copa!

ICETAS.

¡Capitá!

ANÍBAL.

¡Dòna! ¿Qué tardas?

ICETAS.

Te prech avans, senyor...

ANÍBAL.

¿No veus que venen?
¿Qué tardas, donchs? ¿qué vols?... ¿Vols que ma testa

ensangrentada, lo Senat de Roma
posar fasse en lo rotle, perque puga
fartarne de la plebe las miradas?...
¿Vols que entre en la ciutat junyit al carro
triunfal de Flaminius, ó que 'l poble
romá contemple en sos mercats la venda
de Aníbal al encant?... ¡Dònam!

(*Icetas se deixa péndre la copa.*)

¡Oh! ¡Gracias!
¡Ja tinch la mort!

(*Beu lo contingut de la copa.*)

¡Gracias, oh Deus, que llivre
ja puch morir com he viscut!... Icetas,
tu partirás avuy mateix. Cartago
ha de saber per tu la mort de Aníbal.
Ves á ma terra, y última penyora
de mon amor, l' hi portarás mon ferro.

(*Se descenyeix la espasa y la dona á Icetas.*)

Me venjo axís. ¡Jo no só ingrat, Cartago!

ICETAS.

¡Oh víctima, salut!

ANÍBAL.

¡Oh Roma, Roma,
has vensut!... Més que jo pogué ton odi.
Ja tots dos en la terra no cabíam
y ma mort t' obra pas. Los Deus permeten
que de tos fills un jorn la prostituida
rassa, vagant vage pels erms; y Roma
esborrada del mon, reste per sempre
en lo clot de sos vicis sepultada
sota 'l cremant caliu de sas cendreras.

(*Anibal se senta. S' ouhen crits, é Icetas se dirigeix á la porta.*)

ICETAS.

¡Venen ja, Aníbal!

ANÍBAL.

Que un romá no 'm vege
defallir á sos ulls.

ICETAS.

¡Senyor!

(*Anibal, que 's dirigeix á la cambra vehina, se deté un moment á la porta.*)

ANÍBAL.

Icetas,
¡adeu! ¡adeu! De Aníbal, á Cartago
porta l' últim recort. Ves á la noble
font de sengles virtuts, luscent empori
de santedat, Cartago l' africana,
y, per mon testament, pórtali 'l ferro
tantas voltas tenyit ab sang romana!

(*Desapareix Anibal. Icetas cau de genolls besant la espasa de Anibal. Los soldats romans invadeixen en tumult la escena.*)

ICETAS, SOLDATS ROMANS, FLAMINIUS.

SOLDATS.

¡Aníbal!

(*Icetas alsa la cortina de la porta y ensenya lo cadáver de Anibal als soldats que 's deturan com esfereits.*)

ICETAS.

Mort.

FLAMINIUS.

(*Desde 'l fons del teatro.*)

¡Lo mon es teu, oh Roma!

CAU LO TELÓ.

LA MUERTE DE ANÍBAL.

TRADUCCIÓN DE

DON TEODORO LLORENTE.

PERSONAJES.

ANÍBAL.
PRUSIAS (REY DE BITINIA).
ICETAS (CAPITÁN CARTAGINÉS).
FLAMINIO (EMBAJADOR DE ROMA).

Soldados romanos.

La escena en la capital de Bitinia y en el palacio del rey.

ANÍBAL, PRUSIAS.

(*Entran en escena conversando.*)

PRUSIAS.

No, Aníbal, no. Las cosas ceden siempre
del lado á que se inclinan. Hoy, de Roma
combatir el poder á mí no es dado;
y si la lid arriesgo, de mi reino
seré el último rey, y de mis huestes
lo que en trabar tardare la batalla,
tardará Roma en aventar los restos.
No, Aníbal, no. ¿Qué importa que tú seas
mi amigo y general? ¿Qué importa? ¡Hubieses
de las legiones que mandaste en Cannas,
una no más! ¿Qué resta ya, qué resta
de los cien mil soldados que cruzaron
el Pirineo, el Apenino, el Alpe?
¿Qué resta del ejército que hacía,
sólo al ponerse en marcha, oscurecerse

la luz del cielo y retemblar la tierra?
¿Qué resta, dime, dél?

ANÍBAL.

¿Qué resta? Aníbal.
¿Vencer quieres á Roma? ¡Osa vencerla!
Pues qué ¿no soy yo Aníbal? Pues qué ¿Roma
bambolear sus mármoles y bronces
no siente aún, estremecida, si oye
nombrar, no más, el vencedor de Cannas?
¿Aníbal yo no soy? El día, oh Prusias,
que entre Roma y el sol la sombra airada
se interponga de Aníbal, aquel día
dejará el sol de iluminar á Roma.
Mi plan secunda: déjame buscarte
en Grecia, en Creta, en Pérgamo alianzas,
y del romano yugo yo te salvo.
Tres batallas no más, y hasta las puertas
te conduzco de Roma, y te la entrego
exánime á tus pies, postrada y muda,
rota y exhausta la ciudad soberbia.
¡Será su Capitolio tu palacio;
tuyos sus templos, de tu Dios sus aras;
de tus siervos sus cónsules esclavos;
rameras de tu hueste sus matronas!
Aquí, sus senadores, en la plaza
pondrás en venta; y los anillos de oro
del quirite altanero, allá, en Cartago,
de mis soldados obtendrá, vendidos
por lascivo favor, la cortesana
sirvienta de la Venus africana.

PRUSIAS.

¡Es loco sueño, Aníbal!... Hoy Bitinia,
si combate, caerá.

ANÍBAL.

¡Caerá con gloria!

Aprendí, niño, en los mesenios cantos
del gran Tirteo, que caer cual hombre
y cual hombre morir, es lo que importa
cuando se vive á la merced ajena,
la paz comprando con infame oprobio.

PRUSIAS.

Aníbal, yo no quiero, ni podría
romper las paces que me brinda Roma.
¡No más guerras! Las paces ofrecidas
por tí, en primer lugar, aceptar debo,
por tí, tan sólo, Aníbal, que ya es hora
que al tiempo dando lo que el tiempo exige,
puedas morir tranquilo, terminada
la misión que fué gloria de tu vida.

ANÍBAL.

¿Qué me importan la vida ni la muerte?
¡Muerte ó vida con gloria sólo anhelo!
¡Paz! ¡Reposo!... ¿Imaginas que mi brazo
enflaquecido por la edad, se niega
á esgrimir el acero? Todavía
varonil corazón late en mi pecho,
y arde la sangre de mis cinco lustros
si el cuerno ronco y la sonora trompa
al mundo lanzan el clamor de guerra.
Soy el hijo de Amílcar. De mi padre
aprendí á guerrear. Luchas y riesgos
fueron mis fiestas. Mi existencia toda
pasé en los campos de batalla, de hambre
viviendo y sed, por tálamo la tierra,
por cojín el escudo, y por techumbre
estrellas ó relámpagos. Al duro
combate y la fatiga acostumbrado,
más reposo no tuve que las lides,
ni más placer para solaz del alma,
que el oír recitar, allá en la fría
noche invernal, los cantos de Tirteo.

¿Qué hablas de mi misión ya terminada?
Mi vida á un juramento está sujeta,
y me la dió para cumplirlo el cielo.
Mi padre... Era yo niño, y lo recuerdo...
¡Recuerdo eterno para mí!... Llevóme
mi padre, de la mano, á los altares
de Júpiter, á tiempo que era en ellos
inmolada la víctima, y la diestra
haciéndome poner en las entrañas,
«Jura, me dijo, júrame, hijo mío,
que enemigo de Roma serás siempre!»
Y juré. Desde entonces día y noche,
en paz y en guerra, en tregua y en combate,
fijo estará por siempre en mi memoria
el juramento que hice allá en la playa
donde alza el muro la española Gades.
Una vez olvidélo, una vez sola...
en Capua... y á mi mente lo trajeron
las que aun hoy, en mis manos, de la víctima
del sacro altar, manchas de sangre miro.
Vivo de odio. Lo sabe Roma y me odia
cual la odio yo. Si no quieres la guerra;
si mi voz no te mueve; si tu lucro
y el porvenir de tu corona y casa
á combatir á Roma no te inclinan,
yo partiré, señor. De pueblo en pueblo
buscaré amigos; buscaré monarcas
hasta el fin de la tierra, que combatan
la odiada Roma; y si ninguno hallase,
fiel en el corazón al que hice un día
voto sagrado, acabará mi odio
con mi postrer agonizante aliento.
Mi misión esa es, esa es mi vida.
Mi rencor africano no se doma.
¿Quieres llenarla? ¿Quieres ver cumplida
la misión de mi vida?... Dame á Roma.

PRUSIAS.

Nunca prudente consejero, Aníbal,
ha sido la pasión. Te ciega el odio.
Virtudes hay en Roma. Sé que guarda
de tí mejor memoria que tú de ella.
Héroe, te admira, si enemigo te odia.
Hoy mismo, aquí, su embajador, el noble
pretor Flaminio, me decía...

ANÍBAL.

¡Prusias!
¿Recibes tú de Roma embajadores?...

PRUSIAS.

Hoy, al romper el alba, de Flaminio
arribaron las naves.

ANÍBAL.

¡Santos Dioses!
¡Y tú tienes, oh rey, tratos con Roma,
y Aníbal no lo sabe!...

PRUSIAS.

Eres mi huésped.
No ignora Roma que te dí refugio,
y envía mensajeros á decirme
que nunca turbará de nuestra vida
la paz ni la quietud, y que á este albergue
que te dió asilo guardará respeto,
si no salir jamás de mis dominios
juras, ni abandonar la nueva patria
que aquí te presta generoso amparo.
Así permite Roma que en mi reino
su vida acabe en paz el grande Aníbal.

ANÍBAL.

¿Y así, de tí, de mí, Roma dispone?

PRUSIAS.

Es fuerte, y puede. Irrevocable es la orden;
y en paz con Roma he de vivir. Te dejo
aquí á tus solas, meditar. Atiende
mi ruego, y presta el juramento.

ANÍBAL.

¡Nunca!
¡Jamás lo prestaré!

PRUSIAS.

Yo te lo pido,
que en mi reino la paz, en tí la vida
de que jures ó no quizá depende.
(*Vase.*)

ANÍBAL, *solo.*

¡Oh tierra, oh cielo, oh Dioses, que el destino
presidís de Cartago! ¿Es que la hora
ya para mí ha sonado? ¿Es que la tierra
se abre bajo mis pies, y que á las Parcas
ya mi vida los Manes entregaron?
Rey ingrato y perjuro, yo de Eumenes,
tu enemigo mortal, te libré un día!...
Rey ingrato y perjuro, por mí fuiste
el dictador de Pérgamo, y hoy debes
al poder de mi brazo verte dueño
de ese rico país que el Cauco baña.
¿Qué te pedí de mi victoria en cambio?
¿Oro? ¿Timbres? ¿Grandezas?... No, la guerra,
la guerra sólo á Roma... Y la juraste,
y el fatal juramento recogieron
los sagrados Penates en tus labios.
Rey ingrato y perjuro, á las deidades
venganza pediré de tu falsía.
Si justicieras son, tú serás víctima
de la paz con que Roma te encadena.

Y qué, ¿tendré que desistir cobarde
porque así Prusias me abandona?... Caigan
las estrellas primero; rueden antes
olas de fuego y aguas encendidas
por los abismos de la mar salada.
Lo que no debe hacer, no lo hace Aníbal.
A los Manes me debo de mi padre,
á mí mismo me debo, y á tí, ¡oh patria!
¡oh tierra llena de mi amor, Cartago!
Buscaré por el mundo un rey que quiera
mis planes secundar. La odiosa Roma
caerá á mis pies. De la Aventina cumbre
la veré entrar á sangre y fuego. Huyendo
veré á sus ciudadanos, cual medrosas
mujeres que sus nidos desamparan.
Veré sus monumentos derrumbarse
á las cárdenas llamas del incendio;
y mis bajeles llevarán, por lastre,
sus cenizas y escombros á Cartago,
y con restos de Roma te haré un templo,
Belo cartaginés, Dios de mis padres!
¡Cúmplanse, oh Dioses, mis fervientes votos!
¡El vengador del África yo sea!
Hacia la mar, á ríos, correr mire
sangre latina, hasta agotarse toda;
y quede, para terror de la futura
generación romana, mi sepulcro
en la Tarpeya roca levantado,
de tu vívido sol, ¡oh patria mía,
por los rayos de gloria empurpurado!

ANÍBAL, ICETAS.

(*Icetas entra corriendo y amedrentado.*)

ICETAS.

Señor, el puerto de romanos buques
lleno está ya, y la plaza de guerreros.

ANÍBAL.

¿Y bien?...

ICETAS.

¿Escuchas? «Muera, muera Aníbal»
gritando van. Su multitud espanta.

ANÍBAL.

¡Mi casco! ¡Mi coraza!

ICETAS.

Es imposible
pensar en resistir, que ya Flaminio
el palacio ha cercado.

ANÍBAL.

¡Ah, Prusias, Prusias!

ICETAS.

Tiempo tienes de huir. Aquí me quedo,
y alejarte podrás antes que muera.
Huye, Aníbal.

ANÍBAL.

¿Huir? ¡Jamás! No debes,
Icetas, morir tú. ¿Cuento contigo?
¿Cumplirás tu deber?

ICETAS.

De Isubria el valle
do salvaste mi vida, te responda.
Desde entonces, mi vida ya no es mía;
de Aníbal es.

ANÍBAL.

El tósigo prepara
que contiene este anillo.
(*Le da su anillo. Icetas se retira.*)

ANÍBAL.

¡Triunfas, Roma!
Pasó aquel tiempo en que el Senado enviaba
á pugnar con Aníbal capitanes
llamados Fabio ó Escipión. Las lides
entiende Roma ya de otra manera:
hoy, no soldados á vencer, envía
sicarios á matar...
Tú y yo, Cartago,
perdido habemos la fortuna añeja.
¡Ay! recto sobre Roma desde Cannas
debí marchar, y mía fuera Roma.
(*Se acerca á la ventana.*)
Dulces auras marítimas, vosotras
que tantas veces hacia el mar latino
de la triunfal cartaginesa escuadra
las encorvadas velas impelisteis,
en mis pupilas, vírgenes de lloros,
recoged el primero, y con vosotras,
brisas del mar, llevadlo á mi Cartago,
que me fué ingrata, pero que es mi patria.
(*Bajando al proscenio.*)
Todo acabó. Ven, muerte, ya te espero.
¡Adiós, Cartago, adiós!... ¡Viviste, Aníbal!

ANÍBAL, ICETAS.

(*Icetas trae una copa de plata. Aníbal extiende la mano para tomarla, pero Icetas la retira.*)

ANÍBAL.

¡La copa!

ICETAS.

¡Capitán!

ANÍBAL.

Dame, ¿qué tardas?

ICETAS.

Te ruego antes, señor...

ANÍBAL.

¿No ves que vienen?
¿Qué tardas? ¿Quieres tú que mi cabeza
el Senado romano, ensangrentada,
ponga en el rollo, porque pueda en ella
saciar la plebe sus miradas? ¿Quieres
que entre yo en la ciudad uncido al carro
triunfador de Flaminio, y que contemple
Roma en su plaza la humillante venta
de Aníbal á la puja? Dame.

(*Icetas le deja tomar la copa.*)

¡Oh, gracias!
¡Tengo la muerte!

(*Bebe el contenido de la copa.*)

¡Gracias! Libre, ¡oh Dioses!
puedo morir, como he vivido. Icetas,
hoy mismo partirás. Sepa Cartago
por tí la muerte del proscrito Aníbal,
y llévale, por última memoria
del vencedor de Cannas, este hierro.

(*Desciñese la espada y la entrega á Icetas.*)

Me vengo así. No soy ingrato, ¡oh patria!

ICETAS.

¡Oh víctima, salud!

ANÍBAL.

¡Oh Roma, Roma!
¡Venciste!... Más que yo pudo tu saña.
Era, para los dos, estrecho el mundo;
mi muerte te abre paso. ¡Quiera el cielo
que algún día tus hijos degradados
vaguen por los desiertos, y tú misma,
del haz borrada de la tierra, quedes

en el infame lecho de tus vicios
entre rojas cenizas sepultada.

(Anibal se sienta. Oyense gritos, é Icetas se dirige á la puerta.)

ICETAS.

Vienen, Aníbal.

ANÍBAL.

No me vean ojos
romanos desmayar.

ICETAS.

¡Señor!...

(Anibal, que se dirige al aposento contiguo, se detiene un momento á la puerta.)

ANÍBAL.

¡Icetas,
adiós! Lleva de Aníbal á Cartago
el último recuerdo. Vé á la noble
fuente de alta virtud, brillante emporio
de santidad, Cartago la africana,
y como herencia, llévale este hierro
que veces mil tiñó sangre romana!

(Desaparece Anibal. Icetas cae de rodillas besando la espada de Anibal. Los soldados romanos invaden tumultuosamente la escena.)

ICETAS, SOLDADOS ROMANOS, FLAMINIO.

SOLDADOS.

¡Aníbal!

(Icetas levanta la cortina de la puerta, y enseña el cadáver de Anibal á los soldados que se detienen horrorizados.)

ICETAS.

Muerto.

FLAMINIO *(Desde el fondo.)*

¡El mundo es tuyo, Roma!

CAE EL TELÓN.

LA MUERTE DE ANÍBAL

TRADUCCIÓN EN VERSO CASTELLANO

POR

DON PEDRO MARÍA BARRERA.

PERSONAJES.

ANÍBAL.
PRUSIAS (REY DE BITINIA).
ICETAS (CAPITÁN CARTAGINÉS).
FLAMINIO (EMBAJADOR DE ROMA).

Soldados romanos.

La acción pasa en el palacio del rey, en la capital de Bitinia.

ANÍBAL, PRUSIAS.

(*Entran en escena continuando una conversación.*)

PRUSIAS.

No, Aníbal, no. Las cosas siempre caen
del lado á que se inclinan. Hoy de Roma
no alcanzo á combatir el poderío,
y, si la lucha emprendo, de mi raza
último rey seré. Lo que mi gente
tarde en lanzarse á la pelea, eso
tardará Roma en reducirla á polvo.
No, Aníbal, no. ¿Qué importa que te tenga
por general y amigo? ¡Si á tu lado
conservaras siquiera algunos restos
de las legiones que á tu genio en Cannas
debieron la victoria!... Mas ¿qué queda
de los cien mil soldados que cruzaron
el Pirene, los Alpes y Apeninos?

De aquellos valerosos campeones
que con sólo moverse, oscurecieron
la luz del sol y rechinar hicieron
los ejes de la tierra, ¿qué ha quedado?

ANÍBAL.

¿Qué ha quedado, preguntas? Queda Aníbal,
y á Roma vencerás si á ello te atreves.
Pues ¿qué?... ¿no soy Aníbal?... Pues ¿qué?... ¿Roma,
Roma no siente aún, de espanto llena,
derrumbarse y caer sus monumentos
al recordar al vencedor de Cannas?
¿No soy Aníbal yo?... El día ¡oh Prusias!
que entre Roma y el sol mi sombra veas,
sólo mi sombra, sábelo, ese día
dejará el sol de iluminar á Roma.
Oye mi voz: permite que te busque
aliados en Grecia, en Creta... ¡en Pérgamo!
Tres batallas no más, y te conduzco
á las puertas de Roma... y yo te entrego
temblando ante tus pies, postrada, muda,
rota y rendida la ciudad soberbia.
Tendrás su Capitolio por morada;
tuyos serán sus templos; de tus dioses
sus aras; á sus cónsules esclavos
harán tus servidores, y rameras
á las matronas tus soldados fieles.
Aquí, en pública venta, en tus mercados
verás sus senadores, y mis tropas
allá, en Cartago, con anillos de oro
de los nobles romanos, los favores
comprarán de las lúbricas mujeres
que sirven á la Venus africana.

PRUSIAS.

Eso es un sueño. Si Bitinia hoy lucha,
Bitinia cae.

ANÍBAL.

Mas caerá con gloria.
Y yo sé por los cantos mesenianos
del gran Tirteo, que caer como hombre
es tan excelso honor, como es infame
vivir sujeto á la merced ajena,
la paz debiendo á vergonzoso oprobio.

PRUSIAS.

Aníbal, yo no quiero, yo no puedo
romper con Roma que la paz me ofrece,
y aceptaré la paz. ¡Basta de guerras!
La aceptaré por tí, por tí ante todo;
que tiempo es ya de que se dé á los años
lo que tus años piden, y tranquilo
puedas dejar el mundo, concluida
la misión que fué gloria de tu vida.

ANÍBAL.

Ni vivir ni morir me importa nada.
Vivir con gloria ó perecer con gloria:
sólo eso quiero; no un descanso inútil,
no un inútil reposo, no. ¿Has creído
que mi brazo se niega, ya rendido,
á blandir el acero? Todavía
corazón varonil late en mi pecho,
y siento el brío de mis cinco lustros
si el cuerno ronco y la sonora trompa
al aire lanzan su clamor de guerra.
Hijo del gran Amílcar, de mi padre
aprendí á ser soldado: los peligros
mis fiestas fueron y pasé mi vida
en los sangrientos campos de batalla,
viviendo de hambre y sed; cama era el suelo,
almohada el escudo y, estrellado
ó ardiendo en tempestades, tienda el cielo.
Avezado al combate y las fatigas,

no tuve más descanso que la lucha
ni otro placer, para solaz del ánimo,
que el de oir recitar, entre mis tropas,
del frío invierno en las eternas noches,
los inspirados cantos de Tirteo.
¿Qué me hablas, pues, de mi misión cumplida?
Mi vida á un juramento consagrada,
para cumplirlo, el cielo me dió vida.
Mi padre...—yo era un niño, y lo recuerdo
porque es mi gran recuerdo. Oye.—Mi padre
me cogió de la mano al tiempo mismo
que el sacerdote en el altar de Júpiter
sacrificaba; yo extendí la diestra
sobre las palpitantes y calientes
entrañas de la víctima, y, severo,
—«Jura, hijo mio, jura, dijo Amílcar,
que enemigo serás siempre de Roma.»
Lo juré: y desde entonces, ni de noche,
ni de día, ni en paz, ni en guerra, nunca
dejó de estar reciente en mi memoria
el juramento que presté en la playa
junto á los muros de la hispana Gades.
Sólo una vez... en Capua fué... un momento
menguado lo olvidé; pero en mis manos
vieron mis ojos sangre de la víctima
en el sagrado altar sacrificada,
y cesó al punto el criminal olvido.
Odio es mi vida: Roma no lo ignora
y me odia á su vez. Si huyes la guerra,
si ni mis ruegos ni tu propio lucro
ni de tu reino el porvenir te animan
á lanzarte á la lucha, sin tardanza
saldré, Prusias, de aquí. De pueblo en pueblo,
hasta el límite mismo de la tierra,
reyes iré buscando que briosos
midan sus armas con la odiada Roma;
y si no los encuentro, por lo menos,
fiel al voto sagrado de mi infancia,

ya se verá que mi rencor va unido
al último estertor de mi agonía.
Mi misión esta es, mi vida es esta.
Mi corazón de hierro no se doma.
¿Quieres rendirme? ¿Quieres que se acaben
mi vida y mi misión?... Pues dame Roma.

PRUSIAS.

Jamás, Aníbal, buena consejera
ha sido la pasión. Te ciega el odio,
y cuando niegas con creciente ira
las virtudes de Roma, ella, más justa,
enemigo te odia, héroe te admira.
Hoy Flaminio el pretor, recién llegado,
de Roma embajador, dice...

ANÍBAL.

¡Y tú, Prusias,
tú recibes de Roma embajadores!

PRUSIAS.

Hoy con sus naves, al romper el alba,
llegó Flaminio.

ANÍBAL.

¡Dioses poderosos!
¡Tú!... ¡tú en tratos con Roma, y esto pasa
sin que lo sepa yo!...

PRUSIAS.

Tú eres mi huésped.
Roma lo sabe: sabe que aquí vives,
y me avisa que nunca tu sosiego
ni tu paz turbará; que nunca airada
al noble reino que te presta asilo
negará su respeto, si tú juras
no volver á salir de mis Estados,
que, nueva patria para tí, te ofrecen

amparo y protección. De esta manera
Roma no ha de oponerse á que en mi reino
su vida acabe en paz el gran Aníbal.

ANÍBAL.

¿Y así de tí... ¡y de mí! dispone Roma?

PRUSIAS.

Es fuerte y puede. Su orden está dada
y yo he de obedecer. Aquí te dejo
á solas meditar, mas te suplico
que el juramento prestes.

ANÍBAL.

¡Nunca! ¡Nunca!
Jamás lo prestaré.

PRUSIAS.

Piénsalo en calma,
que la paz de mi reino y de tu vida
de tu resolución tal vez dependen.
(*Vase.*)

ANÍBAL.

¡Oh tierra! ¡oh cielo! ¡oh dioses que el destino
presidís de Cartago! ¿Es que ya toco
mi término fatal? ¿Es que la tierra
bajo mis plantas huye, y á las Parcas
mis dioses tutelares abandonan
el hilo de mi vida? ¡Rey ingrato!
¡Rey perjuro! Yo soy el que de Eumenes,
tu enemigo mortal, te libró un día.
Yo soy, ¡oh Rey ingrato! ¡Rey perjuro!
quien dictador de Pérgamo te hizo,
y por mi esfuerzo te llamaste dueño
de cuanto el Cauco baña. En recompensa,
¿qué honores, qué grandezas, qué tesoros
Aníbal te pidió?—Sólo quería

hacer la guerra á Roma... ¡y lo juraste!
Sí, lo juraste y de tus mismos labios,
por tus mismos penates recogido
tu juramento fué. Sí; ¡Rey perjuro!
¡Rey ingrato! á tus dioses encomiendo
de tu traición infame la venganza,
y, si son justicieros, la amargura
te dirá inexorable en corto plazo
que Roma con la paz te tiende un lazo.
¿Y qué?... ¿Porque á mi suerte me abandones
yo debo desistir?... Caiga primero
del firmamento el sol; rueden revueltas
olas de fuego y aguas encendidas
por la ancha cuenca de la mar salada.
Lo que de Aníbal es indigno, Aníbal
jamás lo ha de intentar, jamás. Me debo
á los sagrados manes de mi padre,
y me debo á mí mismo y á tí, ¡oh tierra
llena de luz y amor! á tí, Cartago.
Yo encontraré un monarca que en mis votos
sus votos mire, y á la odiosa Roma
contemplaré á mis pies. Desde la cumbre
del Aventino entrarla á sangre y fuego
verán mis ojos, centelleando dicha.
Veré á sus ciudadanos huir medrosos
como bandada de asustadas hembras
que su nido abandonan. Desplomarse
veré sus monumentos, del incendio
á la siniestra claridad. Gozoso,
lastre de mis bajeles, á Cartago
mandaré sus escombros y cenizas,
y allí de estas ruinas te haré un templo,
Belo cartaginés, Dios de mis padres.
Dejad que mi esperanza se realice;
dejadme ser el vengador del Africa.
¡Oh dioses inmortales! Que yo vea
correr hacia la mar en ancho arroyo
sangre latina, y, para espanto y luto

de las generaciones venideras
de ese pueblo romano, que mi tumba
en la roca Tarpeya esté enclavada
por tu esplendente sol ¡oh gran Cartago!
con los rayos de gloria arrebolada.

ANÍBAL, ICETAS.

(*Icetas entra precipitadamente y asustado.*)

ICETAS.

Señor, naves de Roma el puerto llenan;
sus soldados, señor, la plaza invaden.

ANÍBAL.

¿Qué dices?

ICETAS.

¿No los oyes? «¡Muera Aníbal!»
gritan todos. Aterra sólo el verlos.

ANÍBAL.

¡Mi casco!... ¡Mi coraza!

ICETAS.

Es imposible
pensar en resistir.

ANÍBAL.

¡Oh!

ICETAS.

Ya Flaminio
te ha cercado el palacio.

ANÍBAL.

¡Oh Prusias! ¡Prusias!

ICETAS.

Tiempo tienes de huir; yo aquí me quedo
y te podrás salvar mientras me matan.
Huye al momento, Aníbal.

ANÍBAL.

¡Nunca! Icetas,
el que debe morir no eres tú. Dime:
¿Puedo contar contigo?

ICETAS.

Que responda
por mí el valle de Isubria; allí mi vida
salvaste generoso, y desde entonces
no es mía, tuya es. Dí lo que quieres.

ANÍBAL.

Quiero que me prepares el veneno
que en este anillo está.
(*Le entrega su anillo. Icetas se retira.*)
Triunfas ¡oh Roma!
Pasó ya el tiempo en que mandar solías
conmigo á combatir nobles varones
que se llamaban Fabios y Escipiones.
Hoy entiendes la guerra de otro modo,
y en vez de héroes, mandas asesinos.
A tí y á mí, Cartago, la fortuna
nos vuelve ya la espalda... Yo debía
desde el campo de Cannas ir á Roma,
y si lo llego á hacer, Roma era mía.
(*Se acerca á la ventana.*)
Vientos de acres aromas, dulces vientos
que tantas veces hacia el mar latino,
de los cartagineses, arrullándolas,
empujasteis las naos victoriosas,
de mis ojos, que nunca nubló el llanto,
recoged hoy la lágrima primera,

y en vuestras alas húmedas, amantes
conducidla á Cartago. Para Aníbal
há tiempo ingrata es; pero es su patria.

(*Bajando al proscenio.*)

Todo, todo acabó. Te espero, ¡oh muerte!...
Vale, Cartago! Aníbal, ya has vivido.

(*Icetas entra con una copa de plata. Aníbal quiere cogerla, pero aquél la retira.*)

Dame esa copa.

ICETAS.

Capitán...

ANÍBAL.

¿Qué esperas?

ICETAS.

Antes, señor, te ruego...

ANÍBAL.

Si ya vienen
¿qué esperas, pues? ¿qué quieres? ¿que el Senado
exponga mi cabeza en una argolla
para hartar las miradas de las turbas?
¿Quieres que á la ciudad Aníbal llegue
al triunfal carro de Flaminio uncido
y que el pueblo mi venta en un mercado
pueda gozar?... ¡La copa!

(*Arrebatándosela á Icetas*)

¡Oh dioses!... gracias:

(*Se bebe el contenido de la copa.*)

mía es la muerte ya. Libre he vivido
y libre moriré... Hoy mismo, Icetas,
para mi tierra partirás: mi muerte
sabrán allí por tí, y, último beso,
última prenda de mi amor, la espada

del que en Cannas triunfó lleva á Cartago.
Así me vengo: así su olvido pago.
(*Desciñese la espada y la entrega á Icetas,*)

ICETAS.

¡Oh víctima, salud!

ANÍBAL.

¡Roma! has vencido.
Odio por odio, pudo más el tuyo,
y, no cabiendo juntos en la tierra,
te abre paso mi muerte. Que los dioses
permitan que algún día vague errante
tu raza corrompida; que se pierda
tu nombre, y que por siempre, sepultada
en la inmunda cloaca de tus vicios,
bajo el rescoldo estés de tus cenizas.
(*Anibal se sienta. Oyense gritos. Icetas se dirige á la puerta.*)

ICETAS.

Señor, ya vienen.

ANÍBAL.

¡Oh!... ningún romano
me verá agonizar.

(*Da algunos pasos hacia la cámara vecina, en cuya puerta se detiene un momento.*)

ICETAS.

¡Señor!...

ANÍBAL.

Icetas...
¡Esto es hecho! De Aníbal á su patria
lleva el postrer recuerdo. Ve á esa fuente
de insólitas virtudes, noble emporio
de santidad, Cartago la Africana...

y en esa espada, que es mi testamento,
más que acero verá sangre romana.

(*Desaparece Aníbal. Icetas cae de rodillas besando la espada del héroe. Los soldados romanos invaden tumultuosamente la escena.*)

ICETAS, FLAMINIO, SOLDADOS ROMANOS.

SOLDADOS.

¡Aníbal!

(*Icetas levanta el tapiz de la puerta y enseña el cadáver de Aníbal á los soldados, que se detienen estremecidos.*)

ICETAS.

¡Muerto!

FLAMINIO.

(*En el foro.*)

¡El mundo es tuyo, oh Roma!

CAE EL TELÓN.

NOTAS DEL AUTOR

Á LA TRAGEDIA «LA MUERTE DE ANÍBAL»

---

(1) La batalla de Cannas ó Canas, en Apulla, fué ganada por Aníbal, con cincuenta mil hombres, sobre los romanos, que tenían ochenta y seis mil. Pablo Emilio, el cónsul general de los romanos, con dos cuestores, ochenta senadores, muchos consulares, veinte tribunos, y multitud de caballeros y hasta setenta mil soldados, según se cuenta, quedaron muertos en el campo de batalla. Aníbal sólo perdió de cinco á seis mil hombres.

(2) Este es un pensamiento de Tirteo en su primera Meseniana. «El que no combate, el que huye, dice Tirteo, el que implora la piedad, pobre, desterrado, abatido, es de todos odiado. Todos huyen de él. El dolor le acompaña y el oprobio le sigue.»

(3) Sabido es de todos el juramento que Amílcar, el padre de Aníbal, hizo prestar á su hijo cuando éste sólo tenía nueve años. Amílcar al partir de Cartago, y al penetrar en España, como general de los cartagineses, mandó hacer sacrificios á Júpiter, en Cádiz, é inmolar víctimas ante sus altares para tenerle propicio en la campaña. Su hijo Aníbal, á pesar de ser un niño, le acompañaba. Amílcar condujo á su hijo ante los altares de Júpiter y le hizo jurar que sería siempre enemigo de los romanos.

(4) Aníbal prestó á Prusias, rey de Ponto y de Bitinia, grandes servicios, no siendo por cierto el menor el que tuvo ocasión de prestarle en la guerra contra Eumenes, rey de Pérgamo, que fué vencido y vió dominadas sus tierras por Aníbal, general de las tropas de Prusias.

(5) Fué el gran error de Aníbal. Después de la batalla de Cannas, marchó en efecto sobre Roma, pero retrocedió para detenerse en Capua, donde lo propio él que sus soldados olvidaron la guerra para entregarse á los placeres. De aquí lo de *las delicias de Capua*.

CORIOLANO

TEXTO CATALÁN CON LA TRADUCCIÓN

EN VERSO CASTELLANO

POR

D FRANCISCO PÉREZ ECHEVARRÍA y D. JERÓNIMO ROSELLÓ

Cayo Marcio, llamado más tarde Coriolano, nació por los años de 526 y murió por los de 588 antes de Jesucristo. Pertenecía á la casa de los Marcios, á la gente Marcia, como decían los latinos, una de las familias patricias más ilustres de Roma.

Hizo sus primeras armas en la batalla del lago Regilli, donde cayó para siempre la raza de los Tarquinos, y mereció que por su valor se le concediera la corona de roble. Fué aquella la célebre batalla en la cual se dijo que habían aparecido los Dióscoros.

Marcio-Coriolano tomó parte en otras empresas, en las cuales alcanzaba siempre premios y honores, y disfrutaba en Roma de gran reputación y crédito, siendo muy estimado, sobre todo, por la veneración y cariño que tenía á su madre Volumnia.

Fué entonces cuando tuvo lugar la desavenencia entre el Senado y el pueblo, retirándose éste al Monte Sacro y al Aventino, de donde sólo salió cuando se le hubo reconocido el derecho de elegir tribunos inviolables, que podían oponerse con la sola palabra «Veto» á toda ley contraria á los intereses del popular.

En esta cuestión, Marcio pertenecía al partido de los contrarios al pueblo.

Cuando comenzó la guerra contra los volsgos, Marcio fué enviado al sitio de Corioles, donde los romanos hubieran sufrido una derrota completa, á no ser Marcio, quien hizo comprender sus deberes á los fugitivos, y juntando algunas cohortes, arre-

metió con ellas y se apoderó de la plaza. Por este y otros actos de valor que ejecutó en aquella campaña, se le dió el sobrenombre de Coriolano, en recuerdo de la victoria y de la plaza por él expugnada.

Nuevas turbaciones tuvieron lugar en Roma. Marcio-Coriolano se afilió al partido del Senado y de los patricios contra el pueblo, siendo esta la causa de no poder conseguir el consulado á que aspiraba.

Los demagogos Sicinio y Junio Bruto, tribunos del pueblo, acusaron á Coriolano de traidor y tirano, y fué condenado á muerte, siguiéndose de esto mayores turbaciones en Roma. El Senado, sosteniendo en la causa de Marcio la suya propia, alcanzó que la sentencia fuese revocada, pero Coriolano hubo de presentarse ante el tribunal del pueblo como acusado. Se le condenó á destierro perpetuo, y tuvo que salir de Roma, dejando en ella á su madre, su mujer y sus hijos.

Proscrito, se refugió en territorio de sus enemigos los volsgos, que le acogieron favorablemente, prodigando á sus virtudes y entereza de carácter los honores que los romanos le habían negado.

Cuando de nuevo se encendió la guerra de los volsgos, aquellos nombraron á Marcio su general, y Coriolano marchó sobre su antigua patria, entrando á sangre y á fuego su territorio, apoderándose de plazas importantes, y llevando á Roma el terror y el espanto.

Llegó hasta poner sitio á la ciudad, que no estaba en situación de defensa ni de resistencia. El pueblo romano, temeroso, alzó entonces el destierro que sobre Marcio pesaba, y el Senado le envió embajador para conseguir la paz. Todo fué en vano. Coriolano no quiso ceder. Sólo se avenía á levantar el sitio mediando condiciones tales en favor de los volsgos, que no podían ser aceptadas por los romanos.

En este conflicto, cuando todo era en Roma terror, desolación y miseria, una matrona romana, Valeria, hermana de aquel Publícola que tantos servicios había prestado á la patria, y que tan gran romano fué, concibió la idea de salvar la ciudad, valiéndose de Volumnia, madre de Marcio, en obsequio de la cual se presumía que el hijo estaba dispuesto á hacer cualquier sacrificio. Presentóse, pues, en casa de Volumnia, y le propuso pasar al campo de los volsgos con todas las matronas romanas para pedir á Coriolano que retirase su ejército y salvase á Roma.

Prestóse Volumnia al deseo de Valeria.

Las damas romanas pasaron al campamento de los volsgos, y Volumnia consiguió de Marcio lo que de él no habían conseguido ni los ruegos de sus amigos y parientes, ni las instancias de los embajadores del Senado y del pueblo.

Marció levantó el campo y se retiró.

CORIOLÁ.

PERSONATGES.

CAYUS MARCIUS (APEL·LAT CORIOLÁ).
VOLUMNIA (SA MARE).
TITUS LARCIUS (PATRICI ROMÁ).
LAVINIUS (CAPITÁ DE VOLSGOS).

Campament dels volsgos davant de Roma. Interior de la tenda de Coriolá.

TITUS LARCIUS, CORIOLÁ.

(*S' aixecan com terminant sa conversa en lo moment de alsarse 'l teló.*)

LARCIUS.

Tot, donchs, ha ja finit entre nosaltres,
tot ha finit. ¿Cóm may poguí jo créure
que cedís á mos prechs qui als prechs de Roma
mut está y sòrt? Sos diputats los cónsuls
y lo mateix Senat aquí t' enviáren,
los sacerdots dels Deus aquí vinguéren,
y ab ells també dels temples los ministres. [1]
Tot en vá: Marcius es inexorable,
que de Marcius lo cor...

CORIOLÁ.

Jo no 'm dich Marcius:
jo 'm dich odi, venjansa, crim, incendi.

LARCIUS.

¡Y ets tu qui parla axís!... Deus poderosos,
ó mos sentits torbáreu, ó 'l que parla

no es aquell Marcius generós y noble
que en la batalla de Regilli un dia
la corona de róure conquistava.
No es ell, no pot ser ell, no es aquell Marcius
que en lluytas bravas y en combats encesos
fou sempre vencedor, que en Roma 's veya
respectat per tothom, y á qui en Corioles
l' exércit victoriós, per més honrarlo,
de Coriolá ab lo nom reengendrava. [2]
Qui avuy á Roma 's nega inexorable,
qui no acut á sos dols y á sas tristesas,
no es pas un fill de Roma; qui ab los volsgos,
sos enemichs, y 'ls enemichs de Roma,
ha fet causa comuna, y ab ells entra
á ferro, foch y sanch lo territori,
y ab ells s' acosta als murs sagrats, per ferne
lloch de dols y miserias á sa patria,
no es lo Marcius aquell, enter y noble,
que la toga pretexta un jorn vestía
dels senadors romans, y á qui en lo Forum
coronavam un jorn, tot batent palmas,
als crits triunfants de l' aplegada folla. [3]
Tu no ets romá de patria.

CORIOLÁ.

Patria, ¡oh Larcius!
que no honra als fills que l' han honrat, no es patria.
També ho recordo jo, també recordo
que m' han parlat d' un Coriolá, ó d' un Marcius,
que en los llachs de Regilli combatía
lo jorn mateix que 'ls Dióscors devallavan
ab los soldats romans á confundirse,
que temps eran aquells en que los Dióscors
pera salvar á Roma apareixian. [4]
Sé també que aquell Marcius, de Corioles
expugnador, est nom al seu juntava
per clamor del exércit y del cónsul;
sé que, rival tan sols de ell mateix, era

discret en los consells, brau en la lluyta;
y sé que Roma, al fi, tant li debía,
qu' era imposible ja pagar son deute:
mes sé també que açó que diuhen poble
li negá 'l consulat, y sé que un dia
lo poble 'l desterrava, y que llavoras
proscrit, errant, malalt y en l' infortuni,
sens llars y sens ventura, per la terra,
abandonat de tots, de Deus y d' homes,
sos incerts passos al etzar portava.
Llavors fou quan los volsgos l' acullíren,
sos enemichs los volsgos, per qui era
lo nom de Coriolá, nom miserable,
nom de sanya y d' horror. Tan generosos
com ingrats los romans, no en ell vejéren
al enemich capdal, al que algun dia
son flagell fou; y al darli honors y glorias,
rencors y greuges al olvit donáren.
No eran romans. Avuy, de sos exércits
es general, de sos estats es cónsul,
y Roma sa enemiga. Patria, ¡oh Larcius!
que no honra als fills que l' han honrat, no es patria!

LARCIUS.

¿No 'm contestas res més?

CORIOLÁ.

Res més.

LARCIUS.

Llavoras
diré al Senat y al poble...

CORIOLÁ.

¡Res al poble!
Ni ell vol de mí, ni jo vull d' ell. Contesto
sols al Senat. Lo poble no m' ocupa
ni altre cosa mereix que mon despreci.

Lo poble es com la serp y fa com ella.
Viu encauhat en sas inmundas covas,
d' hont surt tan solsament per rossegarse
pel llot com los reptils.

LARCIUS.

Te veig, te sento,
y 'm pregunto: ¿Quí ets, donchs?...

CORIOLÁ.

¿Quí só?... Un carácter.
Lo que ja no teniu ni sou vosaltres,
romans degenerats, fusta corcada!
Ja retret y vensut estava 'l poble...
Deixarlo donchs en l' Aventí debiau;
pero entráreu en pactes, concedintli
magistrats y tribuns, y las flaquesas,
quan son ab los humils, se pagan caras.
Transigir es cedir, es anularse,
y lo Senat, al transigir, perdía
drets que, perduts, may se recobran. Arbre
que una vegada 's tors, may més s' endressa.

LARCIUS.

Coriolá, jo 't diré...

CORIOLÁ.

Jo 't diré, Larcius,
que quan veig lo Senat y los patricis
humiliats y enconjits devant lo poble,
de la salut de Roma desespero.
En tant que visca eix tribunal que anul-la
lo poder consular, Roma no es llivre.
Perduda la unitat que la fiu forta,
ja avuy no manan ni 'l Senat ni 'ls cónsuls,
sino 'ls tribuns. Sicinius, Junius Brutus,
aquells que á mort un jorn me condemnáren,
y ab ells la demagogia, aquells en Roma

son avuy los qui manan.

LARCIUS.

Cayus Marcius,
tu tens encara la ferida oberta
y es lo dolor qui per ta boca parla.

CORIOLÁ.

Si parla lo dolor, no es sols lo d' una,
sino 'l de cent feridas, de que guarda
la cicatrís mon cos, totas rebudas
en lo pit, y per Roma.

LARCIUS.

(*Prenent un tó de prech y de carinyo.*)

Marcius, Roma,
aquella per qui tu la sanch vessáres,
la de tots tos amors, la de tas glorias,
aquella per qui guardan, no m' ho negues,
ton cor son nom, ton cos las cicatrissas
que per ser son escut portas per ella,
avuy ho espera tot de tu. Perduda,
desfeta en plors y en llástimas, ¡oh Marcius!
la salut te demana. ¡Jo t' imploro
en son sant nom! Avuy tots los agravis
que has rebut d' ella pots venjar. Exércits
no te que la defensen, la discordia
viu en lo camp dels ciutadans, los volsgos
no trovarán soldats á qui combátre...
Roma es perduda si un sol pas avansas.
¡Sálvala, donchs, sálvala, donchs, y 't venjas!

CORIOLÁ. (*Ab intenció.*)

¿Roma es perduda si un sol pas avanso?...

LARCIUS.

Roma es perduda, t' ho confeso, Marcius.
¿Cóm, si no fos aixís, cóm, donchs, haurían

vingut aquí clemencia á demanarte
sos ciutadans, sos senadors, sos cónsuls,
sos sacerdots mateixos?... No hi ha medi
de defensar á Roma, que dels volsgos
presa será al finalisar la treva
otorgada per tu, treva que acaba
avuy al cáure 'l jorn, si ans no 't retiras
ab tas legions y no conclous la guerra.
¿Per qué negarho, donchs?... Roma n' es centro
de terrors greus y de remors sinistres.
Per plassas y per vias sols se veuhen
donas corrent descabelladas, follas,
vells plorosos, que van de temple en temple
pregant als Deus, y esprits poruchs y débils
que á tot tremolan y de tot s' esglayan.

(*Mirant á totas parts com per assegurarse que ningú escolta, y acostantse á Coriolá, ab misteri.*)

Encara mes, ¡escolta! Los pressagis
son sinistres també, y 'ls cels senyalan
lo perill per prodigis espantables.
Un dels cavalls sagrats de la carrossa
que portava las Thensas, l' altre dia,
caigué mort al sortir, ferit de sopte;
los Endevinadors, sens cor trobáren
la víctima enviada al sacrifici,
y la llopa de pedra que en lo Forum
¿sabs? nos recorda 'l génesis de Roma,
udolant ha passat, com si fos viva,
tota la nit... tota la nit, ¡oh Marcius! [5]

CORIOLÁ.

¿Roma es perduda si un sol pas avanso?

LARCIUS.

Roma es perduda.

CORIOLÁ.

¡Donchs perduda es Roma!

LARCIUS.

¡Oh Marcius! nó, retira eixas paraulas
que no son de ton cor, sí de tos llabis.
No sías, donchs, ab Roma inexorable;
no ho es ella per tu. Si ingrat un dia
per tu lo poble fou, avuy t' aclama;
avuy t' alsa 'l desterro en que visquéres,
y 't demana á grans crits; t' obra las portas
que un jorn á Marcius ab rencor tancaren,
y los brassos que ahir t' amenassavan,
avuy vers tu s' extenen carinyosos.

CORIOLÁ.

Per ofegarme en ells. Així es lo poble,
cobart y vil. Quan ell te por, s' arrastra;
maltracta quan es fort.—Acabém, Larcius.
Si las vilas y terras que 'ls prengueren
se retornan als volsgos, y se 'ls dona
dret de ciutat, lo general dels volsgos
retira sas legións, la guerra acaba.
Sinó, tot ha finit, y Roma es meva!

LARCIUS.

¡Inexorable y cruel! ¡Tens cor de márbre!
Pus vols la guerra, vinga, donchs, la guerra.
Morirém com románs, entre las runas
de Roma que caurá, mes no ab deshonra.
Avansa, donchs, y esborra 'l nom de patria
al odi de ta sanya venjativa.
Avansa, donchs, ab tas legións de volsgos,
y ab lo pitral de ton cavall de guerra
enfonza nostres murs. La historia, un dia,
recordará que fou un fill de Roma
qui á sanch y á foch la entrá, y al anatema
dels segles lliurará lo parricida
que enruná Roma, son bressol, y ab ella

los temples de sos Deus, y ab ells la casa
que es lo santuari de sa vella mare!

(*Se 'n va lentament. Coriolá, sorprés y conmogut á las últimas paraulas de Larcius, lo mira partir ab terror.*)

CORIOLÁ. (*Sol.*)

¡Qu' es lo que ha dit!... ¡Ma mare!... ¡Mare mia!...
¡Ma santa mare!...

(*Se deixa cáure en son sitial amagant lo front entre sas mans. Pausa. S' alsa després, y dirigintse ab lo gesto y ab lo puny al lloch hont se suposa que cau Roma, diu:*)

¡Oh Roma! ¡Roma! ¡Roma!

VOLUMNIA, CORIOLÁ.

(*Volumnia entra pausadament en la tenda, cuberta ab son manto que retira al trovarse en mitat de la escena. Coriolá, al véurerla avansar la mira ab estranyesa, pero al reconéixer á sa mare, en quant ella 's descubreix, se precipita vers ella ab efusió y ab los brassos oberts per estrényerla en ells. Volumnia se manté freda, inmóvil, y l' aparta.*)

CORIOLÁ.

¡Oh! ¡Mare! ¡Mare mia!...

VOLUMNIA.

Ans d' abrassarte,
necessito saber si es romá ó volsgo
qui los brassos m' extén; si só sa mare,
ó no més que sa esclava.

CORIOLÁ.

Ton fill sempre,
sempre ton fill.

VOLUMNIA.

Mon fill se deya Marcius,
y era romá.

CORIOLÁ.

Só de ta sanch, y ab ella
de la més noble y pura que té Roma.

VOLUMNIA.

Ni ets mon fill, ni ets romá. May en sa vida
las matronas romanas infantáren
enemichs de la patria.

CORIOLÁ.

(*Ab sorpresa.*)

¡Mare meva!

VOLUMNIA.

(*Ab gran serenitat.*)

Allí fora, en ton camp, tens las més nobles
damas romanas, que en aplech vingueren
á conseguir del dictador dels volsgos
lo que ha negat á tots, poble y patricis,
Senat y sacerdots. Jo, devant d' ellas,
he volgut entrar sola, pera sébrer
si 'l sitiador de Roma 's deya Marcius!

CORIOLÁ.

¡Mare meva!

VOLUMNIA.

(*Seguint ab la mateixa fredor.*)

Tranquila jo vivía
en la modesta casa, hont ja sols vetllan
en l' atri los Deus Llars de la gent Marcia.
Ma posada es deserta. Allí no arrivan
rebomboris del mon; allí estich sola
ab mos recorts, que tot allí me parla
del fill, ausent á ma ternura y brassos:
de son amor per mí, sa vella mare,
los llochs que veig y l' ayre que respiro;
de son amor per Roma, las coronas

ab son valor y sanch un jorn guanyadas,
qu' en lo tresor de la familia guardo.

(*Coriolá fa un moviment de tendresa vers sa mare. Volumnia detenintlo ab lo gesto y ab la veu, continúa.*)

Jo parlo de mon fill.

(*Coriolá se deté sobreprés, y, entregantse á un moment de desesperació, se cubreix los ulls ab la má.*)

Vingué á trobarme
ahí la nit la germana de Publícola
(que era un romá) y així 'm digué Valeria,
entre planys y sospirs: «—Vina ab nosaltres.
»—¿Hónt anéu, donchs?—Al campament dels volsgos
»que á Roma assetjan pera péndre á Roma.
»Lo que tots no han pogut, tal volta ho pugan
»nos llágrimas y prechs á ton fill Marcius.
»—¡A mon fill Marcius!—Ell, ell es qui 'ls mena.
»—¡Mon fill Marcius! diguí: no es pas possible.
»Aném al camp dels volsgos, ho vull véure...
»y al véureu... no ho creuré!»

CORIOLÁ.

(*Ab un arranch de desesperació, interrumpintla.*)

¡Oh, mare, mare
¡no 'm parles pas aixís, mon cor esqueixas!
¡Pren ma espasa y traspassam! ¡Pren ma vida,
la que tu me donares y jo 't torno!...
Més dolsa m' es la mort que tas paraulas,
¡miserable de mí!

VOLUMNIA.

(*Abandonant per primera volta sa fredor.*)

¡Més miserable
la que un jorn t' ha portat en sas entranyas!
¿Ets tu mon fill?... ¿Ets tu qui á Roma assetja?
Donchs, ni lo dret de resar tinch. Si prego
per la sort de mon fill, la mort de Roma
demano als Deus; si 'ls prego, com romana,

per la salut de Roma y sa victoria,
es la mort de mon fill lo que 'ls demano!

CORIOLÁ.

¡Pero jo, qué puch fer! ¡Qué puch fer, mare!...
¡Dígam, donchs!

VOLUMNIA.

¿Qué pots fer?... Salvar á Roma.

CORIOLÁ.

Y ma causa trahir, trahir als volsgos
que un día generosos m' acullíren
sent jo son enemich, mentres que Roma
m' arrancava á ma patria y á tos brassos!

VOLUMNIA.

Dos medis sòls per escullir te quedan.
Traidor als volsgos, ó traidor á Roma.

CORIOLÁ.

Roma ingrata me fou, ingrata y fera.

VOLUMNIA.

Pero es ta mare, y si ella fou injusta
per tú, may hi ha rahó contra una mare.

CORIOLÁ.

¡Oh! Tu no sabs, no sabs tot quant un día
ha passat per mon cor, lluytas eternas,
dolors inmensos y tempestas bravas.
¡Si mon pit será fort, oh mare meva,
quan ha sofert ja tant sens clivellarse!
Avuy jo so lo dictador dels volsgos,
que patria y llars m' han dat quan no 'n tenía,
que proscrit m' aculliren, que 's venjáren
de ma crueltat ab ells fentme son cónsul
y entregantme sa patria y sos exércits.

A ells jo 'm dech. Si Roma es sa enemiga,
ma enemiga es també... No pot ser, mare:
y 'ls Deus prou saben si mon cor destrossa
lo negar á ma mare 'l que 'm demana,
iá ma mare, que es sols aquí en la terra
lo que conmóure fa lo cor de Marcius!
¡Oh! ¡no pot ser!... ¡Que un llamp ans me feresca!
Es mon deber y ¡que s' enfonze Roma!

VOLUMNIA.

(*Recobrant la mateixa fredor de márbre que ha demostrat al comêns de la escena.*)

Si creus que es ton deber, cumpleixlo, Marcius.
¡Fes sempre ton deber, ton deber sempre!
Jo ab lo meu cumpliré. Jo so romana.

CORIOLÁ.

¡Deus eterns! ¿Qué vols dir?... ¿Qué vols dir, mare?

VOLUMNIA.

Vull dir, oh Marcius, qu' es precís que 's comple
lo deber sant que á tu y á mi 'ns imposan
la patria y la virtut. Tu 't déus als volsgos;
jo á Roma 'm déch. Tu déus entrar en Roma,
devant de tos soldats; jo no déch, viva,
esperar lo termini d' una guerra
que sols de dos maneras pot conclóure;
ó cadáver mon fill y Roma viva,
ó vencedor mon fill y Roma esclava.
¡Fes ton deber! En lo portal de Roma
has de trovar, quan entres, de ta mare,
lo cos sagnant é inanimat, ¡oh Marcius!

(*Escena muda. Volumnia s' arrebossa en son manto y se disposa á partir, dirigintse lentament vers la porta de la tenda. Coriolá fa un gesto de desesperació; se passa la má per lo front, com si volgués arrancarse 'l pensament, y tot seguit, donant á entendre que ha prés una resolució, crida ab veu entera á Lavinius, que se suposa qu' está al alcans de sa veu.*)

CORIOLÁ.

¡Lavinius!

(*Al crit de Marcius, Volumnia se deté de prompte y lo contempla com volent descubrir sos intents.*)

VOLUMNIA, CORIOLÁ, LAVINIUS.

CORIOLÁ.

(*Lavinius s' adelanta ab respecte. Coriolá, dominantse, li dirigeix sa veu ab imperi y fredor.*)

¡Vès! ¡Que s' alse 'l camp! ¡Depressa!
¡Que l' ordre als centurions se transmetesca
y als decurions! ¡Que las cohorts s' apresten!
La guerra s' ha acabat. ¡Lluny d' esta terra
demá 'ns ha de trovar lo sol al náxer!

(*Lavinius se 'n va.*)

VOLUMNIA, CORIOLÁ.

(*Quan Volumnia ha vist partir á Lavinius y s' ha convensut de la certesa de l' ordre, se precipita vers Marcius ab un arranch d' entussiasme y ab los brassos oberts.*)

VOLUMNIA.

¡He recobrat mon fill!—¡Gracias, oh Roma!

CORIOLÁ.

(*Abrassantse ab sa mare.*)

No es Roma; ets tú qui m' ha vensut, ¡oh mare!

CAU LO TELÓ.

CORIOLANO

TRADUCCIÓN EN VERSO CASTELLANO

POR

DON FRANCISCO PÉREZ ECHEVARRÍA.

PERSONAJES.

CAYO MARCIO (APELLIDADO CORIOLANO).
VOLUMNIA (SU MADRE).
TITO LARCIO (PATRICIO ROMANO).
LAVINIO (CAPITÁN DE LOS VOLSGOS).

Campamento de los volsgos delante de Roma.
Interior de la tienda de Coriolano.

TITO LARCIO, CORIOLANO.

(*Se levantan como si terminaran una conversación en el momento de alzarse el telón.*)

LARCIO.

Ya todo entre los dos ha terminado.
¿Cómo pude creer un solo instante
que á mis ruegos cediera quien estuvo
mudo y sordo á los ruegos de la patria?
Mensajes recibiste de los cónsules,
del Senado también; aquí vinieron
los sacerdotes de los dioses sumos,
y con ellos al par los venerables
ministros de los templos, y hasta el sacro
Colegio de los rígidos Augures.
Mas todo en vano fué: Marcio mostróse
inexorable y fiero contra Roma...

CORIOLANO.

Yo no me llamo Marcio; yo me llamo
odio, venganza, destrucción y muerte.

LARCIO.

¿Y eres tú quien así me habla y responde?
¿Tú? ¡Dioses poderosos! O turbasteis
mis sentidos, ó el que habla de tal modo
no es aquel Marcio generoso y digno
que conquistara la marcial corona
en la batalla de Rigilli ardiente.
No es él, no puede ser; no es aquel Marcio
que, en luchas empeñadas y en combates,
fué siempre vencedor, jamás vencido;
el que era en Roma respetado; el fuerte
guerrero á quien su ejército glorioso
saludaba en Corioles con el nombre
de Coriolano, para honrar sus hechos.
Quien á su patria con rencor se niega
y á su tristeza y su dolor no acude,
jamás romano fué; quien con los volsgos,
sus eternos contrarios y de Roma,
hace causa común, y entra con ellos
á sangre y fuego en territorio amigo,
y con ellos se acerca á los sagrados
muros, para trocar su patria en ruinas,
y luto, y maldición, y llanto, y muerte,
no es aquel Marcio austero que, ostentando
del digno Senador la ilustre toga,
un día coronamos en el foro
batiendo palmas, al clamor del pueblo
que entusiasta á sus pies de gozo hervía.
No eres tú de mi patria.

CORIOLANO.

Patria, oh Larcio,
que no honra al hijo que la honró, no es patria.

También recuerdo yo, también recuerdo
á un Coriolano, á un Marcio, que en los lagos
combatió de Rigilli, el mismo día
en que bajaron los sagrados Dióscuros
á confundirse y á luchar en medio
de los soldados que conmigo estaban.
Eran tiempos aquellos en que á veces
los Dióscuros luchando aparecían
para salvar y defender á Roma.
Sé también que aquel Marcio, de Corioles
expugnador, unió este nombre al suyo
por voto del ejército y del cónsul.
Sé que, rival tan sólo de sí mismo,
era discreto en los consejos, bravo
en el combate, y sé que tanto Roma
llegó á deberle, que le fué imposible
premiar sus hechos ni pagar su deuda.
Mas sé también que lo que llaman pueblo
le negó el consulado, y sé que un día
le desterró, y que entonces, miserable,
proscrito, errante, enfermo, sin ventura
y sin lares, viviendo en el olvido
de todos, de los Dioses y los hombres,
iba al azar, llevando por la tierra
su amargo duelo y sus inciertos pasos.
Entonces fué cuando los volsgos rudos
templar supieron su dolor... ¡los volsgos!
para los cuales Coriolano era
nombre fatal de maldición y espanto.
Ellos, tan nobles cuanto ingrata Roma,
en él no vieron su enemigo eterno,
su eterno azote, su dolor y oprobio;
y, al llenarle de glorias y de honores,
rencor y agravios dieron al olvido.
¡No eran romanos! Hoy de sus ejércitos
es general, de sus Estados cónsul,
y Roma su enemiga... Patria, oh Larcio,
que no honra al hijo que la honró, no es patria.

LARCIO.

¿No me contestas más?

CORIOLANO.

No más.

LARCIO.

Entonces...
diré al Senado, al pueblo...

CORIOLANO.

¡Nada al pueblo!
Nada quiere de mí; de él nada exijo.
Yo contesto al Senado... El pueblo, astuto,
merece mi desprecio solamente.
El pueblo es cual la sierpe que, traidora,
entre la sombra su veneno oculta.
Hundido yace en sus oscuras cuevas,
y sale, como salen los reptiles,
para arrastrarse en el inmundo cieno.

LARCIO.

Te miro, te oigo, y me pregunto: Marcio,
¿quién eres, pues?... ¿Quién eres?...

CORIOLANO.

Un carácter;
lo que ni sois ni existe entre vosotros,
romanos faltos de grandeza, débil
generación, madera carcomida.
Ya el pueblo estaba sojuzgado, quieto.
¿Por qué no reducirlo al Aventino
en vez de entrar en pactos, concediéndole
magistrados, tribunos?... ¡Ay! las torpes
debilidades, cuando son tenidas
con los humildes, Larcio, cuestan caras.
Transigir es ceder, es anularse,

y el Senado, al ceder, perdió derechos
que, ya perdidos, recobrar no puede.
Arbol robusto que una vez se dobla,
ya no vuelve jamás á enderezarse.

LARCIO.

Yo, Coriolano, te diré...

CORIOLANO.

Yo, Larcio,
yo te diré también que, cuando veo
á los patricios y al Senado humildes
ante ese pueblo, desespero y dudo
de la salud y porvenir de Roma.
En tanto viva el tribunado que hunde
el poder consular, Roma no es libre.
Perdida la unidad, que la hizo fuerte,
nada son ni el Senado ni los cónsules.
Los tribunos Sicinio, Junio Bruto,
aquellos mismos de mi bien verdugos,
la demagogia, en fin, impera en Roma.

LARCIO.

Cayo Marcio, la herida aun está abierta,
y es el dolor el que habla por tus labios.

CORIOLANO.

Si es el dolor el que habla, no es el de una,
sino el de cien y cien hondas heridas
que guarda el pecho y recibió por Roma.

LARCIO.

Pues bien, Marcio; esa Roma idolatrada
por quien tu sangre sin cesar vertiste;
la Roma de tu amor y de tus triunfos;
aquella por quien guardan, no lo niegues,
tu corazón su nombre, y las señales
tu cuerpo, escudo de sus hijos; Roma

lo espera todo de tu amor... Perdida,
deshecha en llanto y en dolor, oh Marcio,
te pide su salud. Yo te la imploro
en nombre mío y en su santo nombre.
Vengarte puedes de la injusta ofensa:
no tiene quien la escude; la discordia
vive y se arraiga en sus rebeldes hijos.
Tus volsgos no hallarán fieros soldados
á quienes combatir... Roma sucumbe
si avanzas... ¡Marcio! ¡Marcio! Salva á Roma,
sálvala por piedad, y así te vengas.

CORIOLANO.

(*Con intención.*)

¿Roma es perdida con que avance un paso?

LARCIO.

Perdida, Marcio, sí, te lo confieso.
¿Cómo, si así no fuera; cómo hubiesen
venido á tí á implorar sus senadores,
sus cónsules, augures y ministros?
Nada hay que pueda defender á Roma.
Caerá en poder del Volsgo codicioso
al espirar la tregua que la diste,
y que concluye al declinar el día,
si no retiras tus legiones todas.
¡A qué negarlo, Marcio! Roma es presa
de hondos temores y tremendos ecos.
Por plazas y por calles solamente
se ven mujeres que espantadas huyen,
suelto el cabello y las miradas locas;
tristes ancianos que de templo en templo
van á los dioses á implorar, y espíritus
mezquinos y cobardes que medrosos
de todo tiemblan y de todos huyen.

(*Mirando para asegurarse de que nadie observa y acercándose con misterio á Coriolano.*)

Más todavía; escucha. Los presagios

son siniestros también; los altos cielos
señalan los peligros con horribles
y espantosos prodigios. No há tres días,
un sagrado corcel, el más fogoso,
de la carroza de los Thensas, muerto
de repente cayó; los adivinos
no hallaron á la víctima, enviada
al sacrificio, el corazón. ¿Te acuerdas
de la loba de piedra que en el ancho
foro recuerda el génesis de Roma?...
Se la ha sentido aullar toda la noche
cual si estuviera viva... ¡toda, oh Marcio!

CORIOLANO.

¿Roma perdida está si avanza el volsgo?...

LARCIO.

Perdida, Marcio.

CORIOLANO.

Pues está perdida.

LARCIO.

¡Ah! nunca, no; retira esas palabras:
no son del corazón, son de los labios.
No seas ¡ay! con Roma inexorable;
no lo es ella contigo, no. Si injusto
fué el pueblo para tí. Marcio, hoy te aclama,
te levanta el destierro en que viviste,
tu nombre invoca con ardientes gritos,
te abre las puertas que cerró la envidia,
y los brazos que ayer te amenazaron
hoy hacia tí te tiende cariñoso.

CORIOLANO.

¡Para en ellos ahogarme! El pueblo es ese;
¡siempre el pueblo fué así! Vil y cobarde.
¡Cómo se arrastra cuando tiene miedo!

¡Cuando fuerte se ve, cómo maltrata!
Acabemos.

LARCIO.

¡Ah, no!

CORIOLANO.

Si se devuelven
á los volsgos sus tierras y ciudades...

LARCIO.

¡Marcio!

CORIOLANO.

Y derecho de ciudad consiguen,
su caudillo retira sus legiones;
si no, tiendo la mano y Roma es mía.

LARCIO.

¡Inexorable, sí! Tienes entrañas
de bronce y mármol. Pues la guerra quieres,
venga la guerra, pues. Como romanos
sabremos sucumbir en los escombros
de Roma, que caerá, pero con honra.
Avanza y borra de la patria el nombre
al odio de tu saña vengativa;
avanza con la hueste de tus volsgos,
y hunde sangriento nuestros sacros muros
con el petral de tu corcel de guerra.
La historia un día contará que un hijo
de Roma, entró por Roma á sangre y fuego,
y dará al anatema de los hombres
al parricida que arruinó su cuna,
los templos de sus dioses, y la casa,
dulce santuario de su anciana madre.

(*Vase lentamente. Coriolano, sorprendido por las últimas palabras de Larcio, le ve partir con terror.*)

CORIOLANO.

¡Qué es lo que dijo! ¡Madre!... ¡Madre mía!
¡Mi santa madre!

(*Se deja caer en un sitial, ocultando la frente en sus manos. —Pausa.—Se levanta luego, y, dirigiéndose con el gesto y con el puño hacia el sitio donde se supone que está la ciudad, exclama:*)

¡Oh, Roma! ¡Roma! ¡Roma!

VOLUMNIA, CORIOLANO.

(*Volumnia entra pausadamente en la tienda, cubierta con su manto, y se descubre al llegar á la mitad del escenario. Coriolano la mira con recelo y extrañeza, pero al ver que se descubre, y al reconocer á su madre, se precipita á ella con efusión y en ademán de abrazarla. Volumnia se mantiene severa, fría, inmóvil y le rechaza.*)

CORIOLANO.

(*Retrocediendo.*)

¡Oh, madre! ¡Madre mía! ¡Madre amada!

VOLUMNIA.

Primero que abrazarte, necesito
saber si es un romano ó si es un volsgo
el que sus brazos con afán me tiende;
saber si soy tu madre ó soy tu esclava.

CORIOLANO.

¿Tú mi esclava? Yo soy siempre tu hijo;
siempre.

VOLUMNIA.

Mi hijo se llamaba Marcio,
y era romano.

CORIOLANO.

Soy tu sangre, sangre
de la más noble y pura que hay en Roma.

VOLUMNIA.

Ni eres mi hijo, ni romano. Nunca
las matronas romanas engendraron
de la patria enemigos.

CORIOLANO.

(*Con gran sorpresa.*)

¡Madre mía!

VOLUMNIA.

Allí están, en tu campo, las matronas,
las más nobles romanas, que vinieron
á conseguir del dictador del Volsgo
lo que á todos negó, pueblo y patricios,
Senado y sacerdotes.—Yo, antes que ellas,
quise sola llegar, por convencerme
que el que á Roma sitió Marcio se llama.

CORIOLANO.

¡Ah, madre mía, sí!

VOLUMNIA.

(*Con la misma frialdad.*)

Yo en paz vivía
en el hogar, en cuyos atrios velan
los dioses lares de la gente Marcia.
Mi casa está desierta; allí estoy sola
con mis tristes recuerdos; allí todo
me habla del hijo, á mi cariño ausente,
de su amor hacia mí, su anciana madre,
el sol que veo, el aire que respiro;
de su amor por la patria, las coronas,
con su valor y sangre conquistadas
que en el sacro tesoro, en el santuario
guardo de la familia...

(*Coriolano hace un movimiento de ternura hacia su madre. Volumnia le detiene con el ademán y con la voz, y continúa siempre con la misma frialdad.*)

Hablo de mi hijo.

(*Coriolano se detiene sobrecogido, y entregándose á un movimiento de desesperación, se cubre los ojos con la mano.*)

Ayer, y ya de noche, vino á verme
la hermana de Publícola... un romano...
y, entre sollozos y cortados ayes,
Valeria dijo así:—«Ven con nosotras.»
—«¿A dónde vais?»—«Al campo de los volsgos
que á Roma asedian. Lo que todos juntos
no pudieron lograr de tu hijo Marcio,
quizá lo logre nuestra horrible angustia.»
—«¿Mi hijo Marcio?»—«Es quien guía las legiones
contrarias.»—«¿Mi hijo Marcio? No, ¡imposible!
Vamos al campo de los volsgos; quiero
verlo... y al verlo exclamaré: ¡mentira!»

CORIOLANO.

(*En un arranque de desesperación.*)

¡Oh, madre! sella el labio y no destroces
ya más mi corazón. ¡Toma mi espada,
hiéreme sin piedad! ¡Toma mi vida,
la que me diste tú; te la devuelvo!
Más dulce me es la muerte que tu enojo.
¡Miserable de mí!

VOLUMNIA.

(*Abandonando por primera vez su frialdad.*)

Más miserable
la que en su seno te llevó. ¿Tú eres
mi hijo? ¿Eres tú quien amenaza á Roma?
Pues ni el derecho de rezar me queda.
Si ruego por tu suerte, á Roma ofendo;
si por Roma mi voz alzo á los dioses,
pido de mi hijo la deshonra y muerte.

CORIOLANO.

Mas yo, ¿qué puedo hacer?

VOLUMNIA.

Salvar á Roma.

CORIOLANO.

Y vender á los volsgos generosos
que, al verme errante, su amistad me dieron
siendo yo su rival, mientras mi patria
me arrancaba á mis lares y á tus brazos.

VOLUMNIA.

Sólo dos medios que escoger te quedan:
ser traidor á los volsgos...

CORIOLANO.

No.

VULUMNIA.

O á Roma.

CORIOLANO.

Ingrata Roma fué.

VOLUMNIA.

Pero es tu madre,
y no hay razón que su enemigo te haga.

CORIOLANO.

¡Oh! si supieras tú cuánto ha pasado
por mí!... Luchas eternas, hondos duelos,
tempestades terribles... espantosas...
Ve cuál será mi corazón de fuerte
cuando tanto sufrió y alienta, y late.
Hoy soy el dictador de los que un día
patria y hogar en mi dolor me dieron,

de aquellos mismos que al medir mis penas,
de su derrota y mi tremenda saña
se vengaron, haciéndome su cónsul,
fiándome su ejército y su suerte.
De ellos soy yo, sí; ¿Roma es su enemiga?
Mi enemiga es también. Los Dioses saben
cuál me desgarró el corazón no haciendo
lo que me pide el maternal cariño,
tu amor, la sola voz que aquí en la tierra
pudo mover el corazón de Marcio.
No puede ser. Que un rayo me destruya.
Cumpliré mi deber, y ¡húndase Roma!

VOLUMNIA.

(*Recobrando la misma frialdad que guardaba al comenzar la escena.*)

Si tal es tu deber. cumplirlo es fuerza:
haz siempre tu deber, tu deber siempre.
Yo el mío cumpliré. Yo soy romana.

CORIOLANO.

¿Qué me quieres decir? ¿Qué dices, madre?

VOLUMNIA.

Digo, Marcio, que es fuerza que cumplamos
el sagrado deber que nos imponen
la patria y la virtud. Tú eres del Volsgo,
y yo de Roma soy. Penetra en Roma
al frente de tu ejército. Yo, viva,
no debo ver el fin de este combate
que sólo acabará de un modo horrendo:
ó cadáver mi hijo, y Roma libre,
ó mi hijo vencedor, y Roma esclava.
¡Haz tu deber! De Roma la ancha puerta
te mostrará, cuando entres victorioso,
el cuerpo ensangrentado de tu madre.

(*Escena muda. Valumnia se envuelve en su manto y se dispone á salir, dirigiéndose lentamente hacia la puerta de la*

tienda. Coriolano hace un ademán de desesperación; se pasa la mano por la frente como si quisiera arrancarse el pensamiento, y, en seguida, como si hubiese tomado una resolución, llama con voz entera á Lavinio.)

CORIOLANO.

¡Lavinio!

VOLUMNIA, CORIOLANO, LAVINIO.

(*Lavinio se adelanta con respeto. Coriolano, dominándose, se dirige á él con imperio y sequedad.*)

CORIOLANO.

Ve; que se levante el campo.
La guerra terminó. De Roma lejos
hemos de estar cuando amanezca el día.

(*Vase Lavinio.*)

VOLUMNIA, CORIOLANO.

(*Cuando Volumnia ha visto partir á Lavinio y se ha convencido de la realidad, se precipita á Marcio con un arranque de entusiasmo y con los brazos abiertos.*)

VOLUMNIA.

¡A mi hijo recobré! ¡Gracias, oh Roma!

CORIOLANO.

(*Abrazando á su madre.*)

¡Madre!... Roma no fué, ¡tú me venciste!

CAE EL TELÓN.

CORIOLANO

TRADUCCIÓN EN VERSO CASTELLANO

POR

DON JERÓNIMO ROSELLÓ

PERSONAJES.

CAYO MARCIO (APELLIDADO CORIOLANO).
VOLUMNIA (SU MADRE).
TITO LARCIO (PATRICIO ROMANO).
LAVINIO (CAPITÁN DE LOS VOLSGOS).

Campamento de los volsgos delante de Roma, é interior de la tienda de Coriolano.

TITO LARCIO, CORIOLANO.

(*Se levantan como si terminara una conferencia en el momento de correrse el telón.*)

LARCIO.

Ya todo ha concluido entre nosotros:
todo acabó. ¿Y pensar pude un momento
que á mi ruego cediese quien de Roma
está sordo á la voz? Sus emisarios
aquí hicieron llegar Senado y cónsules;
vinieron de los Dioses inmortales
ancianos sacerdotes; de los templos
altos ministros, y hasta los augures
del sagrado Colegio; todo en vano.
Marcio no cede, Marcio es inflexible.
Su corazón...

CORIOLANO.

¿Qué dices? ¡Marcio! ¡Marcio!
No, no es este mi nombre; odio, venganza
llamarme quiero ya, crimen, incendio.

LARCIO.

¡Y eres tú quien tal dice! ¡Santos dioses!
Ó mi sentir turbasteis, ó el que me habla
no es aquel Marcio noble y generoso
que en la batalla de Regilio un día
conquistaba de roble la corona.
No es él, no puede serlo, no es el Marcio
que, en cien combates y encendidas luchas,
fué siempre vencedor, y respetado
de Roma entera fué; no el que en Corioles
la hueste victoriosa saludaba
de Coriolano con el nombre invicto.
Quien hoy se niega á Roma, inexorable,
quien no acude á sus duelos y á su angustia,
no es hijo, no, de Roma; quien del volsgo
su enemigo, enemigo del Romano,
la causa sirve, y le acaudilla, y entra
con él á sangre y fuego el territorio,
con él se acerca á los sagrados muros,
causando así la ruina de su patria,
no, no es el Marcio aquél entero y noble
que la toga pretexta vistió un día
de senador romano, el que en el foro
fué coronado entre el inmenso aplauso
de entusiasta y triunfante muchedumbre.
No, Roma no es tu patria.

CORIOLANO.

Patria, oh Larcio,
que no honra al hijo que la honró, no es patria.
También yo lo recuerdo; sí, recuerdo
que existió un Coriolano, que hubo un Marcio

que luchaba en los lagos de Regilio
el día en que los Dióscuros bajaron
con la legión romana á confundirse.
¡Tiempo feliz aquel en que los Dióscuros
para salvar á Roma aparecían!
Sé también que aquel Marcio, de Corioles
expugnador, este alto nombre al suyo
unieron el ejército y el cónsul
en acorde clamor: también recuerdo
que rival fué tan sólo de sí mismo,
y que era en la asamblea tan discreto
cual bravo en la batalla: sé que Roma
llegó tanto á deberle, que imposible
le era satisfacer su inmensa deuda.
Mas sé también que lo que llaman pueblo
nególe el consulado; y sé que un día
le desterraba ingrato; y sé que entonces
proscrito, errante, enfermo y miserable,
sin hogar, sin ventura, por el mundo,
de los hombres dejado y de los Dioses,
dirigía al azar su incierto paso.
Entonces fué, sí, entonces cuando el volsgo
le dió acogida, el volsgo su enemigo,
para quien tan nefasto fuera el nombre
de Coriolano, y tanto horror y miedo
le inspiró siempre. Entonces generoso,
tanto como el romano ingrato, ya no vía
al mortal enemigo, ni al que un tiempo
su azote fué, y al darle honor y gloria,
rencor y ofensas dieron al olvido.
No eran romanos. Hoy de sus legiones
caudillo es, de sus estados cónsul,
y es Roma su enemiga. Patria ¡oh Larcio!
que no honra al hijo que la honró, no es patria.

LARCIO.

¿Qué más contestas?

CORIOLANO.

Nada más.

LARCIO.

Entonces
diré al Senado, al pueblo...

CORIOLANO.

Nada al pueblo:
ni de mí quiere, ni yo de él. Respondo
sólo al Senado El pueblo no me ocupa;
mi solemne desdén sólo merece.
Remedo vil de la falaz serpiente,
hundido vive en sus oscuros antros,
y de ellos, cual reptil, sale tan sólo
para arrastrarse en el hediondo cieno.

LARCIO.

Te veo, te oigo y me pregunto absorto:
¿quién eres, pues?

CORIOLANO.

¿Quién soy? Soy un carácter.
Lo que ya no tenéis, ni sois vosotros,
raza degenerada, árbol que muere
roído el tronco por la vil carcoma.
Ya puesto á raya el pueblo y contrastado...
debió quedarse allá en el Aventino.
Mas, con él hacer pactos, concederle,
cual quiso, magistrados y tribunos,
flaquezas son que siempre caras cuestan,
cuando es humilde y bajo quien impone.
Transigir es ceder, es anularse;
y transigiendo débil el Senado,
perdió derechos que jamás podían,
perdidos una vez, ya recobrarse.
Árbol altivo que su tronco tuerce,

no torna nunca más á enderezarse.

LARCIO.

Escucha, Coriolano.

CORIOLANO.

Larcio, escucha:
cuando el Senado veo y los patricios
ante el pueblo encogidos y humillados,
de la salud de Roma desespero.
En tanto exista para vuestro oprobio
el tribunado déspota que anula
el poder consular, Roma no es libre.
Perdida la unidad que la hizo fuerte,
ni Senado ni cónsules imperan;
en manos de Sicinio y Junio Bruto,
tribunos fieros, el poder se encuentra,
de aquellos que á morir me condenaron.
Sólo ellos y la impura demagogia
árbitros son de Roma.

LARCIO.

Cayo Marcio,
la herida abierta tienes todavía,
y es el dolor que dicta tus palabras.

CORIOLANO.

Si habla el dolor, no es el dolor agudo
de una herida no más, sino de ciento;
de ciento que dejaron en mis carnes
profunda cicatriz. Aquí en el pecho
todas las recibí, por Roma todas.

LARCIO.

Atiende, Coriolano: Roma, aquella
la de todo tu amor, la de tus glorias;
aquella por quien guardan, no lo niegues,
su nombre el corazón, las cicatrices

tu cuerpo que de escudo le ha servido,
todo hoy de tí lo espera. Infortunada,
en lágrimas deshecha y en lamentos,
te pide su salud. Yo en su nombre
santo y querido te dirijo el ruego.
Cuantos agravios infirió á tu alma,
vengarlos ahora puedes. Sin soldados
que la defiendan, la discordia impía
entre el romano cunde; ya los volsgos,
guerreros no hallarán para vencerlos.
Si das un paso más, piérdese Roma.
Sálvala, Marcio, sálvala, y te vengas.

CORIOLANO.

(*Con intención.*)

¿Si doy un paso más Roma se pierde?

LARCIO.

Se pierde, Marcio, sí, te lo confieso.
Y si no ¿cómo aquí venido hubieran
tu clemencia á implorar con tal porfía
sus ciudadanos, senadores, cónsules
y sacerdotes? No, no puede Roma
defenderse ya más; el rudo volsgo
podrá tomarla al espirar la tregua
que tú le concediste, y hoy acaba,
si no retiras antes tus legiones
y no procuras término á la guerra.
¿Por qué, por qué negarlo? Albergue es Roma
de negro espanto y de rumor siniestro.
Por calles y por plazas vénse sólo
correr mujeres sollozando, locas,
mesándose en desorden el cabello;
en los templos, ancianos que suspiran
é invocan de los dioses la clemencia;
y por do quier espíritus miedosos
que á todo tiemblan, de terror transidos.

(*Mirando á todas partes para asegurarse de que nadie escucha, y acercándose á Coriolano con misterio.*)

¡Más, más aun; escucha! Los presagios
fatídicos también. Señala el cielo,
con prodigios que aterran, el peligro.
Al salir galopando el otro día,
como herido de un rayo, de repente
sin vida uno cayó, de los caballos
á la carroza uncidos de las thensas:
Sin corazón hallaron los augures
la víctima enviada al sacrificio;
y á la loba de piedra, que en el Foro
el génesis de Roma nos recuerda,
oyéronla gemir toda la noche,
como si viva fuese, Coriolano.

CORIOLANO.

¿Si doy un paso más Roma se pierde?

LARCIO.

Roma se pierde.

CORIOLANO.

Piérdase pues Roma.

LARCIO.

¡Oh Marcio! no, retira esas palabras;
hable tu corazón y no tu labio.
No seas, no, con Roma inexorable;
ella te quiere aún. Si ingrato un día
fué el pueblo para tí, te aclama ahora.
Alza hoy arrepentido tu destierro,
te llama en su dolor, te abre las puertas
que un tiempo, rencoroso, cerró á Marcio,
y los brazos que ayer te amenazaban,
hoy hacia tí se extienden con cariño.

CORIOLANO.

Para ahogarme; es verdad. Así es el pueblo:
cobarde y vil, se arrastra cuando teme;
fuerte, persigue y vilipendia.—Basta.
Si las ciudades y feraces tierras
que arrebatara al volsgo restituye,
si los derechos de ciudad le otorga,
potente de los volsgos el caudillo
retira su legión, la guerra acaba;
si no, mi mano tiendo y Roma es mía.

LARCIO.

¡Alma indomable, corazón de mármol!
¿La guerra quieres? Venga, pues, la guerra.
Sepultados de Roma en los escombros,
como romanos perecer sabremos;
nunca con la deshonra que propones.
Avanza, sí, y de patria el nombre borra
á impulso de tu saña vengativa.
Avanza con tus bárbaras legiones;
hunde con el petral de tu caballo
el sacro muro que imponerte debe.
La historia un día grabará en el bronce
que quien la entró implacable á sangre y fuego,
un hijo fué de Roma; y de los siglos
entregará su nombre al anatema;
el nombre del odioso parricida,
que arruinó á Roma, su gloriosa cuna,
de sus Dioses los templos, y la casa
que es el santuario de su anciana madre.

(*Vase lentamente. Coriolano, sorprendido por las últimas palabras de Larcio, lo mira partir con terror.*)

CORIOLANO.

¡Qué profieres!... ¡Mi madre! ¡Madre mía!...
¡Mi santa madre!...

(*Déjase caer en su sitial, ocultando la frente entre sus manos.*

Pausa. Luego se levanta, y dirigiéndose con el gesto y el puño hacia el sitio en que se supone está Roma, exclama:)

¡Oh Roma! ¡Roma! ¡Roma!

VOLUMNIA, CORIOLANO.

(*Volumnia entra en la tienda á paso lento, y cubierta con su manto; y al llegar á la mitad del proscenio se descubre. Coriolano, al ver entrar á una mujer, la mira con recelo y extrañeza; mas al reconocer á su madre, se precipita hacia ella con efusión y en ademán de abrazarla. Volumnia se mantiene severa, fría é inmóvil, y le rechaza.*)

CORIOLANO.

¡Oh madre! ¡madre mía!

VOLUMNIA.

¡Aparta, aparta!
Antes de que te abrace, saber quiero
si es romano ó si es volsgo quien sus brazos
me abre; si soy su madre ó sierva suya.

CORIOLANO.

Siempre tu hijo, tu hijo siempre, ¡oh madre!

VOLUMNIA.

Él Marcio se llamó, y era romano.

CORIOLANO.

De la tuya es mi sangre; no hay en Roma
sangre más noble y pura que la mía.

VOLUMNIA.

Tú, ni eres mi hijo, ni romano. Nunca
las romanas matronas concibieron
verdugos de la patria.

CORIOLANO.

(*Con gran sorpresa.*)

¡Madre, madre!

VOLUMNIA.

Allá fuera, en tu campo, aguardan, tristes,
de Roma egregias damas; juntas vienen
para alcanzar del dictador del volsgo
lo que á todos negó, pueblo, patricios,
Senado y sacerdotes. Antes que ellas,
sola entrar quise para ver si Marcio
el sitiador de Roma se llamaba.

CORIOLANO.

¡Madre!...

VOLUMNIA.

(*Con la misma frialdad.*)

Tranquilo mi vivir corría:
de mi albergue en el atrio, allí velaban
los dioses lares de la Marcia estirpe.
Desierta está mi casa: allí no llegan
del mundo los rumores, sola vivo
con las memorias de mis bellos días.
Del hijo que adoré me habla allí todo,
aunque á mis brazos y á mi amor ausente;
de su afecto filial, cuánto me cerca,
la luz que veo, el aire que respiro;
y de su amor á Roma, las coronas
con su esfuerzo ganadas y su sangre,
que guarda en su tesoro la familia.

(*Coriolano hace un movimiento de ternura hacia su madre. Volumnia le detiene con el ademán y con la voz, y continúa con la misma frialdad.*)

Hablo de mi hijo.

(*Coriolano se detiene sobrecogido, y en un momento de desesperación se cubre los ojos con las manos.*)

Ayer vino á encontrarme,
por la noche, la hermana de Publícola
(que era todo un romano) y dijo entonces
Valeria, ahogando en sí llanto y suspiros:

«—Ven con nosotros, ven.—¿A dónde? ¿á dónde?
—Al campamento vamos de los volsgos,
que á Roma asedian para hundir á Roma.
Lo que nadie ha podido, lo consigan
de tu hijo Marcio nuestro llanto y ruegos.
—¡De mi hijo Marcio!—Él es quien les conduce.
—¡Marcio! exclamé; ¡no, es imposible! vamos
al campo de los volsgos; quiero verlo,
y creerlo no podré aunque lo vea.»

CORIOLANO.

(*En un arranque de desesperación.*)

¡Oh madre! ¡madre mía! Cierra el labio,
y no así cruel el alma me destroces.
Mi espada empuña, y clávala en mi pecho.
Arráncame la vida, tuya es toda;
tú me la diste, yo te la devuelvo.
La muerte es menos cruel que tus palabras.
¡Miserable de mí!

VOLUMNIA.

(*Abandonando por primera vez su frialdad.*)

¡Más miserable
mil veces la mujer que te ha llevado
en sus entrañas! ¿Eres tú mi hijo?
¿Eres tú el que implacable asedia á Roma?
Ni de rezar siquier tengo el consuelo.
Por el hijo rogar, pedir la muerte
de Roma es á los Dioses; si romana
el triunfo pido y la salud de Roma,
es de mi hijo la muerte que les pido.

CORIOLANO.

Mas yo ¿qué puedo hacer? ¿Qué, madre mía?
Dímelo tú.

VOLUMNIA.

¿Qué hacer? Salvar á Roma.

CORIOLANO.

¡Y ser traidor, traidor ser á mi causa,
traidor al Volsgo que acogióme un día
tan generoso y leal, cuanto implacable
yo su enemigo fuí; mientras que Roma
me arrancaba á mi patria y á tus brazos!

VOLUMNIA.

Sólo dos medios escoger te es dado:
ó ser traidor al Volsgo, ó serlo á Roma.

CORIOLANO.

Ingrata me fué Roma, ingrata y fiera.

VOLUMNIA.

Pero es tu madre; y si ella un día injusta
te fué, nunca hay razón contra una madre.

CORIOLANO.

No lo concibes, ¡ay! pensar no puedes
aquí, en mi corazón, cuánto ha pasado;
eternas luchas, tempestades bravas,
inmensos duelos no sentidos nunca.
¡Si tendré fuerte el corazón, oh madre,
cuando sin estallar tanto ha sufrido!
Dictador soy ahora de los volsgos
que patria y lares con lealtad me dieron,
cuando perdido había patria y lares.
Proscrito me acogieron, y venganza
de lo que fuí con ellos cruel, tomaron
haciéndome su cónsul generosos,
y su patria entregándome y sus huestes.
A ellos me debo ya. Si su enemiga
es Roma por mi mal, mía lo es Roma.
Imaginaste, oh madre, un imposible.
¡Harto saben los dioses cuánto, cuánto
el alma combatida me destroza

el negarme á los ruegos de mi madre!
¡De mi madre, que sola aquí en la tierra
conmover puede el corazón de Marcio!
¡No puede ser!... ¡Un rayo antes me parta!
¡Primero mi deber... y húndase Roma!

VOLUMNIA.

Si crees, Marcio, que el deber es éste,
atiende á tu deber, tu deber cumple;
Yo sé cual es el mío: soy romana.

CORIOLANO.

¡Eternos dioses!... ¿qué designio, oh madre,
ocultan tus palabras?

VOLUMNIA.

Digo, Marcio,
que es preciso, preciso que se cumpla
el cruel deber que á entrambos nos imponen
la virtud y la patria. Tú te debes
al volsgo, es cierto; yo me debo á Roma.
Si tú en Roma has de entrar acaudillando
tu belicosa hueste, no con vida
esperar debo yo que cruel acabe
esa terrible asoladora guerra,
que sólo de dos modos finir puede:
ó allá cadáver mi hijo, y Roma libre;
ó mi hijo vencedor, y Roma esclava.
¡Haz tu deber! En el umbral de Roma
encontrarás, cuando entres, de tu madre
sangriento el cuerpo, inanimado y frío.

(Escena muda. Volumnia se envuelve en su manto y va á partir dirigiéndose lentamente hacia la puerta de la tienda. Coriolano hace un ademán de desesperación, pásase la mano por la frente, como si quisiese arrancarse el pensamiento, y en seguida con resolución y voz entera, llama á Lavinio, á quien ha de suponerse al alcance de su voz.

CORIOLANO.

¡Lavinio!

(*Al grito de Marcio, Volumnia, pronta á salir, se detiene súbitamente, como para averiguar su intento.*)

VOLUMNIA, CORIOLANO, LAVINIO.

(*Lavinio se adelanta con respeto. Coriolano, dominándose, se dirige á él con imperio y sequedad.*)

CORIOLANO.

¡Vé! ¡Que se levante el campo!
¡Ahora mismo! ¡Las órdenes trasmite
á centuriones, luego, y decuriones!
¡Apréstense las cohortes! Terminado
há la guerra. ¡Mañana, lejos, lejos
ha de encontrarnos al nacer el día!

(*Lavinio se va.*)

VOLUMNIA, CORIOLANO.

(*Cuando Volumnia ha visto partir á Lavinio, y no duda ya de la certeza de la orden, se precipita hacia Marcio en un arranque de entusiasmo y con los brazos abiertos.*)

VOLUMNIA.

¡A mi hijo recobré!—¡Gracias, oh Roma!

CORIOLANO.

(*Abrazando á su madre.*)

¡No vence Roma, tú me vences, madre!

CAE EL TELÓN

NOTAS DEL AUTOR

Á LA TRAGEDIA «CORIOLANO».

---

(1) El Senado, según Plutarco, ordenó que los sacerdotes de los dioses, los ministros de los templos y el colegio de los augures, antigua y nacional institución entre los romanos, se presentasen á Coriolano, revestidos cada uno con los ornamentos de uso en sus ceremonias, para pedirle que levantase el sitio de Roma y accediese á buscar medios de avenencia. Coriolano los recibió, pero les contestó con la misma rudeza que antes había contestado á los diputados de la ciudad y á sus propios parientes que habían ido al campamento de los volsgos con el mismo objeto.

(2) Marcio, como queda dicho en las líneas que preceden á esta escena, fué el que tomó la plaza de Corioles. La ciudad y la batalla que tuvo lugar á sus puertas fueron ganadas, gracias principalmente al valor y serenidad de Marcio. El general de los romanos, Cominius, invitó á Marcio que tomara cuanto quisiese del botín inmenso cogido á los enemigos, antes de ser distribuido al ejército. Marcio no aceptó más que un caballo. El cónsul Cominius entonces propuso al ejército que se le diera el nombre de Coriolano en memoria de su hazaña, y fué aceptada esta proposición con unánimes aclamaciones.

Era costumbre entre los romanos añadir á su nombre propio y al de familia un tercer nombre que se sacaba de una acción particular, de una hazaña del individuo, de una virtud especial suya ó de una singularidad física. Valerio por su amor al pueblo, fué llamado *Publicola*, como Marcio por su conquista de Corioles, fué llamado *Coriolano*.

(3) La *toga pretexta* era el traje de gala ó de ceremonia de los senadores romanos. Con ella asistían al Senado y se presentaban en los espectáculos públicos. Era una toga bordeada ó ribeteada de una ancha franja de púrpura.

(4) *Los Dióscuros:* Cástor y Pólux. Plutarco dice que en la batalla dada en los lagos Regilli, con la cual concluyó el

poder de los Tarquinos, aparecieron los Dióscuros, quienes pelearon como simples soldados romanos, y que tan pronto como terminó el combate, aparecieron en el Foro de Roma con sus caballos bañados en sudor y anunciaron la victoria, cerca de la fuente y en el sitio mismo donde más tarde se les elevó un templo.

(5) Los historiadores hablan todos de la gran consternación que hubo en Roma al acercarse Coriolano y de los presagios fatales que entonces tuvieron lugar, como si anunciaran desdichas y desgracias para la ciudad.

Las *thensas* eran unos carros de plata y de marfil donde los romanos, en ciertas ceremonias y fiestas públicas, llevaban las estatuas de los dioses y los objetos consagrados de su culto, que se llamaban *exuvie.*

(6) El autor sigue en toda la relación á Plutarco, y por esto da el nombre de Volumnia á la madre de Coriolano. Según otros historiadores, Volumnia era su mujer, y su madre se llamaba Veturia.

LA SOMBRA DE CÉSAR

TEXTO CATALÁN, Y TRADUCCIÓN EN VERSO CASTELLANO

POR

D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE y D.ª PATROCINIO DE BIEDMA

LA SOMBRA DE CÉSAR

PERSONATGES

CÉSAR.
PERSONATGES ROMANS (QUE NO PARLAN).

Los Camps Elíseos.—Sombras de diversos personatges romans, passejant per entre 'ls árbres.

CÉSAR.

Y be donchs, ja só mort... ¡Estúpits!... ¿Y ara?
Los daus están jugats. També vosaltres
passat l' havéu lo Rubicó... ¡y depressa!
¡Ah, miserables, miserables! Rassa
podrida y empestada per tos vicis,
¿qué farás ara donchs, rassa envilida,
si serán jou y traba á tos designis
ton crim, ma sanch, lo crit de ta conciencia,
la llibertat mateixa que alcansáres
y que com plom ja 't pesa avuy?... Oh Roma,
ja 'l tirá es mort, peró... ¿y la tiranía?

¿Cóm la voléu fundar eixa república?
¿Ab quí y per quí?... ¿Quí donchs será son cónsul?...
¿Quí 'l magistrat?... ¿Quí 'l dictador?... ¿Antonius?
Viu tant sols pels plahers y per las donas.
¿Lépidus, donchs? Si s' ha d' alsar de taula,
la deixará morir sols per no móures.
¿Tal volta Octavius? No es per nins la cosa...
¿Es Brutus? Un benéit més que un fanátich:
avuy que res hi ha vérge, té 'l cor vérge..
¿Cassius? Un hom de pálida figura;

son front es fosch... No té 'l cor en la cara...
Un home que no riu, fret com un marbre...
¿Ligarius? Un traidor. Viu en la sombra
y fuig la llum del sol. Casca, un borratxo
y un disolut: un epicúreo Albinus:
Salustius un *bibliopol* que en sos llibres
enalza unas virtuts que no practica;
y Ciceron un rossinyol cantaire. [1]

¿Cóm donchs la fondaréu eixa república,
nom va, sombra sens cós, sol sens lumera?... [2]
República esblaimada, ni tens homes,
ni tens virtuts. República de fira,
lo primer home que en ton gremi brolle,
te volcará tan sols ab una espenta.
¿Cóm la voléu fundar? ¿Cóm?... La república
necessita virtuts. ¿Hónt son las vostras?
¿Las té aqueix poble enllotassat y brétul,
poble d' histrions y mimos, plebe inmunda,
que en los teatros viu y en las Arenas?...
¿Las té aqueix patriciat que ab tot trafica,
ab tot lo sant y noble, que de dia
pels porxos se passeja embajanintse,
y de nit, coronat de flors y pámpols,
se revolca pel jas de las rameras?...
¿Las té un Senat que 's ven á aquell que 'l compra?
¿Las tenen eixos gobernants impúdichs,
rublerts de furts y peculats?... ¿Las tenen
eixas romanas fembras orgullosas,
que ab lo vel de las vérges, ó ab la *pal-la*
de las castas matronas, se cubreixen
un front marcit y maculat pels besos
dels histrions y afranquits, á qui, perdudas,
prostituint, més que son cos, son ánima,
en lo misteri de la nit s' entregan?... [3]

¡Virtuts! Ja no 'n hi há. Sols en los llibres,
mes no en los que 'ls escriuhen ó llegeixen.

¡Virtuts! ¡Virtuts antigas, jo 'us venero!.
¡Jo 'us am', virtuts antigas, las que féreu
butxí de propis fills á Junius Brutus,
y espill de temps futurs á Cincinatus!
¡Passats ja son los temps aquells, quan eran
pel mon romá las consuetuts sagradas,
quan la patria, la fé, las virtuts públicas,
son paladium tenían en aquella
assossegada joventut y noble,
que jamay al perill girá la cara;
no com avuy los descastats, que forman
dels caballers romans y dels patricis
l' afeminada cohort, los qui s' ajauhen
en llits de flors, tots coronats de rosas,
sensuals y peresosos; á qui 'l ferro
pesa en las mans, mes no 'ls anells que hi duhen;
á qui la pols dels campaments desmaya,
y sols retorna lo perfum del nardo!
¡Cóm han passat los temps aquells, quan Curtius,
donant sa vida, generós, buscava
la salut de la patria en los abismes!...
¡Quan, inmóvil y mut, sentía Scévola
cremar sa má!... ¡quan al punyal, Lucrecia
lo rescat de sa honra demanava!...
Ja no 'n hi ha avuy d' aquells, homes de ferro,
muntats en lurs caballs, tots d' una pessa,
héroes tradicionals de las romanas
llegendas patrias, que en recorts sols viuhen;
ni aquells tampoch, los de costums antigas
magistrats integérrims, pels qui era
la lley deber y religió; ni aquellas
matronas castas que á sas fillas ara
veurían córrer folejant, mitj nuas,
deixantse flagellar per la corretja
del Lupércul ubriach, y abandonantse
á la infamant prostitució sagrada. [1]

¡Virtuts, virtuts antigas, si jo un día

vos hagués trobat vivas en eix poble,
que avuy es cortesá de tots los vicis
y de tots los errors, ans de faltarvos
y ans de faltarme, per vindicta vostra
jo mateix de mi propi vos venjára!
Pél cástich del tirá no eran precisos
ni lo punyal de Brutus ni 'l de Cassius;
bastava sols mon ferro, sols ma espasa,
manejada per mi.

Volía darvos
un rey, es cert, cert, ¡oh romans! Volía
darvos un rey; mes, per los Deus ho juro,
no era pas tant per mi com per vosaltres,
com per vosaltres, societat disolta,
república sens fé, flonja y caduca.
No héu volgut lo rey meu. Donchs tindréu ara
lo rey-turba... ¡Insensats! ¡Ah! jo 'us havía
dat llibertat... Ara tindréu llicencia.
Héu renegat de mí com d' un parássit,
y ser esclaus de un home no volguéreu...
Ara ho seréu de molts. La tiranía
quan tant sols es de un home, pot obrirli
un camí de grandesas á la patria;
quan es de molts, es sols una reguera
de malvestats, odis y sanch.

¡Oh Roma,
qui fou ton salvador ha estat ta víctima!
¿T' he dat jo honors y glorias y realmes,
t' he dat tresors, t' he conquistat imperis,
perque ab mi fosses infidel é ingrata,
perque ab mi fosses parricida?... ¡Oh Roma!
Jo sols pensava en tú, jo, que tenía
reys per esclaus y reynas per rameras;
jo, que he portat per las regions remotas
del univers, tas vencedoras áligas;
jo, que 't cubría ab mon mantell de púrpura;

jo, que indelebles fiu en tots los pobles
ton nom, tas lleys, ta religió, ta llengua!

Ab sols volerho, jo podía un regne,
un imperi, fundar per mi. Podía
en Iberia ser rey, serho en Egipte,
serho en lo mon. En brassos de Cleopatra,
la reina de las reinas y las donas,
rodejat de riquesas y de galas,
de honors y pompas com no 'n hi ha ni en somnis,
vivint en una atmósfera embaumada
d' encens y amor, bebent en áureas copas
las perlas més preuhadas y més ricas
deixatadas ab vins d' Italia y Grecia,[5]
exténdre jo podía mas miradas
per tot lo mon ja meu, gojós de véure
l' univers á mos peus postrat y atónit,
los cels enterbolits devant ma gloria,
y á mon voler, esclavas y sotmesas,
la terra sota 'ls péus de mos exércits,
sota 'l tallant de mos trirrems las onas.

Fins podía llavors, los Deus ho saben,
d' aquell imperi meu ferte provincia,
¡oh Roma! y no he volgut. Tot t' ho he dat, ¡fera
mare mía! y honors, tresors, imperis,
de tot ets tu ma hereva, de tot, llopa!
Jo per tu y tot per tú, fou ma divisa;
per tú vivía jo, per tú lluytava,
per tú tan sols, ardenta y generosa,
la sanch de mos soldats, la de mas venas,
engrossint los torrents de las montanyas,
devallava á la mar; per tu en las llenguas
de tot lo mon jo 't fiu compóndrer himnes;
per tu... per mi, pero per tú... s' alsáren
monuments á tos Deus en tots los regnes;
per tú cruzí los Pirineus y 'ls Alpes,
no tant alts com ton nom; per tú las vastas

regions dels mars, per tu las tenebrosas
encontradas del Africa: y l' Egipte,
y lo Pontho, y la Iberia y la Thessalia,
y l' Àssia, y tots los realmes de la terra,
de la llopa llatina per mi fóren
esclaus y basamenta de sas áligas.
Jo per tu y tot per tú, deya y ho feya...
¡y no has volgut de mi!... ¡Oh ingrata Roma,
los Deus me venjarán, que condemnada
te veurás á portar mon nom pels segles
del segles tots, y géneras futuras,
casant mon nom al teu, al invocarte,
no dirán pas: ¡Oh Roma, la de Rómul!
que dirán sols: ¡Oh Roma, la de César!

Ja 'l tirá es mort, romans. La patria es llivre,
y ja no sou esclaus, mentres no sia
de passions sols y de miserias vostras.
Ja tot es llibertat. Portéu lo *pileus*
dels homes llibres; jorn y nit encesa
la flama llú dels entusiasmes patris
de vostres Llars en los altars doméstichs:
ja discutir vos deixan; ja sou larvas;
ja podéu agitar per tot los *sistres*,
ja 'us permeten cridar y enrugallarvos,
ja espectacles teniu, festas y *espórtulas*,
y tribuns que 'us adulan, y discursos
candents y demagógichs en lo Forum,
y en lo Senat ciceronianas prédicas. [6]

¡Desventurats, que no sentiu cóm ronca
la veu del tro que pels espays s' escampa!
¡Desventurats, que no veyéu la guerra
(jo 'us ho puch dir, romans, jo que l' he vista),
eixa guerra civil, la més horrible
y de las guerras la més cruel, cóm alsa
son monstruós cap de serps, y cóm agita

de la discordia la sangrenta teya!
Tras la guerra vindrá la tiranía,
y seréu d' un tirá; tras d' ell d' un altre,
d' un desprès, d' un més tart, d' un altre sempre,
fins que de llibertat tant sols s' escampe
lo nom, com un recort, per las historias.

No m' héu volgut. Portéune donchs la pena
y també ab ella lo meu dol. Un día
prou giraréu los ulls á la columna
que á mon recort los veniders aixequen,
pera dir, penedits: «¡Si fos viu César!»
Y bé, ma mort será lo vostre cástich
y expiació. Lo cel vol que recorde
son crim lo criminal, y 'ls Deus, ¡oh Roma!
t' han condemnat á recordarme sempre!

¡Tirá jo! ¿Jo tirá, quan sols pensava
¡oh patria! en tu y per tu?... Sí, jo volía
ser rey, pero per fer á Roma reyna,
reyna de tot, ciutat y mon. Tal volta
algun de tos tirans futurs, ¡oh patria!
desitje que 'ls romans un sol cós tingan
pera d' un cop tallar son cap. Volía
jo també que un sol cós formar poguesen,
únicament per ser jo sol son ánima.

Ja de ma vida ha terminat lo somni.
També 'l teu finirá. ¡Sort malestruga...
la meva no, pero la tua, oh Roma!
Quan los destins, d' encrudelidas sanyas
hajen en tu descarregat sas iras,
quan legions estranjeras en ton barri,
y reys estranys, hajen dressat sas tendas,
quan hajes ja viscut, y quan ja sian
tos Deus proscrits y sos altars en runa,
tos monuments en flamas, y esventadas

sas cendras pels espays, encara César
viurá llavors... viurá llavors...

(Sens que deixe de parlar, se va aproximant lentament á las sombras, que 's passejan per entre 'ls árbres, fins á confóndrers ab ellas y desaparéixer.)

Madrit, Octubre de 1873.

CAU LO TELÓ.

LA SOMBRA DE CÉSAR

TRADUCCIÓN EN VERSO CASTELLANO

POR

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Los campos Eliseos.—Sombras de diversos personajes romanos paseándose por entre los árboles.—La de César se adelanta hacia el proscenio.

CÉSAR.

¡Bien! Ya estoy muerto. ¡Estúpidos! ¿Y ahora?
La suerte echada está. Ya habéis pasado
como yo el Rubicón... ¡Y cuán de prisa!
¡Ah, miserables, miserables! Raza
apestada y podrida por tus vicios,
¿qué harás, raza infeliz, si serán yugo
y traba á tus propósitos, mi sangre,
inútilmente derramada, el sordo
grito de tu conciencia, hasta la misma
libertad que alcanzaste, y hoy te abruma
como losa de plomo?... Ya el tirano
ha muerto; mas ¿murió la tiranía?

¿Cómo vais á fundar esa república?
¿Con quién y para quién? ¿Quién será el cónsul,
y quién el dictador? ¿Antonio acaso,
entregado al placer y á las mujeres?
¿Lépido, que sumiso á su apetito,
la dejará morir por no apartarse
de la opípara mesa? ¿Octavio?... El juego
no es para niños. ¿El austero Bruto,
que donde nada hay virgen, sólo él tiene

virgen el corazón? ¿Casio, ese hombre
de pálida figura, de sombría
frente, que nunca ríe, á cuya cara
jamás el alma asoma, impenetrable
y frío como el mármol?... ¿Por ventura
Ligario, ese traidor que las tinieblas
busca, y huye del sol? ¿Casca, beodo
y disoluto? ¿El epicúreo Albino?
¿Salustio, ese *bibliópola* que ensalza
en libros la virtud que no practica?
¿O Marco Tulio, ruiseñor canoro
que al más leve rumor calla y se esconde?

¿Cómo, pues, fundaréis esa república,
vano nombre no más, sombra sin cuerpo
y astro sin luz? República incolora,
ni hombres produces, ni virtudes tienes.
República de feria, el más osado
que de tu seno envilecido surja,
te volcará con empujarte sólo.—
¿Cómo queréis fundarla? Necesita
virtudes la república. Las vuestras
¿en dónde, en dónde están? Decid, ¿las guarda
ese pueblo soez, hundido en cieno,
pueblo de histriones y de mimos, torpe
é inmunda plebe, que tan sólo vive
en los juegos del circo y de la escena?
¿Las tiene ese soberbio patriciado
que con todo trafica, con lo noble
y santo, que estragado y corrompido
por los extensos pórticos pasea
su ociosa presunción durante el día,
y por la noche, vergonzoso culto
rindiendo al vicio, con la sien ornada
de pámpanos y rosas, se revuelca
de las rameras en el lecho infame?
¿Las tiene ese Senado, que se vende
al que le ofrece más, ni esos impuros

gobernantes sin fe, cómplices viles
de hurtos y peculados? Ni siquiera
guárdanlas en su hogar esas mujeres
romanas, que cubriendo con el velo
virginal, ó la *palla* de las castas
y severas matronas, sus marchitas
frentes, holladas de ósculos lascivos,
aun más que el cuerpo, el alma prostituyen,
rindiéndose á los lúbricos abrazos
de histriones y libertos, en la oscura
noche, de horrores y misterios llena.

¡Virtudes! No las hay. Sólo en los libros,
no en los que los escriben y los leen.
¡Oh virtudes antiguas, yo os venero,
yo os amo! ¿Cómo no, si á Junio Bruto
verdugo hicisteis de sus propios hijos,
y claro espejo de la edad futura
á Cincinato ilustre?... Mas pasaron,
y ya no tornarán aquellos tiempos
en que eran ¡ay! sagradas las costumbres
para el mundo romano; en que la patria,
la cívica virtud, la fe constante
su paladión tenían en aquella
noble y sencilla juventud, que nunca
volvió al peligro la serena frente.
¡Cuán distintos son hoy los descastados
que forman la cohorte afeminada
de romanos patricios! Perezosa
y sensual vida su vigor enerva,
débil su mano se resiste al peso
del hierro varonil, y apenas puede
sostener los anillos que la adornan.
Gastados ¡ay! por la molicie, el polvo
del campamento sus sentidos turba,
y sólo vuelven á la vida, al suave
perfume sibarítico del nardo.
Ya pasaron los tiempos en que Curcio,

dando su vida impávido, buscaba
la salud de la patria en los abismos;
en que inmóvil y mudo, arder su mano
Scévola sentía; en que Lucrecia
el rescate de su honra atropellada
demandaba al puñal. No, ya no existen
aquellos hombres duros, que montados
en ágiles corceles poderosos,
de hierro y de una pieza parecían;
héroes tradicionales de las patrias
leyendas, que tan sólo en los recuerdos
se conservan y viven. ¡Ay! tampoco,
tampoco existen ya los magistrados
íntegros, rectos, de costumbres puras,
para los cuales fué toda su vida
la ley deber y religión; ni aquellas
castísimas matronas, que si en vuestros
días de oprobio y de abyección viviesen,
medio desnudas vieran á sus hijas
como locas correr, bajo el azote
de los ebrios Lupercos, y entregarse
á la brutal prostitución sagrada.

¡Oh virtudes antiguas! Si os hubiese
hallado en este pueblo, cortesano
servil, de vicios y de errores, vivas
é intactas como en siglos más felices,
primero que faltaros y faltarme,
yo, con mi mano, en desagravio justo,
os hubiera vengado de mí mismo.
Para el castigo del tirano, entonces
el sangriento puñal de Bruto y Casio
innecesario fuera: con mi acero
bastara sólo, con mi propia espada
manejada por mí.
Daros quería
un rey. Romanos, no lo niego; daros
quería un rey, y por los dioses juro

que á empeño tan difícil me arrojaba
más, mucho más vuestro interés que el mío.
El tuyo sólo, sociedad disuelta,
república sin fe, floja y caduca.
No quisisteis mi rey... Pues bien, ahora
el rey-turba tendréis. ¡Ah! yo os hubiera
dado la libertad. Ahora ¡insensatos!
de la licencia sufriréis el yugo.
Renegasteis de mí, cual se reniega
de parásito ruin... No habéis querido
ser esclavos de un hombre, y fatalmente
de muchos lo seréis. La tiranía
ejercida por uno, á veces abre
ancho camino á las grandezas patrias;
pero cuando es de muchos, deja un rastro
de sangre, odios y crímenes.
¡Oh, Roma,
víctima es ya de tus injustas iras
quien fué tu salvador! ¿Poder, tesoros
y honras te dí, te acrecenté con nuevos
reinos é imperios ¡ay! para que fueses
conmigo, ingrata y parricida? ¡Oh Roma!
Sólo pensaba en tí, yo, que ostentaba
reyes por siervos, reinas por mancebas;
yo, que he llevado hasta los más remotos
climas del universo tus invictas
águilas; yo, que siempre con mi manto
de púrpura te honré; yo, que tu nombre,
tu religión, tus leyes y tu lengua
grabé por siempre en las naciones todas!

¡Ah! con sólo quererlo, yo podría
haber fundado para mí un imperio;
ser en Iberia rey, serlo en Egipto,
serlo en el mundo. En brazos de Cleopatra,
reina de reinas y de hermosas; lleno
de fausto y de riquezas; rodeado
de honores y de pompas, que la mente

puede apenas soñar; en perfumada
atmósfera de amor y grato incienso;
bebiendo en áureas, cinceladas copas,
perlas disueltas en los ricos vinos
de Italia y Grecia, dilatado habría
mi osada vista por el vasto mundo,
ya todo mío; y con el gozo ardiente
de altivo vencedor, viera á mis plantas
atónito y postrado el universo,
dóciles y obedientes á mi yugo
la tierra bajo el pie de mis legiones,
bajo la quilla, el mar, de mis triremes.

Hasta hubiera podido—bien lo saben
los altos dioses—convertirte ¡oh Roma!
en mísera provincia de mi imperio;
pero no quise ¡fiera madre mía!
Honores, reinos y tesoros puse
á tus pies, todo te lo dí, de todo
has sido, loba, mi única heredera.
Yo por tí, y todo para tí, fué siempre
mi divisa y el fin de mis acciones.
Por tí vivía yo, por tí luchaba,
sólo por tí la ardiente y generosa
sangre de mis soldados y la mía,
acreciendo el caudal de los torrentes
que de las cumbres empinadas bajan,
fué á perderse en los mares: por tí sólo
hice en todas las lenguas conocidas
componer himnos y ensalzar tu gloria:
por tí crucé los agrios Pirineos
y los abruptos Alpes, no tan altos
como tu excelso nombre, y las llanuras
del mar, y las regiones tenebrosas
del África recóndita: el Egipto,
y la Iberia, y el Ponto, y la Tesalia,
y el Asia, y cuantas bárbaras naciones
pueblan el mundo, uncí á tu carro, y fueron

pedestal á las águilas triunfantes
de la loba latina... ¡Ingrata Roma!
¡Nada de mí quisiste! Mas los dioses
me vengarán, porque de siglo en siglo
gemirás de mi nombre bajo el peso,
y las futuras gentes con el tuyo
recordándole al par, y siempre unidos,
no la Roma de Rómulo, de César
la augusta Roma invocarán tan sólo.

Ya el tirano murió, la patria es libre,
y ya esclavos no sois, como no sea
de vuestros mismos vicios y pasiones.
¡Ya todo es libertad! Lleváis gozosos
el *píleo* del siervo emancipado;
noche y día la llama inextinguible
del entusiasmo patrio, arde en las aras
de los lares domésticos; ya os dejan
discutir, ya sois larvas, ya los *sistros*
agitaréis do quiera á todas horas,
ya os consienten gritar y enronqueceros;
no os faltarán promesas ni crecientes
regocijos, ni *espórtulas*, ni astutos
tribunos que os adulen, ni en el foro
discursos demagógicos, ni arengas
ciceronianas ¡ay! en el Senado.

¡Mil veces desdichados, que la ronca
voz de la tempestad, cuyas gigantes
alas tendidas el espacio llenan,
ni escucháis, ni sentís! ¡Desventurados
mil veces, que no veis entre las sombras
la guerra fulgurar!—Yo, que la he visto,
os lo puedo decir.—Es la terrible
guerra civil, asoladora, impía,
la más cruel de todas. Ya levanta
su monstruosa cabeza, que de sierpes
se muestra coronada, y con la mano

convulsa de furor, vibra y sacude
de la discordia la sangrienta tea.

Tras la guerra vendrá la tiranía,
y seréis de un tirano, luego de otro,
de otro después, de otro más tarde. ¡Siempre
tendréis quien os oprima, hasta que el nombre
de la sagrada libertad resbale
como vano recuerdo por la historia!

¡No me quisisteis! Llevaréis la pena
y con ella mi luto. Acaso un día
los ojos volveréis á la columna
que alcen á mis recuerdos los futuros
siglos, y gritaréis desesperados:
—¡Oh, si viviese César!... ¡Si él viviera!...—
Sí: mi muerte será vuestro castigo
y vuestra expiación. El cielo quiere
que el criminal se acuerde de su crimen,
y los dioses ¡oh Roma! te condenan
á recordarme siempre.
¡Yo, tirano!
¡Tirano yo, que á tu grandeza sólo,
mi pensamiento, oh patria, dirigía!
Si aspiraba á ser rey, por tí aspiraba:
para que fueses reina, incontrastable
reina de todo. ¡La ciudad y el mundo!
Tal vez en las edades venideras
algún tirano embrutecido ansíe
que tengan los romanos una sola
cerviz, para segársela de un golpe.
¡Era más noble el sentimiento mío!
¡Ay! ¡Yo anhelaba que formar pudiesen
un solo cuerpo... para ser su alma!

Ya de mi vida el sueño ha terminado.
También el tuyo acabará. ¡Cuán dura
será tu suerte, oh Roma, no la mía!

Cuando los hados su tremendo encono
descarguen sobre tí; cuando legiones
extrañas, por tu mal, y extraños reyes
en tu sacro recinto alcen sus tiendas;
cuando no vivas ya; cuando proscritos
tus dioses, rotos sus altares, pasto
de las llamas tus templos, sus pavesas
esparza el aire por do quier, y nada,
nada quede de ti, ni aun la memoria
de tu muerta grandeza, todavía
vivirá César, vivirá...

(*Sin dejar de hablar se va alejando lentamente hasta confundirse con las demás sombras que pasean por entre los árboles y desaparece.*)

CAE EL TELÓN.

LA SOMBRA DE CÉSAR

TRADUCCIÓN EN VERSO CASTELLANO

POR

DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA

Los campos Elíseos.—Sombras de diversos personajes romanos paseando entre los árboles.

CÉSAR.

¡Y bien!... ¡Ya he muerto! ¡Estúpidos! ¡Ahora
los dados se han jugado!... ¡Ah! ¡Deprisa
también el Rubicón pasáis vosotros!...
¡Oh, miserable raza envilecida!...
Raza apestada por tus propios vicios,
ahora... ¿qué vas á hacer? Barrera altiva
y yugo á tus designios es tu crimen...
¡mi sangre acaso en tu conciencia grita!...
¿Qué vas á hacer, oh raza miserable?
Si hasta esa libertad, raza podrida,
hasta esa libertad que conseguiste,
como el plomo te pesa; y ella misma
te dice ¡oh Roma! que el tirano ha muerto,
mas no ha muerto con él la tiranía!...
¿Fundar una república pretendes?...
¿Con quién y para qué? ¿Dónde hallarías
el dictador, el magistrado, el cónsul?...
¿Antonio? ¡Tú lo sabes!... Vendería
su patria á una mujer!... ¿Lépido entonces?
De su mesa y su lecho las delicias

por no perder, de su pereza esclavo,
morir sin vacilar la dejaría!...
¿Octavio? ¡Si es un niño!... ¿Bruto acaso?
Un fanático es, de alma sencilla
que parece un bendito!... Tiene virgen
el corazón, y nada lo es hoy día!...
¿Casio? ¿Podéis pensar en ese hombre
de rostro sin color y sin sonrisa,
rígido como el mármol, que no altera
con la emoción su palidez sombría?...
¿Ligario? ¡Es un traidor!... Vive en las sombras,
y huye el sol que á los buenos ilumina!
¿Al epicúreo Albinius? ¿Al beodo
y disoluto Casca elegiríais?...
¿ó á Salustio, el *bibliópolo*, que ensalza
la virtud que en sus actos no practica?...
¿Cicerón, ruiseñor que con su canto
del silencio en la calma os electriza,
y huye y se oculta ante el menor ruido,
y hace el temor que su cantar se extinga?
¡República anheláis!... ¡Su nombre vano
sombra es sin cuerpo, sol sin luz!... ¡Pedirla
cuando no tenéis hombres ni virtudes,
es darle forma á un sér, sin darle vida!...
Fundaréis la república incolora;
república de feria; el primer día
que brote un hombre de tu seno ¡oh Roma!
con sólo que la empuje será hundida!...
¿Y cómo la queréis?... ¡Cómo!... ¡Decidlo!...
¿Dónde está la virtud que necesita
la república?... ¿Dónde están las vuestras?...
¿Las tiene acaso el pueblo, que se humilla
brutal y enlodazado, entre histriones,
mimos y plebe inmunda?... ¿El que desliza
la existencia entre Arenas y teatros?...
¿Las tienen los patricios que se agitan
comerciando con todo lo más noble,
con lo más puro y santo, que de día

bajo los altos pórticos pasean
su orgullo y presunción, y apenas brilla
en el espacio el astro de la noche,
coronados de pámpanos y espigas,
sobre el lecho de impúdicas rameras
arrastran el decoro que mancillan?...
¿O las tiene el Senado, que se vende
á todo el que comprarle solicita?...
¿Las tendrán esos malos gobernantes
que peculados y hurtos apadrinan,
ó esas mujeres, que por ser romanas
alzar debieran su cabeza altiva,
y que hoy la ciñen con la noble *palla*
que á la casta matrona cubrió un día,
ocultando en sus pliegues la impureza
de sus frentes manchadas, do palpitan
los besos de libertos é histriones
que de la noche en la quietud sombría
ellas van á buscar, para entregarles
su cuerpo impuro, su alma envilecida,
que prostituye el vicio, y que degrada
de la lujuria el vergonzoso estigma?...
¡Virtudes!... ¡No las hay!... Si de los libros
en las brillantes hojas se consignan,
en sus actos, autores y lectores,
las desprecian, tal vez, ó las olvidan!...
¡Virtudes!... ¡Yo os admiro! ¡Yo os venero,
joyas sublimes de la historia antigua!...
¡Yo os amo, sí, virtudes del pasado!...
¡del pensamiento ejemplo y maravilla!
Por vosotras, verdugo de sus hijos,
Junio Bruto en grandeza al mundo admira,
y espejo de los siglos, Cincinato,
escribe una lección con sus cenizas!...
Pasaron ya los tiempos en que Roma
de sus costumbres el deber cumplía,
en que su fe, sus leyes y su patria
cual las virtudes públicas, tenían

su *paladium*... la juventud romana
noble y sensata, valerosa y digna!
Aquella juventud que ante el peligro
y ante el temor jamás retrocedía,
no es la cohorte afeminada y débil,
deshonra de su pueblo, que hoy se agita
en lechos sensuales, soportando
en su manchada frente con fatiga
la corona de rosas!... á quien pesa,
en las manos cargadas de sortijas,
el hierro de las armas... que desmaya
si polvo y sangre en la batalla aspira,
y con perfumes de jazmín y nardo
su vergonzosa inercia se reanima...
Pasaron ya los tiempos en que Curcio
daba á su patria, sin dudar, la vida;
en que Scévola arder dejó su mano;
en que Lucrecia, cual romana, altiva,
demandaba el rescate de su honra
al puñal, y con sangre la escribía!
¡Esos hombres de hierro ya no existen!...
héroes que llenan la leyenda antigua,
valerosos jinetes, que á caballo
tallados de una pieza parecían,
ya sólo se les busca en los recuerdos,
ya sólo en las memorias se les mira!
Ni aquellos de las íntegras costumbres,
los nobles magistrados, que sabían
cumplir la ley, cual religión sagrada,
y su deber cual religión divina...
Ni las castas matronas, que hoy absortas
vieran correr cual locas á sus hijas,
medio desnudas, palpitante el seno,
dejándose azotar como perdidas
por mano de Lupérculo embriagado,
cuya correa en sus espaldas silba,
y creen así las viles entregarse
á una prostitución casi divina...

¡Virtudes!... ¡Oh virtudes!... Si os hubiera
hallado en ese pueblo, que es hoy día
cortesano de vicios y de errores,
antes de yo faltaros, en vindicta
vuestra, por no faltarme, con mi mano,
yo mismo, de mí propio os vengaría...
Para castigo del tirano entonces
inútil fuera ese puñal que brilla
en la mano de Bruto y la de Casio;
con su espada, por sí, se mataría...
¡Quise daros un rey! Cierto es, romanos,
¡un rey os quise dar!... ¡Mas no era indigna
mi ambición!... ¡Por los Dioses os lo juro!...
Era más que por mí, por vuestra misma
sociedad!... ¡Por vosotros sólo era!...
Sí, por vosotros, sociedad perdida,
república sin fe, débil, caduca!...
¡No quisisteis mi rey!... ¿os parecía
preferible el rey-turba?... ¡Desdichados!...
¡Pues bien; ya le tenéis!... En garantía
yo os diera libertad... ¡Ahora, licencia
tendréis, para que os manche con sus iras!
Renegasteis de mí, como si fuese
un parásito vil; os parecía
esclavitud obedecer á un hombre,
y obedecer á muchos no os admira!...
¡Un hombre solo, aunque tirano sea,
puede gloriarse hacer la tiranía;
puede abrir á su patria una ancha senda
de triunfos, de grandeza y de justicia!
¡Pero muchos tiranos sólo forman
cadena de maldades que esclaviza,
cadena que con odios y con sangre
ha de sellar el pueblo que la ciña!...
Aquel que fué tu salvador, ¡oh Roma!
¡estaba destinado á ser tu víctima!...
¡Yo te dí honores, glorias y reinados;
tesoros te dí y tierras!... ¡No creía

que ingrata y desleal fueses conmigo,
y más que ingrata, infiel y parricida!...
¡Oh Roma! ¡Sólo en tí pensaba César!...
¡En tí tan sólo, el hombre que tenía
los reyes por esclavos, y las reinas
por mancebas humildes y sumisas!...
¡El hombre que tus águilas llevaba
en triunfo á otras regiones, y cubría
con su manto de púrpura tu nombre,
indeleble por él, pues que esculpía
tu religión, tus leyes y tu lengua,
de la victoria en la elevada cima!...
Con sólo yo quererlo, un nuevo reino,
imperios para mí fundar podía;
ser en Iberia rey, serlo en Egipto,
serlo en el mundo entero por conquista!
¡Y en brazos de Cleopatra, de esa reina
de las reinas, tan bella como altiva;
de esa hermosa mujer incomparable,
lleno de honores; entre galas ricas;
entre pompas brillantes como sueños;
entre perfumes; entre incienso y mirra;
viviendo de su amor; bebiendo en copas
de oro, las gruesas perlas desleídas
en el vino de Grecia y el de Italia;
desde sus brazos con placer vería
postrarse el universo ante mis plantas;
enmudecer los cielos á mi vista!...
¡Esclava de mi gloria, ver la tierra
á mi fugaz capricho sometida,
y al paso vencedor de mis soldados,
temblar el suelo; el mar ante las quillas
de mis triremes, que al rozar las olas
fuesen dejando mi grandeza escrita
en la estela brillante que anunciase
mi paso, con espumas y armonías!...
¡Ah!... ¡Los Dioses lo saben!... ¡Pude entonces
hacerte de mi reino una provincia,

y no lo quise, oh Roma, no lo quise!...
¡Yo cual madre y cual reina te quería!...
Te dí honores, imperios y riquezas,
¡oh fiera, oh loba en que fundé mi dicha!
¡Ser todo para tí, dártelo todo,
esa fué mi ambición y mi divisa!...
De cuanto tuve fuiste la heredera,
por tí viví y luché... ¡por tí vertida
fué mi sangre, la sangre de mis venas,
que de tu amor al fuego se encendía!...
¡Y la de mis soldados generosos,
que engrosó los torrentes que corrían
de los montes al mar!... ¡Por tí tan sólo
hice que himnos de música divina
ensalzasen tu nombre, en cuantas lenguas
expresa el mundo la palabra viva!
Para tí, aunque por mí, para tí siempre,
se alzaron monumentos que tenían
en su cumbre tus dioses. Por tí, Roma,
del Pirineo la corona erguida,
de los Alpes las crestas, menos altas
que tu nombre, crucé con alegría,
y de inmensas regiones las arenas,
y de mares las olas nunca hendidas,
y al Asia fuí, y al Africa y al Ponto,
y á la Iberia, el Egipto y Thesalia...
y al ver todos los reinos de la tierra,
que esclavos de mi fuerza se decían,
quise hacer pedestal donde se alzasen
tus águilas no más, loba latina!...
¡Todo lo quise para tí, lo quise
y al dártelo mis ansias se cumplían!...
¡Tú á mí no me quisiste, ingrata Roma!
¡Me vengarán los dioses! que hasta el día
en que se hundan los siglos en la nada,
has de llevar mi nombre! Confundida
esa generación será en el polvo,
y en las generaciones que la sigan,

un solo sér no habrá que al contemplarte,
recordando mi historia, no te diga:
¡Oh Roma la de César!... ¡No de Rómulo,
porque ante mí tu fundador se olvida!
¡Ya el tirano murió! ¡La patria es libre!
Ya nada á los romanos esclaviza,
á no ser sus pasiones, sus miserias...
viles cadenas que á los hombres sigue.
Ya de los libres llevan el *pileo*...
¡Ya todo es libertad!... ¡Luce encendida
la llama de los patrios entusiasmos
en el altar doméstico; y oscila
ante la imagen fiel de nuestros lares...
¡Ya podéis discutir!... sois larvas vivas!...
tenéis poder para agitar los *sistros*...
os permiten gritar... hasta que extinta
quede en vuestras gargantas la palabra
y se apague en la voz enronquecida!
¡Tenéis promesas ya, fiestas y *espórtulas*,
tribunos que os adulan y os excitan
con candentes discursos desde el Foro,
y con sus demagógicas doctrinas!
¡Ciceronianas voces del Senado
que vuestros arrebatos justifican!
¡Desdichados!... ¡No oís rugir el trueno
rodando en los espacios!... ¡No divisan
vuestros ojos la guerra!... (Yo la he visto,
lo aseguro, romanos!) ¡Y á mi vista
esa guerra civil, la más cruenta,
la más triste de todas, hoy agita
su monstruosa cabeza de serpiente,
su tea que desastres ilumina!...
¡Tras de sus huellas llegará el tirano,
suyos seréis!... ¡Vendrá la tiranía
una vez y otra vez!... Y de uno en otro
pasaréis!... ¡Siempre habrá quién os oprima!
¡De vuestra libertad el nombre santo
rodará, como pobre hoja caída,

y llegará á la historia, en sus recuerdos
viviendo, muerto en la palabra escrita!
¡No me quisisteis!... ¡Bien! ¡Llevad la pena
y con ella mi luto!... Vendrá un día,
cuando al brillar los tiempos venideros
alta columna por mi honor se erija,
que á ella volviendo los cansados ojos
diréis arrepentidos: «¡Si por dicha
César viviera!...» ¡Y bien! ¡Mi muerte, Roma,
ha de ser tu expiación! ¡Jamás olvida
el criminal su crimen, y los dioses
con mi eterno recuerdo te castigan!
¡Tirano yo! ¡Tirano el que pensaba
sólo en tí, siempre en tí!... ¡Sí, yo quería
ser rey; hacerte reina, no lo dudes,
fué mi sola ambición!... ¡La Roma altiva
que yo amé, quise hacer reina del mundo,
y lo fuera dejándome la vida!...
¡Acaso en los tiranos que te esperan
llegue á venir alguno que te diga
que ansía un solo cuerpo en los romanos
por cortar su cabeza!... ¡Yo quería
un cuerpo haceros para ser un alma,
inmortal, poderosa é infinita!...
¡Pasaron ya mis sueños!... ¡Acabóse
la más grata esperanza de mi vida!...
¡la tuya pasará... suerte infelice!
¡No la mía, la tuya que es maldita!
¡En tí el destino vengaráse, oh Roma!
¡La encrudecida saña de sus iras
sobre tí arrojará huestes extrañas
y reyes extranjeros... en tí fijas
sus tiendas se alzarán... verás tu suelo
hollado por sus plantas!... ¡En ruinas
rodarán tus altares y tus dioses...
volarán las pavesas esparcidas
de tus templos!... ¡Y entonces, aun entonces,
cuando de lo que fuiste nada exista,

César aun vivirá... vivirá siempre!...
¡Vivirá entre tu muerte todavía!...

(*Sin que deje de hablar se va aproximando lentamente hacia las sombras que se pasean por entre los árboles, hasta confundirse con ellas, y perderse su voz.*)

CAE EL TELÓN.

NOTAS DEL AUTOR

Á LA TRAGEDIA «LA SOMBRA DE CÉSAR»

---

(1) *Marco Antonio.* Sabidos son sus amores con varias mujeres, y especialmente con Cleopatra, por quien hubo de olvidarlo todo.

Lépido. Era un hombre de gran indolencia, aficionado á los placeres, muy gastrónomo. gran bebedor. Su mayor placer era el de la mesa.

Octavio. El que más tarde fué César Augusto. Era realmente un niño á la muerte de César.

Bruto. Uno de los principales, el principal asesino de César. Todos los historiadores están de acuerdo en decir que era hombre severo, rígido, de virtudes antiguas, fanático por la república.

Casio. Otro de los asesinos de César. Éste decía un día señalándole:—«Esos hombres de rostro pálido y de mirada sombría, son temibles.»

Ligario. Otro de los asesinos. Era de la intimidad de César y le vendió.

Casca y Albino. Dos jóvenes disolutos de aquella época, que figuraron también entre los asesinos del dictador.

Salustio. Sus costumbres desordenadas estaban en contradicción con las virtudes que predicaba en sus obras.

Bibliópolo era el que vendía libros, pero también se llamaba así al que los escribía y publicaba.

(2) César acostumbraba á decir que la república era un nombre vano, una sombra sin cuerpo.

(3) Ábrase cualquier historiador para saber hasta qué grado llegó en aquel tiempo la corrupción de costumbres.

La *palla* ó el *palla* era el manto, por lo común de púrpura, con que se envolvían las damas romanas. Las doncellas llevaban un velo sencillo, que en los desposorios tomaba el nombre de *flameum*.

Junio Bruto. Uno de los principales y que más contribuyeron á arrojar de Roma á los Tarquinos y á cambiar en republicano el gobierno monárquico. Sus hijos conspiraron para que volviesen los Tarquinos y con ellos la monarquía. Junio Bruto los hizo juzgar y sentenciar á muerte como traidores á la patria.

Cincinato. Varón de eminentes virtudes y de intachable probidad. Por dos veces los romanos fueron á arrancarle á las labores del campo y á la paz de su hogar para elevarle al supremo puesto de la república.

Curcio. Por los años 389 de Roma, esta ciudad sufrió grandes males y catástrofes con la peste, los terremotos y el desbordamiento de aguas. Los romanos creían á los dioses enojados con ellos y veían su ruina como inevitable. Era creencia general entre ellos que sólo el sacrificio voluntario de una víctima podía cambiar los rigores del destino en un favor declarado. Marcio Curcio, joven romano, se ofreció á ser esta víctima. Un temblor de tierra había abierto un profundo abismo en medio de la plaza pública, y Curcio, á caballo, vestido de todas sus armas se precipitó en él, después de haber pedido solemnemente á los dioses que con su sacrificio aplacasen su rigor.

Mucio Scévola. Los romanos estaban en guerra con Persenna, rey de Clusiam. Un joven llamado Mucio Scévola decidió con la muerte de aquel rey librar á su patria del azote de la guerra. Penetró en el campamento enemigo, llegó hasta la tienda real, é hirió de muerte á un personaje que estaba hablando con Persenna, creyéndole el mismo monarca. Preso el matador, le preguntaron quiénes eran sus cómplices. Scévola contestó que era solo y que nadie le había inducido al hecho sino el deseo de librar á Roma de un enemigo temible. «Mi mano, añadió, me ha engañado matando á otro en vez del rey: yo la castigaré por ello.» Y extendiendo su mano sobre la llama de un trípode destinado á los sacrificios, dejó que se le abrasara sin palidecer y sin dejar escapar el menor signo de dolor.

Lucrecia. La virtuosa esposa de Colatino, deshonrada por Sexto, el heredero de los Tarquinos, que no pudiendo sobrevivir á su deshonor, se atravesó el pecho con el puñal de su marido. Esta muerte fué la causa del levantamiento de los romanos contra los Tarquinos.

Las fiestas *lupercales* en Roma eran verdaderos delirios, verdaderas orgías. Las mujeres asistían á ellas desnudas de la cintura para arriba, dejándose azotar las espaldas con las disciplinas ó correas de los sacerdotes *lupérculos*, que con estos azotes, al decir del vulgo, convertían en fecundas á las estériles. Eran aquellas fiestas una verdadera prostitución sagrada.

(5) Perlas disueltas en vino. Era en vinagre donde se disolvían y después se mezclaban con vino. Se cuenta que Cleopatra, en un banquete con César ó con Marco Antonio, que fué su amante después de haberlo sido el primero, bebió una perla de incalculable valor desleída en vinagre. Más tarde, el hijo y heredero de Esopo el trágico, queriendo imitar á Cleopatra, bebió también una perla que le costó un millón de sextercios,

y habiendo tomado el gusto á esta clase de bebidas, dió varios banquetes á sus amigos ofreciéndoles perlas disueltas en vinagre y en vino, con lo cual se gastó su inmensa fortuna.

(6) El *pileo*. La gorra ó adorno que en la cabeza se ponía á los esclavos que eran declarados libres.

El *sistro*. Era una plancha ovalada de metal con un mango para cogerla y con sonajas ó cascabeles en sus bordes. En días de señaladas fiestas, el pueblo romano iba por las calles agitando los sistros en señal de regocijo público.

Espórtulas. Los regalos consistentes generalmente en cosas de comer y beber, que daban los ricos al pueblo, los patronos á sus clientes.

LA FIESTA DE TIBÚLO

TEXTO CATALÁN, Y TRADUCCIÓN EN VERSO CASTELLANO

POR

D. VENTURA RUIZ AGUILERA

LA FESTA DE TIBÚLUS

PERSONATGES

TIBÚLUS.
GALUS.
PROPERCIUS.
LYDIA.
SULPICIA.
CYNTHIA.
ESCLAUS.

(LYDIA, SULPICIA, CYNTHIA, ESCLAUS: QUE NO PARLAN.)

Lo «triclinium» en casa de Tibúlus. Una taula y al entorn d' ella tres grans llits ab sobrecel. La taula ricament parada. Los llits ab cubertas de púrpura.

TIBÚLUS, PROPERCIUS, GALUS.

GALUS. (*Entrant.*)

¡Que 'ls Deus guarden la casa de Tibúlus!

TIBÚLUS.

¡Oh Galus, ben vingut! Ja t' esperavam.

GALUS.

Y féyau bé per cert.
(*S' interromp per saludar á Propercius.*)
¡Salve, Propercius!

PROPERCIUS.

¡Las Musas, Galus, y 'l Parnás te guarden!

TIBÚLUS.

Molt has trigat.

GALUS.

Pero á bon temps arribo.
Faltar jo no podía quan se tracta
de festejar lo jorn, aniversari
de ton natal felís. Per festejarlo
vinch á cremar incéns demunt las aras
de tos Deus Llars, y vinch també á entregarme
á libacións devant ta taula. [1]

TIBÚLUS.

¡Oh Galus,
sempre 'l mateix!

GALUS.

Sempre 'l mateix, Tibúlus.
Jo seré axís fins en los Camps Elísseos. [2]
En Alba me trobava quan vaig rébre,
Tibúlus, ta vitela. [3] He prés la vía
monumental de Augustus y Messala,
saludant, al passar pels horts de Túsculum,
del orador romá la ja deserta
posada, y aquí estich sens aturarme. [4]
(*Mirant á totas parts.*)
¡Taula parada y llits parats! Tibúlus,
tu fas las cosas com ningú sap ferlas.
¿Estarém sols los tres?

TIBÚLUS.

Ab las tres Gracias.

GALUS.

No las veig pas.

TIBÚLUS.

Pero vindrán.

PROPERCIUS.

La meva

ha de ser Cynthia sols, ó 'us abandono.

GALUS.

¡Ah! ¿'T dona avuy per ser fidel, Propercius?

PROPERCIUS.

Jo á Cynthia estimo sols.

GALUS.

También jo á Lydia;
mes si en lloch de ma Lydia 'n trobo un' altra,
no so pas mica escrupulós.

TIBÚLUS.

Jo ho penso
tot, Galus; tot, Propercius, ho endevino
quan invito aytals hostes á ma taula.
A ta Cynthia tindrás. (*A Propercius.*)
(*A Galus.*) Tu á Lydia, Galus,
y jo á Sulpicia. [5]

GALUS.

¡Tu ets un hom, Tibúlus!
Ningú, ningú sab fer com tu las cosas.
Prou que 'm recordo encara quan de Pédum
en tos jardins espléndits, [6] assistiam
á aquellas ricas voluptuosas festas
hont ta Nemésis... Y per cert, qu' encara
no fa un instant, l' he vist.

TIBÚLUS.

¿A quí?

GALUS.

A Nemésis. [7]
Ha passat devant meu en son *octóphorum*
d' or y marfil, [8] cercada d' escláus negres, [9]
y ab tota la bellesa enlluernadora

de sos temps primerenchs: sos ulls lluhían
com brilladors estels; cintas de perlas
no pas tan blancas com son coll, ornavan
son pit, y de son cos las bellas formas
s' adivinavan sota aquella vesta,
transparent com lo vidre, que teixeixen
en las Illas de Cos fadrinas hábils.[10]
¡Qué hermosa estava! 'T juro jo, ¡per Venus!...
mes ¡ay! no tots, per cert, van á Corinto.[11]

TIBÚLUS.

Jo, Galus, que hi só anat, sé lo que costa.
Mes no tot s' ho emportá Nemésis. Quedan
algúns sestercis en ma bossa encara,
y 'm quedan, sobre tot, los horts de Pédum.
Tornarém á las festas que 'm recordas,
hi tornarém, oh Galus; ¡jo t' ho juro,
per Cástor y per Pólux! Allí, un día,
y será prompte, alsar faré un tenda
al bell mitj dels jardíns, devall los árbres
que ubaga 'ns donarán. Allí 'l *triclinium*
jo' us posaré y la taula, aparellada
ab peix de totas mars y també ab cassa
de totas terras, ab menjars sabrosos,
vins barrejats ab dolsas mels d' Hymeto[12]
y llits cuberts ab púrpuras de Tyro.[13]
Allí, y ab nostras avinents aymías,
tots coronats de flors, cantarém himnes
á la Venus d' Eryx, de l' áurea copa
vessant á doll lo vi d' Italia y Grecia!
Allí, y á la senyal de mon *vocator*,[14]
lo sobrecel s' esquerdará, y per sobre
la taula del festí y los llits dels hostes,
caurá desfeta en vaporosa pluja
l' aigua aromada de safrá y de rosa.[15]
Allí 'ls perfums del nardo y cinamomo
comblarán los espays de l' ample cambra;
vermellas rosas dels jardíns de Péstum[16]

pel cel y l' aire ondejarán, formantne
rams y garlandas com vergers sospesos,
y ab las replenas perfumadas ánforas
á escancejar vindrán en nostras copas
lo néctar dols de relluhents topacis,
Hebés triadas y bellesas nuas,
encara vérges com lo trench de l' alba.

GALUS.

Tu somías, Tibúlus, tu somías.
¿Hónt, donchs, trobarlas? ¿Hónt? ¿Hónt son tas vérges?
Jo d' altres no 'n conech que las estátuas
de pedra que s' aixecan en lo *Forum*.
¡Dona y vérge, Tibúlus!... ¡Tu somías!
Y encara més. Las vérges ¡ay! son fadas...
segons se diu, que jo no ho sé. No tenen
ni moviment, ni ánima, ni vida.
Jo no las am' aqueixas vérges, dretas
com ho es un fus y fredas com un márbre.
Donéume donas de mirada ardenta
y sanch bullent; d' aquellas que al besarvos
mossegan, y que creman al tocarlas;
d' aquellas que cada any, tant sols vestidas
ab garlandas de pámpols, portan nua
per las festas l' imatge del Deu Bácus,
al ressonar dels címbols y dels sistres
y als crits frenétichs d' *Evoé;*[17] d' aquellas
que d' un aymant a l' altre y que d' uns brassos
á uns altres brassos passan, de sa túnica
sens temps sisquera per nuar los llasos.

PROPERCIUS.

¡Oh Galus, calla, calla!... Ton llenguatje
es d' un romá degenerat. Los homes
d' aquest temps y també d' aquesta rassa
ja sé que son aixís, mes á la ruina
caminém y al oprobi, que si 'l luxo
nos corromp, nos deshonra la luxuria.

L' or de sas minas nos regala l' India:
la mar Roja sas conxas, tan aymadas
de la deesa d' Eryx; Tyro sa porpra,
y 'l pastor de l' Arabia 'l cinamomo.[18]
Las armas eixas son que tot ho vencen,
que fan obrir de bat á bat las portas.
No 's resisteix ni la matrona casta,
ni la púdica vérge. Ja l' or triunfa
de totas y de tot: ningú 's recorda
d' aquellas, d' altres temps, donas llatinas,
que humils filavan la modesta llana
tranquilas en sa llar, mentres sos pares
y sos marits per la salut de Roma
vetllavan amatents. Un prat, la casa,
la cullita del any, llavoras eran
las riquesas de tots; totas las joyas,
tots los presents dels jóves á las ninas,
un paner de rahims ó de maduixas,
ó un pom de flors, cullidas ab la fresca
del dematí, al cáure la rosada.
Mirar sens crim llavoras se podía
á las deésas nuas, que baixavan
dels cels per protegir á l' innocencia
y á la virtut. Avuy deserts los temples
están, desertas las sagradas selvas,
y las aras dels Deus abandonadas.
Avuy es l' or qui regna. Ab l' or se compran
la justicia y la lley, ab l' or...[19]

GALUS.

Propercius,
si dura molt ta prédica, m' adormo.
Ets un Salustius dret y fet. Sos llibres
parlavan de virtuts, y 'ls escrivía
en brassos de las donas bordellayres
ab quí gastava, en sos jardíns magnífichs,
l' or que al erari públich arrapava.[20]

PROPERCIUS.

¡Oh Galus! l' home mor y 'l llibre queda.

GALUS.

¡Per ço que tu no ensenyas en tos llibres
á fer l' amor al nu!

TIBÚLUS.

Propercius, Galus,
deixeus d' açó y parlém d' un altre cosa.
¿Sabéu la nova?

GALUS.

¿Quína nova?

TIBÚLUS.

¡Quína!
¿No heu llegit donchs avuy l' *Acta diurna?*[21]

GALUS.

¿No saps que d' Alba fa un moment arrivo?

TIBÚLUS.

¿Ni tu tampoch, Propercius, saps la nova?

PROPERCIUS.

No per cert.

TIBÚLUS.

¿Donchs qué feyas eixa tarde
quan t' he vist al mitj d' altres, en las Thermas?

PROPERCIUS.

Mos últims versos als amichs llegía,
escrits á Cynthia.[22]

GALUS.

Y quan recita versos

aquest, ni 's cuida de que 'l mon s' enfonzi.
La nova dígam, donchs.

TIBÚLUS.

L' *Acta* la porta,
y Roma tota ho sab. Julia, la filla
de Augustus lo diví, que 'ls Deus nos guarden,
eixirá avuy de Roma desterrada.

GALUS.

¡Per Hércules! ¿Qué dius?

TIBÚLUS.

No 'n duptes, Galus.

PROPERCIUS.

¿Es possible?

TIBÚLUS.

Son pare la desterra
á l' Illa Pandataria.

PROPERCIUS.

¿Y per qué? Digas.

TIBÚLUS.

¡Per qué ha de ser! Per fí ha sabut Augustus
lo que tot Roma sab y ell ignorava:
sas liviantats constants, sos adulteris
escandalosos, y sas nits passadas
en los bordells hont amatent anava
deixant sa cambra imperial, vestida
ab la túnica negra de ramera,
per entregarse y per gaudir en brassos
del primer que passava per la via. [23]

GALUS.

No veig motíu.

TIBÚLUS.

Demá, devant del poble
y del Senat, un nunci del Imperi
ha de llegir la llista numerosa
dels aymadors de Julia, y la resenya
de sos desordres.

GALUS.

¡Pobre Julia! Casi
tentat estich de desterrarme ab ella.

PROPERCIUS.

Ha fet bè César.

GALUS.

Ha fet mal. Es Llivia,
es Llivia de segur, llorda madrastra,
¡aixís viva las Parcas se l' emporten!
la que al desterro ha condemnat á Julia,
Julia la flor de las romanas damas.

PROPERCIUS.

Y ensemps la flor també de las rameras.

GALUS.

¡Gran mal! ¿Per qué creus, donchs, que son las donas?

PROPERCIUS.

Galus, las costums públicas...

GALUS.

Paraulas,
paraulas sols.

PROPERCIUS.

Ha de donar exemple
lo qui un Estat regeix.

GALUS.

¡Per ço que Augustus
dona ab sos actes lo que tu ab tos versos!
Pus qué, ¿no es ell, Augustus, per ventura,
lo del festí dels Deus?... ¿Quí presidía
aquell banquet sacrílech, hont las donas
y 'ls homes, travestits en Deus olímpichs,
escarníren los alts, los sants misteris,
y, ubriachs, perduts y folls, sacrificáren
en los altars de Venus y de Bacus?
¿Y no fou ell, Augustus, qui, en la festa,
d' Apolo feya? Y qué, ¿no fou lo poble
qui, al véurer que llavors lo blat mancava,
cridava: *'Ls Deus se l' han menjat?...* [24]

TIBÚLUS.

No parles
axís, donchs; las parets tenen orellas.

GALUS.

¡Oh Julia! ¡Pobre!... ¡No n' hi ha pas un altre,
no n' hi ha un altre com tu!

TIBÚLUS.

(Mirant ab reçel per totas parts.)

¡Calla, donchs, calla!
No 'n parlém més. César ho ha fet, y César
tot ho fa bé. ¡Sa vida 'ls Deus conserven!
Las damas trigan. Digas, donchs, Propercius,
pren tas tauletas y llegeix tos versos,
los que avuy recitavas en las Thermas.

PROPERCIUS.

Ojats mos darrers versos fets á Cynthia. *(Llegeix.)*

A CYNTHIA [25]

¿Per qué, donchs, eixas llágrimas amargas
que lliscan per tas galtas fil á fil?
¿Per qué plorar, oh Cynthia?
¿Per qué plorar aixís?

No sent Atenas, dins lo bosch de Cécrops,
gemegar ab més dol sas aus de nit,
ni may ab més dolor plorá Nióbe
sobre las dotse tombas de sos fills.
¿Per qué als Deus importunas ab tas planytes,
creyent que 't puga jo jamay trahir?
¿Puch infidel jo serte?
¿Puch jo á mos vots falir?

¡Que 'm lliguen ab cadenas! ¡Que de Dánae
dins la maysó me tanquen com mort viu!
Parets de ferro trencaré y cadenas
per volar á ton seno de marfil.
¡Pèls ossos de mos pares jo t' ho juro,
y may en va péls ossos seus jurí!
¡Si 't falto, que sas cendras
s' aixequen contra mí!

Al menys per set vegadas ja la lluna
son globo lluminós minvar ha vist,
des que dels amors nostres tothom parla,
des que ta porta per mi sols s' obrí,
des que he trovat, ¡oh dolsa vida mía!
niu d' amor en tos brassos y en ton llit.
¡Jo seré teu, t' ho juro,
fins ma darrera nit!

Mon amor será etern. May de son árbre
ni los fruyts ni las flors veurás marcir.
¡Ah! si jamay jo perdo la memoria

d' aquell que fores mia instant felís,
que en sos brassos las Furias se 'm emporten,
que los Deus me condemnen á morir
per los torments de Síssifo
ó pels voltors del Tyt!

Primer que jo te falte, veurás córre
lo peix pels ayres y lo foch pels rius.
¡No ploris, donchs, ¡oh Cynthia!
no ploris, donchs, aixís! [26]

TIBÚLUS.

De mestre son tos versos, ¡oh Propercius!
Ningú como tu jamay polsá la lira.

PROPERCIUS.

Si no es Tibúlus.

GALUS.

Son magnífichs versos.

TIBÚLUS.

¿No tens res per llegirnos, Galus? ¿Dormen
encara, donchs, tas Musas? ¿Ta indolencia
no 't deixa temps per recordar que un día
cantáres tos amors en armoniosos
y candents versos que han de viure sempre? [27]

GALUS.

En las plascents ubagas dels horts d' Alba
he recordat que un jorn jo feya versos.

TIBÚLUS.

Llegeix, donchs, los que has fet.

PROPERCIUS.

¡Llegeix!

GALUS.

Llegeixo.

A LYDIA. [28]

¡Oh Lydia! bella nina, qu' en blancura
la de la llet superas y del lliri,
la de la rosa qu' es blancá y vermella,
la del marfil també que puleix l' India;
ensenya, ¡oh nina! tos cabells de seda
que rossos son com l' or y com ell brillan;
ensenya ton coll blanch, que ab lo del cisne
competeix en contorns y en gallardía;
ensenya 'ls ulls que, de tas negras cellas
dessota l' arch, son com estels que oscil-lan;
ensenya, ¡oh nina! tas rosadas galtas
ab richs colors de púrpura tenyidas...
Tos llabis de coral posa en mos llabis,
y dónam besos de coloma, ¡oh Lydia!
y xúclam ab un bés tota mon ánima
y emportat ab ton bés tota ma vida!
¡Cóm baixan fins al cor tos besos dolsos!
¡Y cóm de mon cos xucian la sanch viva!
Mes ¡ay! amaga tas ebúrneas pomas
y los mugrons que pura llet destilan
quan los premsan mos dits tot tremolosos!
Ton seno nú espandeix perfums de myrra.
Amaga tos mugrons, ton seno amaga,
eterna font de jois y de delicias,
ó ja que desfallesch y moro, dónam
sepultura en tos brassos, Lydia mía!

TIBÚLUS.

Obra acabada. Es una Phrinea nua. [29]

GALUS.

M' embarassan los vels.

PROPERCIUS.

Lo nú li agrada.
Y ara, Tibúlus, á tu 't toca.

TIBÚLUS.

Versos
vos llegiré qu' he fet per ma Sulpicia.

A SULPICIA. [30]

Oh Mars, Sulpicia s' es vestit de gala
per festejar lo jorn de tas kalendas.
Baixa dels cels, com Venus no t' ho prive,
á véure de Sulpicia la bellesa,
si es que la pots mirar, oh Mars, sens pérdret',
si es que la flama de sos ulls no 't cega,
ja qu' en los ulls de ma gentil Sulpicia
es hont l' Amor encén sa doble teya
quan ell vol abrasar, de cop y volta,
lo cor dels Deus ab una flama eterna.

No hi ha en dona del mon més hermosura
ni may ha tingut cap la gracia que ella.
¿Lliscar deixa 'ls cabells per sas espatllas?...
May s' es vist hermosura més perfecta.
¿Los recull tots ab gracia y artifici
sobre son cap?... Pus es llavors més bella.
Abrasa, quan de púrpura de Tyria
vestida ab roja *pal-la* se presenta,
y abrasa, quan s' acosta engalanada
ab l' esplendent blancura de sa vesta.

Ella, entre totas, ella sola es digne
de vestir eixa roba y eixas telas
que la opulenta Tyria per dos voltas
en sos preciosos tints escalda y trempa;
de possehir los olorosos baumes
recullits per l' Alarb en sas extensas
y ricas praderías embaumadas,
y de portar també totas las perlas
que en la platja oriental de la mar Roja
recull dessota l' ona l' Indi negre.

Cantéu, ¡oh Musas! son ingeni y gracia
en lo jorn consagrat de las kalendas,
y ab ta lira també cántala, ¡oh Febo!
que may hi hagué més singular bellesa,
may dona més gentil ni més gallarda,
ni may per vostres cants més noble tema.

(*Poch avants de terminar Tibúlus sa lectura, s' han comensat á sentir los acords de liras que semblan aproximarse al triclinium.*)

PROPERCIUS.

Tos versos, mestre, han despertat las liras.

TIBÚLUS.

Anuncian la vinguda de las damas,
y ensemps la del Amor, que arriva ab ellas.

(*Se corran las cortinas.* [31] *Apareixen Sulpicia, Lydia y Cyntia cercadas de esclaus y esclavas que van sembrant lo pis de flors y fullas. Los Corifeus, tanyent sas liras, pujan al estrado y cantan lo coro següent, mentres que Tibúlus, Galus y Propercius acompanyan á sas aymias á sos respectius llits, hont se colocan ab ellas, y comensan los esclaus á servir lo dinar.*)

CORO.

Te la primavera | sos amors de rosa,
com las donas tenen | sos amors de cel:
de l' amor xurrían | concerts d' armonía
y torrents dolcíssims | d' embaumada mel.
Dona y primavera, | lo mon las desitja,
que son de la vida | la llum y 'l tresor.
¡Dolsa primavera, | l' amor de la vida!
¡Dolcíssima dona, | vida del amor!
Tot es flors y aromas, | perfums y armonías:
las flors, de la terra | son los richs estels,
com l' aucell que vola | n' es la flor dels aires,
com l' estel que brilla | n' es la flor dels cels.
¡Evoé! Las donas | son en esta vida
vergers amorosos | d' espléndidas flors.
¡Evoé! ¡Poetas, | veníu á sos brassos!
¡Xucléu á son seno | la mel dels amors!

CAU LO TELÓ.

EL FESTÍN DE TIBÚLO.

TRADUCCIÓN DE

DON VENTURA RUIZ AGUILERA.

PERSONAJES.

TIBÚLO.
GALO.
PROPERCIO.
LIDIA.
SULPICIA.
CINTIA.
ESCLAVOS.

LIDIA, SULPICIA, CINTIA, ESCLAVOS: QUE NO HABLAN.

Escena.—Triclinio en casa de Tibúlo. Una mesa, y alrededor de ella, tres lechos grandes, con dosel. La mesa, ricamente aderezada. Los lechos, con cubiertas de púrpura.

TIBÚLO, PROPERCIO, GALO.

GALO. (*Entrando.*)

¡Los Dioses guarden tu mansión, Tibúlo!

TIBÚLO.

Te esperábamos, Galo; bien venido.

GALO.

Ya veis que no falté. ¡Salve, Propercio!

PROPERCIO.

¡Las Musas y el Parnaso á tí te guarden!

TIBÚLO.

Mucho tardaste.

GALO.

Pero tiempo sobra.
¿Pudiera no acudir, cuando se trata
de celebrar el día aniversario
de tu natal feliz?... En honor suyo
sobre las aras de tus Dioses lares
incienso quemaré, y ante tu mesa
he de hacer repetidas libaciones.

TIBÚLO.

Galo, tú el mismo siempre.

GALO.

Siempre el mismo,
Tibúlo; y lo será la sombra mía
cuando habitare los Elíseos campos.
Hallábame yo en Alba; tu vitela
en ella recibí; tomé el camino
monumental de Augusto y de Mesala,
saludando, al pasar por los jardines
de Túsculo floridos, la hoy desierta
casa que fué del orador romano,
y aquí llegué al momento. (*Mirando á todos lados.*)
¡Mesa pronta
y preparados lechos! Nadie, nadie
hace las cosas como tú. ¿Estaremos
solos aquí los tres?

TIBÚLO.

Con las tres Gracias.

GALO.

No las veo.

TIBÚLO.

Vendrán.

PROPERCIO.

Como la mía
Cintia no sea, os abandono al punto.

GALO.

¿Hoy te da por ser fiel, Propercio amigo?

PROPERCIO.

Cintia es mi único amor.

GALO.

Yo á Lidia quiero,
mas si en lugar de Lidia otra viniere,
no la rechazaré.

TIBÚLO.

Cuando á mi mesa
invito á tales huéspedes, tranquilos
pueden fiar en mí; yo, en todo, Galo,
me fijo atento, y lo adivino todo:
Propercio, á Cintia tú tendrás; tú, á Lidia; (*A Galo.*)
yo, tendré á mi Sulpicia.

GALO.

Eres un hombre
completo: nadie, lo repito, nadie
hace cual tú las cosas. Aun recuerdo
las magníficas fiestas que en tus vastos
jardines de la vía Lavicana
gozamos, y en los cuales tu Nemesis...
por cierto que la he visto hace un instante.

TIBÚLO.

¿A quién?

GALO.

A tu Nemesis. Recostada

muellemente, la he visto en su litera
de oro puro y marfil, que conducían
esclavos negros, bella y seductora
como en sus frescos días juveniles:
sus ojos centelleaban cual los astros;
menos blancas y finas que la nieve
de su cuello gentil, sartas de perlas
adornábanle el pecho; y de su cuerpo,
llenas de gracia y suavidad, las formas
la túnica marcaba, trasparente
como es el vidrio que hábiles doncellas
en la isla de Cos tejen. ¡Oh, qué linda,
qué hermosa estaba! ¡Júrote, por Venus...
mas ¡ay! que ir pueden á Corinto pocos.

TIBÚLO.

Yo, Galo, que ya fuí, sé lo que cuesta;
no, empero, todo lo llevó Nemesis;
en mi bolsa aun resuena algún sextercio
y vender no me ocurre los jardines:
las fiestas que hace poco recordabas,
daránles nuevo encanto repetidas;
por Cástor y por Pólux te lo juro.
Allí, en el centro de ellos, á la sombra
de corpulentos árboles, en breve
una tienda yo haré que se construya.
Allí, el triclinio encontraréis; la mesa
ante él estará allí bien abastada
de los peces más raros de los mares;
y de todos los climas y naciones
con otros muchos platos deliciosos,
vinos, con miel mezclados, del Himeto,
y cubiertos con púrpura de Tiro
lechos que al sueño y al reposo brinden.
Allí, con las amigas que adoramos,
coronados de pámpanos y flores,
á la Venus de Eryx himnos ardientes
cantaremos, bebiendo en áureas copas

de Italia y Grecia los famosos vinos;
y á la usada señal de mi *vocátor*,
rasgado el techo ya, sobre la mesa
del festín y los lechos bien mullidos
descenderá deshecha en tenue lluvia
el agua, que aromaron los olores
del azafrán y de claveles rojos.
El nardo y cinamomo su fragancia
esparcirán también por la ancha tienda;
rosas de Pésthum, en guirnaldas y ondas
hechas con arte, formarán en torno
como bellos verjeles suspendidos;
y con ánforas llenas, perfumadas,
el dulce néctar, que al topacio eclipsa,
á derramar vendrán en nuestras copas
escogidas Hebés é incomparables
jóvenes, ostentándose desnudas
y vírgenes aún, como es el rayo
del alba nueva, precursor del día.

GALO.

Esas vírgenes graves, si es que existen,
y frías como el mármol del sepulcro,
no me placen á mí: mujeres dadme
de sangre hirviente y de mirar de fuego,
que os queman al tocarlas, y al besaros
con frenético ardor la boca os muerden;
mujeres dadme que, vestidas sólo
de hojas de parra, en procesión desfilan,
del dios Baco la imagen conduciendo,
al són del sistro y címbalo y los gritos
lúbricos de *Evoé,* que el aire atruenan;
dénme aquellas, en fin, que de un amante
pasan al otro, y á distintos brazos
tan presurosas vuelan, que ni aun tiempo
para anudar el ceñidor les queda
que la túnica leve sujetaba.

PROPERCIO.

¡Oh Galo, calla, calla! En tu lenguaje
el de un romano oí degenerado.
Los hombres de esta raza y de estos días
bien sé que son así; mas sé, igualmente,
que á la rüina vamos y al oprobio,
y que si el lujo nos corrompe, infame
á la vez nos degrada la lujuria.
Oro fino y marfil la India nos manda;
el Mar Rojo las conchas que ama tanto
la Venus Afrodita; el cinamomo
el pastor de la Arabia, y la soberbia
Tiro, á la par, su púrpura preciosa.
Estas las armas son, irresistibles,
que todo lo avasallan; ellas abren,
solas, de par en par todas las puertas,
sin que resista á su poder funesto
ni la casta matrona, ni la virgen,
del pudor oponiendo el limpio escudo;
de todas y de todo triunfa el oro.
Nadie se acuerda ya de las austeras
latinas de otros tiempos, que en el centro
de su tranquilo hogar iban hilando
pacientemente la modesta lana,
mientras al padre y al marido Roma
su nombre confiaba y su grandeza.
Una casa, una yunta, un fértil prado,
la cosecha del año, apetecida,
la ambición y riqueza entonces fueron
de todos: los regalos y las joyas
únicos del mancebo á las muchachas,
eran un cesto de uvas ó de fresas,
ó bien un ramo de olorosas flores
cogidas á la aurora, y de rocío
resplandeciente y puro coronadas.
Sin crimen contemplarse entonces pudo
á las diosas desnudas, que á la tierra

bajaban, del Olimpo, á ser amparo
de la inocencia y la virtud. ¡Desiertos
hoy los templos se ven! Los sacros bosques
desiertos ¡ay! y en abandono yacen
de las deidades las antiguas aras.
El oro es el que reina, ley no existe,
ni poder hay que á su poder no ceda.

GALO.

Si mucho dura tu sermón, Propercio,
me dormiré; cualquiera pensaría
que hablando por tu boca está Salustio,
en cuyos libros la virtud fué siempre
el tema principal, cuando es notorio
que Salustio sus versos escribía
de sus jardines á la verde sombra,
en brazos de mujeres disolutas
pagadas largamente con el oro
que él al Erario público robaba.

PROPERCIO.

El hombre muere, pero el libro queda.

GALO.

Por eso nos enseñas en los tuyos
el arte del amor, en su desnuda
completa realidad.

TIBÚLO.

Propercio, Galo,
dejemos eso ya. ¿Sabéis qué ocurre?

GALO.

Dílo, pues...

PROPERCIO.

Ya curioso estoy de oirte.

TIBÚLO.

¿El *Acta diurna* de hoy no habéis leído?

GALO.

¡Cómo, si de Alba llego hace un instante!

TIBÚLO.

¿Lo sabes tú, Propercio?

PROPERCIO.

Yo, tampoco.

TIBÚLO.

Entonces ¿qué leías en las Termas,
en el centro de un grupo? Yo te he visto.

PROPERCIO.

Los versos eran últimos que á Cintia
compuse.

GALO.

Y éste, recitando versos,
aunque los cielos se hundan no repara.

TIBÚLO.

Pues el *Acta* publica y sabe Roma,
que Julia, la hija del divino Augusto,
ha sido desterrada. Esta es la nueva.

GALO.

¡Por Hércules! ¿Qué dices?

TIBÚLO.

No lo dudes,
Galo.

PROPERCIO.

¿Es posible?

TIBÚLO

A la isla Pandataria
destiérrala su padre.

PROPERCIO.

¿Y el motivo?...

TIBÚLO.

¿Cuál ha de ser?... Augusto sabe, al cabo,
lo que en Roma él tan sólo no sabía;
la liviandad constante y sin ejemplo,
los torpes adulterios, y las noches
pasadas en inmundos lupanares
que frecuentaba cínica, dejando
la cámara imperial, vestida apenas
con la túnica negra que mal cubre
las carnes de las bajas prostitutas,
para entregarse en brazos del primero
que por la vía pública pasase.

GALO.

¡Pues no encuentro razón!

TIBÚLO.

Ante el Senado
y el pueblo juntos, leerá mañana
un cuestor del imperio la gran lista
de amantes é impurezas, con que Julia
manchaba el sexo suyo y alto nombre.

GALO.

¡Desventurada Julia! Danme impulsos
de seguirla al destierro. Me conmueve.

PROPERCIO.

El César hace bien: ¡justo castigo!

GALO.

El César hace mal. Quien la condena
al destierro no es César: Livia, Livia,
su madrastra infernal—¡así las Furias
en vida se la lleven!—es la infame
que á desterrar á Julia le ha inducido,
á Julia, flor de las romanas damas.

PROPERCIO.

Y nata y flor también de las rameras.

GALO.

¡Vaya un delito! ¿Para qué, pues, crees
que las mujeres sirven?

PROPERCIO.

Las costumbres
públicas, el pudor...

GALO.

Vanas palabras;
palabras nada más.

PROPERCIO.

Ejemplo digno
debe dar á un Estado el que lo rige.

GALO.

Por eso con sus actos le da Augusto
el que tú con tus versos. ¿Por ventura,
nuestro César Augusto no es el mismo
del festín de los Dioses? ¿Quien, responde,
presidía el sacrílego banquete
en que hombres y mujeres, disfrazados
de Dioses del Olimpo, escarnecieron
los misterios profundos y divinos,
sacrificando impúdicos y beodos

de Venus y de Baco en los altares?
¿Quién, dime, hizo de Apolo, sino Augusto
en la bestial orgía? ¿Y no fué el pueblo
quien, hambriento, por Roma iba gritando:
los Dioses todo el trigo se han comido?

TIBÚLO.

Habla más bajo; las paredes oyen.

GALO.

¡Oh pobre Julia, como tú no hay otra!
¡No hay otra como tú!

TIBÚLO.

(*Mirando receloso á todos lados.*)
¡Basta ya! calla;
de esto no se hable más; hízolo César,
y César todo lo hace bien. ¡Su vida
y completa salud los Dioses guarden!
Ahora, Propercio, pues las damas tardan,
sacude el ocio, tus tabletas coge,
y los versos oigamos que en las Termas
recitabas hoy mismo.

PROPERCIO.

Los postreros
son que mi Cintia me ha inspirado: oídme. (*Lee.*)

Á CINTIA.

¿A qué, dime, esas lágrimas amargas
que cual rocío en tus mejillas ví?
¡Por qué llorar, oh Cintia!
¿Por qué llorar así?

En el bosque de Cécrops no oye Atenas
más triste á sus aves nocturnas gemir,

ni de sus hijos en las doce tumbas
lloraba más triste Niobe infeliz.
¿Por qué á los Dioses con tus quejas cansas,
creyendo que un día mi amor tendrá fin?
¿Yo infiel á mi Cintia?
¿Faltarte yo á tí?

Guárdeme encadenado, muerto en vida,
de Dánae la oscura severa prisión;
yo romperé cadena y férreos muros
para ir á tus brazos sediento de amor.
De mis padres lo juro por los huesos,
y en vano por ellos jamás juré yo:
¡Contra mí se levanten,
si te hiciere traición!

Siete veces, lo menos, ya la luna
ha visto su globo luciente menguar,
desde que nuestro amor contempla el mundo
y se abre tu puerta, que entrada me da;
desde que hallo en tus brazos y en tu lecho
un nido de amores ¡oh niña sin par!
Yo te seré, lo juro,
hasta la tumba leal.

Del árbol de mi amor nunca marchitos
ni flores ni frutos, sol mío, has de ver;
¡oh! si el feliz instante yo olvidara,
instante en que, un día, mis sueños logré,
estréchenme las Furias en sus brazos,
arranquen los Dioses mi vida también,
de Sísifo ó de Ticio
con el tormento cruel.

Antes que verme desleal, se viera
ríos y mares á las fuentes ir:
¡No llores, pues, mi Cintia!
¡no llores, pues, así!

TIBÚLO.

Propercio, son tus versos magistrales;
la lira, como tú, ninguno pulsa.

PROPERCIO.

Tibúlo aparte.

GALO.

¡Primorosos versos!

TIBÚLO.

¿Y nada, Galo, tú, que leernos tienes?
¿Tus Musas duermen aún, ó tu indolencia
no te permite recordar que un día
tus amores cantaste en armoniosos
versos ardientes, que en la edad futura
resonarán con ecos inmortales?

GALO.

En las umbrías deleitosas de Alba
que hice versos un tiempo he recordado.

TIBÚLO.

Oigámoslos, amigo.

PROPERCIO.

Lee.

GALO.

Leo.

A LIDIA.

Hermosa Lidia, que en blancura vences
la de la leche y la del tierno lirio,
la de la rosa cándida y bermeja,
la del marfil que pulimenta el Indio;

¡oh niña! muestra tus cabellos suaves,
que al oro roban su color y brillo;
el torneado cuello, que al del cisne
excede, irresistible en atractivos;
los ojos, fulgurantes cual luceros
bajo sus negros arcos extendidos;
tus rosadas mejillas, que coloran
la nieve y el carmín á un tiempo mismo.
¡Oh Lidia, besos de paloma dame!
¡Tus labios de coral posa en los míos!
¡Sorbe con sólo un beso toda mi alma!
Por un beso, mi vida en nada estimo.
Hasta mi corazón tus besos entran
dejándolo de sangre al fin vacío;
mas ¡ay! esconde tus ebúrneas pomas,
pues abrasado de placer deliro
y conozco que corre por mis venas
el fuego que al tocarlas he sentido.
¡Cubre, pues, cubre tus desnudos pechos
en perfumes de mirra y nardo ricos,
y ese botón de rosa delicado
sobre su nívea redondez nacido,
que eternas fuentes de placer los hace
fundiendo con lo humano lo divino,
ó ya que desfallezco y muero, denme
sepultura tus brazos, dueño mío!

TIBÚLO.

Galo, tu poesía es acabada;
una Friné desnuda en ella admiro.

PROPERCIO.

Plácele lo desnudo.

GALO.

Ciertamente:
estórbanme los velos, y los quito.
Ahora, Tibúlo va á leer.

TIBÚLO.

Sulpicia
me inspiró esta canción, que le dedico.

A SULPICIA. (*Leyendo.*)

Sulpicia viste sus mejores galas
por celebrar de Marte las kalendas:
si no lo impide Venus, baja ¡oh Marte!
y de Sulpicia la beldad contempla,
si es que mirarla, inalterable, puedes
y la luz de sus ojos no te ciega;
pues de Sulpicia en los ardientes ojos
es donde enciende Amor su doble tea,
cuando, súbito, Amor abrasar quiere
de los Dioses el pecho en llama eterna.

Jamás hubo mujer que la igualase
en gracia, en hermosura y gentileza,
ya vagarosa y libre caer deje
por los hombros la suave cabellera,
ya, con arte exquisito recogida,
corona digna de su frente sea;
sin que á decir tampoco nadie acierte
cuándo es más seductora, más perfecta,
en el *palio* de púrpura de Tiro
ó en blanca veste mi Sulpicia envuelta.

Ella, entre todas, ella sola es digna
de vestir esas ropas y esas telas,
que Tiro, la opulenta, en ricos tintes
una vez y otra vez escalda y templa;
de poseer los bálsamos y aromas
cogidos por el Arabe en sus dehesas
fecundas en cosechas perfumadas,
y ostentar en su pecho cuantas perlas,
zambulléndose, el Indio en el Mar Rojo
arrebata á las olas turbulentas.

Su ingenio y gracia ¡oh Musas! en el día
consagrado, cantad, de las kalendas,
y en tu lira también, cántala ¡oh Febo!
ya que jamás ha habido igual belleza,
ni mujer más gentil, ni más gallarda,
ni á vuestra inspiración más noble tema.

(*Poco antes de terminar Tibúlo su lectura, han principiado á oirse los acordes de las liras, que parecen acercarse al triclinio.*)

GALO.

Laurel no hay digno de tu canto hermoso.

PROPERCIO.

¡Oh maestro, las liras tú despiertas!

TIBÚLO.

De las damas anuncian la venida
y la venida del Amor con ellas.

(*Se corren las cortinas. Aparecen Sulpicia, Lidia y Cintia, rodeadas de esclavos de ambos sexos, que van sembrando el suelo de hojas y flores. Los Corifeos, tañendo las liras, suben al estrado, y cantan el siguiente coro, mientras Tibúlo, Galo y Propercio acompañan sus damas á los respectivos lechos, donde se sientan con ellas, comenzando los esclavos á servir la comida.*)

CORO.

Mujer y primavera | deseos son del mundo;
tesoro de la vida | y luz entrambas son.
¡Oh dulce primavera! | ¡Oh amor de toda vida!
¡Dulcísimas mujeres! | ¡Oh vida del amor!
Flores y aroma es todo, | perfumes y armonías;
las flores de la tierra | estrellas vivas son;
cual flores son del aire | los pájaros que vuelan,
y la encendida estrella | del firmamento es flor.
¡Evoé! las mujeres | son flores en la vida
y cristalinas fuentes | de espléndido verjel.
¡Evoé! ya sus brazos, | poetas, os aguardan;
libad en su albo seno, | libad de amor la miel.

CAE EL TELÓN.

NOTAS DEL AUTOR

Á LA TRAGEDIA «LA FIESTA DE TIBÚLO.»

---

(1) Los días de cumpleaños se celebraban entre los romanos con banquetes y fiestas.

(2) Los Campos Elíseos. Jardines deliciosos donde se suponía que iban á parar, después de muertos, los varones justos.

(3) La *vitela* se empleaba para los billetes amorosos y para las invitaciones. Las *tabletas* se reservaban para escritos más largos.

(4) *La via monumental de Augusto y de Mesala.* Augusto, al ocuparse de la reparación de las vías y carreteras, concluyó muchas de ellas, abrió muchas nuevas, y dejó sin terminar algunas para que pudieran hacerlo á sus costas los generales honrados con el triunfo. M. Valerio Masala Corvinus, general afortunado y prefecto que fué de Roma en tiempo de Augusto, reparó una parte de la vía Latina, que pasaba por Túsculum, célebre á causa de la quinta de recreo que poseía Cicerón en aquella villa, é iba á parar en Alba, población donde muchos romanos tenían casas y haciendas.

(5) *Cynthia, Lidia y Sulpicia.* Tres nombres de mujeres á quienes han dado gran celebridad los versos de sus amantes.

Cynthia era la amada de Propercio, que le dedicó infinidad de poesías, conforme puede verse en sus obras, á quien fué muy constante á pesar de las frecuentes infidelidades de su dama. Según parece, el verdadero nombre de Cynthia era el de Hostia ú Hostilia, y se sabe que era una mujer superior por su belleza y por su talento. Propercio tuvo el dolor de ver morir antes que él, en la flor de su edad, á la compañera de sus trabajos, á la inspiradora de su genio, á la que era realmente, según todas las noticias, el encanto y el adorno de Roma. El poeta, que había sido muy constante en sus amores, y que apenas tiene poesía que no hable de Cynthia, hizo levantar á su amada un monumento, donde depositó sus cenizas, en los alrededores de Roma, y en uno de los más amenos sitios de las cascadas de Tibur.

Propercio, por lo demás, es uno de los grandes poetas de la antigüedad. Ovidio habla de él con extraordinario elogio; Quintiliano no se atreve á pronunciarse entre Tibúlo y Propercio;

Petrarca en su *Triunfo del amor,* al hablar de varios poetas, cita con especialidad al amante fiel de Cynthia, cuando dice:

> L' uno era Ovidio, e l' altro era Catullo,
> l' altro Propercio, che d' amor cantaro
> fervidamente, e l' altro era Tibullo.

Tenía Própercio relaciones de íntima amistad con Tibúlo y con Galo, y era en sus poesías más casto que estos dos poetas. Sus imágenes y sus cuadros no son tan libres.

Lydia fué una de las amadas de Galo.

De este poeta sólo quedan fragmentos. Se sabe que Cornelio Galo era un poeta de genio, pero muy libre y obsceno.

Sulpicia fué una de las queridas de Tibúlo, aquella que es la heroína del libro cuarto de sus elegías, pues del primero lo es Delia, del segundo Nemesis y del tercero Nerea, sin contar otras muchas que parece compartieron con éstas los amores del poeta.

Tibúlo es uno de los poetas más dulces y más tiernos que se han conocido. Era amante del lujo y de los placeres, y en sus buenos tiempos, antes que se arruinara por completo, daba fiestas espléndidas á que eran convidados los hombres y mujeres de más distinción en la sociedad romana.

(6) *Los jardines de Pedum.* Era Pedum una antigua villa del Lacio donde Tibúlo tenía una posesión magnífica. Horacio, al dedicar su epístola 4.ª á Albio Tibúlo, habla de esta villa y de la casa que en ella tenía el poeta.

(7) *Nemesis.* Célebre cortesana de Roma, que fué por algún tiempo querida de Tibúlo, y que fué también, según parece, una de las que más contribuyeron á la ruina del poeta.

(8) *Su octophorum de oro y marfil.* Elegante silla de manos conducida por ocho esclavos. Las había de seis y de cuatro. Era uno de los muebles más lujosos de las damas romanas.

(9) *Rodeada de esclavos negros.* Era de lujo entre las damas de Roma tener á su servicio negros y negras. Terencio habla de ello (*Eun.*, act. 1°, esc. 2.ª), y también Tibúlo (*Elegías,* lib. II, eleg. 3.ª)

(10) *Túnica tejida en las islas de Cos.* La isla de Cos era famosa por una tela ó gasa que en ella se tejía, teñida de púrpura. Las cortesanas empezaron á hacerse túnicas y vestidos de esta gasa, pero luego las imitaron todas las mujeres. Varrón llamaba á estos vestidos *trajes de vidrio.* Séneca decía que las telas venidas de Cos servían para que las mujeres enseñaran en público á todo el mundo lo que sólo mostraban á sus amantes en la cama y con gran reserva.

(11) *No todos van ó no todos pueden ir á Corinto.* Era un proverbio fundado en que Lais, célebre cortesana de Corinto,

vendía tan caros sus favores, que sólo era dado alcanzarlos á los más opulentos. Nemesis, la cortesana de Roma, tenía este mismo punto de contacto con Lais. Es fama que muchos se arruinaron por ésta, y entre el número se cuenta al poeta Tibúlo. De Lais se dice, que pidió á Demóstenes 10,000 drachmas (sobre 10,000 pesetas), para concederle una noche sus favores y que Demóstenes exclamó: «No compro tan caro el remordimiento.»

(12) Los romanos en sus banquetes acostumbraban á mezclar con el vino miel de Atica ó del Himeto para endulzarlo.

(13) En las mesas de ceremonia se acostumbraba á cubrir las camas en donde comían los romanos con ricos tapices de púrpura.

(14) El *vocátor* era el esclavo, especie de mayordomo, encargado de las invitaciones para los convites y también del arreglo y preparativos del banquete.

(15) En las grandes comidas, lo propio que en los teatros, se acostumbraba á veces dejar caer sobre los huéspedes ó espectadores una lluvia de azafrán y rosa.

(16) Las rosas de Pestum eran muy celebradas por su belleza, y se decía que en aquella villa los rosales crecían con más vigor que en otras partes dando más ricas y hermosas flores. Los perfumes del nardo y del cinamomo eran muy estimados en Roma, y sólo se adquirían á grandes precios.

(17) *Evoé*. El grito de júbilo que se lanzaba en las fiestas báquicas y en las orgías.

(18) *El oro de las minas de India*. Era general creencia entre los romanos que en una comarca de las Indias, hacia el Norte, había unas minas ó cavernas de oro guardadas por unas hormigas, llamadas *Dardas*, grandes como gatos.

Las conchas del mar Rojo tan estimadas de la Diosa de Eryx. La diosa Venus, vulgarmente llamada por los poetas Erycina, del magnífico templo que tenía en Sicilia sobre el monte Eryx.

Las perlas eran de gran estima entre los romanos. Las damas tenían por ellas tal predilección que las besaban, les dirigían palabras de amor y de cariño y se acostaban con ellas. Marcial asegura que las preferían á sus hijos. Plinio dice que las llevaban en los dedos, en el cuello, en el pecho, en las orejas, hasta en el calzado. Las más apreciadas eran las que venían del Mar Rojo. Había perlas de gran valor. La que César regaló á Sextilia, madre de Bruto, valía seis millones de sextercios.

La púrpura de Tiro. Era también de gran lujo entre los romanos. Ya se ha dicho que en los convites más opulentos se cubrían las camas de púrpura. De púrpura eran también las servilletas, y uno de los regalos de más precio que podía ha-

cerse era enviar á una dama romana una pieza de púrpura.

El cinamomo. Ya se ha hablado de este perfume, lo propio que del nardo. Por lo que toca al cinamomo, unos quieren que fuese la canela, otros un perfume de Etiopía que llegaba á Roma con crecidos gastos y por cambio con los árabes nómadas del desierto. Lo propio sucedía con el nardo, que se vendía muy caro á causa de la dificultad en adquirirlo. Los indios lo vendían á los persas, éstos á los sirios y de éstos lo tomaban los romanos. Se decía que era un perfume que estimulaba al amor.

(19) Las principales ideas de esta relación de Propercio han sido extraídas de la elegía de este poeta *Suter homines ¿quid non auro corruptum?* El autor ha procurado hacer hablar al poeta con sus propios pensamientos.

(20) Era así en efecto, y esto se cuenta de Salustio. Los libros que de él nos quedan están llenos de sabios preceptos, de máximas sanas y de prudentísimos consejos, pero sus costumbres eran depravadas. Con la inmensa fortuna que hizo, valiéndose de los cargos públicos para que fué nombrado, construyó en Roma unos magníficos jardines donde es fama que celebraba grandes orgías á las que eran invitadas las más abyectas cortesanas.

(21) El *Acta diurna populi romani* era un verdadero periódico, la *Gaceta* de aquel tiempo. Contenía las deliberaciones del Senado, las sentencias de los tribunales, las noticias de la guerra, la estadística de nacimientos y defunciones, los matrimonios y divorcios, los anuncios de espectáculos y fiestas, y se repartía y circulaba profusamente en Roma.

(22) Era frecuente ver en las Thermas ó en los Baños públicos á los poetas reunir un grupo de amigos ante quienes leían sus versos. Era una manera de darles publicidad. También los leían en las tiendas de los libreros, que estaban en los soportales (*Porticus*). En tiempo de Augusto se contaban cinco pórticos ó galerías públicas, que estaban llenos de tiendas, y á donde se iba á pasear. Se llamaban estas galerías de *Pompeyo*, de *Apolo Palatino*, de *Livia*, de *Octavia* y de *Agripa*.

(23) Para comprender bien este pasaje hay que recordar la historia de aquella época.

Augusto tuvo cuatro mujeres legítimas. De la tercera, llamada Escribonia, tuvo á Julia, que llegó á ser célebre por su belleza y por su disipación. Augusto repudió á Escribonia y se casó en cuartas nupcias con Livia Drusila, á quien arrancó de su casa y de los brazos de su marido Tiberio Nerón, el cual convino en la boda de su mujer con el Emperador.

Livia, con el tiempo, llegó á apoderarse por completo del ánimo de Augusto, de quien consiguió todo cuanto quiso y á

quien acabó por hacer cometer grandes é imperdonables faltas. Livia lo fué preparando todo de manera que Augusto proclamase por su sucesor á Tiberio, hijo que Livia habia tenido de su primer matrimonio con Tiberio Nerón.

En cuanto á Julia, la hija de Augusto, después de un primer matrimonio con Agripa, que murió, casó con Tiberio, el hijo de su madrastra Livia. Se cuenta de Julia que era una mujer disoluta hasta rayar en el más escandaloso cinismo. Sus liviandades eran públicas; toda Roma sabia sus adulterios, sus amores, sus visitas á los burdeles, donde iba de noche vestida con la túnica negra de las rameras. Sólo su padre lo ignoraba. Livia misma contribuyó á ocultar los desórdenes de Julia hasta el momento que creyó propicio para perderla del todo. Decidióse, por fin, á acusarla, y Augusto supo entónces los desórdenes de su hija. Un cuestor imperial leyó ante el Senado la numerosa lista de los amantes de Julia y una Memoria que contenía los más minuciosos detalles de sus extravíos. Por decreto de Augusto, ratificado por el Senado, se la deportó á la isla Pandataria, donde estuvo entregada á los más duros tratamientos, hasta el advenimiento al solio imperial de su marido Tiberio, el cual, más cruel aun que su propio padre, la dejó morir de hambre y de miseria.

(24) Augusto, en sus primeros tiempos, fué de costumbres desordenadas y lujuriosas. Los historiadores hablan de una célebre orgía, dirigida y organizada por él, á la que se dió el nombre de *Festín de los Dioses*. Hombres y mujeres, disfrazados con los trajes y atributos de las divinidades del Olimpo, escarnecieron los misterios de su religión, representaron los pasajes lúbricos de la Mitología pagana, y sacrificaron en los altares de Venus y de Juno. Augusto representaba en esta fiesta á Apolo. Tuvo lugar precisamente esta orgía en una época en que se hacía sentir la escasez de granos. El pueblo hambriento se amotinó, pero al ver que no conseguía nada, se esparcía por las calles y plazas gritando con alusión al banquete de Augusto: *Los Dioses se han comido todo el trigo.*

(25) *Toma tus tabletas*, dice Tibúlo á Propercio, y *léenos tus versos á Cynthia*. Las *tabletas* eran una especie de libros de memorias en que se tomaban notas y apuntaciones y en que también se escribían cartas y billetes, que se enviaban á su destino abiertas, cerradas ó selladas. Las había de varias hojas, preparadas con una capa de cera para grabar la letra, ó de superficie tersa y muy dura, como vitela y marfil, para pintarla por medio del *cálamo* ó pluma de caña. Había *tabletas* primorosamente encuadernadas. También las había de gran tamaño, con *papirus* en vez de cera, vitela ó marfil, pero ya estas *tabletas* eran verdaderos libros.

La poesía *A Cynthia* que lee Propercio está imitada de la elegía XX del lib. II de este poeta, y en algunos pasajes traducida.

(26) Propercio en sus poesías abusó mucho de la fábula, y esto hace que hoy sean oscuros algunos de sus más bellos pasajes. El autor ha procurado descartar de la poesía á Cynthia lo que pudiese entorpecer la lectura, pero aun así ha tenido que dejar algo para sello y sabor de la composición y de la época.

(27) Con estas palabras que el autor pone en boca de Tibúlo se alude á una obra de Cornelio Galo, que ha desaparecido. Era un poema en cuatro cantos, donde Galo cantaba sus amores con una dama llamada Citheris. Quintiliano, Donato y Servio hablan de este poema que no ha llegado á nuestros tiempos, como de una obra magistral, escrita con gran arte y con gran pasión, pero también con toda la desnudez del más libre pensamiento.

(28) Es casi una traducción de una de las pocas poesías que de Galo nos quedan, y que comienza con estos versos:

> Lydia, bella, puella, candida,
> quæ bene superas lac et lilium
> albamque simul rosam rubidam,
> aut expolitum ebur indicum!

Algunos dan esta poesía como de Petronio.

(29) *Es una Phrinea desnuda.* Es Phrinea ó Frinea otra cortesana célebre de la antigüedad. Puede dar una idea de sus encantos el siguiente suceso. Acusada ante el tribunal, fió más de sus hechizos que de la elocuencia de Hyperis que la defendía, y quitándose el manto apareció desnuda ante sus jueces, cuya severidad desarmó con su belleza.

Se cuenta de Phrinea que ofreció levantar los muros de Tebas, á la sazón derruidos, con el oro de sus amantes.

(30) Traducción de la elegía II del lib. IV de Tibúlo.

Las kalendas eran el primer día de cada mes, día consagrado á Juno, que de aquí vino el llamarse *kalendaris*. En las kalendas de Marzo se celebraba una fiesta llamada *matronalia*, instituida en recuerdo de la afortunada mediación de las Sabinas cuando la lucha entre sus maridos y padres. En este día era costumbre felicitar á las damas romanas y hacerles regalos.

(31) Los romanos acostumbraban á cerrar sus habitaciones con grandes cortinas ó tapices, en lugar de puertas.

LA MUERTE DE NERÓN

ORIGINAL CATALÁN, Y TRADUCCIONES CASTELLANAS EN VERSO

POR

D. FRANCISCO LUIS DE RETES

Y

D. ENRIQUE DE SIERRA VALENZUELA

LA MORT DE NERÓN

PERSONATGES.

NERÓN.
FAÓN.
SPORUS.
LA SOMBRA DE AGRIPINA.
LA SOMBRA DE POPPEA.
LA SOMBRA DE SÉNECA.

Altres sombras.

La cova anomenada de Locusta, prop de la casa de Faón, situada entre la via Salaria y la Nomentana, á quatre millas de Roma. No hi ha mes porta que una, la que serveix de entrada, ni tampoch altra obertura. A la dreta del espectador un banch de pedra.

NERÓN, FAÓN.

(*Entran en escena, portant Faón una teya encesa que clava en una argolla de la paret. Nerón vesteix la túnica, y sobre d' ella un manto. Al entrar se trau lo vel ab que porta cuberta la cara.*)

FAÓN.

Ja estem á salvo, ja. Som á la gruta,
y lo perill ha fuyt, senyor.

NERÓN.

¿Y Sporus? [1]

FAÓN.

Vigilant queda fóra.

NERÓN.

Eixint de Roma,
y en un moment en que lo vel me queya,
m' ha saludat un home que passava.

FAÓN.

Era un soldat pretoriá, Missicius.
L' he conegut.

NERÓN.

¿Nos trahirá?

FAÓN.

Lo rastre
no trobarán encara que 'ns trahesca.
Segur estáu, senyor. Jo torno prompte.

NERÓN.

¿Y 'm deixas sol?

FAÓN.

A preparar la casa
me 'n vaig, perque pogáu entrar en ella
sens de ningú ser vist. Al instant torno.

(*Dona alguns passos pera sortir.*)

NERÓN.

¡Faón!

FAÓN.

¿Senyor?

NERÓN.

¿No té algun altre eixida
la cova aquesta?

FAÓN.

No té mes que aquella,
(*Senyala la porta per hont han entrat.*)
ni mes que aquesta cambra.

NERÓN.

Que es ben fosca.
L' antorxa no dissipa las tenebras
y aquí 's respira un aire de sepulcre.
(*Pausa.—Faón, al veure que Nerón no li dirigeix la paraula, se disposa á sortir, mes, ja prop de la porta, retrocedeix al sentir que 'l cridan.*)
¡Faón!

FAÓN.

¿Senyor?

NERÓN.

¿La cova es de ta casa?

FAÓN.

Es de mon hort. La casa es á cent passos.
Per la encontrada 's diu que aquesta cova
fou un jorn de Locusta. [3]
(*Pausa.—Al véurer que Nerón no li dirigeix la paraula, Faón s' en va.*)

NERÓN.

(*Que 's queda capficat per uns moments.*)
¡De Locusta!
¿La cova de Locusta?... Ja 'm semblava
conéixer aquest lloch... Fugímne prompte.
(*Cridant, primer ab veu baixa, desprès mes alt, y al segon crit, l' eco repeteix confusament lo nom de Faón.*)
¡Faón!... ¡Faón!... ¡M' ha deixat sol!... M' enganyan,
y crech que 'm son traidors quants me rodejan...
¡Sol aquí, y en la cova de Locusta!...

¿Es que Nerón té pór?... ¡Pór! La tinguéren,
d' ell la tinguéren lo Senat, lo poble,
lo mon tot que á sas plantas pantejava.
¡Pór jo!... ¿La pot tenir, la pot conéixer
aquell que ha vist los fronts mes alts abátres
al llampech de sos ulls?... ¿Aquell que estátuas
té com los Deus per tot lo mon y temples?...
¿Aquell á quí fins lo mateix Apolo,
Deu del art y del cant, homatge presta?... [4]
¿Quí fou mes gran que jo ni en crims ni en glorias?
Tot ho he gosat, Tot ho he tingut. L' imperi
dels mars y de la terra, l' arbitratge
de la vida y la mort. Los Deus no tenen
ni mes poder que jo ni mes valensa.
Volguí un día un palau d' or y de marbre,
y brotá de la terra com per magia. [5]
Volguí també que 'l mar vingués á Roma,
y 'l mar vingué. [6] Volguí crear un día
un mar que fós de foch com l' altre d' aigua,
y en sis jorns y en set nits, de Roma encesa
lo mar de flamas rodolá pels ayres. [7]
Volguí un jorn ser histrió... y ser artista,
y so 'l primer del mon. [8] Volguí ser fera,
y altre semblant may se vegé en los Circos. [9]
Fins dona volguí ser, y me fiu dona. [10]
¿Quí alcansá mes que jo? Tota la terra
á mas plantas retuda m' aclamava;
nuvoladas d' incens per tots los pobles
en ma llahor s' alsavan y en ma gloria;
y era, al pés de tants llors, lo meu front débil,
als crits de tantas veus, rarefet l' ayre.
Aquí vingueren á rendirme parias
lo Cántabro aguerrit, los de la Iberia
indómits habitants, lo Grech sensible,
lo fill salvatge de las negras boyras
Bretó esforsat, los Persas, los Armenis,
lo blanch Frissó de rossa cabellera,
lo colrat morador del vell Egipte,

los Indis del Mar Roig, los Alarbs negres,
y tots contents vivían en l' atmósfera
de pols y fanch, que jo al passar alsava
ab las rodas ebúrneas de mon carro.
De mas festas la terra ne va plena,
y 'l mon ha de parlar de mas orgías
mentres reste en lo mon tant sols un home.
Tot en mí ha sigut gran, tot. En Acaya
he volgut obrir l' istme de Corynto; [11]
en Nápols he cantat, mentres la terra
s' obría y los palaus s' enderrocavan; [12]
he intentat fer un mar de Roma á Ostia; [13]
la Grecia m' ha aplaudit en sos teatros,
rey del teatro y del mon: [14] quan mas galeras
d' or y marfil pel Tíber devallavan,
al llarch del riu las ribas s' encenían
ab alimarias, músicas y festas,
hont, nuas com Deésas, las matronas
romanas á mos ulls se presentavan. [15]
Jo tot ho he fet y tot ho sé. D' un barco
jo sé fer un sepulcre; [16] d' unas herbas
fer un verí; d' un afranquit un cónsul:
un jorn d' una vestal fiu ma ramera,
y d' un eunuch un altre jorn ma esposa. [17]
¿Cóm, donchs, qui tant ha fet, y fará encara,
pot tindre pó' en la cova de Locusta?
Locusta y jo nos coneixém. Jo d' ella
so un vell amich... També m' es coneguda
la gruta aquesta. Aquí mateix, un día,
aquí mateix hont só... aquí... ho recordo,
parlava jo á Locusta... Aquella tarde
á la regió dels morts partí Británicus. [18]

(*Al pronunciar lo nom de Británicus, s' estremeix com si sentís una esgarrifansa de fret, y cambia rápidament de tó.*)

Mes també es ben estrany que á aquesta cova
m' hajen portat... Un altre lloch hauría
sigut millor per mi...

(*Cridant y repetint l' eco los noms.*)

¡Faón!... ¡Sporus!
No 'm senten... Me 'n vaig, donchs.

(Dona alguns passos ab intenció de sortir, pero 's deté de prompte.)

Mes no... Dirían
que he tingut pór.

(Se assenta en lo banch de pedra.)

Aquí 'ls espero.

(Queda un moment pensatiu. De prompte, com responent á las ideas que 'l preocupan, exclama ab un accés de frenesi:)

¡Oh Víndex,
oh Galba, 'l jorn que jo 'us tindré... [19]

(Crusa de cop un altra idea per son pensament, y detenintse en mitj de la frase, diu ab repentina postració:)

¡Deliro!
¡Nerón ja está perdut, perdut per sempre!
Lo trono m' ha faltat ans que la vida. [20]
Roma no 'm veurá més... ¡Si al menys me deixan
l' imperi d' Orient!... ¡Si al menys me dona
un illa lo Senat hont puga viure,
hi viuré donchs. ¿Y per qué no?... Un artista
viu per tot. [21]

(S' alsa de prompte y se gira com si hagués sentit un soroll estrány en lo fons de la cova, que está completament á las foscas.)

M' ha semblat en aquell ángul
sentir remor.

(Alsant la veu y dirigintla al racó fosch hont se ficsan sas miradas.)

¿Quí hi há?... Ningú contesta.
A véureu vaig...

(S' acosta á la teya com per péndrela y dirigirse al recó obscur, pero 's deté.)

¿Per qué lo cor me manca?...
¿Per qué 'm detinch? ¿Per qué tremolo?... Sembla
que de la teya á la claror duptosa

veig bellugar allí sombras confusas.

(*Mirant sempre cap al recó fosch.*)

Per allí 's mou algù y allí veig... Passos
sentir me sembla y també veus...

(*Pausa. Nerón escolta.*)

¡Silenci,
silenci sepulcral!... Ja res no sento
sino 'l batent del cor!... ¡Mos polsos creman!...
¡Mon front s' abrasa!... Al respirar, me falta,
me falta l' aire... ¡'L pit se m' obra!... Sembla
que m' han portat aquí per enterrarme
de viu en viu!... Aquí, y en esta gruta,
tots mos recorts s' agropan á ma pensa...
¿Será que tinch remordiments tal volta?...
¿Remordiments?... ¿De qué?... ¡Paraula vana!...
¿De mos crims?... ¡Crims!... ¿Y qué es un crim?... Voldría
que m' ho espliqués Locusta.

(*Li sembla tornar á sentir remor en lo racó obscur.*)

Ja no 'n dupto,
allí hi há algú. Allí veig una sombra
que pren cos y s' aixeca...

(*Se comensa á véure sortir una sombra lluminosa que va prenent la forma d' una dona.*)

Sortilegis,
magias, enginys, no hi ha res que 'm conmogue!
Tinch cor per tot: ¿se creu, donchs, per ventura,
que lo cor de Neró es com un altre?

(*Apareix ja clara y evident la sombra d' Agripina, que s' avansa, portant una espasa nua.*)

NERÓN, LA SOMBRA D' AGRIPINA.

NERÓN.

¿Quí ets tu?

AGRIPINA.

¡Qui só! ¡Contémplam!... Só ta mare,

y si ni 'l cor ni 'l sentiment t' ho diuhen,
t' ho dirán mas feridas y lo ferro
que ha vingut á buscar en mas entranyas
lo lloch que portá un jorn al parricida. [22]
Ta mare só, Nerón.

(Cal que 'l actor se ficse en esta escena y comprengui bé la verdadera situació y l' estat d' ánimo de Nerón. Aquest se sent aterrat al véure alsarse la sombra y al véure que es la de sa mare, pero pot mes en ell la forsa de voluntat per aparentar y dir lo que realment no es y no sent en lo fondo.)

NERÓN.

Donchs, si ets ma mare,
no recordis mos crims; los teus recorda.
¿No ets tu qui, prostituida á tots los vicis,
tacáres ab tas llordas impuresas
de la familia nostra tots los tálams?...
¿No ets tu qui, voluptuosament vestida,
á buscarme venías incestuosa,
á l' hora en que 'ls desordres de la taula
y 'ls vins torbavan mos sentits?... [23] ¡Oh mare,
si tu ets ma mare, ves, torna als abismes!

(Desde 'l moment de comensar á parlar Nerón, la sombra d' Agripina ha anat desapareixent de poch en poch, fins á estingirse.)

NERÓN. *(Sol.)*

¿Es crim occir als criminals?... ¿Y Brutus?... [24]
¿Per quán se guardan las virtuts antigas?...
Los Deus m' han dat sos drets, y aquí á la terra
só Deu y só inmortal... Si la justicia
es germana del crim, ¿quí 'n te la culpa?

(En lo mateix lloch hont ha desaparescut la sombra d' Agripina, s' alsa la de Poppea. Nerón, dominant sempre sos sentiments interiors, la contempla ficsament, la mira apareixer y condensarse en cos.)

NERÓN, LA SOMBRA DE POPPEA.

POPPEA.

¿No saps quí sò, Nerón?

(Nerón aparenta gran fredor y li diu com si parlés á un sér humá.)

NERÓN.

Sí; ets Poppea.

POPPEA.

Poppea sò, ta víctima... 'Ls sepulcres
per voluntat dels Deus avuy se 'ns obran,
y tas víctimas totas se congregan,
Nerón, per malehirte.

NERÓN.

He vist ma mare
y ara te veig á tu. ¿Ne vindrán d' altres?

POPPEA.

Nerón, Nerón, tas horas son contadas.
¿Ja l' oracle de Delfos olvidáres?
¿No fou ahir quan s' han obert las portas
del Mausoléu, sense ningú tocarlas,
y una veu te cridá? [25] Nerón, inclina
ton front altiu, doblega ta superbia.
Es l' etern anatema 'l que tas víctimas
del fons de sos sepulcres aquí 't portan.

NERÓN.

Ni víctimas ni sombras, terratrémols
ni amenassas tampoch, poden confóndrem.
Tot, enter y de peu, Nerón ho áfronta.
No ets tu, Poppea, ni tampoch aquella
la que ma mare fou, qui á malehirme
ha de venir del fons de son sepulcre;

tú que ho tinguéres tot, Poppea, ménos
un cor honrat; tú que en mon cor filtráres
lo primer pensament del parricidi;
tu que al crim m' impel-lires; tú, perduda,
que ans de ser de Nerón, de tothom fores! [26]
No ets tu qui ha de venir á malehirme.

(*Mentres parla Nerón, sens que ell se n' adone al prompte, comensan á pareixer las sombras que desprès ha de anomenar la de Séneca. Las sombras, pel moment, se quedan en lo fons del teatro. La de Séneca es sols la qué s' adelanta y s' interposa entre Poppea y Nerón, quan aquest termina.*)

NERÓN, LA SOMBRA DE POPPEA, LA DE SÉNECA,
TOTAS LAS ALTRAS SOMBRAS.

SÉNECA.

¿Ni jo?

NERÓN.

Ni tu. També 't conech, ¡oh Séneca!
lo de falsas virtuts; lo que ab intrigas
un jorn m' ensinestráres; lo que als vicis
me conduhíres com á un llit de rosas;
lo que, mestrat en peculats, riquesas
y tresors á ma costa acumuláres. [27]
¡Enderrera tothom! Sombras inícuas,
¿creguéreu que es tan sols un cor de dona
lo que bat dins mon pit?... Nerón vos repta.
¡Pas á Nerón! Tornáuvos als abismes,
que ben occits estáu los que occits fóreu.
Crims, sortilegis, malvestats, ludibris,
Nerón de tot se burla y tot ho afronta.
Qui á un home ensinestrá á menjar carn viva;
qui á lluytar fou ab un lleó, [28] no es home
á qui pugan fer por ni morts ni sombras.
Mon cor no es fet com están fets los altres.
Só un inmortal, y un Deu també. ¡Enderrera

tothom, tothom! Pas á Nerón, ¡oh sombras!

SÉNECA.

Ni ets Deu ni ets inmortal. Ets sols un mónstre
que ab feretat y horror sosté la terra.
Mira, y passeja á ton entorn la vista.

(*Las sombras s' han acostat sense remor y rodejan á Nerón. Séneca li va enseyant las que están en primer terme. Nerón, ja vensut, y deixantse dominar per sos sentiments interns, comensa á dar mostras de terror, que aumenta al fulminar la sombra de Séneca l' anatema y al repetirlo totas las sombras.*)

De Pisón, de Poppea, de ta mare,
de la innocent Octavia, de Británicus
lo malhaurat, de Séneca y Paulina,
de Lucanus, de Syla y de cent altres
víctimas tuas, las sagnantas sombras
se 't presentan, Nerón, mentres s' atansa,
l' hora vehina de ta mort. Si 't sembla
que encara ets viu, no es cert. Tu ja no tornas
á las regions del univers. ¡Ja fores!
¡Ja, Nerón, has viscut! Ja de ta vida
tallan lo fil las inflexibles Parcas,
y t' espera lo Tártaro. Se 't dona
un tel de vida sols perque á judici
tas víctimas te criden... ¡Anatema,
anatema á Nerón, al miserable,
al impío, al sacrílech, al falsari,
al que ni als morts respecta ni sas cendras,
y á qui ni de sa mare la mateixa
ensangrentada sombra pot conmóure!
¡Víctimas no venjadas, anatema
al que tot ho ha folat sota sas plantas,
honors, virtuts y religió! ¡Anatema
al tirá y al malvat, al parricida,
al incestuós y adúltero, al infame
ab la llepra empestat de tots los vicis,
ab lo cos maculat de totas tacas,

ab lo cor enmalit de totas llagas
de tots los cuchs pudrimener! ¡Oh sombras,
l' hora eterna ha vingut de la justicia!
¡Anatema al incrédul y al indigne,
anatema del cels y de la terra!
¡Que los Deus y la Terra ja may vulgan
donar plassa á sa sombra, com no sia
del Tártaro en las lóbregas cavernas!
¡Que á las Genómias son cadáver porten!
¡Que pels sigles dels sigles son nom quede
com nom d' horror, de malvestat é infamia,
y que al parlar d' un ser abominable,
«Te lo cor de un Nerón» los mortals digan!

SOMBRAS.

¡Anatema á Nerón!

(*Las sombras desapareixen als ulls del espectador, pero no als de Nerón per qui quedan visibles. Nerón queda aterrat y confús.*)

NERÓN.

¡Horror!... ¡M' espanta
aquest crit infernal!... ¿Qué voléu, sombras?
¿De mí qué, donchs, voléu, qué, oh implacables
roséchs vius de mon cor?... Jo sacrificis
á vostres Mans faré per aplacarvos,
y aras vos alsaré d' or y de mármol,
hont d' expiatorias víctimas cad' hora
de jorn y nit á doll la sanch regale;
jo un Mausoléu vos alsaré y un temple
que admiració dels sigles futurs sia,
y en urnas d' or posadas vostras cendras,
embaumats olis de argentadas llantias
veurán al devant d' ellas cremar sempre;
mes ¡ay! al menys, ¡oh sombras! ¡que no 's comple
vostre anatema inich! Sobre mi pesa
com llosa sepulcral de plom y ferro.
¡Feu que 'l fil de ma vida se conserve,

y que clements per mi sian las Parcas!
¡Jo us ho prego!... Miréu que só l' artista
mes gran que ha vist lo mon, y si jo moro
òrfe y desert lo pobre mon se queda.

(*Nerón se dirigeix á las sombras com si las vegés encara.*)

¡Ah! ¿no voléu?... ¿De mí fugiu, oh sombras?
¿De mí apartéu los ulls?...

(*Dirigintse als llochs hont creu véure las sombras que anomena.*)

¡Oh tú, tú, Octavia,
de mas víctimas totas la més noble
y la més innocent! ¡Oh tú Británicus,
doncell infortunat! ¡Perdó 'us demana
Nerón avuy y de genolls vos prega!
¡Perdó, perdó, 'us demano!... ¡Oh! ¡Retiréulo
l' anatema infernal que 'l cor m' abrasa!
¡Oh víctimas, perdó!... ¡Misericordia!

(*Nerón creu véure que las sombras s' apartan indignadas.*)

¡Fúgen de mí!... ¡No volen!... ¡No 'm contestan!...
¿Qué més puch, donchs, jo fer, qué més?... Las ánsias
sentir me sembla de la mort...

(*Nerón fa un moviment soptat com si sentis que 'l toquessen.*)

¿Quí posa
una ma sobre mí?... ¿Quí, donchs, la gola
m' estreny, quí, donchs?... ¿De quí son eixas unglas
que 's clavan en mon cor y me l' esqueixan?...

(*Cridant en mitj de son deliri.*)

¡Faón!... ¡Faón!... ¡Jo 'm moro!... ¡Miserables!

(*Recorrent la escena, presa del major deliri.*)

¡Faón!... ¡Faón!... ¡No 'm senten!... ¡Y eixas sombras
aquí devant!... ¡No 'm puch despéndre d' ellas!...
¡Faón, á mí!... ¡Me creman ab sa vista,
ab sas mans me destrossan!... ¡Ah, jo 'm moro!

(*Cau desvanescut.*)

NERÓN, FAÓN.

(*Faón entra ab precipitació.*)

FAÓN.

¡Senyor! ¡Senyor!... ¿Hont es?
(*Veu á Nerón en terra y s' apressura á socórrel'.*)
¡Senyor!
(*Ab un genoll en terra ajuda á Nerón á incorporarse.*)
¿Qué 'us passa?
(*Nerón comensa á tornar en si.*)

NERÓN.

¡Faón! ¿Ets tu?... ¡Quánt has trigat!
(*Agafantse á Faón, li pregunta ab veu baixa y misteriosa, sens atrevirse á girar la cara.*)
¿Las sombras
partíren ja?

FAÓN.

¡Las sombras!... ¿Quínas?

NERÓN.

Ellas.
(*Senyalant, sens ell mirarlo, lo lloch hont li apareguéren las sombras.*)
¿Qué veus allí?

FAÓN. (*Mirant.*)

No res.

NERÓN.

Y per la gruta,
tot al entorn, ¿qué veus?... ¡Mirau be; mírau!

FAÓN.

No pas res.

NERÓN.

¿Res?

(*Nerón, encara que ab por, se decideix á passejar sa vista per la cova.*)

Partíren en efecte,
¡partiren sens alsarme l' anatema!

(*S' alsa de terra ab la ajuda de Faón.*)

¡Faón!

FAÓN.

¿Senyor?

NERÓN.

Contadas tinch mas horas,
Faón; m' ho han dit.

FAÓN.

¿Quí donchs?

NERÓN.

¿Quí ha de ser?... Ellas.
Contadas tinch mas horas. Ja las Parcas
lo fil talláren de ma vida.

(*Estremintse de prompte y senyalant la porta de la cova.*)

Sento
soroll allí.

FAÓN.

Sporus es que arriba.

NERÓN, FAÓN, SPORUS.

NERÓN. (*Ab gran ternura á Sporus.*)

¡Ah, mon amich fidel!

SPORUS.

¡Senyor!

NERÓN.

Sporus,
á despedirme vens. ¿Saps que contadas
mas horas tinch?

SPORUS.

¿Vos han ja dit la nova?

NERÓN.

¡La nova, qué!

SPORUS. (*Mirant á Faón.*)

Faón vos l' haurá dita;
tot ho sabéu ja, donchs. Sí, vos declaran
enemich de la patria, y vos condemnan
á morir fuetejat.

NERÓN. (*Ab un crit d' horror.*)

¡Ah!... No hi ha medi
d' escapar á la sort. ¡M' ho han dit las sombras!

SPORUS.

Gent á buscarvos lo Senat envía,
y aquí, pus ja 'us hi saben, vindrán prompte.

(*Nerón queda un instant pensatiu y després diu com parlant ab ell mateix.*)

NERÓN.

¡Ja de ta vida ha terminat lo somni,
Nerón!... ¡Valor!... ¡No t' dius Nerón! ¿Qué esperas?
(*A Faón y á Sporus.*)
No vull que 'm prenguen viu... ni mort. La fossa
aquí obriréu lcs dos per enterrarme...
Sí, jo tinch que morir... ¡No hi ha mes medi!
¿No ho creus, Faón?

FAÓN.

¡Senyor!

NERÓN.

¿No ho creus, Sporus?
Mon Sporus, ¿no ho creus?

SPORUS.

¡Nerón!...

NERÓN.

Sí, mira:
ja lo punyal preparat tinch.

(*Ensenya un punyal que porta amagat entre sa roba, lo blandeix, fa senyal de matarse y se deté.*)

¡Oh Júpiter!
¿Per qué ho permets?...¿Per qué ho permets, Apolo?
¡Morir!... ¡Un inmortal!... ¡Ah! ¡Quín artista
va á perdre 'l mon! [29]

(*Faón que s' ha acostat á la porta y escolta, diu de prompte:*)

FAÓN.

¡Senyor, jo crech que venen!

NERÓN.

¡Ah! ¡Vénen!... ¡Donchs, valor!... ¡Nerón, anímat! [30]

(*Fa un altre moviment per matarse, pero també 's detura.*)

Faón, Sporus, mos amichs, vosaltres
de mon cadáver cuidaréu... Ma tomba
un monument ha d' ésser que futuras
generacions admiren... tot dels márbres
mes costosos y richs que Grecia cría,
perque 'l mon puga dir: «Aqueixas cendras
son del artista aquell que declamava
los versos grechs con nuyl que en lo mon sia!»

SPORUS.

¡Senyor! ¡Senyor!

NERÓN.

Ja hi vaig... Es precís péndre

la sort com ella vé. ¡Los Fats ho volen!
¡Ja vaig, oh sombras, ja! ¡Ja vaig, oh Parcas!
¡Faón, adeu!... ¡Adeu per sempre, Sporus!

(*Nerón s' enfonza lo punyal en la garganta y cau desplomat.*)

SPORUS.

(*Ab un crit de horror y desesperació.*)

¡Es mort!

FAÓN. (*Inclinantse sobre 'l cos.*)

Encara no.

SPORUS.

(*Acostantse á Nerón com pera socorrel'.*)

¡Nerón! ¡Oh!

FAÓN.

Passos
sento allá fora. (*Se dirigeix á la porta y escolta.*)
Sí, son ells que venen.

(*Sporus abandona 'l cos de Nerón y s' acosta á la porta, com també per escoltar.*)

SPORUS.

¡Son ells!

(*Mentres los dos s' han dirigit a la porta, Nerón consegueix incorporarse. Faón al girar la cara, ho veu y 'l senyala á Sporus.*)

FAÓN.

¡Y Nerón s' alsa!

SPORUS.

¡No es mort!

FAÓN.

¡Mira!

(*Nerón fa un esfors per alsarse y en milj de sa agonia declama ab entonació trémula y fatigosa lo següent vers grech:*)

NERÓN.

«Ja dels caballs lo galopar escolto...»[31] (*Cau mort.*)

FAÓN.

¡Ja ha mort!

SPORUS. (*Desesperat.*)

¡Nerón! ¡Nerón!

(*Girantse cap á la porta per ahont se suposa que van á entrar los perseguidors de Nerón.*)

¡Que vingan ara!

CAU LO TELÓ.

LA MUERTE DE NERÓN

PUESTA EN VERSO CASTELLANO

POR

DON FRANCISCO LUIS DE RETES

PERSONAJES.

NERÓN.
FAÓN.
ESPORO.
LA SOMBRA DE AGRIPINA.
LA SOMBRA DE POPPEA.
LA SOMBRA DE SÉNECA.

Otras sombras.

La cueva llamada de Locusta, cerca de la casa del liberto Faón, situada entre la via Salaria y la Nomentana, á cuatro millas de Roma. Sólo hay una puerta, que es por la que entran y salen los personajes, y ninguna otra abertura. A la derecha del espectador un banco de piedra.

NERÓN, FAÓN.

(*Entran en escena llevando Faón una tea encendida, con la cual se alumbra débilmente la estancia, y que clava en un garfio de la pared. Nerón viste de túnica y se cubre con un manto. Al entrar se quita el velo con que lleva oculto el rostro.*)

FAÓN.

En salvo estamos ya: la gruta es esta,
y el peligro pasó, señor.

NERÓN.

¿Y Esporo?

FAÓN.

Fuera velando está.

NERÓN.

Cuando de Roma
salía, el viento levantóme el velo,
y un hombre que pasaba saludóme.

FAÓN.

Fué Missicio, un soldado pretoriano;
le conocí.

NERÓN.

¡Nos venderá!

FAÓN.

¿Qué importa
que nos venda si al fin el rastro pierden?
Seguro estáis, señor. (*En ademán de irse.*)
Torno al instante.
(*Da algunos pasos para salir.*)

NERÓN.

¿Me dejas solo?

FAÓN.

A preparar la casa
voy, para que sin ser de nadie visto
podáis entrar en ella. Vuelvo al punto.

NERÓN. (*Llamándole.*)

¡Faón!

FAÓN.

¡Señor!

NERÓN.

¿No tiene otra salida
esta caverna?

FAÓN. (*Señalando á la puerta.*)

No, ni hay otra estancia.

NERÓN.

¡Cuán triste, cuán medrosa y cuán oscura!
La antorcha no disipa las tinieblas,
y aquí se aspira un aire de sepulcro.

(*Pausa: Faón, al ver que Nerón no le dirige la palabra, se dispone á salir, pero cerca ya de la puerta retrocede al oirse llamar.*)

¡Faón!

FAÓN.

¡Señor!

NERÓN.

¿La cueva es de tu casa?

FAÓN.

De mi huerto; la casa está á cien pasos.
Dícese por el vulgo que esta cueva
fué un día de Locusta.

(*Pausa: al convencerse de que Nerón no le dirige la palabra, Faón se va.*)

NERÓN.

(*Permanece unos instantes pensativo, y luego, como obedeciendo á un pensamiento interior, exclama:*)

¡De Locusta!
¡La cueva de Locusta! Parecióme
conocer el lugar. ¡Ah! ¡Pronto, huyamos!

(*Llamando en voz baja primero y más alto después. El eco de la gruta repite confusamente el nombre de Faón.*)

¡Faón! ¡Faón! Se fué, se fué; me engañan,
me venden todos los que á mí se acercan.
¡Solo aquí y en la cueva de Locusta!
¿Tienes miedo, Nerón? ¡Miedo! Tuviéronle;
de él le tuvieron el Senado, el pueblo,
el mundo que á sus pies se estremecía.
¡Miedo yo! ¡Miedo yo! ¿Puede sentirle.
puede tenerle aquel que vió las frentes
más soberbias y altivas inclinarse
al fuego de sus ojos; el que estatuas
y templos tiene sobre la haz del mundo
como tienen los dioses; á quien presta
respetuoso homenaje el mismo Apolo,
el soberano dios del arte y canto?
¿Quién más grande ni en crímenes ni en gloria?
Yo todo lo gocé, todo fué mío;
el imperio del mar y de la tierra,
de la vida y la muerte el arbitraje;
ninguno, ni los mismos dioses tienen
ni más poder que yo ni más valía.
Quise un día un palacio de oro y jaspe,
y brotó de la tierra por encanto.
Quise también que el mar llegase á Roma,
y el mar llegó; y ambicionando fiero
un mar de fuego como el otro de agua,
ví sin cesar seis días, siete noches,
por el viento rodando el mar hirviente
que con sus llamas circundaba á Roma.
Codicié ser histrión y ser artista,
y yo el primer artista fuí del mundo.
Ser fiera quise, y la rojiza arena
que en el sangriento circo se revuelve
otra no vió más ruda y sanguinaria!
¡Quise hacerme mujer, mujer he sido!
¿Quién logró más que yo? Toda la tierra
me aclamaba, á mis plantas sometida;
nubes de incienso en pueblos y en ciudades
en mi loor se alzaban y en mi gloria;

doblábase mi frente bajo el peso
de lauro tanto, y hasta el aire mismo
á tan alto clamor se enrarecía.
Aquí vinieron á rendirme parias
el cántabro aguerrido, el de la Iberia
morador indomable, el sutil griego,
el hijo rudo de las pardas nieblas
esforzado bretón, persas, armenios,
blanco Frisón de cabellera roja,
el tostado habitante del Egipto,
los indios del mar Rojo y negros árabes,
viviendo alegres en la densa atmósfera
de polvo y fango que al pasar alzaba
con las ebúrneas ruedas de mi carro.
Llena la tierra está de mis festines,
y no olvidará el mundo mis orgías
mientras quede en el mundo solo un hombre.
Todo grande fué en mí, todo. En Acaya
traté de abrir el istmo de Corinto;
en Nápoles canté mientras la tierra
se abría y los palacios derrumbábanse;
intenté hacer un mar de Roma á Ostia;
la Grecia me ha aplaudido en sus teatros,
yo fuí rey del teatro y rey del mundo;
y cuando empavesadas mis galeras
de oro y marfil surcaban por el Tíber,
las arenosas márgenes ardían
en luminarias; músicas y danzas
llenaban de rumor el vago viento,
y allí, desnudas, como están las Diosas,
las matronas romanas á mis ojos
radiantes de belleza aparecían.
Todo lo hago y lo sé, todo: de un barco
supe hacer un sepulcro; de unas flores
un tósigo, y un cónsul de un liberto:
un día una vestal fué mi manceba,
y otro día un eunuco fué mi esposa.
¿Cómo quien hizo tanto y hará tanto

tendrá miedo en la cueva de Locusta?
Locusta y yo nos conocemos. De ella
antiguo amigo soy. También conozco
esta gruta; aquí mismo, cierto día,
aquí donde ahora estoy, bien lo recuerdo,
hablaba yo á Locusta. Aquella tarde
al reino de Plutón bajó Británico.

(*Al pronunciar estas últimas palabras siente un estremecimiento recorrer todo su cuerpo, y cambia rápidamente de entonación é idea.*)

¿Por qué me habrán traído á esta caverna?
Mejor fuera otro sitio. (*Gritando.*) ¡Esporo, Esporo!
¡Faón! No me oyen, voime.

(*Da algunos pasos con intención de salir, pero se detiene.*)

No: dirían
que tuve miedo. (*Se sienta en el banco de piedra.*)
Los espero.

(*Queda algunos momentos pensativo; pero de pronto, como respondiendo á las ideas que hierven en su imaginación, exclama con frenesí.*)

¡Oh Vindex!
¡Oh Galba! Si algún día entre mis manos
os llego á ver...

(*Cruza de pronto otra idea por su mente, y deteniéndose en medio de la frase, dice con repentina postración.*)

Mas ¡ah! ¡sueño! ¡deliro!
Nerón está perdido para siempre;
antes que la existencia faltó el trono.
Roma no te verá. Si por lo menos
el Imperio de Oriente me dejaran;
si por lo menos diérame el Senado
una isla, en la isla viviría;
en todas partes el artista vive.

(*Se levanta de pronto, y se vuelve al oir un rumor extraño en el fondo de la cueva, que está completamente á oscuras.*)

¿Qué hay en aquel rincón? Me ha parecido
oir rumor.

(Alzando la voz y dirigiéndola al sitio oscuro, donde fija sus miradas.)

¿Quién va? Nadie contesta;
voy á ver...

(Va á echar mano á la tea para dirigirse al sitio oscuro, pero se detiene.)

Corazón, ¿por qué palpitas?
¿Qué detiene mi planta? ¿Por qué tiemblo?
¿Por qué me inundo de sudor? Parece
que de la antorcha á la dudosa llama
veo vagar allí sombras confusas.

(Mirando siempre hacia el sitio oscuro.)

Alguien se mueve allí. Pasos escucho
y voces que se extinguen.

(Pausa; Nerón escucha atentamente.)

No, silencio.
silencio sepulcral.—Ya no oigo nada
sino el latir del corazón; mis sienes
arden, mi frente estalla, y tengo apenas
aire que respirar. ¿Si los traidores
me habrán traído aquí para enterrarme
en un sepulcro vivo? En esta gruta
los recuerdos se agolpan á mi mente.
¿Será el remordimiento que me asalta?
Remordimientos, ¡ah! vana quimera,
palabra vana. ¡Yo remordimientos!
¿Y de qué? ¡De mis crímenes! ¿Qué es crimen?
¡Explícalo, Locusta!

(Vuelve á oirse ruido en el rincón oscuro.)

Ya no dudo;
allí hay alguien. Allí veo una sombra;
toma cuerpo, se acerca...

(Se empieza á ver salir una sombra luminosa, que va tomando la figura de una mujer.)

Sortilegios,
magias, ficciones, nada me conmueve;

el corazón me sobra para todo.
¿Quién es el necio que imagina acaso
que hay otro corazón igual al mío?

(*Aparece ya clara y distinta la figura de Agripina, que avanza con una espada desnuda en la mano.*)

NERÓN, LA SOMBRA DE AGRIPINA.

NERÓN.

¿Quién eres tú?

AGRIPINA.

¿Quién soy? Mira, tu madre;
y si no te lo dicen mis facciones
ni el corazón, diránlo de mi seno
las heridas, y el hierro ensangrentado
que fué á buscar el sitio en las entrañas
que llevaron un día al parricida.
¡Soy tu madre, Nerón!

(*Importa que el actor se fije en esta escena, y se haga cargo de la verdadera situación y del estado de ánimo en que Nerón se encuentra. Éste se siente sobrecogido, aterrado, al ver alzarse la sombra, y al ver que es la de su madre; pero puede en él más la fuerza de voluntad para aparentar y decir lo que realmente no es y no siente en su interior.*)

NERÓN.

Si eres mi madre
y recuerdas mis crímenes, recuerda
los tuyos á la vez. Tu desenfreno
manchó con sus livianas impurezas
de la familia real todos los tálamos.
Tú, que vestida voluptuosamente,
á buscarme venías incestuosa,
del festín en el báquico desorden,
cuando el vino mi mente perturbaba.
Tú eres mi madre, dices; ¡tú mi madre!
si eres mi madre tú, torna al Averno.

(*Desde el momento de empezar á hablar Nerón, la sombra de*

Agripina ha ido desapareciendo poco á poco hasta extinguirse.)

No es crimen dar al criminal castigo.
¿Y Bruto? ¿Para cuándo se conservan
las virtudes antiguas? ¡No, los Dioses
sus derechos me dieron, y en el mundo
soy Dios, soy inmortal! Si la justicia
es hermana del crimen, ¿quién me acusa?

(En el mismo sitio donde desapareció la sombra de Agripina se levanta la de Poppea. Nerón, dominando siempre sus sentimientos interiores, la contempla fijamente, y con aparente tranquilidad la ve formarse, aparecer y tomar cuerpo.)

NERÓN, LA SOMBRA DE POPPEA.

POPPEA.

¿Sabes quién soy, Nerón?

(Nerón aparenta gran frialdad y le dice como si hablara á un mortal.)

NERÓN.

Sí; eres Poppea.

POPPEA.

¡Tu víctima! Los lúgubres sepulcros
por voluntad de los supremos Dioses
se abrieron, y tus víctimas se juntan
hoy para maldecirte.

NERÓN.

Ví á mi madre
y ahora te veo á tí. ¿No vendrán otros?

POPPEA.

Tus horas ¡oh Nerón! están contadas.
¿Olvidaste el oráculo de Delfos?
¿No fué ayer, cuando abriéndose las puertas

del mausoleo, sin tocarlas nadie,
una voz te llamó? Nerón, inclina
tu altiva frente, tu soberbia doma.
Tus víctimas del fondo de sus tumbas
el anatema eterno aquí te traen.

NERÓN.

Ni víctimas, ni sombras, ni amenazas,
ni terremotos, conturbarme pueden;
todo entero y en pie, Nerón lo espera.
¿Venís á maldecirme tú y mi madre?
No, no podéis salir de los sepulcros
para lanzarme el anatema; todo
lo tuviste, Poppea, menos alma
recta y honrado corazón, tú fuiste
la que infiltró en el mío apasionado
el primer pensamiento parricida;
tú me impulsaste al crimen; tú, que antes
de ser mía ¡oh baldón! fuiste de todos,
tú no puedes venir á maldecirme.

(*Mientras habla Nerón, sin que él al pronto lo advierta, comienzan á aparecer las sombras que Séneca ha de ir nombrando luego. Por el momento las sombras se quedan en el fondo del teatro. Sólo se adelanta la de Séneca, que se interpone entre Poppea y Nerón al terminar éste.*)

NERÓN, LA SOMBRA DE POPPEA, LA DE SÉNECA, TODAS LAS DEMÁS SOMBRAS.

SÉNECA.

¿Ni yo?

NERÓN.

Ni tú, ¿qué piensas? ni tú ¡oh Séneca!
Te conozco también; tú el de las falsas
virtudes; tú que me adiestraste un día
en groseras intrigas, y á los vicios

como á un lecho de rosas me llevaste;
maestro en latrocinios, que á mi costa
adquiriste riquezas y tesoros.
¡Atrás todos! ¡Atrás! sombras inicuas,
¿creéis acaso que en mi pecho late
corazón femenil? Nerón os reta.
Paso á Nerón. Tornad á los abismos;
están bien muertos los que muertos fueron.
Crímenes, sortilegios y maldades,
y ludibrios, me burlo yo de todo;
soy Nerón, y Nerón todo lo afronta.
Aquel que supo acostumbrar á un hombre
á comer carne viva, aquel que intenta
luchar con un león, no se acobarda
de muertos, de fantasmas ni de sombras.
¡No, no hay un corazón igual al mío!
¡Soy inmortal! ¡Soy Dios! ¡Paso dejadme!
¡Paso á Nerón! ¡Atrás, sombras precitas!

SÉNECA.

Ni eres Dios, ni inmortal. Eres un monstruo
á quien la tierra, trémula de espanto,
sostiene con horror. Torna la vista.

(Las sombras se han acercado sin rumor, y Nerón se encuentra de repente rodeado de ellas. Séneca le va señalando las que están en primer término. Nerón, vencido ya, dejándose dominar por sus sentimientos internos, comienza á dar muestras de terror, que aumenta al fulminar la sombra de Séneca su anatema y al repetirlo las otras.)

De Pisón, de Poppea, de tu madre,
de Octavia la infeliz, del inocente
Británico, de Séneca y Paulina,
de Lucano, de Syla y de cien otras
víctimas tuyas, los sangrientos manes
á la hora de tu muerte se aparecen.
¿Piensas que vivo estás? ¡Fatal engaño!
Ya fuiste, ya no eres: de tu vida
cortan el hilo las severas Parcas,

y el Tártaro te aguarda; sólo un soplo
de vida se te da, para que á juicio
tus víctimas te llamen. ¡Anatema,
anatema á Nerón, al miserable,
al impío, al sacrílego, al falsario
que no respeta á los que muertos fueron
por su mano crüel, ni sus cenizas,
y á quien ni aun de su madre la medrosa
sombra sangrienta conmoverle pudo!
¡Víctimas no vengadas, anatema
al que todo lo holló bajo sus plantas,
honor, virtud y religión! ¡Maldito
el tirano, el malvado, el parricida
incestuoso y adúltero, el infame
con la lepra apestado de los vicios,
y con el cuerpo y corazón llagados,
de los gusanos hondo pudridero!
¡Sombras! La hora llegó de la justicia.
¡Anatema al incrédulo, al indigno;
anatema en la tierra y en el cielo,
y que los cielos y la tierra nieguen
á su sombra lugar, como no sea
en las cavernas lóbregas del Tártaro!
¡Vaya á las Gemonias su cadáver;
que su execrado nombre por los siglos
nombre sea de horror, maldad é infamia,
y que al hablar de un monstruo sanguinario
¡Es un Nerón! repitan los mortales!

SOMBRAS.

¡Anatema á Nerón!

(*Las sombras desaparecen á los ojos del espectador, pero no á los de Nerón, para quien quedan visibles. Nerón queda confuso y aterrado.*)

NERÓN.

¡Horror! me aterra
ese grito infernal: ¿qué queréis, sombras?

Por compasión, decidlo, torcedores
del corazón, impíos, implacables.
Yo haré, por aplacaros, sacrificios
sin cuento á vuestros manes irritados,
y aras os alzaré de mármol y oro
donde expiatorias víctimas, cada hora,
día y noche, en magnífico holocausto
de sangre viertan abundoso río.
Yo un mausoleo os alzaré, y un templo
que admiración de los futuros sea;
pondré vuestras cenizas venerables
en urnas de oro; en lámpara de plata
siempre ante ellas ardiendo los perfumes
de la Arabia estarán; pero ¡ay! al menos
que no se cumpla el bárbaro anatema
que pesa sobre mí como una losa,
como una losa sepulcral de plomo;
que no se rompa de mi vida el hilo
y que piedad de mí tengan las Parcas.
¡Yo os lo ruego! ¿me oís? Soy el artista
más grande que vió el mundo, y si yo muero
huérfano y despoblado el mundo queda.

(*Nerón se dirige á las sombras como si las viera todavía.*)

¡Ah! ¿no queréis? ¡Huid, huid, oh sombras!
no me miréis así.

(*Dirigiéndose á los sitios donde cree ver las sombras que va nombrando.*)

¡Oh, tú, tú, Octavia,
de mis víctimas todas la más noble
y la más inocente! ¡Oh, tú, Británico,
infortunado joven! ¡Ah! yo imploro
vuestro perdón; de hinojos os suplico
que apartéis de mi frente el anatema
fatal, que el triste corazón me abrasa.
¡Oh víctimas, perdón, misericordia!

(*Nerón cree ver que las sombras se apartan indignadas.*)

¡Huyen de mí! ¡No quieren, no responden!

¿Qué puedo yo hacer más? Siento la muerte
que se acerca.

(*Hace un movimiento brusco como si le pareciera sentir que alguien le toca.*)

¿Quién pone en mí la mano?
¿Quién es el que me oprime la garganta?
¿Quién es, quién es? ¿De quién son esas uñas
que se hunden en mi pecho y me destrozan?

(*Llamando en medio de su delirio.*)

¡Faón! ¡Perdón! ¡Yo muero! ¡Miserables!
¡Faón! ¡Faón! No me oyen. Siempre, siempre
conmigo aquí, sin desasirme de ellas.
¡Faón! ¡Faón! Me queman sus miradas,
me desgarran sus manos. ¡Ay, yo muero!

(*Cae desvanecido.*)

NERÓN, FAÓN.

FAÓN (*Entrando precipitadamente.*)

¡Señor! ¿En dónde estáis? ¡Señor!

(*Ve á Nerón en el suelo y se apresura á socorrerle: Nerón comienza á volver en sí.*)

NERÓN.

¿Tú eres?
¡Ah, Faón! ¿Eres tú? ¡Cuánto tardaste!

(*Atrayendo hacia si á Faón, le pregunta con voz baja y misteriosa, sin atreverse á volver el rostro.*)

¿Partieron ya las sombras?

FAÓN.

¿Cuáles?

NERÓN.

Ellas.

(*Señalando y sin mirar al sitio en donde aparecieron las sombras.*)

¿Qué ves allí?

FAÓN (*Mirando.*)

Yo, nada.

NERÓN.

Y por la gruta
alrededor, ¿qué ves? ¡Mira bien, mira!

FAÓN.

Nada veo.

NERÓN.

¿No ves?
(*Se decide, aunque con temor, á pasar la vista por la cueva.*)
¡Ay! han partido;
partieron sin alzarme el anatema.
(*Se levanta con el auxilio de Faón.*)
Voy á morir, Faón.

FAÓN.

¡Señor!

NERÓN.

Contadas
tengo mis horas; ellas lo dijeron:
las Parcas cortan de mi vida el hilo.
(*Estremeciéndose de repente y señalando la puerta de la cueva.*)
Siento rumor.

FAÓN.

Esporo que aquí llega.

NERÓN, FAÓN, ESPORO

NERÓN (*A Esporo, con gran ternura.*)

¡Esporo, amigo fiel!

ESPORO.

Señor...

NERÓN.

¡Esporo!
á despedirme ven; contadas tengo
mis horas ya.

ESPORO.

¿Sabéis la nueva entonces?

NERÓN.

¡La nueva! ¿Cuál?

ESPORO.

Pues que Faón lo dijo,
todo lo sabéis ya.

NERÓN.

¿Qué sé?

ESPORO.

Os declaran
de la patria enemigo, y os condenan
á morir azotado.

NERÓN (*Dando un grito de horror.*)

¡Ah! no hay remedio,
no hay remedio; dijéronlo las sombras.

ESPORO.

Gente á buscaros el Senado envía,
y pronto llegarán; dónde estáis saben.

NERÓN.

(*Después de haber permanecido pensativo unos instantes, dice como dirigiéndose á sí propio:*)

Ya ha terminado de tu vida el sueño,
Nerón; valor: ¿no eres Nerón? ¿qué esperas?

(*Dirigiéndose á Faón y Esporo.*)

No han de cogerme vivo, no; la fosa
abrid aquí los dos para enterrarme.
Si tengo que morir, de ellos me libro.
¿Verdad, Faón?

FAÓN.

Señor...

NERÓN.

Dime, ¿no es cierto,
mi Esporo, no es verdad?

ESPORO.

Nerón...

NERÓN.

Sí, mira,
aquí el puñal está; ¿lo ves?

(*Enseña un puñal que lleva escondido debajo de su túnica, hace ademán de herirse con él, lo blande, se detiene.*)

¡Oh, Júpiter!
dí, ¿por qué lo permites? Y tú, Apolo,
¿tú puedes consentir que Nerón muera?
¡Un inmortal! ¡Qué artista pierde el mundo!

(*Faón, que se ha acercado á la puerta y escucha, dice de pronto:*)

FAÓN.

¡Señor, creo que llegan!

NERÓN.

¡Ah, ya vienen!
Valor, pues; valor, pues. Nerón, anímate;
Faón, Esporo, amigos, sí, vosotros
de mi cadáver cuidaréis. Mi tumba

que sea un portentoso monumento
que admiren las naciones venideras,
de mármoles, de pórfidos, de jaspes
los más preciados que la Grecia cría,
para que diga el mundo: Estos despojos
son del artista aquel que recitaba
los versos griegos como nadie pudo.

ESPORO.

¡Señor, señor!

NERÓN.

Ya voy; mi suerte es esa.
Los Hados lo han querido; ya voy, sombras,
mi término ha llegado; ya voy, Parcas.
Faón, adiós. Adiós por siempre, Esporo.
(Se hunde el puñal en la garganta y cae.)

ESPORO.

(Con un grito de dolor y desesperación.)
¡Ha muerto!

FAÓN *(Inclinando su c uerpo.)*

Aun no.

ESPORO.

¡Nerón!

FAÓN.

Pasos escucho.
No me engañaron, no: ¡son ellos! vienen.
(Se dirige á la puerta y escucha.)

ESPORO.

Son ellos.
(Mientras los dos se han dirigido á la puerta, Nerón se incorpora. Faón al volver el rostro lo ve y lo señala á Esporo.)

FAÓN.

¡Ah, Nerón!

ESPORO.

¡No ha muerto!

FAÓN.

¡Mira!

(*Nerón hace un esfuerzo para levantarse, y luchando con su agonia, declama con entonación trémula y fatigosa el siguiente verso griego:*)

NERÓN.

«Ya el galopar de los caballos siento.» (*Cae muerto.*)

FAÓN.

¡Murió!

ESPORO (*Desesperado.*)

¡Nerón, Nerón!

(*Volviéndose hacia la puerta, donde se supone que van á entrar los perseguidores de Nerón.*)

¡Venid ahora!

CAE EL TELÓN.

LA MUERTE DE NERÓN

TRADUCCIÓN EN VERSO CASTELLANO

POR

DON ENRIQUE DE SIERRA VALENZUELA

PERSONAJES.

NERÓN.
FAÓN.
ESPORO.
LA SOMBRA DE AGRIPINA.
LA SOMBRA DE POPPEA.
LA SOMBRA DE SÉNECA.

Otras sombras.

La cueva llamada de Locusta, cerca de la casa del liberto Faón, situada entre la vía Salaria y la Nomentana, á cuatro millas de Roma. Sólo hay una puerta, por la que entran y salen las personas, y ninguna otra abertura. A la derecha del espectador, un banco de piedra.

NERÓN, FAÓN.

(*Entran en escena llevando Faón una tea encendida, con la cual se alumbra débilmente la estancia, y que clava en un garfio de la pared. Nerón viste de túnica, y se cubre con un manto. Al entrar, se quita el velo con que lleva cubierto el rostro.*)

FAÓN.

A salvo estamos ya. Esta es la gruta
y el peligro pasó.

NERÓN.

¿Y Esporo?

FAÓN.

Queda
vigilando á la entrada.

NERÓN.

Oye: saliendo
de Roma, un hombre que pasaba cerca,
cuando el velo cayó que me cubría,
me saludó al pasar.

FAÓN.

Missicius era;
un soldado pretorio: le conozco.

NERÓN.

¿Nos venderá?

FAÓN.

¡Qué importa! Aunque nos venda,
el rastro no hallarán. Estáis seguro.
Yo vuelvo pronto.

NERÓN.

Y qué... ¿solo me dejas?

FAÓN.

La casa he de alistar, porque podáis
sin ser visto de nadie entrar en ella.

(*Da algunos pasos para salir.*)

Pronto vuelvo.

NERÓN.

¡Faón!

FAÓN.

¿Señor?...

NERÓN.

¿No tiene
otra salida más la gruta esta?

FAÓN.

No tiene más que aquella,

(Señalando á la puerta por donde han entrado.)

ni otra estancia.

NERÓN.

Bien oscura es por cierto. Las tinieblas
la antorcha no disipa, y se respira
un aire sepulcral que el pecho hiela.

(Pausa. Faón al ver que Nerón no le dirige la palabra, se dispone á salir; pero ya próximo á la puerta, retrocede al oirse llamar.)

¡Faón!

FAÓN.

¿Señor?...

NERÓN.

¿La gruta es de tu casa?

FAÓN.

De mi huerto. La casa allá se eleva
á cien pasos de aquí. Por los contornos
varias veces oí llamar á ésta
la gruta de Locusta.

(Pausa. Al ver que Nerón no le dirige la palabra, sale Faón.)

NERÓN.

(Que se queda ensimismado algunos instantes.)

¡De Locusta!

Lo presentía... Conocido me era
este lugar... ¡Faón! ¿Se fué?... ¡Me engañan,
me pagan con traición cuantos me cercan!...
¡Faón!... No está... ¡Faón! Me dejan solo,
¡solo, aquí, de Locusta en la honda cueva!
¿Tienes miedo, Nerón?... ¡Miedo! Tuviéronle
de él el Senado, el pueblo, la ancha tierra
que vaciló á sus plantas. ¡Miedo!... ¿Acaso
puede tenerlo ó concebirlo apenas
el que vió de sus ojos á la lumbre
humillarse las frentes más soberbias?
¿El que en todos los templos, tiene altares
como los mismos Dioses; y á quien presta
Apolo, el Dios del canto, su homenaje?...
¿Quién mi gloria y mis crímenes supera?
Todo lo tuve y lo gocé. El arbitrio
de la vida y la muerte; de la tierra
y del mar el imperio, y ni los Dioses
mi valimiento igualan ni mi fuerza.
Quise un día un palacio de oro y mármol,
y del suelo brotó, con tal presteza
como si genio mágico lo alzara.
Quise también que á Roma el mar viniera,
y á Roma vino el mar. Quise otro día
un mar de fuego hacer, y pira inmensa
fué Roma, en donde el fuego siete noches
rodó en los aires, cual las olas ruedan.
Anhelé ser histrión y ser artista,
y no encontré rival. Quise ser fiera,
y no tuve en los circos semejante.
Hembra me quise hacer, y me hice hembra.
¿Quién más poder logró? La tierra toda
bajo mis plantas me aclamó sujeta;
nubes de incienso alzaron las naciones
en holocausto de mi gloria excelsa;
al peso de mis mágicos laureles
débil mi frente ha sido, y donde quiera
el aire enrarecieron los loores

que elevó el entusiasmo á mi grandeza.
Aquí vinieron á rendirme parias
el cántabro aguerrido, los de Iberia
habitantes indómitos, los árabes
de negra faz, el indolente persa,
los indios del Mar Rojo, los bretones,
hijos salvajes de la oscura niebla,
el egipcio tostado, los armenios,
el griego, y el frisón de rubia crencha...
todos contentos de aspirar el polvo
que de mi carro las ebúrneas ruedas
alzaban por do quier. Lleno va el mundo
del esplendor de mis orgías regias,
y mientras haya en él un hombre solo
vivirá la memoria de mis fiestas.
Todo fué grande en mí. Tenté en Acaya
abrir el istmo de Corinto. Mientras
cayeron derrumbados los palacios
y sus entrañas desgarró la tierra,
canté en Nápoles yo. De Roma á Ostia
pretendí hacer un mar. Rey de la escena
y rey del ancho mundo, en sus teatros
me proclamó la entusiasmada Grecia.
Cuando formadas de marfil y oro
bajaban por el Tíber mis triremas,
ornaban á lo largo sus orillas
brillantes luces, músicas y fiestas,
y desnudas cual diosas, las matronas
mostraban á mis ojos sus bellezas.
Yo que todo lo hice, lo sé todo:
sé hacer que un barco en tumba se convierta;
sé de un pobre liberto hacer un cónsul;
sé convertir en tósigos las hierbas;
y si un día un esclavo fué mi esposa,
al otro una vestal fué mi manceba.
Quien hizo tanto, y tanto hacer podría
¿puede abrigar temor en esta cueva?
Locusta y yo nos conocemos. Somos

amigos... Cierto día... sí; aquí era...
lo recuerdo muy bien. Era en el sitio
que en este mismo instante mis pies huellan.
La hablé... y á poco descendió Británico
del sueño eterno á la región incierta.

(*Al pronunciar el nombre de Británico siente un estremecimiento en todo su sér, y cambia rápidamente de tono y de idea.*)

Mas también es extraño que me traigan
á este oscuro lugar... Otro me hubiera
convenido mejor. (*Grita, y el eco repite su voz.*)
¡Faón!... ¡Esporo!...
No me oyen... Me voy... (*Da algunos pasos para salir.*)
Pero pudieran
creer que tuve miedo. (*Se sienta en el banco de piedra.*)

(*Queda un momento pensativo, y como respondiendo á las ideas que bullen en su mente, exclama en un acceso de frenesí:*)

¡Oh Galba, oh Vindex,
cuando Nerón en su poder os tenga!

(*Deteniéndose y con repentina postración.*)

¡Deliro, sí! ¡Nerón está perdido
acaso para siempre! Mi existencia
más que el trono duró. Ya nunca Roma
ha de volver á verme. Si me dejan
el imperio de Oriente... Si el Senado
alguna isla en que vivir me lega...
ya que un artista vive en todas partes,
en grata calma viviré yo en ella.

(*Se levanta de pronto, y se vuelve como si hubiera oído un ruido extraño en el fondo de la cueva, que está completamente á oscuras.*)

Me pareció sentir hacia este lado
cierto rumor... ¿Quién va?... Nadie contesta.
Voy á mirar.

(*Se dirige como á coger la tea para dirigirse al lugar oscuro; pero se detiene.*)

Mi corazón vacila...
Tiemblo, y mi planta á proseguir se niega.
Sombras confusas que en lo oscuro vagan
miro á la luz dudosa de la tea.

(*Mirando siempre hacia el ángulo oscuro.*)

¡Allí hay alguien!... Oh, sí; se mueve algo...
pasos y aun voces hacia allí resuenan.

(*Pausa. Nerón escucha.*)

¡Silencio sepulcral! Sólo del pecho
logro sentir la agitación violenta...
¡Me falta el respirar, me falta el aire!
¡Arde mi corazón!... ¡Mis sienes queman!...
¡Oh, qué ansiedad!... ¡Para enterrarme vivo
parece que me arrastran á esta cueva,
y todos los recuerdos de mi vida,
todos, se agolpan á mi mente en ella!...
Quizá el remordimiento es quien me acusa...
¡Remordimiento!... No... ¡Palabra necia!
¿Y de qué?... ¿De mis crímenes?... ¡Mis crímenes!
¿Y crímenes, qué son?... ¡Ah! yo quisiera
oírselo á Locusta.

(*Le parece volver á sentir rumor hacia el ángulo oscuro.*)

Ya no dudo...
ya no puedo dudar. Alguien se acerca...
algo se mueve allí... Veo una sombra
que va tomando cuerpo y que se eleva.

(*Se empieza á ver surgir una sombra luminosa, que va tomando la forma de una mujer.*)

Magias, ardides, sortilegios... nada
me puede conmover! Tiene fiereza
mi corazón ardiente para todo...
¡para todo!... ¿Lo oís?... Y erró quien piensa
que de Nerón el corazón altivo
al de los otros semejante sea.

(*Aparece ya clara y evidente la sombra de Agripina, que avanza con una espada desnuda en la mano.*)

NERÓN, LA SOMBRA DE AGRIPINA.

NERÓN.

¿Quién eres tú?

AGRIPINA.

¿Quién?... Mira: soy tu madre.
Si tu pecho y mi faz no te lo muestran,
te lo dirán, al menos, mis heridas,
y el hierro que á buscar fué en mis maternas
entrañas el lugar en que algún día
llevara al parricida. Sí; contempla
mi faz; tu madre soy.

(*Nerón se siente sobrecogido y aterrado ante la sombra de su madre; pero hace un supremo esfuerzo de voluntad para reprimir su terror y demostrar una simulada arrogancia.*)

NERÓN.

Si eres mi madre,
no los míos, tus crímenes recuerda.
¿No eres tú quien, en vicios abismada,
manchaste con tus torpes impurezas
de la familia de Nerón los tálamos?
¿No fuiste tú también la que á mi mesa
venías á buscarme incestuosa
cuando turbaba el vino mi cabeza?
¡Oh madre!... si en verdad mi madre eres,
tu infausta sombra á los abismos vuelva.

(*Desde que Nerón empieza á hablar, la sombra de Agripina va desapareciendo poco á poco hasta extinguirse.*)

NERÓN.

¿Acaso es crimen castigar el crimen?
¿Y Bruto?... ¿Para cuándo se reservan
las antiguas virtudes?... Sus poderes
me cedieron los Dioses, y en la tierra

soy Dios... soy inmortal... Y no es mi culpa
que crimen y justicia hermanos sean!

(*En el mismo lugar en que desapareció la sombra de Agripina, se levanta la de Poppea. Nerón, dominando siempre sus sentimientos interiores, la contempla fijamente, y con simulada tranquilidad la ve formarse, aparecer y tomar cuerpo.*)

NERÓN, LA SOMBRA DE POPPEA.

POPPEA.

Nerón, ¿sabes quién soy?

(*Nerón, con aparente frialdad, le dice, como si hablara con un sér humano.*)

NERÓN.

Te conozco,
Poppea.

POPPEA.

Sí; tu víctima, Poppea.
La voluntad suprema de los Dioses
hoy de la muerte rompe las cadenas,
Nerón, y aquí las sombras de tus víctimas
á maldecirte juntas se congregan.

NERÓN.

A mi madre ví ya, y ahora te veo:
¿vendrán otras?...

POPPEA.

¡Nerón, tus horas cuenta!
¿De Delfos olvidastes el oráculo?...
¿No fué ayer cuando abrió sus anchas puertas
el mausoleo, sin tocarlas nadie,
y te llamó una voz?... Nerón, doblega
tu frente altiva y tu soberbia loca.

Nosotras, á traerte el anatema
eterno, del sepulcro nos alzamos.

NERÓN.

Ni víctimas, ni sombras, ni la tierra
que temblara á mis pies... ¡nada me turba!
Nerón lo afronta todo, y no se arredra.
Y no eres tú, por cierto, ni es tampoco
la que mi madre fué, quien venir pueda
del fondo del sepulcro á maldecirme.
Tú, que jamás tuviste, oh Poppea,
honrado corazón; tú, que infiltraste
del parricidio la primera idea
dentro del pecho mío, y que hacia el crimen
sin tregua me empujaste; tú, ramera,
que antes que de Nerón fuiste de todos!...
No, no eres tú quien maldecirme deba.

(*Mientras habla Nerón, y sin que él al pronto lo advierta, comienzan á aparecer las sombras que Séneca ha de ir nombrando luego. Por el momento las sombras se quedan en el fondo de la escena. Sólo se adelanta la de Séneca, que se interpone entre Poppea y Nerón, al terminar éste.*)

NERÓN, LA SOMBRA DE POPPEA, LA DE SÉNECA Y TODAS LAS DEMÁS.

SÉNECA.

¿Ni yo?

NERÓN.

Ni tú. También te reconozco,
el de falsas virtudes: eres Séneca;
el que un día en la intriga me adiestraba;
el que á los vicios todos me impeliera
como á un lecho florido; el que, maestro
en peculados, con codicia ciega,
de mi favor haciendo mercancía,

acumuló tesoros y riquezas.
¡Atrás todos, atrás! Inicuas sombras,
¿pensáis que es un corazón de hembra
el que en mi pecho late? ¡Os engañáis!
¡Atrás!... ¡Paso á Nerón! ¡Nerón os reta!
Justo el castigo fué que se os impuso.
¡Al abismo volved, sombras funestas!
Maldad, ludibrio, sortilegios, crímenes...
Nerón todo lo afronta y lo desprecia.
Quien da á comer á un hombre carne viva,
quien con fiero león luchar intenta,
no es hombre á quien ni muertos ni fantasmas
necios temores infundirle puedan.
Distinto al de los otros fué formado
mi corazón. ¡Atrás!... por mi grandeza
soy inmortal y aun Dios. ¡Atrás, oh sombras!...
¿Quién á mis pasos oponerse intenta?

SÉNECA.

Ni eres Dios, ni inmortal. Eres un monstruo
á quien sostiene con horror la tierra.
Mira; pasea tu mirada en torno.

(*Las sombras se han acercado sin rumor, y Nerón se encuentra de repente rodeado por ellas. Séneca le va señalando las que están en primer término. Nerón, dejándose ya vencer y dominar por sus sentimientos, comienza á dar muestras de terror, que aumenta al fulminar la sombra de Séneca su anatema y al repetirlo las otras.*)

De Pisón, de tu madre, de Poppea,
de Lucano, de Octavia, de Británico
el sin ventura, de Paulina y Séneca,
de Syla y otras cien víctimas tuyas
aquí las sombras mira, que, sangrientas,
á la hora de tu muerte, ya vecina,
se aparecen á tí. Nerón, si piensas
que aun existes, te engañas. Tú ya has sido:
volver al universo en vano esperas.
Ya has vivido, Nerón: las duras Parcas

el hilo cortan ya de tu existencia,
y el Tártaro te aguarda. Sólo un soplo
de vida te se da; y hoy se congregan
á juzgarte las sombras de tus víctimas.
¡Anatema á Nerón! ¡Oh, sí, anatema
al falsario, al sacrílego, al impío
que el polvo de las tumbas no respeta,
y á quien la sombra misma de su madre,
por él sacrificada, inmuta apenas!
¡Anatema al que honor, templos, virtudes
en su loca arrogancia pisotea!
¡Anatema al tirano, al parricida,
al vil incestuoso, al que la lepra
de los mayores vicios contagiara,
al que de todas manchas lleno muestra
el cuerpo, y cuyo pecho es de gusanos
horrible pudridero y llaga inmensa!
Víctimas no vengadas de su encono:
la hora sonó de la justicia eterna.
¡Anatema al incrédulo, al inicuo!
¡Maldición de los cielos y la tierra!
¡Que la tierra y los Dioses, á su sombra
no den otra mansión que las cavernas
del Tártaro sombrío! ¡Que llevado
á las Gemonias su cadáver sea!
¡Que cual nombre de horror y odiosa infamia
á los siglos su nombre se transfiera;
y que hablando de un sér abominable
le llamen las edades venideras
corazón de Nerón por sus instintos!

TODAS LAS SOMBRAS.

¡Anatema á Nerón!

NERÓN.

¡Horror!... ¡Me aterra
ese grito infernal! ¡Decidme, sombras,
lo que de mí queréis, que tan severas

me torturáis así!... Yo á vuestros manes
sacrificios haré, por ver si templan
sus iras: yo de mármol y de oro
altares alzaré, donde sin tregua
la sangre brote de expiatorias víctimas.
Un mausoleo, un templo haré, que sean
del mundo admiración. En áureas urnas
allí vuestras cenizas serán puestas,
y en lámparas de plata haré que ardan
aceites aromados ante ellas.
Pero ¡ay! que al menos no se cumpla, oh sombras,
que no se cumpla, no, vuestro anatema;
que en mí, cual losa sepulcral de plomo,
vuestras inicuas maldiciones pesan!
¡Haced que alarguen de mi vida el hilo,
y que me den las Parcas su clemencia!
¡Yo os lo ruego!... Mirad que soy sin duda
el artista mejor que el mundo encierra,
y que si muero yo, huérfano y solo
el pobre mundo con mi muerte queda.
¡Ah! ¿No queréis?... ¿Huís?... ¿La faz tornáis?...
¡Octavia: oh, tú, la de mayor nobleza
y la más inocente de mis víctimas!
¡Británico infeliz!... ¡Perdón os ruega
Nerón, y de rodillas lo demanda!
¡Oh! ¡Retirad de mí vuestro anatema!
¡Perdón!... ¡Perdón os pido!... ¡Retiradlo!...
¡Hacedlo, sí, que el corazón me quema!
¡Oh, victimas!... ¡Perdón!... ¡Misericordia!
¡Huyen de mí!... ¡No quieren!... ¡No contestan!...
¿Qué más puedo yo hacer? ¿Qué más? ¡Mortales
ansias creo sentir!... ¿Qué mano es esta
(*Hace un movimiento brusco como si alguien le tocase.*)
que sobre mí se posa?... ¿Quién me oprime?...
¿Quién iracundo mi garganta estrecha?...
¿De quién son ¡ay! las aceradas uñas
que en mi angustiado corazón se ceban?...
(*Gritando en medio de su delirio.*)

¡Faón!... ¡Perdón!... ¡Yo muero!... ¡Miserables!
¡Faón!... ¡Faón!... ¡No me oyen!... ¡No se alejan
estas sombras de mí!... ¡Las miro en torno!...
¡Ah!... ¡no; no puedo desprenderme de ellas!...
¡A mí, Faón!... ¡Sus manos me destrozan!...
¡Sus miradas me siguen y me queman!...
¡Ah!... ¡yo muero! (*Cae desvanecido.*)

NERÓN, FAÓN.

FAÓN.

¡Señor!... ¿Dónde se halla?

(*Ve á Nerón en tierra y corre en su auxilio.*)

¡Oh! (*Se arrodilla y ayuda á Nerón á levantarse.*)

NERÓN.

¡Faón! (*Empezando á volver en sí.*)

¿Eres tú?...

(*Agarrándose á Faón y preguntándole en voz misteriosa, sin volver la cara.*)

Dime; ¿se ausentan
las sombras ya?... ¿Se han ido?...

FAÓN.

¿Cuáles sombras?...
No os comprendo, señor.

NERÓN.

¿Qué sombras? Esas.
¿Qué ves allí?...

(*Señalando sin mirarlo el lugar en que aparecieron las sombras.*)

FAÓN.

¡Yo, nada!...

NERÓN.

Mira en torno:
¿qué ves en el recinto de la cueva?...

FAÓN.

¡Nada tampoco!

NERÓN.

¿Nada?...

(*Nerón, aunque con miedo, se decide á mirar el recinto.*)

Se alejaron:
¡se han ido sin alzarme el anatema!

(*Se levanta del suelo con ayuda de Faón.*)

¡Faón!

FAÓN.

¿Señor?

NERÓN.

Contadas son mis horas:
me lo han dicho, Faón.

FAÓN.

¿Quién?...

NERÓN.

¡Ellas, ellas!
Sí; las Parcas el hilo de mi vida
cortaron.

(*Se estremece de pronto, y señala la puerta de la cueva.*)

Siento ruido.

(*Faón se asoma y vuelve en seguida.*)

FAÓN.

Esporo llega.

NERÓN, FAÓN, ESPORO.

NERÓN.

¡Oh, amigo siempre fiel!

ESPORO.

¡Señor!

NERÓN.

Esporo,
¿sabes, pues, que á su término se acercan
mis horas ya, y á despedirme vienes?

ESPORO.

Señor, ¿acaso conocéis la nueva?

NERÓN.

¿La nueva dices?...

ESPORO.

Pues Faón la trajo,
ya todo lo sabréis: os condenan
á morir azotado, y os declaran
de la patria enemigo. (*Nerón lanza un grito de horror.*)

NERÓN.

¡Ah!... No hay manera
de evitarlo. ¡Las sombras me lo han dicho!

ESPORO.

Gente envía el Senado en busca vuestra,
y pronto llegarán, puesto que saben
que este recinto lóbrego os alberga.

(*Nerón queda un momento ensimismado, y habla después consigo mismo.*)

NERÓN.

Ya de tu vida el sueño ha terminado,
¡Nerón!.. ¡Valor!.. ¿No eres Nerón?.. ¿Qué esperas?
(*Dirigiéndose á Faón y á Esporo.*)
¡Ah! Ni muerto ni vivo han de prenderme.
Aquí los dos me cavaréis la huesa.
Sí; tengo que morir... ¡No hallo remedio!
(*Dirigiéndose á Faón.*)
¿No lo crees, Faón?

FAÓN.

¡Señor!... (*Dirigiéndose á Esporo.*)

NERÓN.

Contesta,
Esporo: ¿no lo crees?... Esporo mío,
¿no lo crees?...

ESPORO.

¡Nerón!...

(*Nerón enseña un puñal que lleva oculto bajo la túnica, lo blande y hace ademán de herirse, pero se detiene.*)

NERÓN.

Mira: mi diestra
blande el puñal... ¡Y lo permites, Júpiter!...
¡Y tú, oh Apolo, sucumbir me dejas!...
¡Morir!... ¡Un inmortal!... ¡Qué gran artista
pierde el mundo!
(*Faón, que se acerca á la puerta, y escucha, vuelve diciendo:*)

FAÓN.

¡Señor, creo que llegan!

NERÓN.

¡Ah! ¡llegan!... ¡Valor, pues!... ¡Nerón, anímate!
(*Hace otro movimiento para matarse, pero se detiene también.*)

Faón, Esporo, por vosotros sea
mi cadáver cuidado. Monumento
que admiren las edades venideras
mi tumba habrá de ser, toda de mármoles
lo más costoso y rico que la Grecia
en sus filones cría, porque el mundo
diga al mirarla: «Las cenizas estas
»son del artista que los versos griegos
»como ninguno recitó en la escena.»

ESPORO.

¡Señor!

NERÓN.

Ya voy... ¡Los hados lo permiten!
Como la suerte viene, así se acepta.

(*Con progresivo delirio.*)

¡Adiós, Faón! ¡Ya voy, oh negras sombras!
¡Voy!... ¡Esperad!... ¡Ya voy, oh Parcas fieras!...
¡Adiós, Esporo!...

(*Neron se hunde el puñal en la garganta, y cae desplomado.*)

ESPORO.

¡Muerto!

(*Esporo queda aterrado. Faón corre y se inclina sobre Nerón.*)

FAÓN.

Todavía...

(*Esporo se aproxima y le mueve.*)

ESPORO.

¿Nerón?...

(*Faón oye ruido, se acerca á la puerta de la gruta y vuelve al punto.*)

FAÓN.

¿Ese rumor?... Ellos que llegan.

(*Esporo corre con Faón á la puerta.*)

ESPORO.

Ellos.

(*Faón se vuelve á mirar á Nerón, y le ve incorporarse.*)

FAÓN.

¡Se alza Nerón!

ESPORO.

¡No ha muerto!

FAÓN.

¡Mírale!

(*Nerón hace un movimiento para incorporarse, y en medio de su agonía declama con entonación trémula y fatigosa el siguiente verso griego.*)

NERÓN.

Ya del caballo el galopar resuena... (*Cae muerto.*)

FAÓN.

Cayó otra vez. ¡Señor, Señor!... ¡Ha muerto!

(*Esporo viene á tocar á Nerón, y convencido de que ha muerto, se dirige y mira á la puerta, por donde se supone que van á entrar los perseguidores de Nerón.*)

ESPORO.

¿Nerón?... ¡Muerto!... ¿Nerón?... ¡Ahora, que vengan!

CAE EL TELÓN.

NOTAS DEL AUTOR

Á LA TRAGEDIA «LA MUERTE DE NERÓN.»

---

(1) Cuando Nerón, sublevada la ciudad y su guardia pretoriana contra él, se decidió á huir de Roma, trató de buscar un asilo, y Faón, uno de sus libertos, le ofreció una casa de campo que tenía entre la Vía Salaria y la Vía Nomentana, á cuatro millas de la ciudad. Aceptó Nerón la oferta, y escapó de su palacio tal como se encontraba, de túnica, envuelto en un manto usado y sin más precaución que un velo con que se cubrió la cara. Le acompañaban sólo cuatro personas, dos de ellas Faón y Sporus.

Sporus ó Esporo era el favorito de Nerón. (V. la nota 17.)

(2) Nerón salió de Roma, á caballo, y tuvo varios presentimientos de su próximo fin. Un cadáver que halló en su camino hizo retroceder su caballo, y habiéndosele desprendido en aquel momento el velo que le ocultaba el rostro, un soldado pretoriano, llamado Missicius, le reconoció y saludó por su nombre.

Llegados al camino que conducía á la casa de Faón, Nerón mandó retirar los caballos, y por detrás de la casa entró en ella arrastrándose por un agujero que abrieron en el muro para darle paso. Faón había propuesto á Nerón que se escondiese en una caverna inmediata mientras iba él á disponer la casa para que pudiese entrar en ella sin ser visto de nadie, pero el fugitivo no quiso aceptar, diciendo que no quería ser enterrado vivo.

Esta es la única variación que el autor se ha permitido en la historia de los últimos momentos de Nerón. Sigue en todo á Suetonio, menos en esto. Para poder dar forma á su cuadro, el autor figura que Nerón acepta la oferta de entrar en la caverna, ínterin Faón va á disponerle el acceso á la casa.

(3) Locusta. La célebre envenenadora de la época de Nerón, de quien éste se valió para los venenos que mandó administrar á Británico y á otras muchas de sus víctimas. Suetonio cuenta que estos servicios le fueron recompensados á Locusta por el César, asegurándole la impunidad y dándole riquezas y tierras considerables. También dice que le permitió fundar escuela y tener discípulos.

(4) Nerón, en efecto, se creía, si no superior, rival al menos de Apolo en la declamación y en el canto. Tenía pretensiones de ser el mejor artista del mundo.

Comenzó por querer ser orador y poeta, y en unos juegos que fundó y á que hizo dar el nombre de *neronianos*, bajó á la orquesta y recibió la corona de elocuencia y poesía latina. También alcanzó otra como tañedor de arpa, la cual consagró al pie de la estatua de Augusto.

Más adelante, su pasión fué por la declamación y el canto, y tomaba toda clase de precauciones y de remedios para conservar su voz celeste, como decían sus cortesanos y como él mismo decía también. Llevaba sobre su pecho una hoja de plomo al acostarse, porque le dijeron que esto hacía conservar la voz sonora y fresca, y se abstenía de todo alimento ó bebida que pudiese dañar á su órgano predilecto. Cuando salía se tapaba la boca con un pañuelo para no enronquecerse.

Al principio sólo declamó y cantó en su palacio, en sus jardines ó en casa de sus amigos; pero ya por fin se decidió á presentarse en el teatro, llegando á organizar una compañía de *aplaudidores*, á quienes pagaba muy bien y que tenían el encargo de hacer que todo el público aplaudiese.

Nerón cantó en varios teatros, sujetándose á todas las incomodidades, preceptos y leyes que regían para los actores, y hasta llegó á ser un artista *ajustado*, como hoy se dice, pues se sabe que un pretor le ofreció y dió un millón de sextercios por haberse dignado cantar en una fiesta que aquél daba.

El distinguido escritor Sr. Peña y Goñi ha escrito unos tan curiosos como notables artículos, que se publicaron en la *Ilustración Española* con el título de *Nerón artista*, en los cuales ha recogido y coordinado discretamente cuantos detalles é incidentes se cuentan en las historias acerca de la vida de Nerón en los teatros y su entusiasta pasión por el arte.

(5) El palacio de oro, que así fué llamado y es conocido, *domus aurea*, se extendía desde la calle *Sacra*, después del *Palatium*, hasta los Esquilios: ocupaba el espacio inmenso en que hoy se levantan las iglesias de Santa Francisca, San Francisco de Paula, San Pedro, el coliseo, las ruinas de las Termas de Tito, la iglesia de Santa María Mayor y todos los jardines esparcidos por el monte Esquilino.

A la entrada del pórtico estaba la estatua de Nerón en bronce, de ciento veinte pies de altura: los pórticos, con tres hileras de columnas, tenían una milla de largo. Dentro del recinto de este palacio había un estanque, que parecía un mar; varios edificios que parecían formar una población; campos, prados, viñas, pastos, bosques llenos de rebaños y fieras. El interior estaba todo dorado, con ornamentación de piedras preciosas,

nácar y perlas. El techo de las salas destinadas para comedor estaba formado con tablas de marfil movibles que, al correrse, dejaban caer sobre los convidados flores y perfumes. El comedor principal tenía una cúpula giratoria, que daba vueltas de día y de noche, imitando el movimiento de un globo. Había también grandes estanques de agua de Alba y de agua de mar.

Cuando Nerón hubo terminado este palacio, en el acto de dedicarlo á los dioses Lares, dijo que estaba satisfecho y que comenzaba por fin á estar aposentado como un hombre.

(6) Entre las fiestas que Nerón dió al pueblo, hubo una que consistió en presentarle una Neumachia en un canal de agua de mar, por donde se veían nadar monstruos marinos.

Intentó también extender los límites de Roma hasta Ostia para hacer entrar la mar por un canal.

(7) Tácito no asegura que fuese Nerón quien mandó incendiar á Roma, pero Suetonio lo afirma. El incendio duró seis días y siete noches. A más de una infinidad de casas particulares, el fuego consumió las moradas de los antiguos generales romanos, ornadas aún con los despojos de los enemigos, los templos construidos por los reyes de Roma y todos los más notables monumentos de la antigua república. Se cuenta que Nerón contempló este espectáculo desde lo alto de la torre de Mecenas, arrobado, según él decía, ante la belleza y grandiosidad del fuego, y cantando, vestido en traje de histrión, el incendio de Troya.

(8) (Véase la nota 4.ª)—En Nerón, el amor al arte llegó á dominar todas sus demás pasiones. Pasó largas temporadas en Nápoles y en Grecia, tomando parte en todos los certámenes, presentándose como actor en todos los teatros, disputando el premio de declamación y canto en los juegos á los más famosos artistas. Una vez, estando en Nápoles, recibió un billete de su consejero Helius, en el cual le manifestaba que su presencia era indispensable en Roma para los negocios públicos, pero Nerón, ocupado entonces con un concurso de músicos en el cual aspiraba á conseguir el triunfo, le contestó: «Aun cuando desees y seas de parecer que yo vuelva Roma, lo que más, sin embargo, debes desear es que vuelva á ella digno de mí.»

Cuando, á su regreso de Nápoles, entró en Roma, efectuó su entrada en triunfo, pero no como vencedor en guerra, sino como vencedor y coronado en luchas artísticas. Iba en el carro triunfal que había servido para Augusto, ceñidas las sienes con la corona de los Juegos olímpicos, y llevando en su diestra la de los Juegos pithios. Las demás coronas eran llevadas delante de él con gran pompa y con la explicación de los certámenes en que las había ganado y de los pasajes que había declamado ó cantado. El grupo crecidísimo de sus *aplaudidores* seguía su

carroza. Iban gritando que ellos habían sido los compañeros del triunfo de César, y obligaban á aplaudir á todo el mundo, y á decir que Nerón era el primer artista del Universo.

Al llegar á su palacio, Nerón mandó colocar las coronas en su dormitorio, alrededor de su cama, y se hizo poner allí su estatua en traje de músico. Se batió también moneda donde estaba representado con este traje mismo. Llegó su pasión á tal extremo, que acostumbraba á dispensar su odio ó su amistad, según las mayores ó menores alabanzas dirigidas á su talento de artista.

(9) Entre las grandes monstruosidades de Nerón, cuenta Suetonio que imaginó, como una especie de juego nuevo, el vestirse con una piel de fiera y hacerse sacar al circo en una jaula, desde la cual se arrojaba sobre hombres y mujeres que estaban atados á postes y que eran así entregados á su ferocidad y á sus deseos.

(10) Sabido es que en cierta ocasión Nerón se vistió de mujer, envolviéndose con el *flammeum* ó velo de las vírgenes, y se desposó públicamente con su liberto Dorifero, siguiendo en todo las usanzas y ceremonias prescritas por los romanos en los casamientos. Nerón fué ceremoniosamente acompañado al tálamo nupcial, y fingió hasta los gritos que el dolor arranca á la virginidad robada. Por espacio de algún tiempo vivió maritalmente con Dorifero, como si fuera realmente su esposa.

Se cuenta que entonces aparecieron unos versos griegos que, aludiendo á la muerte de Agripina, madre de Nerón, y al desposorio de éste como mujer, empezaban así:

La recién casada Nerón mató á su madre.

(11) Cuando su viaje á Acaya, Nerón tuvo en efecto la idea de abrir el istmo de Corinto, y habiendo arengado á las cohortes pretorianas para exhortarlas á tan grande obra, hizo dar la señal por las trompetas, se adelantó á dar el primer golpe de azadón, y llevó sobre sus hombros un capazo lleno de tierra. Cuenta el hecho Suetonio, que es uno de los principales autores consultados para esta y las demás notas.

(12) Estaba Nerón cantando en el teatro de Nápoles, cuando ocurrió un temblor de tierra que destruyó en parte el edificio, pero esto no impidió que el emperador-artista continuase y concluyese su aria. Así lo dice Suetonio. Tácito refiere el hecho, pero de distinta manera. Dice que el terremoto y la destrucción del teatro y otros edificios ocurrió cuando Nerón había ya terminado su canto, por lo cual celebró una gran fiesta de gracias á los dioses.

(13) Entre las empresas por Nerón intentadas, fué una de ellas la de extender los límites de Roma hasta Ostia por medio

de un canal en que entrase el mar. También, desde el largo de Avena hasta Ostia quiso abrir un canal de ciento sesenta millas de largo, y bastante ancho para que pudieran pasar de frente dos galeras con cinco hileras de remos.

(14) Donde parece que Nerón recibió como artista más ovaciones, aplausos y coronas, fué en Grecia, en varios de cuyos teatros se presentó. Hubo de quedar tan satisfecho de ello, que siempre hablaba con gran entusiasmo de sus triunfos en Grecia, y de lo entusiastas y sensibles que eran los griegos para la música.

(15) Tácito habla de grandes fiestas nocturnas dadas á bordo de los buques, en el canal y en el río. Las galeras, cuajadas de adornos de oro y de marfil, tenían por remeros á los cortesanos más jóvenes; el festín se servía en el buque á cuyo bordo iba Nerón, haciendo, á fuerza de grandes gastos, que á él contribuyeran la caza de todas las naciones y el pescado de todos los mares; las orillas del río estaban guarnecidas de lupanares, profusamente iluminados, llenos de las más ilustres romanas y de cortesanas desnudas que saludaban á Nerón y le invitaban á detenerse con gestos obscenos y ademanes lúbricos. A una señal dada, las orillas todas se iluminaban espléndidamente, y entonces tenían lugar en todas partes danzas y pantomimas, acabando la fiesta por una desenfrenada orgía así á bordo de las galeras como en las casas y lugares de recreo que se alzaban en las orillas.

(16) Cuando Nerón, incitado principalmente por la que luego fué su esposa, Poppea, entonces su manceba, quiso hacer morir á su madre Agripina, ideó construir un barco que por medio de cierto mecanismo se abriese de pronto y se hundiera en el mar. Construido el buque, se lo ofreció á su madre que había ido á visitarle á Bayes, para que pudiese regresar á su casa de Baules, que es donde vivía entonces Agripina. Ésta aceptó la oferta de su hijo sin recelo, y cuando el buque estuvo mar adentro, se hizo jugar el mecanismo, y Agripina cayó al agua, si bien no pereció, pues pudo salvarse á nado y con gran peligro. Esto no obstante, Nerón se valió entonces de más seguro recurso, y acabó por hacer asesinar á su madre.

(17) Nerón, en efecto, violó á una vestal llamada Rubria, y convirtió en eunuco á un joven llamado Esporo, al cual pretendió metamorfosear en mujer, haciéndole vestir de tal, casándose con él públicamente y con solemne aparato, y presentándole en paseos y diversiones á su lado, vestido de mujer y como su esposa. Los amores de Nerón y Esporo duraron siempre. Esporo le acompañó, al final de su vida, en su fuga de Roma, y no le dejó hasta que hubo muerto.

(18) Británico, á quien, más que á Nerón, pertenecía por

herencia legítima el trono imperial. Nerón le hizo envenenar á su vista, comiendo con él, por medio de un activo veneno que le procuró Locusta.

(19) Víndex y Galba. Los dos generales que se sublevaron contra Nerón, y cuyo levantamiento hizo que en Roma tuviese lugar el motín que obligó á Nerón á fugarse. Galba le sucedió en el solio.

(20) Palabras de Nerón. Al recibir Nerón la noticia de la rebelión de Galba y de las Españas, perdió absolutamente el valor, rasgó sus vestiduras, se revolcó por el suelo, y dijo entre otras cosas, que «perdía el trono antes de perder la vida».

(21) Palabras de Nerón. Se le predijo una vez que sería arrojado del trono y depuesto, y es fama que contestó:—«¡No importa! Un artista vive en cualquier parte.» Nerón llegó á creer después de su deposición, que se le daría el imperio de Oriente ó el reino de Jerusalén.

(22) Queda ya dicho que Nerón mandó matar á su madre. Habiéndole fracasado el artificio del buque, envió unos asesinos con orden de acabar con ella. Los asesinos entraron de noche en casa de Agripina, rodearon su cama, y al apercibirse ella que iban á matarla por orden de su hijo, es fama que descubrió su vientre y que le dijo al centurión que se le presentaba con la espada desnuda:—«Hiere aquí, que es donde le llevé un día.»

(23) Fué en efecto la madre de Nerón una de las mujeres más disolutas y perdidas de que habla la historia. Sus primeros amores fueron con Calígula, su propio hermano; se entregó luego á muchos y acabó por ser esposa de su tío el emperador Claudio, después de haber sido su manceba. Por lo tocante á sus ideas de incesto con su hijo, Tácito dice con referencia á otro historiador, Cluvias:

«Agripina, con su deseo de retener un poder que se le escapaba, pensó en el incesto. Vióesela en pleno día, y en varias ocasiones, á la hora en que los excesos de la mesa turbaban los sentidos de Nerón, aparecer á los ojos de éste voluptuosamente vestida, acariciándole cuando estaba embriagado. Los cortesanos notaban ya los besos lascivos y las caricias, precursores del crimen.»

(24) El personaje de que aquí se habla no es el matador de César, sino el Junio Bruto que mandó sentenciar á sus hijos como conspiradores contra la República.

(25) Habiendo una vez consultado Nerón el oráculo de Delfos, éste le dijo que desconfiase del año sesenta y tres. Con esto el emperador se creyó muy seguro de una larga vida. Sus biógrafos aplican el oráculo de Delfos, á Galba que tenía sesenta y tres años cuando se sublevó contra él siendo causa de su

caída. Por lo que á Neron toca, tenia treinta y dos años al terminar su vida.

Dos ó tres días antes de su muerte tuvo revelación de ella por sueños extraños y también por varios prodigios, entre otros el de haberse abierto repentinamente las puertas del mausoleo del Campo de Marte, sin que nadie las empujara, y haberse oído una voz fúnebre que le llamó por tres veces por su nombre.

(26) «Todo lo tuvo Poppea, menos un corazón honrado», dice textualmente Tácito en el lib. 13 de sus *Anales*. Su madre, la más bella mujer de su siglo, le trasmitió su belleza con su nombre. Sus riquezas eran suficientes al rango de su cuna, su gracia era exquisita, su conversación agradable y seductora. Era una mujer que atraía con irresistible encanto, pero era de costumbres disolutas y á todo se prestaba con tal que pudiera servir á su ambición. Se valió de todos los medios posibles para llegar hasta Nerón, y se entregó á todos sus favoritos antes que pudiera abrirse paso. Llegó por fin á ser manceba del emperador, y temiendo el poder de Agripina, le aconsejó que se deshiciera de ella por ser el obstáculo principal que se ofrecía á sus amores. Cediendo á sus consejos, Nerón se divorció de su esposa Octavia, hizo matar á su madre Agripina, y se casó con Poppea, á la cual más tarde mató también por su propia mano, en un momento de enojo y en el acto en que ella le dirigía ciertas reprensiones.

(27) Séneca, ayo de Nerón, ha llegado hasta nosotros con una gran reputación de virtud y de sabiduría. Aunque era realmente un hombre superior y un talento privilegiado, no dejó sin embargo de mezclarse en ciertas intrigas durante los primeros años del reinado de Nerón, y es sabido que acumuló grandes riquezas. Fué, sin embargo, uno de los hombres más eminentes de su siglo, y una de las víctimas de Nerón, como Octavia, Británico, Pisón, Lucano y tantos otros.

(28) Se cuenta de Nerón que quiso y acaso realizó su deseo de dar á comer hombres vivos á un egipcio que comía carne cruda, y á quien guardaba con este objeto entre su servidumbre.

También se lee este párrafo en Suetonio:

«Rival de Apolo en el canto y del Sol en el arte de conducir un carro, Nerón quiso también serlo de Hércules, y se cuenta que tenía dispuesto un león con el cual quería luchar desnudo en la arena y al que quería matar con su clava ó ahogar entre sus brazos en presencia del pueblo.»

(29), (30), (31) Palabras pronunciadas por Nerón. En toda esta escena ha procurado ser fiel el autor á la verdad histórica, tanto como le ha sido posible dentro de su cuadro.

Nerón huyó de Roma con Faón y con Esporo, refugiándose en casa del primero, donde no tardó en saber que era perseguido por sus enemigos y que el Senado le había declarado enemigo de la patria, condenándole, como tal, á morir azotado. Todos cuantos estaban con él, le aconsejaban que se librase, por medio de una muerte voluntaria, á la afrenta que le esperaba. Nerón tomó un puñal y varias veces hizo ademán de matarse, sin resolverse nunca á ello.

Hizo que abrieran una huesa ante él á la medida de su cuerpo para enterrarle antes de que pudieran apoderarse los enemigos de su cadáver. Pidió que se cuidase con exquisito esmero de su cadáver y que se levantara un mausoleo de mármoles y bronces, llorando á cada momento como un niño y repitiendo á menudo:—«¡Qué artista pierde el mundo! ¡Qué desdichada suerte para tan gran artista!»

Aterrorizado al saber que sus perseguidores llegaban ya, exhortó á Esporo á llorar y á lamentarse. Tan pronto quería que alguien le diera el ejemplo de matarse, tan pronto se echaba en cara su cobardía diciendo:—«Mi vida ha sido infame y lo que hago ahora no es digno de Nerón. Es preciso en tales momentos tomar un partido. ¡Valor, pues, Nerón! ¡Anímate!»

Por fin, al oír las pisadas de los caballos que se acercaban con los jinetes encargados de prenderle vivo, declamó temblando un verso griego que decía:

Rumor de caballos perciben mis oídos,

y en seguida se hundió el puñal en la garganta, ayudado por su secretario Epafrodito, que se hallaba también presente.

SAFO

TEXTO CATALÁN, Y TRADUCCIONES EN VERSO CASTELLANO

POR EL

PROPIO AUTOR y D. JOSÉ MARÍA DE RETES

Fué Safo, sin género alguno de duda, una de las más célebres poetisas de la antigüedad: pero no se puede estimar su mérito en toda su realidad y valía, primero porque son muy escasas, y también muy incompletas, aquellas de sus obras llegadas hasta nosotros; y después porque el principal encanto de sus versos consistía, según parece, en la gracia, en el arte y hasta en la estructura con que acertaba á componerlos, ayudada por la belleza de aquella lengua musical y dulce.

Nacida seis siglos antes de nuestra era, Safo floreció por los años de 590.

Las noticias referentes á su vida son muy contradictorias, envueltas como se hallan en confusión y sombra.

Es indudable que nació en Mytilene, capital de la isla de Lesbos, pero los autores no están de acuerdo respecto al nombre de su padre, que, según la versión más autorizada, debió llamarse Scamandrónimo. Otros le llaman Simón, Erigio, Eunómino, Semo, Camón, etc., habiendo hecho creer esta diversidad de nombres que hubo varias Safo, con las cuales han confundido á la poetisa, principalmente con una famosa cortesana de Ereso, de su mismo nombre.

Su madre se llamaba Cleis. Tuvo tres hermanos, uno de ellos Lariche, á quien se dice que profesaba singular afecto y á quien celebra en algunas de sus poesías.

Siendo muy joven todavía, casó con un rico vecino de la isla de Andros, de quien tuvo una hija llamada Cleis como su abuela. Parece que hubo

de quedar viuda al poco tiempo, y no quiso contraer nuevos lazos, aunque sí estrechas é íntimas relaciones con el joven Faón, de varonil y peregrina belleza, por quien sintió la más viva y violenta pasión y que no hubo de corresponder á su cariño. En efecto, Faón acabó por abandonar á Safo y marcharse á Sicilia, á donde más tarde fué en busca suya la abandonada amante, cada vez más ciega de amores por él. Ni los ruegos, ni las protestas, ni las lágrimas, ni la desesperación de aquella infeliz mujer pudieron quebrantar el ánimo de Faón, cada vez más cruel y más ingrato, y entonces Safo, convencida ya de que no llegaría á conseguir su propósito, consultó al oráculo y partió á Léucade, donde se levanta un promontorio famoso en historias y en leyendas y causa á menudo de naufragios.

Una tradición aconsejaba á los amantes no correspondidos que desde aquel cabo se arrojasen al mar, pues así curaban de sus amores. Safo fué á Léucade para intentar la terrible prueba. Subió á la escarpada roca, que avanzaba sobre las olas, cantó su oda ó su himno á Venus, y se arrojó al abismo, terminando así el curso de su agitada vida.

Esta es una versión. La segunda difiere algún tanto, aunque conforme con los comienzos de la vida de Safo, con su amor por el ingrato Faón, y con el desastroso fin de la inmortal poetisa. Verdad es que en estos tres puntos, como se verá, están de acuerdo todas las versiones.

Según esta otra versión, á la que marcadamente se inclina Barthelemy en su *Viaje de Anacharsis*, Safo, á la muerte de su esposo, se consagró por completo á la poesía, abriendo escuela y tratando de inspirar á las mujeres de Lesbos el gusto y el amor á las letras. Fueron varias las que se apresuraron á secundarla, muy especialmente algunas

extranjeras que llegaron á contarse en el número de sus discípulas más predilectas.

Amó Safo á sus discípulas hasta con exceso, pues parece que esta era su manera de amar, y expresóles su cariño con toda la violencia de la pasión. Dícese que, dadas las costumbres de aquella época y la extremada sensibilidad de los griegos, las relaciones de amistad más inocentes tomaban á veces el carácter y sobre todo el lenguaje del amor. A esto, y á la facilidad de las costumbres de entonces, atribuye la versión que vamos siguiendo el calor y el entusiasmo amoroso que se nota en los versos de Safo dirigidos á sus amigas y discípulas.

Andando el tiempo, algunas familias poderosas de Lesbos, y también aquellas discípulas de Safo que no merecían sus preferencias, comenzaron una guerra de odio y de envidia contra la poetisa, que hubo de responder con sátiras, con ironías y con ataques tan violentos como aquellos de que era objeto. El furor de sus enemigos llegó entonces á su colmo.

Precisamente en aquellas circunstancias fracasaba en Mytilene una conspiración dirigida contra el tirano Pitaco, hallándose al frente de los conspiradores el poeta Alceo, amigo y, según algunos, amante de Safo. Esta fué acusada, envuelta en aquella conspiración, y, desterrada al propio tiempo que Alceo y sus cómplices, pasó á Sicilia, donde hubo el proyecto de elevarle una estatua, proyecto que más tarde llegó á realizarse.

Algún tiempo después, perdonados generosamente por Pitaco, volvieron á Mytilene Alceo y Safo, ocurriendo luego los amores de ésta con Faón, el abandono de su amante y su triste muerte.

Otra tercera versión, que es la más extendida y á la que generalmente se da más crédito, varía profunda y esencialmente los hechos.

Según ella, Safo casó efectivamente con Cercolas, vecino de Andros, pero no tardó en faltar á su esposo, huyendo de su hogar para entregarse á la vida voluptuosa y disipada de las *hetairas* de Lesbos, entre las cuales llegó á alcanzar gran fama y nombradía.

La voz griega *hetaira*, que se traduce por esta misma palabra, y también por las de *hetarea* y *hetera*, viene á significar en nuestro idioma la cortesana ó la mujer pública. En Grecia, sin embargo, no tenía todo este alcance. Había dos clases de *hetairas*. La primera se componía de las mujeres *literatas*, digámoslo así, de aquellas que se declaraban independientes y libres, emancipándose de la esclavitud doméstica y abandonando el gineceo para dedicarse al estudio ó á la práctica de la filosofía ó de la literatura. La segunda clase comprendía á las otras mujeres que, por sus gracias, su belleza ó su ingenio, llegaban á ser favoritas de los grandes, de los potentados y de los príncipes.

Las primeras no se vendían, no traficaban con su cuerpo. El deseo de instruirse hacía que desafiaran la opinión; prefiriendo la vida libre á la vida modesta del hogar, intimaban con un amante y vivían maritalmente con él. Las segundas buscaban la fortuna principalmente, y eran las queridas y las amantes de los poderosos.

Según la versión á que nos vamos refiriendo, Safo hubo de ser *hetaira*, perteneciendo á sus dos clases y llegando á más todavía, pues que no sólo fué *hetaira*, sino *lesbiana* en toda la extensión de la palabra: «No son los hombres, decía Luciano, los que hacen el amor á las lesbianas.» Efectivamente, la palabra *lesbiana* y el verbo *amar á la lesbiana* quedaron en la lengua griega como testimonios irrecusables de la espantosa disolución de costumbres que reinaba en Lesbos.

Ovidio en sus *Heroidas*, epístola de Safo á

Faón, cita como amadas y queridas de Safo á Anactoria, á la blanca Cydno *(cándida Cydno)*, á Athis,

adque aliæ centum, quas non sine crimine amavi,

según pone en boca de la misma Safo.

Ésta abandonó, según parece, sus desórdenes y costumbres lesbianas al enamorarse de Faón, á quien profesó el amor extraordinario y violento de que hablan las distintas versiones referentes á su vida, contestes todas en estos amores como lo están en su desastrosa muerte.

Sobre esta tercera y última versión de la vida de Safo, compuse yo en catalán el monólogo, soliloquio, ó mejor *tragedia*, que he traducido al castellano y puede leerse á continuación de estas líneas.

Pero antes, y dejando ya á un lado la vida de Safo, con todas sus dudas, misterios y escabrosidades, los lectores me permitirán que dé á conocer las obras que de aquella célebre poetisa nos quedan y los juicios que de ellas formaron sus contemporáneos y la posteridad.

Se atribuyen á Safo nueve libros de poesías líricas, compuestos de epitalamios, himnos, epigramas, elegías, monólogos, etc. Se asegura que inventó los versos que de su nombre tomaron el de *sáficos*, debiéndosele también la invención de varios instrumentos músicos.

Sus poesías han recibido en todos tiempos grandes elogios. Sócrates, Aristóteles, Strabón, Demetrio de Falera, Dionisio de Halicarnaso, Plutarco, Longino, el emperador Juliano, etc., las ensalzan sobremanera. Grecia le dió el nombre de *la décima musa*, el pueblo de Mytilene acuñó moneda con su retrato, y en Sicilia, años después de su muerte, se le elevó una estatua, obra de Silanión, uno de los más principales escultores de su tiempo.

El famoso poeta Alceo, que según algunos era

su amante, fué vencido por ella en varios certámenes públicos.

Los antiguos dicen que Safo tuvo una imaginación viva, fecunda, inflamable, ardiente, y que su corazón, demasiado sensible y tierno, fué causa de sus dolores y desdichas; pero confiesan que precisamente á esta sensibilidad y á esta ternura se deben sus mejores odas y las bellísimas poesías todas que la colocaron en su tiempo á la cabeza de todos los poetas. Elogian especialmente el giro fácil y atrevido de sus frases, las singulares cadencias y expresiones tiernas de sus versos. Sus odas ardientes y apasionadas, dice uno de estos autores, escritas por decirlo así con caracteres de fuego, penetraban en los corazones y los encendían. *El Amor,* según las palabras de Horacio, *respira aún en sus versos, y el fuego que comunicó á su lira sigue ardiendo todavía.*

Spirat adhuc, amor,
vivuntque commissi calores
Æoliæ fidibus puellæ.

Dionisio de Halicarnaso nos ha conservado dos poesías de Safo, un himno á Venus y su oda á una de sus amigas. Las dos deben ser incompletas, especialmente la última.

Traduzco en prosa el himno, tomándolo de la que creo sea una de las mejores traducciones de Safo, la publicada en París el año 1780, edición titulada: *Anacreonte, Safo, Bion* y *Moschus.* Dice así:

HIMNO Á VENUS

Oh Venus inmortal, Diosa adorada en todo el universo, hija de Júpiter, tú que seduces los corazones todos, no permitas que mi alma sucumba bajo el peso del dolor y del infortunio, yo te lo ruego.

Ven á mí, como en otro tiempo. Te lo pido en nombre del Amor: atiende mi ruego, oh Diosa, atiéndele tan favorablemente

como el día en que abandonando el palacio de tu Padre, descendiste en tu carroza de oro que arrastraban por los aires voladoras palomas de raudas alas.

Entonces, oh santa Diosa, tus divinos labios se abrieron para preguntarme la causa de mis penas, el motivo que me obligaba á invocarte, el remedio que pudiera calmar el delirio de mi alma, el nombre del amante á quien yo intentaba persuadir, enternecer y sujetar á mis amores.

—¿Quién es, me dijiste, el ingrato que es causa de tus tormentos, oh Safo? Si hoy te evita, insensible, mañana te solicitará; si hoy se niega á rendirte tributo, mañana te lo rendirá; si no te ama, bien pronto te amará correspondiendo á tus deseos.

Desciende, pues, ¡oh Venus! ¡Líbrame de mis crueles penas! Termina, concluye tu obra, otorga á mi corazón cuanto desea. Sé mi defensora.

Este es el himno á Venus, que he procurado traducir fielmente, casi al pie de la letra, como puede hacerse en prosa, y como es muy difícil, ya que no imposible, en verso.

Hé aquí ahora la

ODA

Á UNA MUJER QUERIDA, Ó Á UNA AMIGA.

Igual me parece á los Dioses el mortal que, junto á tí, oye tus seductoras palabras y es objeto de tu dulce sonrisa. Esos tus encantos son los que cautivan mi alma.

Así que te veo, la palabra espira en mis labios; mi lengua se paraliza; siento correr de vena en vena un fuego devorador, mis ojos se oscurecen; sólo llega á mis oídos un rumor confuso; fríos sudores se esparcen por mi cuerpo; tiemblo... me estremezco... palidezco... respiro apenas... paréceme que voy á morir...

Esta oda debe estar incompleta. He probado á traducirla en verso. No acerté sin duda, porque no resulta su traducción como en prosa, lo cual sucede generalmente con toda traducción en verso.

Á UNA MUJER QUERIDA.

Aquel que las ofrendas de tu favor recibe
y goza tus caricias, aquel, feliz mortal,

que por tus ojos mira, que de tu vida vive,
amado es de los Dioses y es de ellos el igual.
Si llega á mis oídos el eco de tu acento,
si te veo radiante de júbilo y de amor,
mi lengua queda muda, fáltame voz, y siento
que corre por mis venas un fuego abrasador.
No veo ya, ni atiendo; confuso es cuanto miro;
fríos sudores vienen mis carnes á invadir,
y tiemblo... y desfallezco... y apenas si respiro...
y agótanse mis fuerzas... y siéntome morir...

Estas son las dos poesías de Safo llegadas hasta nosotros, las dos más completas al menos.

Todo lo demás que de esa mujer célebre nos queda, consiste en fragmentos, en trozos, las más de las veces sólo en frases y hasta en palabras sueltas, que trabajosamente fué recogiendo y coleccionando Wolfius para ofrecerlo y presentarlo al estudioso, así como en un Museo se coleccionan y presentan restos de columnas, trozos de estatuas, fragmentos de mosaico, en una palabra, ruinas y escombros de un templo desaparecido y del que sólo se tiene noticia por la tradición y la historia.

Hé aquí, de entre los que pudieran llamarse restos de Safo, aquellos que me han parecido adecuados para traducir y ofrecer á los lectores:

En esta urna están las cenizas de la encantadora Timas. Las crueles Parcas cortaron el hilo de sus placenteros días antes de que Himeneo hubiese encendido para ella su antorcha. Sus compañeras todas vinieron á depositar sobre su tumba sus hermosas cabelleras...

Si Júpiter quisiera dar una reina á las flores, la Rosa seria su reina. La Rosa es el adorno de la tierra, el encanto de las plantas, el ojo de las flores, el esmalte de los prados, la belleza de los jardines...

Asiste á nuestros banquetes, oh Madre del Amor: ven á llenar con delicioso néctar nuestras copas de oro. Que tu presencia, entre tus convidados y los míos, anime y regocije á todos...

El Amor, que todo lo arrolla, me turba y me agita. Su poder es irresistible. Athis, hoy me aborreces y todo tu amor es para la bella Andrómeda...

La Luna y las Pléyades se fueron ya: la noche está terminando su carrera, y yo, triste de mí, me revuelco en mi lecho solitario entregada á mi dolor y á mis penas...

¿Cómo es posible que haya conquistado tu espíritu y tu corazón esa mujer rústica y grosera, que ni siquiera sabe vestir con gracia su túnica flotante?...

Aquel que no tiene más que belleza exterior, la conserva sólo mientras se le mira; pero el hombre de equidad y de justicia adquiere á nuestros ojos encantos y atractivos duraderos...

¡Llegad, oh Musas! Abandonad vuestra deliciosa morada... ¡Venid, oh delicadas Gracias, y vosotras también, ¡oh Musas las de hermosa cabellera!... ¡Venid, castas Gracias, las de rosados brazos, venid, hijas de Júpiter!...

El amor abate mi alma como el viento las encinas de los montes...

Oh lira mía, responde á mis deseos, habla y toma voz...

Los desdenes de la tierna, de la delicada Gyrina, han hecho, al fin, que mi corazón se decida por la bella Mnais...

Volaré hasta la cumbre de los montes y te enlazaré en mis brazos, oh tú por quien suspiro... Ardo en amor por tí, y tú me olvidas. Es otra la que te posee...

Quiero cantar para mi amante un himno de amores...

Sus cantos eran más dulces que el són de la lira, y era más hermosa que el oro más puro...

¡Virginidad! ¡virginidad! ¡me dejas!... ¿dónde vas?—Jamás volveré á tí, á tí no volveré jamás.

Este último pensamiento de Safo, fué traducido por el célebre Andrés Chenier con los cuatro versos siguientes:

Virginité chérie! oh compagne innocente!
où vas-tu? Je te perds, ah! tu fuis loin de moi!
—Oui, je pars loin de toi; pour jamais je m'absente,
adieu. C'est pour jamais. Je ne suis plus à toi.

SAFFO

La escena al péu de la roca de Léucada que avansa sobre 'l mar.

SAFFO.

(*Entra en escena examinant los llochs que la rodejan.*)

Lo lloch es, donchs, aquest, la roca aquella,
y aquell també lo mar que ha de tornarme
lo descans que no trobo. La Sibila
ja m' ho digué... Sa veu ressona encara
dins de mon cor, y encara jo la sento
sortir del ara santa, en mitj la fosca
que rodejava 'l temple. La Inspirada
me digué axís: «Lo foch que 't crema, oh Saffo,
»Léucada apagará. Devall sa roca
»lo mar d' Actium s' extén y l' ona blava
»que á Deucalion, nafrat d' amor de Pyrra,
»la pau del cor, cercada en va, tornava.»

Axís parlá l' orácul, y sabuda
la voluntat dels Deus per la Sibila,
prompte á tentar la perillosa prova,
sotmesa á sos destins, aquí ve Saffo!
¡Saffo!... ¿Y es cert?... ¿Só encara Saffo?... ¿aquella
de Lesbos ornament, rival d' Alceo
en los certámens públichs de la lira,
y en las ciencias d' amor espill y mestre?... [1]
No só la Saffo aquella, no. Vosaltres
las que amí, no sens crim, donas de Lesbos,
vosaltres ho sabéu. Cydno la blanca,
tan blanca com la llet; Athis la rossa,

daurada com la mel; y tú, Corina,
la que mon joi y ma delicia fores, [2]
ja etxisos no teniu per encisarme,
ni atractius té per mi, donas de Pira, [3]
vostra bellesa que á tothom encanta,
que ja ni 'l cor embadalit vos mira,
ni ja ma lira somnolenta 'os canta.

Sols d' *ell* jo visch avuy. Sols de sa pensa
ma pensa se nudreix. Lo veig y 'l sento
per tot arreu; de tot arreu m' arriba
son nom, més dols al ánima nafrada
que als ulls la llum y al paladar lo néctar.
Torna á mos brassos, ¡oh Faón! Fugíren,
quan tu fugires d' ells, mas alegrías,
com gayas fullas que esbarría l' ayre
deixant la soca despullada y nua.
Jo ploro avuy y planch demunt las cendras
de mon amor perdut; y visch encara,
passat ja lo naufragi de ma vida,
perque los Deus m' han condemnat á víure
per víure sols de tú, de tas memorias,
que á voltas fins m' encenen tot de sopte,
¡oh recorts benvolguts del cor que 'os ama!
axís com en las garbas l' Euro indómit,
empeny y atía la candenta flama.

¡Ay, oh Faón! Avuy vius, de mos brassos
y de mos amors lluny, en la encontrada
que ab sa pluja de foch arruixa l' Etna,
¡y jo ab més fochs que no té l' Etna 'm cremo! [4]
¡Ay, oh Faón! Las donas de Sicilia
ja sé que sols de ton amor ne viuhen,
ja sé que están per ton amor perdudas,
y que, tot en torn d' ell, voltan y giran,
aymant en tu lo que jamay trobáren
en home nat de dona: jois inmensos,
sahonadas delitansas, ardorosos

parlaments, y venturas, y deliquis,
y celístias d' amors may conegudas!
Ja sé que t' ayman com aymar sols saben
las sirventas de Venus Afrodita;
mes ¿cóm no te han d' aymar si es que en tu troban
lo que, trobat en mí, tu t' emportáres?...
Mes ¿com no t' han d' aymar si tu, en Sicilia,
vius solament y sents, y amas, y parlas
ab l' ánima de Saffo que robáres?...

Y en tant, jo visch aquí de recordansas
dels temps ditxosos que passáren. Eran
las delitosas tardes de la dolsa
pomífera tardor, quan lo mon sembla
despertar ab l' alegre revivalla
del placévol estiu, y era, entre totas,
una tarde que may, may mentres visca,
ma pensa oblidará. Lo sol fugía
empurpurantho tot; devall las rocas
la mar bullía; pels espays volaban
entre sordas remors fugitius besos;
en mitj dels árbres los concerts s' auzían
de cantadoras aus trescant alegres;
tot era bell y dols, lo sol en púrpura,
la terra en flor, en bull la mar salada,
lo cel ruent, las brisas aromosas,
los horizonts en foch, y jo en tos brassos!
Fou lo jorn de las nostras esposallas,
y 'l jorn també en que Saffo, esmersadora
de crims y jois d' amor, prostituida
en lo fanch de sos vicis, per tos besos
redemptors s' aixecava redimida.

¡Lassa de mi, que avuy, sola y perduda,
com un' ombra sens cos, errant y mísera,
pels erms camino de ma vida! ¡Lassa,
lassa de mi!... Si, al menys, los Deus haguessen
ferit mon cor tot estancant ma pensa!

Visch sola en mon dolor, sola en mas llargas
eternas nits sens son, y sola, sola
ab mos recorts que creman. Fins tú, oh Venus,
á Saffo abandonáres, ¡pobre Saffo,
mil voltas més perduda y miserable
que 'l Prometéu esclau en las montanyas!...
Prometéu té un consol: no es ell, al menos,
ell mateix qui 's rosega las entranyas.

A voltas tanco 'ls ulls, y veig llavoras
passar per devant meu tota ma vida.
Allí veig ma infantesa, com lo manso
riuhet zigzagador de las devesas...
allí ma joventut, com la llotosa
torrentada que escombra cims y planas...
allí, en la fosca, misteriós, fortívol,
mon primer crim, que n' infantá tants d' altres,
en lo llit clandestí del adulteri...
y, ja en la plena llum, la amistansada
sensualitat y los desordres báquichs
de las lesbianas voluptuosas festas.
Me crech encara allí, Bacant impúdica,
prodigant mas caricias y mos besos,
soltas al vent las deslligadas trenas,
la blanca tunicela descenyida,
amorejant ab tots y ab totas, nua
de pits y honestitats, tenint en brassos
á ma bella Corina, may més dolsa,
y veyent, en aplech borda y confusa,
als espetechs de la olorosa cera,
á la llum dels blandons, entorn la taula
del saturnal festí, dansar en colla
y nuas ab sas glassas transparentas,
de las *hetáreas* la revolta folla.[5]

¡Mes ja tot fuig... tot passa!... De las festas
ja l' eco s' ha perdut: Saffo la *hetárea*
ha mort per donar vida á un' altra Saffo,

la Saffo de Faón, que, papallona
de gays colors y d' alas reluzentas,
impura ahir y avuy purificada,
deixa en lo clot dels vicis sas despullas
per remuntarse als cels inmaculada.
Me veig llavoras á nou sér tornada,
en brassos de Faón me veig, y 'm sento
rentada ja de culpas, redimida,
vivint de mon amor més que de l' ayre,
que es l' amor y no l' ayre qui don' vida.

¿Te 'n recordas, Faón?... ¡Ay! ¿Te 'n recordas
del amor meu?... ¡Del meu!... No, no, del nostre.
Vivíam una vida ubriacadora,
abdós en un, confosos sér y pensa,
tu més aymant quan jo més aymadora.
¿Te 'n recordas?... Las siestas sota 'ls árbres,
lo cant de la cigala ensopidora,
las aus rossinyolant, las nits de lluna,
los passeigs per la mar rondinadora,
y també las ardentas soleyadas,
no tant ardentas pas com de las ánimas
y dels ulls las corrents enamoradas.
Llavors jo creya tot lo que tu creyas,
lo que pensabas tú també ho pensaba,
y hont tú los ulls fixavas jo 'ls fixaba,
no per mirar ab tú, sols per seguirne,
del camí que ab tos ulls seguit havías,
los solchs oberts, las lluminosas vías.
Vivint tu en mi y jo en tú, per tot sembrárem
amoretas en flor, per tot deixárem,
solch treluzent de blancas llumenetas,
com estela d' amor y com exemple
dels futurs aymadors per la maynada,
la cambra en que folgárem, feta un temple;
los llochs que passejárem, plens de vida;
l' atmósfera hont visquérem, embaumada;
la terra que petjárem, embellida.

Mes ¡ay! també passáren com los altres
aquells instants de pler y amorosía.
Horas d' amor serenas, horas dolsas,
tant dolsas com amargas son mas penas,
¿hónt sou? ¿hónt heu fugit, horas passadas,
quant més gaudidas ¡ay! més anyoradas?

¿Qué 'm queda avuy, qué 'm queda en ma viudesa
sino tristura y soletat y planytes?...
Mos cabells avuy cauhen en desordre,
sens ja lo cingle d' or que 'ls retenía,
per mon coll amagrit; rústegas robas
y endoladas son ja mas vestiduras;
y no perfuman pas ma caballera
los ungüents olorosos de l' Arabia.
¡Ay, oh Faón! ¡Faón! ¡Llum de mas ninas,
delicia sobirana de ma pensa!...
Per tot furatejant avuy te busco
com lo despert llebrer busca lo rastre...
Trobo la fosca espluga, hont tantas voltas
entrellassárem ánimas y llavis,
y l' herba, allá en lo fons, folada encara,
dels nostres cossos conservant l' emprenta:
trobo la fresca salzareda umbrosa
hont un salzer no hi ha que no 'ns conegui,
y en lo fondal del bosch, sota l' ubaga,
tot cercat de rosers, lo llit de fullas
en que passabas l' ardorosa siesta
dormitejant, lo cap sobre ma falda;
trobo l' ona també, fins l' ona trobo,
l' ona mateixa que á morir venía
á nostres peus, al cáure de la tarde,
quan á la llum trencada del crepúscul
enjogassats corríam per la platja:
tant sols no 't trobo á tu... mes sí que 't trobo,
que 't trobo sens trobarte, 't veig sens véuret',
pus no m' es dat ser jo sens tu. [6] A vegadas,
m' advé, tot adormida, que 'm desperto,

y 't sento prop de mí, mon cos cremantme,
ta carn tocant ma carn, y, enfolleída,
m' aixeco tot de cop, com la pantera
que cerca los cadells que li furtáren:
busco llavors ta boca, pera beure
á plens pulmons en t' alenada ardenta
tot lo doll de ta vida; y mos febrosos
tremolants llavis á palpentas buscan
tos llavis, niu de besos; y mos brassos
s' agitan en lo buyt de las tenebras
buscant lo cos que encercolar; y estrenyo
l' ayre tant sols en ma sensual follía:
y retuda, desfeta, trossejada,
com cau un cos ja mort, caych aplomada
sobre l' estéril tálam solitari
de mas eternas nits, per tú, ¡oh deésa!
per tú, pels Deus, per tots abandonada!

Deésa del Eríx, jo 'm cremo, 'm cremo!
Deésa del Eríx, jo no puch víure
sino visch d' ell y ab ell. Avuy m' abraso,
y m' abraso com si entortolligada
jo portés á mon cos la roja túnica
tenyida ab la sanch negre del Centauro!... [7]
¡Ay! ¡jo m' encench, m' encench!... ¡Jo 'm cremo viva!...
Mas carns se m' obran y mon pit s' esberla...
Lo foch crema y abrasa mas entranyas...
¡Oh Venus, sálvam!... ¡Ay! sálvam, deésa
del mont Eríx, de mi mateixa sálvam,
y en tos altars jo penjaré ma lira,
y eternament veurás, ¡oh deésa santa!
per las gradas de márbre de ton temple
de genollons arrossegarse á Saffo.
Si me l' has de tornar, sálvam, ¡oh Venus!
sálvam, y tuas han de ser mas horas,
y tua Saffo, tua en mort y en vida...
¡Si no me 'l tornas pas, mátam llavoras!

¡Oh mar, jo vinch á tu!... ¡Oh mar, ja Saffo,
al oràcul sotmesa, se 't presenta,
pus que 'ls Deus, per la veu de la Sibila,
fixáren son destí! Tas onas blavas
han d' apagar l' incendi que 'm devora
tornantme la salut. ¿Es per ventura
la mort lo que tas onas han de darme?...
¿Es eixa ma salut?... Vinga en bon' hora.
Si Faón no ha de tornar, ¡salut, oh Parcas!
¡Saffo que và á morir, Saffo 'us saluda!
Ja que mos vots ni 'ls Deus ni 'ls cels escoltan,
y ja que ingrata á mos cantars es Venus,
ton abym obram, donchs, oh mar salada,
ton seno obram, oh mar, y ensemps ell sía
lo tálam de ma boda regalada
y honrada tomba á la memoria mía.

(*Saffo puja precipitadament á la roca, y desde son cim, acompanyantse ab la lira, canta lo següent:*)

HIMNE Á VENUS.

¡Oh Venus, tu que calmas | la veu de las tormentas,
si pels espays furentas | mes bravas dintre 'l cor!
¡Oh tu, santa Afrodita, | que volas per l' esfera
en rápida carrera, | sobre ton carro d' or;
escolta de mos himnes | l' inspiració postrera
lo crit de mon dolor!

¡Aplaca de tas iras | la sanya encrudelada,
y tórnali á l' aymada | sos somnis seductors,
ó déixam que m' ofegue, | més que en la mar estensa,
en l' altra mar inmensa | de mos ingrats dolors;
que esclava avuy es Saffo, | y esclava sens remensa,
deésa dels Amors!

(*Se precipita al mar desde dalt de la roca.*)

CAU LO TELÓ

SAFO

La escena al pie de la roca de Léucade, que avanza sobre el mar.

SAFO.

(*Entra en escena examinando los sitios que la rodean.*)

Este es el sitio, sí... la roca aquélla,
y aquél también el mar que ha de tornarme
el descanso perdido. La Sibila
lo dijo ya... Su voz aun resuena
aquí, en mi corazón, y aun la siento
salir del ara santa, entre la densa
oscuridad del templo. La Inspirada
así me habló:—«Tu ardiente fuego, oh Safo,
Léucade apagará. Bajo su peña
extiende el Actium las azules olas
que á Deucalión, de Pirra enamorado,
devolvieron la paz que no encontraba.»

Así dijo el Oráculo, y sabida
la voluntad suprema de los Dioses,
pronta á intentar la peligrosa prueba,
llega aquí Safo, á los destinos dócil...
¡Safo!... ¿Y es cierto?... ¿Soy aún Safo?... Aquélla
de Lesbos esplendor, rival de Alceo
en las discretas justas de la lira,
y en las artes de amor luz y maestra?..
No soy la Safo aquella, no. Vosotras,
oh mujeres de Lesbos, las que un día
no sin crimen amé, Cydno la blanca,
más blanca que la leche, Athys la rubia,

como la miel dorada, y tú, Corina,
la que mi goce y mi delicia fuiste,
ya hechizos no tenéis para hechizarme,
ni para mí tenéis, hijas de Pira,
esa belleza que al mortal encanta,
pues ya ni el alma enamorada os mira,
ni ya mi lira adormecida os canta.

Hoy vivo sólo de *él*. Su pensamiento
mi pensamiento nutre. En todas partes
le veo y siento, y por doquier su nombre
oigo sonar, su nombre amado y dulce
como es la luz amada de los ojos
y como es dulce al paladar el néctar.
Vuelve á mis brazos, ¡oh Faón! Huyeron,
cuando huiste tú de ellos, mis venturas,
cual hojas leves que arrebata el Noto
dejando el tronco despojado y nudo.
Hoy me lamento y lloro en las cenizas
de mi perdido amor, Faón, y vivo,
pasado ya el naufragio de mi vida,
porque estoy condenada por los Dioses
sólo á vivir de tí y de tus memorias,
que incendian, muchas veces, de repente,
el pecho que las nutre y que las ama,
como en un gavillero el Euro indócil
lanza y atiza la candente llama.

¡Ay, oh Faón! Hoy vives de mis brazos
alejado, y también de mis amores,
en la comarca que rocía el Etna
con su lluvia de fuego, y yo me abraso
con más fuego, con más, que el Etna tiene.
¡Ay, Faón! Las mujeres de Sicilia
ya sé que sólo por tu amor alientan,
ya sé que viven de tu amor tan sólo,
y que en derredor de él vuelan y giran
amando en tí lo que jamás hallaron

en hombre alguno de mujer nacido,
goces inmensos, dichas sazonadas,
y coloquios ardientes, y venturas,
y deliquios de amor desconocidos.
Ya sé que te aman como saben sólo
las sirvientas de Venus Afrodita...
¿Cómo no amarte, cómo, si en tí encuentran
lo que, encontrando en mí, tú te llevaste?
¿Cómo no amarte, cómo, si en Sicilia,
tú vives sólo y piensas, sientes y amas,
con el alma que á Safo arrebataste?...

Y en tanto yo aquí vivo del recuerdo
de dulces tiempos ya pasados. Eran
las deliciosas tardes del templado,
del pomífero otoño, cuando el mundo
parece revivir con nuevas galas
de un estío fugaz; y era, entre todas,
una tarde que nunca, nunca, nunca
mi mente ha de olvidar. El sol huía
purpurándolo todo: entre las rocas
hervía el mar: cruzaban el espacio
con tierno arrullo fugitivos besos:
por la alameda trinadoras aves
sus melódicos cantos esparcían:
todo era dulce y bello, el sol en púrpura,
la tierra en flor, hirviendo el mar salado,
candente el cielo, perfumado el aire,
el horizonte en fuego, y yo en tus brazos!
Fué el día aquel de nuestros esponsales,
y fué el día en que Safo, en su derroche
de crímenes y goces prostituida,
y en el cieno revuelta, por tus besos
redentores se alzaba redimida.

¡Triste de mí que hoy sola, abandonada,
como un cuerpo sin sombra errante vago
por el yermo camino de mi vida!...

¡Triste de mí!... ¡Si al menos, por ser sombra,
me hubiesen arrancado el pensamiento
los Dioses inmortales!... Con mis penas
yo vivo y mi dolor, sola en mis largas
eternas noches sin reposo y sueño,
y sola con recuerdos que me queman!
Hasta tú misma, oh Venus Afrodita,
á Safo abandonaste, pobre Safo
mil veces más perdida y miserable
que el triste Prometeo en sus montañas...
¡Mil veces más, que, al menos, Prometeo,
no se roe á sí mismo las entrañas!

Cierro á veces mis ojos, y mi vida
pasar veo ante mí... veo mi infancia
como manso arroyuelo serpenteante
que tranquilo discurre por los prados...
Mi juventud, después, como torrente
cenagoso que arrasa monte y valle...
Allí, en la oscuridad, mi primer crimen,
misterioso y furtivo, que á otros muchos
origen dió, en el lecho clandestino
del adulterio; y ya, después, la insana
sensualidad y el báquico desorden
de las lesbianas voluptuosas fiestas.
Allí me creo aún, torpe Bacante,
mis besos prodigando y mis caricias,
mi cabellera destrenzada al viento,
mi túnica inhonesta desceñida,
con todos y con todas amorosa,
sin velo y sin pudor, teniendo en brazos
á mi Corina, nunca más hermosa,
y viendo allí, de la olorosa cera
á la chispeante luz, y de la mesa
del saturnal festín danzando en torno,
á la bastarda multitud de *hetairas*
pasar alegres, con sus vestes sueltas,
desnudas con sus gasas trasparentes,

en turba loca y en montón revueltas.

¡Pero ya todo pasa! ¡De las fiestas
ya el eco se perdió!... Safo la *hetaira*
murió para dar vida á la otra Safo,
la Safo de Faón, que, mariposa
de alas lucientes y colores gayos,
impura ayer, mas hoy purificada,
dejando su crisálida en los lodos,
al cielo se remonta inmaculada.
Desde entonces me encuentro renacida
en nuevo sér, y me hallo entre tus brazos,
¡oh Faón! de mis culpas redimida,
viviendo de mi amor más que del aire,
que es el amor, no el aire quien da vida.

¿Te acuerdas, oh Faón, dime, te acuerdas
de mi amor?... ¡De mi amor!... No, no, del nuestro,
de nuestra dulce vida embriagadora,
los dos viviendo en uno, confundidos
el pensamiento y sér, tú más amante
cuanto yo más y más enamorada.
¿Te acuerdas, di?... Las siestas en la umbría,
de la cigarra el soporoso canto,
las brisas aromadas, de las aves
el ruiseñorar dulce, de la luna
los rieles en la mar, los matutinos
paseos por la playa al sol ardiente,
no en verdad tan ardiente cual del alma
la enamorada cálida corriente.

Lo que entonces creías, yo creía;
lo que pensabas tú, yo lo pensaba;
do tus ojos fijabas, yo los míos
fijaba, no para mirar contigo,
tan sólo por seguir el surco abierto,
la vía luminosa de tus ojos.
Viviendo yo de tí y en tí viviendo,

amoríos en flor doquier sembramos,
de nosotros en pos doquier dejamos,
como surco de blancas lucecillas,
como estela de amor, y como ejemplo
de futuras mesnadas de amadores,
la cámara en que holgamos hecha un templo,
embalsamado el aire en que vivimos,
iriscentes de luz, de amor, de vida,
los sitios que cruzamos, y la tierra
que hollaron nuestros pies, embellecida.

Mas ¡ay! también pasaron, cual los otros,
los instantes aquellos de ventura.
Horas de amor serenas, horas dulces,
tan dulces como amargas son mis penas,
¿dó fuisteis? ¿dónde estáis, horas pasadas,
no en verdad para mí menos queridas
por haber sido un tiempo más gozadas?...

¿Qué me queda ya hoy en mi abandono
más que tristeza, y soledad, y llanto?
Hoy visto pobres y enlutadas ropas,
si galas antes y esplendentes trajes;
hoy no perfuman ya mi cabellera
los ungüentos fragantes de la Arabia,
y caen mis cabellos en desorden
sobre mi seno desplaciente y lacio.
¡Ay, oh Faón!... ¡Faón! ¡Luz de mis ojos,
de mi mente delicia soberana!...
Registrándolo todo, por doquiera
te busco ansiosa, como busca el rastro
un alerta lebrel... Hallo en el monte
la negra gruta donde tantas veces
enlazamos las almas y los labios,
y allí, en su fondo, la prensada yerba
con nuestras huellas todavía intactas:
encuentro la alameda dulce, umbrosa,
donde no existe un álamo tan sólo

que á tí y á mí desconocernos pueda,
y en la umbría del bosque, entre rosales,
el lecho de hojas donde tú pasabas
en dormivela la ardorosa siesta,
tu cabeza en mí falda reposando:
hasta el ola yo encuentro, el ola misma,
que venía á morir á nuestras plantas
al caer de la tarde, cuando alegres
cruzábamos la playa retozando:
sólo no te hallo á tí, mas sí que te hallo,
que, sin verte, te veo por doquiera
y, sin hallarte, te hallo en todas partes.
Ser yo sin tí no es ya posible... A veces...
á veces me sucede que, dormida,
te siento junto á mí, te encuentro y toco,
con tu cuerpo quemándome mi cuerpo,
con tu carne incendiándome la carne,
mas despierto de pronto, y, loca entonces,
te busco, y me lamento... y llamo... y grito!...
No fué nunca más brava la pantera
al buscar los cachorros que le hurtaron.
Busco tu boca entonces, delirante,
para beber en ella con tu aliento
mi manantial de vida; mis febriles
trémulos labios van buscando á tientas
tus labios, nido de amorosos besos;
y mis brazos agito en el vacío
buscando un cuerpo que estrechar, y estrecho
tan sólo el aire en mi sensual locura,
y vencida... y convulsa... y destrozada,
cual cuerpo inerte caigo desplomada
sobre el estéril solitario tálamo
de mis noches eternas, por tí, oh Diosa,
por los Dioses, por todos olvidada!...

Diosa del Erix, ¡me enciendo viva!
Diosa del Erix, vivir no puedo
si no es con él y de él. ¡Ay! yo me abraso,

y ardo, y me abraso como si mi cuerpo
sintiera envuelto con la roja veste
teñida con la sangre del Centauro.
Devora mis entrañas fuego intenso...
Me abraso, ¡oh Venus!... ¡Yo me enciendo viva!...
Fuego es mi seno, fuego son mis ojos,
fuego arrojan mis carnes que se rajan.
Sálvame de mí misma, oh Diosa amada
del monte Erix, y entonces yo te ofrezco
que á tus altares colgaré mi lira
como ofrenda de amor y voto santo,
y ya de entonces más, eternamente,
por las gradas de mármol de tu templo
verás de hinojos arrastrarse á Safo.
Si tú me lo devuelves, tuya, oh Venus,
tuya Safo será, tuyas sus horas,
tuya en vida y en muerte... ¡Si no quieres
volverme mi Faón, mátame entonces!...

¡Oh mar, yo vengo á tí! ¡Oh mar, ya Safo
sometida á los Dioses y al Oráculo,
se ofrece á tí. La voz de la Sibila
fijó ya mi destino, y con tus olas
he de calmar el fuego que me enciende...
¿Es que la muerte me han de dar acaso?...
¿Es esta mi salud?... Si es esta, venga,
¡venga en buen hora!... Si á mi seno amante
no ha de volver Faón, ¡salud, oh Parcas;
Safo que va á morir, Safo os saluda!
Ya que los Dioses mis lamentos no oyen,
y ya que tú me fuiste ingrata, oh Venus,
Safo acabó. ¡No más, no más el alma
tenga fiebres de amor! ¡No más mis ojos
vean la luz del sol; no más la vean!
¡Tu abismo ábreme, oh mar, y que tu seno
mi tálamo y mi tumba á un tiempo sean!...

(*Safo sube precipitadamente á la roca, y desde lo alto, acompañándose de su lira, canta el siguiente*)

HIMNO Á VENUS

Venus que calmas las borrascas rudas,
menos violentas, si el espacio agitan,
que las airadas que en el fondo rugen
del alma mía.

¡Oh Diosa Venus! que en tu carro vuelas
rápidamente por la esfera límpida,
oye en mis himnos el postrer lamento
de mi agonía.

Cese tu saña, Citerea hermosa,
cesen ¡oh Venus! contra mí tus iras,
torna á la amada sus felices sueños
alegres días,

ó deja, Diosa, que en el mar rugiente
halle sepulcro su fatal desdicha.
Safo, tu esclava, redención no tiene.
¡Santa Afrodita! *

(*Se arroja al mar.*)

* El himno traducido por el Sr. Balaguer no existe en el manuscrito y ponemos en su lugar el que del original catalán tradujo el poeta castellano D. J. M. de Retes.

CAE EL TELÓN.

SAPHO

TRADUCIDA EN VERSO CASTELLANO

POR

DON JOSÉ MARÍA DE RETES Y MUYRANI

SAPHO.

La escena al pie de la roca de Léucades que avanza sobre el mar.

SAPHO.

(*Entra en la escena examinando los sitios que la rodean.*)

Este es el sitio, sí, esa es la roca
y aquel también el mar que ha de tornarme
el descanso que busco y que no encuentro.
La Sibila lo dijo: todavía
dentro del corazón su voz resuena;
aun la siento salir del ara santa
y entre la negra oscuridad del templo
así me dijo la inspirada: «¡Oh Sapho!
»el fuego intenso que tu pecho enciende,
»Léucade apagará; bajo su roca
»se extiende el mar de Actium, la azulada
»onda que á Deucalión de amor herido
»por Pirra, devolvió la paz del pecho
»que anhelante buscaba, y siempre en vano.»

Así dijo el oráculo, y sabida
la voluntad de los supremos dioses,

pronta á intentar la prueba peligrosa
llega aquí Sapho, dócil al destino.
¡Sapho! ¿y es cierto? ¿soy aquella Sapho
de Lesbos ornamento, encarnizada
rival de Alceo siempre, en el certamen
público de la lira, y en las ciencias
del amor, gran maestra y fiel espejo?
No soy la Sapho aquella, no. Vosotras,
á quienes adoraba, no sin crimen,
vosotras lo sabéis, mujeres lesbias.
Cidno de blanca tez, más que la leche;
Athis, la rubia cual la miel dorada,
y tú, Corinna, que mi gozo fuiste,
ya hechizos no tenéis para hechizarme
ni encantos para mí vuestra hermosura
de todos codiciada: hijas de Pyra,
mi ardiente corazón ya no os contempla,
ni ya mi lira soñolienta os canta.

Sólo de él vivo hoy; su pensamiento
nutre mi pensamiento; en todas partes
yo le veo, le siento, oigo su nombre
más dulce para el alma dolorida
que la luz de los cielos á los ojos
y más que al paladar, néctar divino.
Vuelve á mis brazos ¡oh Faón! huyeron
mis caras alegrías cuando huiste
cual leves hojas que arrebata el aire
dejando seco y despojado el tronco.
Hoy me lamento y lloro en las cenizas
de mi perdido amor, Faón, y aun vivo
pasado ya el naufragio de mi vida,
porque estoy condenada por los dioses
á vivir para tí, de tí tan sólo,
de tus dulces memorias que me encienden
¡recuerdos gratos del amante pecho!
como el Euro que indómito en la hoguera
hace brotar la enrojecida llama.

¡Ay, oh Faón! hoy lejos de mis brazos
y alejado también de mis amores
vives en la comarca que rocía
con su lluvia de fuego el Etna ardiente,
y yo soy quien me abraso con más fuego
del que esconde el volcán en sus entrañas.
¡Ay Faón! las mujeres de Sicilia
ya sé que viven de tu amor tan sólo;
ya sé que se hallan por tu amor muriendo
y que en torno de él revolotean,
amando en tí lo que jamás hallaron
en hombre que hubo de mujer nacido;
goces inmensos, dichas sazonadas
y coloquios ardientes y venturas
y deliquios de amor siempre ignorados.
Ya sé que te aman como saben sólo
de Afrodita las bellas servidoras:
¿cómo no te han de amar si ellas encuentran
lo que hallando tú en mí me arrebataste?
¿cómo no te han de amar si tú en Sicilia
sólo vives y piensas, amas, sientes
con el alma que tú robaste á Sapho?

Y en tanto yo aquí vivo de memorias
de los que ya pasaron gratos tiempos.
Eran las deliciosas tardes bellas
del pomífero otoño, cuando el mundo
parece que revive con la alegre
vida del dulce estío, y entre todas
era una hermosa tarde, nunca, nunca
la olvidará el recuerdo; el sol marchaba
purpurándolo todo; el mar bullía
bajo las rocas; fugitivos besos
entre armonías célicas de amores
por los espacios sin cesar volaban;
conciertos mil de cantadoras aves
que triscaban alegres, todo bello,
todo era dulce, el sol enrojecido

hirviendo el mar salado, en flor la tierra,
encendidos los cielos y las brisas
impregnadas de aroma, el horizonte
en fuego convertido y yo en tus brazos.
Aquel el día fué de nuestras mutuas
promesas y también el día augusto
en que Sapho, de crímenes y goces
derrochadora, vil, prostituida,
en el inmundo cieno de los vicios
hasta el Olimpo se elevaba absuelta
por tus amantes redentores besos.

Triste de mí, que sola, abandonada
como sombra sin cuerpo, errante marcho
por los yermos caminos de mi vida.
¡Triste de mí! ¡Si al menos cual las sombras
los soberanos dioses inmortales
me hubiesen arrancado el pensamiento!
Hoy vivo sola en mis eternas noches,
sola con mis recuerdos que me abrasan.
¡Oh Venus! hasta tú me abandonaste;
¡pobre Sapho mil veces más perdida
que el titán Prometeo encadenado
que en su horrible dolor tiene el consuelo
de no rasgarse él mismo las entrañas!

Cierro á veces los ojos, y mi vida
veo entonces pasar, mi infancia miro
allí corriendo cual tranquilo arroyo
que va serpenteando en las dehesas...
Allí mi juventud como torrente
rápido y cenagoso que arrasando
va montañas y selvas y llanuras...
Allí en la oscuridad mi primer crimen
misterioso y furtivo que á otros muchos
origen dió en el lecho clandestino
del adulterio vil... Ya con luz clara
el sensualismo impuro, amancebado

los desórdenes báquicos en medio
de las lesbianas voluptuosas fiestas.
Allí me creo aún, Bacante impura,
mis besos y caricias prodigando,
mi cabellera destrenzada al viento
y mi túnica blanca desceñida,
con todos y con todas amorosa,
descubiertos los pechos y desnuda
de honestidad cual ellos, y en mi seno
á mi hermosa Corinna acariciando,
nunca más dulce, y viendo en la bastarda
confusa multitud y á la luz viva
de las antorchas, al chisporroteo
de la cera olorosa y de la mesa
del saturnal festín danzando en torno,
desnudas con sus gasas trasparentes
de las hetairas la revuelta turba.

Pero ya todo pasa, todo huye,
ya se ha perdido el eco de las fiestas:
Sapho la hetaira ha muerto, por dar vida
á otra Sapho, la Sapho desgraciada
de Faón, mariposa de brillantes
alas, de vistosísimos colores,
purificada hoy, y ayer impura;
sus sangrientos despojos abandona
en la cumbre maldita de sus vicios
y se eleva al Olimpo inmaculada.
Entonces me contemplo renacida
en nuevo sér; me veo entre los brazos
de Faón redimida de mis culpas,
viviendo de mi amor más que del aire;
que es el amor, no el aire, quien da vida.

¿Te acuerdas? ¡oh, Faón! dime, ¿te acuerdas
de mi amor? ¿de mi amor? no, no, del nuestro,
de nuestra dulce vida embriagadora
los dos viviendo en uno, y confundidos

el pensamiento, el sér, tú más amante
cuanto yo más y más enamorada.
¿Te acuerdas, dí, de las tranquilas siestas
que ambos bajo los árboles pasamos?
De la cigarra el canto, los gorjeos
de las aves canoras, y las noches
de luna, los paseos matutinos
por los revueltos encrespados mares,
y también las ardientes explanadas
que el sol agosta con su vivo rayo,
no tan ardientes, cual de nuestros ojos
y nuestras almas las corrientes puras
del amor; yo creía, si creías,
y yo pensaba lo que tú pensabas;
si fijabas tus ojos, yo mis ojos
fijaba, no para mirar contigo,
sino para seguir el surco abierto,
la línea del camino luminosa
que recorrieron tus hermosos ojos.
Tú en mí y yo en tí viviendo, por doquiera
amoríos en flor sembrado hubimos;
de nosotros en pos, doquier dejamos
como surco de blancas lucecillas,
como estela de amor y como ejemplo
de mesnadas futuras de amadores,
hecha templo la cámara en que holgamos,
los lugares que juntos recorrimos
llenos de vida, embalsamado el aire
en que vivimos y hasta embellecida
la tierra que pisaron nuestras plantas.

Mas ¡ay! ¡también pasaron cual los otros
los instantes aquellos de ventura,
de placer y de amor! Horas serenas,
horas dulces, tan dulces como amargas
mis penas son ¿á dónde habéis huido?
¿dónde estáis? ¿dónde estais, tranquilas horas?
que no sois para mí menos queridas

porque hayáis sido un tiempo más gozadas.

¿Ya que me resta hoy en mi abandono
más que tristeza, y soledad, y llanto?...
Hoy bajan mis cabellos en desorden,
sin el círculo de oro que otros tiempos
los sujetaba, por mi enflaquecido
lánguido cuello; telas enlutadas
mis vestiduras son y no perfuman
mi undosa cabellera los ungüentos
de la Arabia. ¡Ay Faón! ¡luz de mis ojos,
soberana delicia de mi mente!
Registrándolo todo, en todas partes
te busco ansiosa, como ansioso busca
el alerta lebrel rastro perdido...
Hallo la oscura gruta donde tantas
veces, llenos de amor, tiernos amantes,
enlazamos las almas y los labios;
hallo en su fondo la pisada yerba
que dulcemente está de nuestros cuerpos
la huella bendecida conservando,
la alameda fresquísima y umbrosa
donde no existe un álamo siquïera
que no nos reconozca, y en el fondo
del bosque, y á la sombra, entre rosales,
el lecho de hojas donde tú pasabas
dormitando las siestas calurosas,
tu cabeza en mi falda reposando:
hallo también la ola, la ola misma
que venía á morir á nuestras plantas
de la tarde al caer, cuando á la incierta
claridad del crepúsculo corriendo
por la playa jugábamos amantes:
¡Sólo á ti no te encuentro!... ¡yo deliro!
sí que te encuentro, en todas partes te hallo
sin hallarte, y te veo aunque sin verte;
pues no es posible que sin tí yo sea.
A veces me sucede que dormida

despierto y me imagino que á mi lado
te encuentras tú, quemándose mi cuerpo
y tocando tu carne con mi carne;
entonces me levanto enloquecida
cual furiosa pantera á quien hurtaron
de su lecho de amores sus cachorros.
Busco tu boca luego, delirante,
para beber ansiosa con tu aliento
la fuente de tu vida, y mis febriles
trémulos labios van buscando á tientas
tus labios que eran de los besos nido;
y mis brazos se agitan y convulsos
buscan en el vacío de las sombras
el dulce cuerpo que enlazar ansían,
y el aire sólo abrazo en mi locura,
y vencida, y deshecha, y destrozada,
á plomo caigo como cuerpo inerte
sobre el tálamo estéril, solitario,
de mis eternas noches; por tí, ¡oh Diosa!
por los Dioses, por todos olvidada.

Diosa de Erix, me abraso ¡ay infelice!
si no vivo con él, vivir no puedo.
Cual si llevara al cuerpo bien sujeta
la enrojecida túnica, teñida
con la negruzca sangre del centauro,
hoy me abraso, me enciendo viva, se abren
mis carnes y mi pecho se desgarra...
el fuego mis entrañas hoy consume;
sálvame de mí misma, Santa Diosa
del monte Erix, y colgaré mi lira,
mi abandonada lira en tus altares:
verás eternamente allí de hinojos,
arrastrándose, á Sapho, por las gradas
marmóreas de tu templo soberano.
Si me le has de volver, sálvame ¡oh Venus!
tuyas serán mis horas, Sapho tuya
será también en vida, tuya en muerte;

si no me lo has de dar, mátame entonces.

¡Oh mar, yo vengo á ti! ¡Oh mar! ya Sapho
se presenta al oráculo sumisa,
ante tí, pues los Dioses implacables
fijaron su destino; el vivo fuego
que me devora, tus azules ondas
han de extinguir y la salud querida
me habrán de devolver. ¿Pero es la muerte
lo que tus claras ondas han de darme?
¿Es esa mi salud? Venga en buen hora
si no vuelve Faón ¡salud, oh Parcas!
¡Sapho, que va á morir, Sapho os saluda!
Ya que mi triste voz no oyen los cielos,
y ya que ingrata es Venus á mis cantos,
ábreme tus abismos, mar profundo,
abre tu seno ¡oh mar! y á un tiempo sea
tálamo de mi boda regalada
y honrada tumba á la memoria mía.

(*Sapho sube precipitadamente á la roca, y desde lo alto, acompañándose con su lira, canta el siguiente*)

HIMNO Á VENUS.

Venus que calmas las borrascas rudas,
menos violentas, si el espacio agitan,
que las airadas que en el fondo rujen
del alma mía.
¡Oh, Diosa Venus! que en tu carro vuelas
rápidamente por la esfera límpida,
oye en mis himnos el postrer lamento
de mi agonía.
Cese tu saña, Citerea hermosa,
cesen ¡oh Venus! contra mí tus iras,
torna á la amada sus felices sueños
alegres días;
ó deja, Diosa, que en el mar rugiente
halle sepulcro, su fatal desdicha,
Sapho, tu esclava, redención no tiene,
¡Santa Afrodita!

CAE EL TELÓN.

Á D. VÍCTOR BALAGUER

AUTOR DEL POEMA «SAFO»

Hay un arpa inmortal, arpa terrible
de pavorosos lúgubres acentos,
que recuerdan, coléricos y bravos,
el furor de los mares y los cielos.

De sus cuerdas de bronce Homero arranca
de los combates el marcial estruendo;
la maldición, Esquilo, de los Dioses
y el ronco sollozar de Prometeo.

Dante, la voz de un siglo tenebroso;
Shakespeare, los gritos, llantos y lamentos
del corazón humano; el Lord sublime,
sordos gemidos y sarcasmos fieros.

Hoy me parece oír, noble poeta,
al resonar tu cántico de fuego
en que estallan de Safo los clamores
y el rugido espantoso de sus celos,

el arpa atronadora, el arpa eterna
de pavorosos lúgubres acentos,
que recuerdan coléricos, y bravos,
el furor de los mares y los cielos.

MANUEL REINA.

Abril, 1889.

LA TRAGEDIA DE LLIVIA

ORIGINAL CATALÁN Y TRADUCCIONES EN VERSO CASTELLANO

POR LOS

SRES. D. MANUEL DE LA REVILLA y D. FILIBERTO DÍAZ

Revuelto andaba el gobierno de los árabes en España por los años de 727. El gobierno de Córdoba se veia ambicionado por los generales más turbulentos y ambiciosos. El califa era débil, se dejaba influir por las noticias que de España le daban sus interesados consejeros, y á cada instante se cambiaba en Córdoba el emir.

En 727 fué emir de Córdoba un general experto y de gran nombradía, llamado Otmán Ben Abi Neza, conocido por Munuza en las crónicas españolas. Sólo seis meses tuvo Otman el gobierno de España, y habiéndose nombrado á otro emir en su reemplazo, fué él enviado á las fronteras de Afranc, —que así se llamaba á Francia,—en clase de gobernador general de Cerdaña y de las vertientes del Pirineo hasta el valle de Aude.

Era este general africano hombre de gran valor y de grandes cualidades, pero muy revoltoso, enemigo del emir que le habia sucedido, y por otra parte, creyente de poca fe. Pertenecía al partido político de los bereberes, que cayó del poder con Otmán, para subir el de los árabes.

Se supone que Otmán había querido aprovecharse de su posición como general de la frontera y de su crédito é influencia como hombre superior, para enaltecer el partido de los bereberes, á la sazón en desgracia. Sin duda por esto, y quizá también con el deseo de hacerse con aliados, en lugar de entrar á sangre y fuego la tierra de los francos, como parece habérsele mandado, se entendió con sus más famosos capitanes, y principalmente con Eudo de Equitanía, con quien formó un tratado de paz y tregua.

Fué entonces tal vez cuando vió á Monisa, hija de Eudo, doncella de singular y peregrina hermosura. El bereber se enamoró perdidamente de ella, y se la llevó á Medina Llivia, la ciudad de Llivia, en la que fué más tarde Cerdaña catalana, donde hizo construir para ella un rico palacio, y donde vivieron juntos, como amantes, según algunas historias, como esposos según otras.

Era entonces, por el año 731, gobernador general de España el emir Abd-el-Rhamán ó Abderramán, quien, sobre ser poco afecto á los bereberes, era enemigo personal de Otmán. Enterado Abderramán de los amores del general de la frontera con Monisa—ó Lampejia como la llaman otros,—y de sus inteligencias con Eudo, le creyó traidor y mandó tropas contra él al mando de Gedhy Ben Zayan.

Otmán se hizo fuerte en la población de Llivia, y cuentan que se defendió bizarramente; pero muertos sus principales capitanes y derrotadas sus tropas, abandonó de noche á Llivia, y llevándose á su amada, partió á través de los Pirineos con intento de refugiarse en tierras de Eudo de Aquitania.

Tuvo entonces lugar, durante esta fuga, el interesante episodio que los autores árabes, traducidos por Conde, cuentan de la siguiente manera:

«Descansaba Otmán con su amada cautiva por hallarse muy fatigados del camino y del ardor del sol, y reposaban á par de una fuente que de unas altas quebradas se derrumbaba, formando en el valle un verde y florido prado: allí estaba Otmán más cuidadoso de su cautiva que de su propia vida; y aunque hombre tan animoso, temblaba entonces aun del ruido del agua que se precipitaba entre las peñas. Parecióles á los de su familia que oían el paso de los que los perseguían, y no fué vano el recelo de sus corazones, que de improviso fueron

rodeados de los de Gedhy: todos los suyos huyeron, que el temor les puso alas en aquella ocasión: buscaba Otmán algún lugar donde ocultar su cautiva, cuando se vió por todas partes acometido de soldados: intentó en vano defenderla con su espada, como si todo su valor y esfuerzo bastara contra tantos; pero fué herido de muchas lanzas y allí espiró el triste. Apoderados de la cristiana, cortaron la cabeza al desangrado cuerpo de Otman. Cuando Gedhy presentó la cautiva á Abderramán, dijo el emir: ¡Gualá, que tan preciosa caza no se hizo nunca en estos montes!, y mandó cuidar con mucho esmero aquella doncella para enviarla á Damasco.»

(Conde: *Historia de la dominación de los árabes en España*, cap. XXIV.)

LA TRAGEDIA DE LLIVIA

PERSONATGES.

OTMÁN BEN ABI NEZA.
MONISSA.
GEDHY BEN ZAYAN.
ALARBS.

Escena.—Un lloch solitari y frondós dels Pirinéus. La montanya en lo fondó. A un costat una cascada.

OTMÁN, MONISSA.

(Otmán entra en la escena portant en brassos á Monissa dormida, y ab molta precaució la deposita sobre l' herba, prop del saltant d' aigua, reclinada á uns tronchs d' árbres.)

OTMÁN.

Aquí estará millor. Es més espessa
l' ubaga aquí, més fresch l' ambient, més dolsos
los efluvis que escampan per los aires
las aiguas mormolants.

(Cubreix á sa aymada ab son alquicel, dona alguns passos per dirigirse á una roca que s' alsa prop de la cascada, y al atravessar per devant d' aquesta, 's para un moment.

¡Ay, oh cascada!
¡Si aixís com tos saltants son d' aigua, fossen
de sanch d' alarbs, ab quín plaher llavoras
lo Bereber proscrit te miraría!

(Se dirigeix á la roca ahont puja, escolta, mira y examina tot al entorn.)

Ni 'ls veig ni 'ls sento pas. Tot es silenci,
tot soletat. Perderen ja mon rastre,

y á Llivia haurán tornat... Medina Llivia,
bressol de mos amors, llum de mas glorias,
permete Alá que torne, pera ferté
de mos intrépits Berebers alcássar
y aljama de mon Deu!... ¡Medina Llivia,
ulls que t' han vist, quán tornarán á véuret'!

(*Baixa al prosceni.*)

M' han donat cassa com á un llop. ¡Oh rassa
de gent dampnada! tornaré algun día,
y aytal memoria deixaré en la terra
calcada per mos péus, que espavordidas
haurán de recordarho las futuras
generacions per tot lo etern dels sigles!
¡Mos pobres Berebers! Tots, un tras d' altre,
revolcantse en sa sanch caiguéren, sempre
fidels, á mos costats, víctimas nobles
de son deber y mon amor. Los últims,
per protegir ma fuga allí restaren
y allí haurán mort lluytant.

(*Mirant á Monissa.*)

Sols per salvarte,
Otmán, avuy, per la primera volta,
devant la mort ha reculat, Monissa!

(*S' acosta á sa aymada y la contempla ab amor y ternura.*)

¡Pobre infelís! La són y lo cansanci
l' han vensut. ¡Ah pobre colometa
que, robada á ton niu, per las montanyas
errant avuy caminas! Alá vulga
que pugan ser tos somnis d' or y rosa,
y que dormint olvidis la feresa
de tas traidoras penas... ¡Dolsas brisas,
passéu lliscant sense remors; arbredas,
apaguéu los brugits; y tú, oh cascada,
adorm las veus de tas bullentas onas,
perque repose la mia amor tranquila!
Be prou que ab ella avuy, quan se desperte,
despertarán sorolls y bulls de penas.

¡Que hermosa que es! ¡Qué dolsament respira!...
¡Es son alé lo que perfuma 'ls aires
embaumats que aquí passan!... ¡Oh tu, Verge
aymada dels cristians, la que ella adora,
la que ella enjoya ab flors y llums y galas,
sálvala, oh Verge, y prén llavors ma vida!

(*Se sent una veu que canta al lluny. A la primera paraula que sent, Otmán posa má á son alfange, pero al instant se para y escolta ab atenció.*)

UNA VEU (*cantant.*)

Un núvol d' aucells que passa
ha tapat la llum del sol.
¡Ay del qui tem y no vetlla!
¡Ay del qui vetlla y s' adorm!
Del estel que tant brillava,
s' ha apagat lo resplandor.
¡Ay del qui tem y no vetlla!
¡Ay del qui vetlla y s' adorm!

OTMÁN.

¿Es la cansó un avís?... ¡Oh! ¡Vull saberho!

(*Se dirigeix vers lo lloch hont s' ha sentit la veu, y desapareix per entre 'ls árbres després d' haver mirat á Monissa, que queda sola en la escena.*)

MONISSA.

(*Moments de silenci. Monissa 's desperta, s' incorpora y crida á sas esclavas.*)

¡Zorayda! ¡Lora! ¿Hont son, donchs, que no 'm senten?
¡Zorayda!

(*S' alsa, y al trobarse sola en la montanya, llensa un crit y dona precipitadament alguns passos mirant á totas parts.*)

¡Ah! Ja recordo... Crits d' angunia...
¡los alarbs vencedors!... ¡Morta la guardia!...
¡En flamas lo palau y entre l' incendi
salvantme Otmán en brassos!... ¡Per los boscos
marxant tota la nit y per la serra,

perduts y fugitius... Deprés... recordo
que, falta ja de forsas, sota un àrbre,
y per Otmán vetllada, se tancaren
á la llum y als recorts mos ulls y pensa...
Després... Després...

(*Mirant á tot arreu esfereida y com volent coneixe lo lloch hont se troba.*)

¡Dèu mèu!... ¡Aquí estich sola!
¡Sola!... ¿Y Otmán?...
(*Cridant.*) ¡Otmán!... ¡Vérge sagrada!
¿Qué 'm passa? ¿Hont sò? ¿Quíns llochs serán aqueixos?

(*Corrent despavorida per la escena.*)

¡Otmán!... ¡Otmán!

MONISSA, OTMÁN.

(*Surt Otmán tot de cop, y l' acull en sos brassos, hont Monissa 's deixa cáure reclinant son front sobre son pit.*)

OTMÁN.

¡Amoroseta meva!
flor de las flors, y perla y llum del Yémen,
¿qué es lo que tens, m' aymía?...

MONISSA.

¡Ay! ¡Jo no sé!... La soletat m' aterra.

OTMÁN.

Bréus instants solament, sultana mia,
m' allunyáren de tu. Dalt de la serra
sentí soná' una veu, veu que m' semblava
un avís misteriòs.

MONISSA.

¿Y qué?

OTMÁN.

Somiava.

Ni he vist ni sentit res. Partím.

MONISSA.

Podríam
reposar uns moments. No 'm sento ab forsas
encara per marxar.

(*Otmán se gira vers lo siti hont se suposa que está Llivia, y fa un moviment d' amenassa ab lo puny clos.*)

OTMÁN.

Ells son la causa
de tos fatíchs y penas. ¡Ah! Voldría
que, sols per un instant, mas iras fossen
un feix de llamps. ¡Ab quín acert llavoras
y ab quína má segura 'ls llensaría!

MONISSA.

¡Otmán! Otmán, lo fill de Deu ensenya
á perdonar. En creu agonisava,
y alsant los ulls y cor al Etern Pare
perdó per sos butxins li demanava.

OTMÁN.

Jo als meus puch perdonarlos,
pero no pas als teus. La llum del día
negue á mos ulls Alá y las esperansas
del paradís, si un jorn aquí no torno,
y si al tornar, la terra no s' esberla
al esclafít furent de mas venjansas.

MONISSA.

¡Odis sempre y rencors! ¡Quan, donchs, los homes
units, y alsant la creu del Just, com símbol
d' amor y no de guerra,
s' abrassarán per ésser
germans tant en lo cel com en la terra!

OTMÁN.

Jamay será, Monissa,
que ta lley no es ma lley. Los combats amo,
la guerra vull. Jo goso en mitj la lluyta,
y se 'm bada lo cor y en jois s' esbomba
com en rubís esclata la magrana.
Plaher com la venjansa no n' hi ha d' altre,
sino 'l d' amor, sultana,
quan en tos ulls me miro,
oh perla regalada,
y quan mon cor reviu ab ta mirada.
Jo no crech en ton Deu. De nostra vida
está lo fat escrit. Alá ho decreta,
y pel mon roda l' home sens arbitri.
¡Deu es gran y Mahoma son profeta!

MONISSA.

Jo sí que hi crech, y ma creensa es santa.
¡Jo crech en Deu, senyor de cel y terra,
tot poderós y etern: crech en Deu Pare,
font de virtuts, espill de sants exemples,
sol treluzent de veritats eternas!
¡Oh! sí, jo crech en Deu, lo Pare nostre,
que es tot amor, tot llum y tot dolsura,
que al mon dona la vida,
cants als aucells, y parla á la criatura,
que á sos peus té la humanitat rendida,
que es lo Senyor dels llamps, que tot ho alenta,
que castiga als dolents y als bons corona,
que la terra vesteix y 'ls rius arjenta,
y té en las mars las onas enfrenadas,
y llum als estels dona
y encén lo sol al raig de sas miradas.

OTMÁN.

¡Sultana de mon cor!

MONISSA.

No só sultana.
(*Senyalant á dreta y á esquerra.*)
Allí 'ls teus... y allá 'ls meus, tras de la serra.
Mos llars allí m' esperan y ma terra.
D' aquí sento son flaire
que arriva fins á mí. De ma infantesa
los perfums y 'ls recorts me porta l' aire.
Jo benehesch als qui de Llivia 'm trauhen,
als qui 'm tornan á terras Aquitanas
hont aprenguí, quan era tot petita,
á mormolar las oracions cristianas
que m' ensenyaba un jorn ma santa mare,
y que puras passaban per mos llavis
de paraulas d' amor verges encara.
Jo torno á mon castell. Allí mos avis,
plomer de son casal, joya estimada,
la creu del fill de Deu enarbolaren
per sobre de la torre enmarletada,
y allí també lo temple sant fondaren
hont mas mans tantas voltas á la Vérge
de flors y de garlandas coronáren.
Dins mos recorts y mas creensas viva,
torno á ma terra aymada,
aucella fugitiva,
colometa d' amor al niu robada,
lo cor perdut, pero la fe salvada.

OTMÁN.

Llum de mos ulls y de mon cor, perdona
si mon llavi indiscret pogué faltarte.
En ta creensa, oh dona,
no puch ferirte pas. ¡Cóm ho podría,
si crech que 'l que tu creus jo crech, m' aymía!
¡Oh tú, roser de l' India,
vas de perfums, més dolsa
que la mel del Heguiaz, més estimada

que la mirra y l' encens quan s' esbarrían
per sota 'ls archs del temple en nuvolada,
més que la llum hermosa, y més volguda,
de més bellesa y preu que una enfilada
de ricas perlas del Catay vinguda;
avans que 't puga ofendre
en pensa ni en paraula, en nit ni en día,
avans se sentiría com s' escorra,
tot fent remor, un raig de sol, ¡m' aymía!

MONISSA.

¡Otmán!

OTMÁN.

Jo t' am', cristiana,
més bella que un harém y més hermosa
que 'l sol ixent. Sultana,
mon ánima va á tú, d' amor ferida,
com van al mar los rius y al cel los núvols,
com va á la mort la vida,
com lo cer al imán. Jo t' am', oh dona,
á pérdreu tot per tu, patria y riquesas,
vida y honors també, fins ma esperansa
en lo Gualiat de Córdoba fixada,
fins mon odi als alarbs que res no doma,
fins la promesa part que reservada
me te en son cel y paradís Mahoma.
De mi ¿qué vols?... Ordena donchs, m' aymía.
¿Vols que assessine y mate?... ¿Ab ma gumía
vols donchs obrir mon cor per en ell vèuret'?...
¿Vols que entre á foch y á sanch tota la terra
que de Llivia va á Córdoba?...

MONISSA.

Voldría
que com tením l' amor mateix, tinguessem
lo mateix Deu.

OTMÁN.

¡Monissa!

MONISSA.

Otmán, escolta.
Tres anys han passat ja desde la tarde
en que, romputs á mon pudor los llassos,
de mon ángel custodi abandonada,
enfollida d' amor cayguí en tos brassos.
¡Ay! ¿per qué volgué Deu que un jorn vinguesses,
com missatjer de pau y d' esperansa,
ab Eudo d' Aquitania, mon vell pare,
á convenir en tos tractats d' aliansa?
¿Per qué de sensació desconeguda
mon cor rublires, y ma pau torbares
ab paraula d' amor ja may sentida?
¿Per qué fortivolment la despertares,
fentla fugir per sempre desvalguda,
á ma innocencia, castament dormida
del ángel del Senyor sota la guarda?...
¿Quín secret malefici me donares?...
¿Qué fou lo que per mí passá llavoras?...
¿Qué fou lo que 'm digueres
que passar veya jo totas mas horas,
de nit, pensant ab tu tan sols, de día,
combregant ab lo foch de ta mirada,
y cada volta, ab més creixent follía,
á la llum de tos ulls més enlluernada?...
Vingué un jorn... ¡May vingués!... Mes sí, que penas
ó jois, Deu sap be perque 'ns ho dona...
Vingué una tarde... Eran de foch los aires,
tos ulls espurnejavan, era ardenta
ta paraula y cremava;
ja may fou més bullenta
l' atmósfera de infern que 'ns rodejava,
may tu més amorós, may jo més crédula,
y may abdós mostrarem, ni més débil

flaquesa jo, ni tu passió més brava.
Com si no volgués veurem en tos brassos,
al tramontar la serra 'l sol fugía,
pero al fugir, lo cel empurpurava...
May l' he vist tan encés com aquell día.
¡Per mí, ja que jo no, 's ruborisava!
Per tu y ab tu jo abandoní llavoras
lo castell de mon pare,
los llochs de ma infantesa,
la terra hont hi ha la tomba de ma mare.
Jo t' ho he dat tot, Otmán: cor, honra, vida,
la flor de ma puresa,
ma patria benehida.
Jo no tinch pas un pensament sisquera
que no sía per tu. Res en mi 's troba
que no sía teu, Otmán. Mon cos registra,
mon cor també que devant teu se bada...
Res ni en mon cos ni en mon pensar s' oculta
hont arribar no pugas ab ta vista,
que conegut no sía á ta mirada.
May una queixa mormolar sentires
á mos llavis aymants. Allá, á mas solas,
jo pregava á mon Deu... ningú ho sabía...
y dins lo niu de flors, joyas y galas
que 'm maysonares tu, la Vérge pía
muntar fins á sos peus me permetía
de las cristianas oracions en alas.
Proscrit avuy estás... te persegueixen...
los teus han mort, y malastruch y pobre,
sens glorias ni riquesas
(cendras que 'l vent esmicolá pels aires),
te quedo jo tant sols en tas tristesas.
Pero ab mi 't queda mon amor. Finida
que sía ja tota esperansa humana,
te queda mon amor, y ab ell, ma vida,
y l' esperansa de la fe cristiana...
Cristiá 't voldría, Otmán. ¡Qué dolsa fora
ma existencia llavors y falaguera!

Devant las aras santas del Deu únich
las mans enllassaríam, com las ánimas
enllassadas tením. Tornar llavoras
podría á mon castell, ja redimida;
y sens baixar los ulls avergonyida,
com ho estava lo cel aquella tarde,
mirar podría, sens rosor ni pena,
de fit á fit la tomba de ma mare,
y dirli al valent Eudo d' Aquitania:
«Es vostre fill, que es mon espós, oh pare!»

OTMÁN.

¿Qué 'm proposan, oh Alá?... ¿Puch jo sentirho?...
¿Despert, tranquil, seré, puch escoltarho?...
¡Oh dona! ¿Qué 'm demanas, donchs, que sento
com lava derretida
saltar bullent tota ma sanch encesa?...
¿No t' he dat mon amor? ¿No tens rendida
mon ánima, y sotmesa
al més incert desitj que t' esperona?
Honors, poders, riquesas, nom, fortuna,
¿no t' ho he dat tot, oh dona?...
¿Qué més vols, donchs, de mi?... ¿Qué més?... La terra
no escondeix res que jo no puga darte.
¿Vols lo Gualiat de Córdoba?... ¿En lo trono
dels mateixos Califas vols sentarte?
¿Vols de tots los harems que hi ha en l' Arabia
esser tu la sultana?
¿Vols ser ensemps de Córdoba y Damasco
la reyna y sobirana,
¡oh dona! tú, més bella
que tot un cel d' estels, més peregrina
que tot un mon de flors, y més preuhada
que la mar tot de perlas catifada,
amor de mos amors, hurí divina,
per mi tant sols del paradís baixada?
Demana, donchs. Tot quant jo puga darte,
tot quant ton pensament puga inspirarte,

tot quan inventar pugas
desperta fantasiant, somiant dormida,
t' ho daré tot, y ab tot, si vols, ma vida;
mes ma salut eterna,
là religió sagrada de mos pares,
la part del paradís que m' advé un día,
no m' ho demanes pas... ¡T' ho donaría!

MONISSA.

No 'n parlém, donchs, ja més. Ja sé que 'm toca
sufrir tan sols. Te seguiré allá hont vullas!
Jamay mos llavis tornarán á obrirse
per exhalar mas queixas. Resignada
á ma sort, que es ta sort, me veurás sempre
com l' esclava ha de ser, sorda y callada,
com ha de ser la concubina, muda.
Si defallida 'm veus y corsecada,
si en mos ulls solchs de llágrimas secretas
trobas, Otmán, la causa no preguntis....
Sabré morir callant, mes sempre aymante;
morir buscant tos ulls, y ta existencia
benehint. Ni al morir te seré ingrata.
Ma mort te salvará. Só com lo sándal,
que fins embauma lo coltell que 'l mata.

OTMÁN.

¿Morir tu?... ¿Morir dius?... ¿Y jo llavoras?...

MONISSA.

¿Quí ma pena secreta calmaría
sinó la mort? ¿Quí 'l bálsam pot donarme
que cura 'l cor?...

OTMÁN.

(*Després de un moment de vacilació.*)
Lo renegat, cristiana.

MONISSA.

(Ab un trasport de alegria.)

¡Deu meu!

OTMÁN.

¡Ets tú ma religió, tu sola!
¿Morir tú... tu morir, podent salvarte
Otmán?... ¡Oh! no, ja may. ¡Deu, amor, patria,
tot ho ets per mí! Lo renegat implora
son bateig de cristiá.

(Monissa ab sas dos mans abrassa amorosament lo cap d' Otmán y li dona un bes en lo front deixant descansar en ell sos llavis.)

MONISSA.

¡Eixas que cauhen
llágrimas de mos ulls, llágrimas dolsas,
de ventura y d' amor, ton bateig sían!

OTMÁN.

Ellas al cor m' arriban,
y tot mon sér embauma
l' incens de ton amor. De ma existencia
la negror y la fosca veig passada,
y dins ma vida nova,
per ton bateig d' amor purificada,
revíure sento 'l cor que al cel s' adressa
entre concerts de llum y d' armonía...
¡Com si fos l' hora de ma mort, m' aymía,
ton amor y ton Deu mon cor confessa!

MONISSA.

¡Hora santa de Deu, beneyta sías!

(Otmán obra sos brassos, y Monissa 's deixa cáurer en ells plorant y reclinant son front sobre lo seno de son espós.)

OTMÁN.

(*Repetint amorosament y ab gran ternura sas últimas paraulas.*)

¡Mon amor y ton Deu mon cor confessa!

(*Silenci prolongat. Los dos aymants forman un grupo en mitj de la escena. Sols interrompen lo silenci los planys de Monissa, que plora de ternura, ab la cara sobre 'l pit de Otmán que l' abrassa y la contempla ab amor. En eixos moments, sens que 'ls dos personatjes que están en escena se 'n adonen, arrivan sigilosament del fondo, y escondintse per entre 'ls árbres y matas, Gedhy Ben Zayán y una partida d' alarbs.*)

OTMÁN, MONISSA, GEDHY BEN ZAYÁN, ALARBS.

(*Gedhy al véure lo grupo que forman Otmán y Monissa, lo senyala als seus, que s' adelantan llavoras ab gran precaució y 's precipitan de prompte sobre Otmán, apoderantse d' ell, derribantlo y matantlo després d' una lleugera lluyta, sens darli temps apenas de cridar y defensarse. Monissa, de qui altres s' han apoderat al mateix temps, al sentirse arrancar dels brassos de son espós, llansa un crit suprem y cau desmayada. La escena rápida. Gedhy, que s' havia quedat en lo fondo del teatro, avansa poch á poch, y després de tocar ab lo peu lo cos d' Otmán per asegurarse de que es ben mort, se para un moment á contemplar la hermosura de Monissa.*)

GEDHY.

¡Allí 'ls teniu! (*Senyalantlos als seus.*)

OTMÁN.

(*Al véures sorprés.*) ¡Traidors!

MONISSA.

(*Ab un gran crit.*) ¡Ah!

OTMÁN.

(*Lluytant y cayent mort.*) ¡Miserables!

(*Gedhy s' adelanta y 's para á contemplar á Monissa.*)

GEDHY.

¡Gualá que cassa aytal jamay vegéren
de estas montanyas las desertas vias!

(*Se gira als seus y diu, senyalant primer lo cadáver de Otmán y después á Monissa que continúa desmayada:*)

¡Ell á un barranch!... ¡Ella al harém!... ¡Depressa!

LO TELÓ CAU RÁPIDAMENT SOBRE 'L QUADRO.

LA TRAGEDIA DE LLIVIA

TRADUCIDA POR

D. MANUEL DE LA REVILLA

(*Traducción castellana*) [1].

PERSONAJES.

OTMÁN BEN ABI NETZA.
MONISA.
GEDHY BEN ZAYAN.
ARABES.

Un sitio solitario y frondoso de los Pirineos. Montañas al fondo. A un lado una cascada.

OTMÁN.—MONISA.

(*Otmán entra en escena llevando en brazos á Monisa dormida, y la pone con mucho cuidado sobre la hierba, reclinada en el tronco de un árbol, cerca de la cascada.*)

OTMÁN.

Aquí estará mejor. Es más espesa
la sombra aquí; más fresco es el ambiente,
y más dulces y suaves los vapores
que esparcen por el aire, bullidoras,
las murmurantes aguas.

---

[1] La circunstancia de ser ésta la única tragedia del señor Balaguer que no ha sido traducida en verso castellano, me ha movido á hacer esta traducción, que dedico al insigne poeta catalán.

(*Cubre á su amada con su alquicel, da algunos pasos en dirección á una roca que se alza junto á la cascada, y al pasar por delante de ésta se detiene un momento.*)

¡Ay, cascada!
Si en arábiga sangre se tornasen
tus límpidos cristales, ¡con qué gozo
los contemplara el Bereber proscrito!

(*Se dirige á la roca, sube á ella, y desde allí escucha, mira, y todo lo examina alrededor.*)

No los siento venir. Todo es silencio
y todo soledad. Á Llivia acaso
regresaron, perdida ya mi huella.
¡Oh cuna de mi amor, luz de mis glorias,
Medina Llivia hermosa, Alá permita
que vuelva á tus murallas para hacerte
alcázar de mis bravos campeones
y aljama de mi Dios! Ojos que un día
te vieron, Llivia bella, ¿cuándo, cuándo
te volverán á ver? (*Baja al proscenio.*)
Diéronme caza
como á lobo feroz. ¡Raza de infames!
Un día he de volver, y en esa tierra
que mis pies hollarán, tan espantosa
memoria dejaré, que estremecidas
la habrán de recordar las venideras
generaciones por eternos siglos!
¡Mis pobres Bereberes! Uno á uno,
bañados en su sangre, sucumbieron,
fieles á su señor, victimas nobles
de su deber y de su amor; los pocos
que, amparando mi fuga, allí quedaron,
combatiendo habrán muerto.
(*Mirando á Monisa.*) ¡Por salvarte,
solamente por eso, vida mía,
Otmán retrocedió por vez primera!

(*Se acerca á su amada, y la contempla con amorosa ternura.*)

¡Pobre infeliz! El sueño y el cansancio
ya la han vencido. ¡Pobre palomita,

que, á tu nido robada, por los montes
hoy errante caminas! ¡Alá quiera
que sean tus ensueños de oro y rosas,
y que, durmiendo, la fiereza olvides
de tus tiranas penas!... ¡Dulces brisas,
pasad ligeras sin hacer rumores;
no resonéis, agrestes arboledas;
acalla tú, cascada rumorosa,
de tus bullentes aguas el estruendo,
para que duerma en paz la niña mía!
Pronto, bien pronto, cuando al fin despierte,
despertará el fragor de sus dolores.
¡Cuán blandamente la infeliz respira!
¡Qué hermosa es! ¡Su delicado aliento
los perfumados aires embalsama!
¡Oh tú, Virgen que adoran los cristianos,
y que ella ama también, y cuya imagen
con joyas y con flores engalana,
sálvala, oh Virgen, y mi vida toma!

(*Se oye una voz que canta á lo lejos. A las primeras palabras que pronuncia, Otmán echa mano á su alfanje; pero en seguida escucha con atención.*)

UNA VOZ. (*Canta.*)

Una nube de avecillas
la luz del sol oscurece.
¡Ay del que teme y no vela!
¡Ay del que vela y se duerme!
De aquella estrella brillante
el resplandor palidece.
¡Ay del que teme y no vela!
¡Ay del que vela y se duerme!

OTMÁN.

¿Será un aviso el canto? He de saberlo.

(*Se dirige hacia el punto en que se oyó la voz, y desaparece entre los árboles, después de mirar á Monisa, que queda sola en escena.*)

MONISA.

(*Momentos de silencio. Monisa se despierta, se incorpora y llama á sus esclavas.*)

¡Zorayda! ¡Lora! ¿Cómo no responden?

(*Se levanta, y al encontrarse sola en el monte, lanza un grito, y da precipitadamente algunos pasos, mirando á todas partes.*)

¡Ah! ¡Ya recuerdo! ¡Gritos de agonía!...
¡Vencedores los árabes!... ¡La guardia
muerta en la lucha!... ¡En llamas el palacio,
y Otmán, en medio del terrible incendio,
sacándome en sus brazos!... ¡Por los bosques
y por la áspera sierra ruda marcha,
perdidos, fugitivos!... Y recuerdo
que, falta ya de fuerzas, bajo un árbol,
y velándome Otmán, á los pesares
y á la luz se cerró mi pensamiento,
y mis ojos también...

(*Mirando espantada á todas partes, como queriendo reconocer el sitio en que se halla.*)

¡Pero estoy sola!
¡Sola!... ¿Y Otmán? (*Gritando.*)
¡Otmán! ¡Virgen sagrada!
¿Dónde estoy? Qué lugares son aquestos?

(*Corriendo despavorida por la escena.*)

¡Otmán, Otmán!

(*Sale Otmán precipitadamente, la coge en sus brazos, donde Monisa se deja caer, reclinando la frente sobre su pecho.*)

OTMÁN.

Amor del alma mía,
flor de las flores, perla y luz del Yemen,
¿qué es lo que tienes, vida de mi alma?

MONISA.

¡Ay, no lo sé!... La soledad me aterra,

OTMÁN.

Breve instante no más, sultana mía,
de tí me separé; tras de ese monte
una voz escuché, que misterioso
aviso parecióme.

MONISA.

¿Y qué?

OTMÁN.

Fué sueño.
Nada he visto después. Marchemos.

MONISA.

¿Quieres
reposar un instante? Aun me faltan
fuerzas para marchar.

(*Otmán se vuelve hacia el punto en que se supone que está Llivia, y con el puño cerrado hace un ademán amenazador.*)

OTMÁN.

De tus fatigas
ellos la causa son. ¡Oh! si pudiera
trocar mis iras en ardientes rayos,
¡con qué acierto mi mano los lanzara!

MONISA.

¡Otmán, Otmán! De Dios el Hijo enseña
á perdonar. Sobre la cruz clavado,
alzó los ojos al Eterno Padre,
y el perdón le pidió de sus verdugos.

OTMÁN.

Yo á los míos pudiera perdonarlos;
pero á los tuyos no. Niegue á mis ojos
la luz del día Alá, y el Paraíso
cierre á mi alma, si á esta tierra infame

no vuelvo alguna vez, y la destroza
de mi venganza el terremoto horrible.

MONISA.

¡Odios siempre y rencores! ¿Cuándo, cuándo,
la cruz del Justo alzando, como emblema
de amor y no de guerra, los mortales
se estrecharán en vínculo amoroso,
siendo en la tierra y en el cielo hermanos?

OTMÁN.

Eso jamás sucederá, Monisa;
que tu ley no es la mía. Los combates
amo y la guerra; en medio de la lucha
mi bravo corazón de gozo estalla
cual la granada de rubíes llena.
Cual la venganza no hay placer ninguno:
tan sólo el del amor en que me abraso
cuando en tus ojos célicos me miro,
y, mirándome tú, vuelvo á la vida,
con la venganza puede compararse.
Ya no creo en tu Dios. Nuestro destino
está ya escrito. Dios lo ha decretado,
y tendrá que cumplirse, porque el hombre
sin albedrío rueda por el mundo.
¡Dios es grande, y Mahoma es su profeta!

MONISA.

¡Yo sí que creo, y mi creencia es santa!
¡Creo en el Dios del cielo y de la tierra,
eterno y poderoso; en el Dios Padre,
fuente de bienes, de virtud ejemplo,
de la eterna verdad sol refulgente!
¡Oh, sí! ¡Yo creo en Dios, Padre del mundo,
que todo es luz, amores y dulzura;
que al universo ha dado la existencia,
canto á las aves y palabra al hombre;
que tiene ante sus plantas prosternada

la humanidad creyente; de los rayos
es supremo Señor; á todo infunde
el aliento de vida; á los perversos
castiga, y á los justos da corona;
viste la tierra de radiantes galas;
platea el agua del bullente río;
del mar las olas poderoso enfrena;
al astro presta luminosos rayos,
y con la luz que de sus ojos brota,
del sol enciende la voraz hoguera!

OTMÁN.

¡Sultana de mi amor!

MONISA.

No soy sultana;
(*Señalando á derecha é izquierda.*)
los tuyos allí están... tras de ese monte
se hallan los míos, y tras él me esperan
mi tierra amada y mis paternos lares.
Ya percibo su aroma delicioso;
ya el aire trae á mi doliente pecho
recuerdos y perfumes de mi infancia.
¡Benditos sean los que así me arrojan
de Llivia, y me devuelven á las tierras
de Aquitania feliz, donde otro tiempo,
cuando era niña aún y balbuciente,
cristianas oraciones murmuraba
que un día me enseñó mi santa madre,
y que puras pasaban por mis labios,
aun vírgenes de frases amorosas!
Á mi castillo vuelvo. En sus murallas,
cual rica joya y estandarte honroso
de su antigua mansión, enarbolaron
la cruz del Justo en la almenada torre
mis heroicos y nobles ascendientes;
y allí fundaron el sagrado templo
donde mis manos á la Virgen Santa

tantas veces de flores coronaron.
¡Vivos en mí creencias y recuerdos,
vuelvo á mi patria, cual paloma amante
arrebatada al regalado nido,
perdido el corazón, la fe salvada!

OTMÁN.

Luz de mi corazón y de mis ojos,
perdón te pido si mi torpe labio
pudo faltarte... ¡Pero no! No pude
herirte en tu creencia. ¡Cómo hacerlo
si juzgo que igual fe tenemos ambos!
¡Oh, rosa indiana, vaso de perfumes,
más dulce que la miel, más estimada
que el incienso y la mirra que se esparcen
por el templo espacioso en densa nube;
más que la luz hermosa; más querida,
de más belleza y precio que una sarta
de ricas perlas del Catay: primero
que yo te ofenda, deslizarse vieras,
con estruendo y fragor, del sol un rayo.

MONISA.

¡Otmán!

OTMÁN.

¡Cuánto te adoro! Más hermosa
eres que el sol naciente, y más preciada
que un harem de bellezas peregrinas;
mi alma, herida de amor, cristiana bella,
va hacia tí, cual las nubes van al cielo,
el acero al imán y al mar los ríos.
Por tí lo perdería todo; ¡todo!
Patria, riqueza, honor, vida, ambiciosas
esperanzas en Córdoba fijadas,
mi odio indomable al árabe maldito,
hasta la recompensa prometida
que Mahoma me tiene reservada

en su cielo inmortal, por tí la diera.
¿Qué es lo quieres, dí? Manda, amor mío.
¿Quieres que en asesino y en verdugo
me convierta por tí? ¿Con este alfanje,
quieres que rasgue el pecho en que se oculta
mi corazón, para que en él te veas
como en límpido espejo reflejada?
¿Quieres que, despiadado, á sangre y fuego,
entre por el espacio dilatado
que desde Llivia á Córdoba se extiende?
¿Qué es lo que quieres? dímelo.

MONISA.

Querría
que ya que un solo amor los dos tenemos,
un sólo Dios reinase en nuestras almas.

OTMÁN.

¿Qué me pides, Monisa?

MONISA.

Otmán, escucha.
Tres años trascurrieron desde el día
en que, rompiendo del pudor las trabas,
y abandonada por el ángel bueno,
caí loca de amor en esos brazos.
¿Por qué al castillo de Eudo de Aquitania,
mi anciano padre, quiso Dios que un día
á pactar alianzas tú llegases?
¿Por qué, con sensaciones que ignoraba
mi virgen corazón, mi paz dichosa
turbaste, y en el fondo de mi pecho
hiciste resonar dulces palabras
de amor, que nunca oyera? ¿A qué viniste
furtivamente á despertar del sueño
en que yacía mi inocencia santa,
del Señor por el ángel protegida?
¿Con qué secreto encanto me hechizaste?

¿Qué pasó por mi sér? Dí: ¿qué palabras
entonces me dijiste, que las horas
pasaba enteras con tu amor soñando,
pensando en tí de noche, por el día
abrasada en el fuego de tus ojos,
y loca devorando tus miradas?
Llegó un día fatal... ¡nunca viniera!
pero no; que Dios sabe por qué envía
los goces y las penas... Fué una tarde...
el aire era de fuego, chispeaban
tus ojos, las palabras que decías
de fuego eran también... Nunca la atmósfera
fué más ardiente, tú más atrevido,
ni más crédula yo... Jamás tampoco
mostramos: yo, más lánguida flaqueza,
y tú, pasión más temeraria y fuerte...
Cual si á verme en tus brazos se negara,
trasponiendo la tierra, el sol huía:
pero al huir, de púrpura los cielos
dejó teñidos, y jamás tan rojos
los he llegado á ver... ¡De mi deshonra
ellos, ya que yo no, se avergonzaban!
Por tí y contigo abandoné yo entonces
de mi padre el castillo, los lugares
en que feliz se deslizó mi infancia,
y la sagrada tierra en que se encuentra
la tumba de mi madre. ¡Todo, todo
te lo he entregado, Otmán: la propia vida,
la patria, el corazón y la pureza!
No hay èn mí ni siquiera un pensamiento
qne no sea tuyo, y tuyo es cuanto puedes
en mi sér encontrar. Nada hay oculto
para tí ni en mi cuerpo ni en mi alma.
Nunca una queja murmurar oíste
á mis amantes labios. A mis solas
yo rezaba á mi Dios; pero ninguno
lo ha llegado á saber, y en aquel nido
de flores, y de joyas y de galas

que dispusiste tú, la Virgen pura
subir hasta sus pies me permitía
en alas de cristianas oraciones.
Hoy eres un proscrito... Te persiguen...
Tus amigos murieron; triste, pobre,
sin glorias ni riquezas (esparciólas
el viento, cual cenizas, por los aires),
sólo te quedo yo; pero conmigo
también queda mi amor. ¡Sí! concluída
ya para tí toda esperanza humana,
te quedarán mi amor, mi vida entera,
y de la fe cristiana la esperanza.
Cristiano te querría, Otmán. ¡Cuán dulce
fuera entonces mi vida! Nuestras manos,
del verdadero Dios ante las aras
uniéramos amantes, cual unidas
nuestras almas están. Volver pudiera,
ya redimida, á los paternos lares;
y sin bajar la vista avergonzada,
ni ostentar en mi rostro enrojecido
el color que teñía el horizonte
en el día que há poco he recordado,
mirar podría, sin rubor ni pena,
frente á frente la tumba de mi madre,
y á mi padre decir con firme acento:
«¡Este es mi esposo, padre, y vuestro hijo!»

OTMÁN.

¿Qué me propones? ¡Y escucharlo pude
tan sereno y tranquilo! ¿Qué me pides,
¡oh mujer! qué me pides, que ya siento
hervir y circular toda mi sangre,
como si fuera lava derretida?
¿No te he dado mi amor? ¿Humilde esclava
no es mi alma, mujer, de tus caprichos?
Nombre, poder, riqueza, honor, fortuna,
todo lo he dado, todo... ¿Qué más quieres?
¿Qué más quieres de mí? La tierra entera

nada oculta que yo no pueda darte.
¿De Córdoba apeteces el imperio?
¿Quieres sentarte del Califa mismo
en el dorado trono; ó la sultana
ser de cuantos harenes voluptuosos
hay en Arabia, de hermosuras llenos?
¿Quieres tal vez de Córdoba y Damasco
ser reina soberana, ¡oh tú! más bella
que el estrellado cielo, más hermosa
que una alfombra de flores, más preciada
que todo un mar de perlas tapizado;
amor del corazón, hurí divina,
para mí de los cielos enviada?
Pídeme, hermosa, cuanto pueda darte,
cuanto pueda soñar tu pensamiento,
cuanto pueda inventar tu fantasía;
todo, sí, todo, inclusa mi existencia;
pero la eterna salvación soñada,
la religión sagrada de mis padres,
la gloria que me espera tras la muerte,
no la pidas, mujer: ¡te la daría!

MONISA.

No hablemos de ello, pues. Sé que me toca
sufrir á solas. Por doquier que vayas
te seguiré. No volverán mis labios
jamás á molestarte con mis quejas.
Resignada á mi suerte, que es la tuya,
me verás á tu lado, como siempre,
cual la esclava ha de ser, sorda y callada;
cual debe ser la concubina, muda...
Si me ves desmayar y consumirme,
si de secreto llanto huellas notas
en mis ojos, la causa no preguntes...
Sabré morir callando, siempre amante;
sabré morir buscando tus miradas
y tu amada existencia bendiciendo.
Ingrata no he de ser ni aun en la muerte,

que ella te salvará. Soy como el sándalo
que perfuma el cuchillo que lo mata.

OTMÁN.

¿Morir tú? ¿Morir dices? ¿Y yo, entonces?

MONISA.

¿Quién mi secreta pena calmaría,
sino la muerte? ¿Quién pudiera darme
el bálsamo que cura estos dolores?

OTMÁN.

(Después de un momento de vacilación.)

¿Preguntas quién, cristiana? El renegado.

MONISA.

(Con trasporte de alegría.)

¡Dios mío!

OTMÁN.

¡Tú eres mi única creencia!
¿Morir tú? ¿Tú morir cuando yo puedo
salvarte? ¡Eso, jamás! ¡Dios, amor, patria,
todo eso lo eres tú! Ya el renegado
el bautismo demanda.

(Monisa coge amorosamente con las dos manos la cabeza de Otmán, y le da un beso en la frente, dejando descansar en ella sus labios por un momento.)

MONISA.

¡Que lo sean
estas lágrimas dulces de ventura
y de amor que resbalan de mis ojos!

OTMÁN.

¡Cuán dulces son para mi pecho amante!
¡Cuán suave aroma por mi sér difunde
de tu amor el incienso! De mi vida

desaparece ya toda negrura,
y en mi nueva existencia que el bautismo
de tu amor purifica, ya revive
el corazón que al cielo se levanta
de luz y de armonía entre torrentes!
¡Cual si estuviera en el postrer momento,
mi amor, tu Dios mi corazón confiesa!

MONISA.

¡Hora santa de Dios, que Él te bendiga!

(*Otmán abre los brazos, y Monisa se deja caer en ellos llorando y reclinando la frente sobre el pecho de su esposo.*)

OTMÁN.

(*Repitiendo amorosamente y con gran ternura sus últimas palabras.*)

¡Mi amor, tu Dios mi corazón confiesa!

(*Silencio prolongado. Los dos amantes forman un grupo en medio de la escena. Sólo interrumpen el silencio los sollozos de Monisa, que llora de ternura con el rostro puesto sobre el pecho de Otmán, que la abraza y contempla con amor. En estos momentos, y sin que lo adviertan ambos personajes, llegan silenciosamente por el fondo y se esconden entre los árboles y matas Gedhy Ben Zayan y una partida de árabes.*)

OTMÁN, MONISA, GEDY BEN ZAYAN, ÁRABES.

(*Al descubrir Gedy el grupo que forman Otmán y Monisa, lo enseña á los suyos, que se adelantan entonces con gran precaución, y de pronto se arrojan sobre Otmán; se apoderan de él, lo derriban y lo matan después de una breve lucha, sin darle apenas tiempo para gritar y defenderse. Monisa, de quien otros se apoderan al mismo tiempo, lanza un grito supremo al sentirse arrancar de los brazos de su esposo, y cae desmayada. La escena es rápida. Gedhy, que se habia quedado en el fondo del teatro, se adelanta lentamente, y después de tocar con el pie el cuerpo de Otmán para asegurarse de su muerte, se detiene un momento á contemplar la belleza de Monisa.*)

GEDHY.

(*Señalando á los suyos.*)

¡Ahí los tenéis!

OTMÁN.

(*Al verse sorprendido.*)

¡Traidores! ¡Miserables! (*Cae muerto.*)

GEDHY.

(*Adelantándose y contemplando á Monisa.*)

¡Por Alá, que jamás en estos montes
se hizo caza tan rica ni preciosa!

(*Se vuelve á los suyos, y les dice, señalándoles primero el cadáver de Otmán, y luego á Monisa, que continúa desmayada.*)

¡Él á un barranco!... ¡Ella al harem!... De prisa.

EL TELÓN CAE RÁPIDAMENTE.

LA TRAGEDIA DE LLIVIA

TRADUCIDA POR

D. FILIBERTO ABELARDO DÍAZ

DE LA QUE HA ESCRITO EN CATALÁN, CON DICHO TÍTULO

EL EXCMO. SR. D. VÍCTOR BALAGUER

PERSONAJES

OTMÁN BEN ABI NEZA.
MONISSA.
GEDHY BEN ZAYAN.
ARABES.

La escena pasa en un lugar frondoso y solitario de los Pirineos. Montañas en el fondo. A un lado una cascada. Es de día.

OTMÁN *y* MONISSA.

(*Otmán entra en escena llevando en brazos á Monissa, dormida, y la deja con gran precaución sobre el césped, cerca de la cascada, junto á un tronco de árbol.*)

OTMÁN.

Aquí estará mejor. En esta umbría
es más fresco el ambiente, y son más dulces
los efluvios que esparcen por los aires
las aguas bullidoras...

(*Cubre con un alquicel á su amada, da algunos pasos para dirigirse á una roca, que junto á la cascada se levanta, y al cruzar por delante de ésta se detiene un momento.*)

¡Oh, cascada!

¡Si como de agua son tus surtidores
de sangre árabe fueran, con qué gozo
te contemplara el Bereber proscrito!

(*Se dirige á la roca á la cual sube; escucha, mira y lo examina todo alrededor.*)

Nada se oye ni ve: silencio es todo
y soledad. Perdieron ya mi huella,
y hacia Llivia se habrán encaminado.
¡Medina Llivia, estrella de mis glorias,
de mis amores cuna, Alá permita
que á tí yo vuelva para hacerte alcázar
de mis buenos y bravos bereberes
y templo majestuoso del Dios mío!
¡Ojos, Medina Llivia, que te vieron,
cuándo el cielo querrá que á verte vuelvan!

(*Baja al proscenio.*)

Me han perseguido cual si fuera un lobo.
¡Oh, raza espúrea y vil! Volveré un día,
y tal memoria dejaré yo entonces
en la tierra que pise con mis plantas,
que habrán de recordarlo para siempre
con terror las edades venideras.
¡Mis pobres bereberes! A mi lado
uno tras uno, al fin, leales todos,
cayeron revolcándose en su sangre
víctimas de mi amor y al deber fieles.
Los últimos lucharon con gran saña
por proteger mi fuga, y ya habrán muerto.

(*Mirando á Monissa.*)

Otmán, en tanto, por la vez primera
el peligro temió, y ante la muerte
retrocedió para salvar tu vida.

(*Se acerca á su amada y la contempla con amor y ternura.*)

¡Duerme, infeliz! ¡El sueño y el cansancio
venciéronla por fin! ¡Pobre paloma
que robada á tu nido, por los montes

hoy errante caminas! Alá quiera
tus sueños matizar de rosa y oro
y que olvides, durmiendo, la amargura
de tus penas traidoras!... ¡Dulces brisas,
pasad suaves sin alzar rumores;
árboles, suspended vuestro murmurio;
y tú ¡oh cascada! el cántico adormece
de tus hirvientes olas, y en tu calma
pueda mi amada descansar tranquila!
¡Que demasiado al despertar con ella
despertará el raudal de sus pesares!
¡Qué hermosa está! ¡Respira dulcemente!
Es su aliento el aroma que embalsama
las auras perfumadas que aquí cruzan!
¡Oh tú, Virgen, amada del cristiano,
la que ella adora con fervor creyente
y con flores y luces engalana,
sálvala ¡oh Virgen! y mi vida toma!

(*Se oye un canto á lo lejos. A la primera palabra, Otmán pone mano á su alfanje; pero se detiene en seguida y escucha con atención.*)

UNA VOZ (*cantando dentro*).

Bandada de aves que pasa
oculta la luz del sol.
¡Ay del que teme y no vela,
del que en vela se durmió!
Del astro que más brillaba
se ha eclipsado el esplendor...
¡Ay del que teme y no vela;
del que en vela se durmió!

OTMÁN.

¿Un aviso será?... ¡Oh! ¡quiero saberlo!

(*Se dirige hacia el sitio donde sonó la voz y desaparece por entre los árboles, después de haber mirado á Monissa que queda sola en la escena.*)

MONISSA (*sola*).

(*Momentos de silencio. Monissa despierta, se incorpora y llama á sus esclavas.*)

¡Zorayda! ¡Lora!... ¿Dónde están?... ¿No me oyen?
¡Zorayda!

(*Se levanta volviendo con asombro la vista á todas partes, y al hallarse en el monte y sola, arroja un grito y da precipitadamente algunos pasos, mirando azorada los objetos que la rodean.*)

¡Ah!... Ya recuerdo... De agonía
gritos horribles... y la guardia muerta...
vencedores los árabes... y todo...
todo el palacio en llamas... y yo en brazos
de Otmán, que me salvaba entre el incendio.
Toda la noche por la arisca sierra
vagando fugitivos y perdidos...
después... sí, lo recuerdo, á la fatiga
caí rendida; falta ya de fuerzas,
velada por Otmán y bajo un árbol
cerré á la luz, con lágrimas, mis ojos
y el pensamiento á las memorias tristes...
Después... después...

(*Mirando inquieta y recelosa á todas partes como si quisiera reconocer el sitio en que se halla.*)

¡Dios mío!... Aquí estoy sola.
¡Sola!... ¿Y Otmán?...

(*Gritando y corriendo despavorida por la escena.*)

¡Otmán! ¡Virgen sagrada!
¿Qué me pasa? ¿Dó estoy? ¿Qué sitio es este?
¡Otmán!... ¡Otmán!...

MONISSA *y* OTMÁN.

(*Este sale precipitadamente y la acoge en sus brazos, donde Monissa se deja caer, reclinando la frente sobre su pecho.*)

OTMÁN.

¡Amor de mis amores!
¡Del Yemen perla y luz, flor de las flores!
¿Que es lo que tienes hoy, amada mía?

MONISSA.

¡Ay! no lo sé... ¡la soledad me aterra!

OTMÁN.

Un instante tan sólo
me separé de tí, bella sultana,
oí una voz en lo alto de la sierra
que tomé por aviso misterioso...

MONISSA.

¿Y qué?

OTMÁN.

Soñé sin duda: nada he visto:
silencio por doquier: todo en reposo.
Partamos, pues.

MONISSA.

Pensaba que podría
descansar un momento.
Con fuerzas todavía
para emprender la marcha no me siento.

(*Otmán se vuelve hacia el sitio donde se supone que está Llivia, y hace un ademán de amenaza con el puño.*)

OTMÁN.

De tus penas y acerbas desventuras
ellos la causa son. ¡Ah! ¡Yo quisiera
que en haz de rayos mi odio se trocara!
¡Con qué mano segura, con qué acierto,
iracundo á su frente los lanzara!

MONISSA.

Otmán, Otmán, á perdonar enseña
el Hijo de Dios. Triste, en su agonía,
el corazón y la mirada alzando
á su Padre, el perdón de sus verdugos
desde la cruz, clemente, le pedía.

OTMÁN.

Acaso perdonar podré á los míos:
á los tuyos, jamás. La luz del cielo
Alá á mis ojos niegue, y la esperanza
del bello edén, si aquí no vuelvo un día,
y si al volver, el suelo
no se abre estremecido
de mi fiera venganza al estampido.

MONISSA.

¡Odio siempre y rencor! ¡Cuándo los hombres
unidos alzarán la cruz del Justo,
cual símbolo de amor y no de guerra,
para amarse, abrazados como hermanos,
que así en el cielo son como en la tierra!

OTMÁN.

Jamás, Monissa; que tu ley cristiana
no es la ley mía. Los combates amo;
la lucha ansío; y tanto en la batalla
el corazón se ensancha entusiasmado,
que de gozo colmado
estalla en alegrías, cual estalla
en rubíes el fruto del granado.
Placer como el placer de la venganza
en el mundo no hay.... Más sí, uno tan sólo
¡oh perla regalada!...
el de verme en tus ojos retratado
cuando revive el corazón amante
con el rayo de amor de tu mirada.

Yo no creo en tu Dios. Escrito el hado
de nuestra vida está, que Alá decreta,
y el hombre, como alud que despeñado
va al abismo profundo,
rueda sin albedrío por el mundo.
¡Dios es grande y Mahoma su profeta!

MONISSA.

Yo creo en Dios, y mi creencia es santa.
Yo creo en Dios, señor de tierra y cielo,
poderoso y sin fin: creo en Dios Padre,
que es de virtudes abundosa fuente,
de santidad espejo,
y de eterna virtud sol refulgente.
¡Oh! sí, sí, creo en Dios, que es Padre nuestro,
todo amor, todo luz, todo dulzura,
que al mundo da la exuberante vida,
canto á las aves, habla á la criatura,
que ve á sus pies la humanidad rendida,
señor del rayo, que lo alienta todo;
que castiga á los malos, premia al bueno,
que orna la tierra con preciosas galas,
que á las soberbias olas pone freno,
que envía su fulgor á las estrellas,
que platea las aguas de los ríos
y al dispertar del día el sol enciende
con el vívido lampo que en cambiantes
de su bella mirada se desprende.

OTMÁN.

Sultana de mi amor!

MONISSA.

No soy sultana.

(*Señalando á derecha é izquierda.*)

Allí los tuyos... Hacia allá los míos.
Tras la sierra me espera mi hogar patrio:

llega hasta mí su delicioso aroma
que con júbilo aspiro, y de mi infancia
me trae el aura recuerdos y fragancia.
Bendigo ahora con el alma á aquellos
que de Llivia por fin nos arrojaron
devolviéndome á tierras aquitanas
donde aprendí, muy niña todavía,
plegarias candorosas
que me enseñó mi santa madre un día,
y que puras pasaban por mis labios
aun vírgenes de frases amorosas.
Regreso á mi castillo. En él, cual joya
de gran valor y como airón glorioso
de nuestra antigua solariega casa,
sobre almenada torre, mis abuelos
la cruz de Jesucristo enarbolaron;
y allí también alzaron
sagrado templo donde tantas veces
mis manos á la Virgen
de flores y guirnaldas coronaron.
Con mis recuerdos y mi creencia viva,
vuelvo á la tierra amada,
cual ave fugitiva,
cual paloma robada
al amoroso nido,
el corazón perdido
pero mi fe salvando inmaculada.

OTMÁN.

Luz de mi corazón y de mis ojos,
perdona si ha podido
indiscreto mi labio darte enojos.
¡Ni cómo á herirte yo me atrevería
en tu creencia cristiana,
si creo ya que lo que crees ufana
también lo creo yo, oh amada mía!
¡Rosal de la India, vaso de perfumes,
más dulce y regalada

que la miel del Hegiar, más estimada
que la nube de incienso y mirra, cuando
las bóvedas del templo va llenando;
más que la luz hermosa y más querida,
de más belleza y precio que la sarta
de ricas perlas del Catay traída;
antes que yo ofenderte con mi labio
ó al volar del inquieto pensamiento,
deslizar sentirías estridente
sutil rayo de sol, amada mía.

MONISSA.

¡Otmán!

OTMÁN.

Te amo, cristiana,
más bella que un harem, y más hermosa
que el sol naciente. A tí, de amor herida
mi alma va, como á la mar los ríos;
como al cielo las nubes;
como á la muerte va siempre la vida.
De tu amor en las aras me acomodo
hasta perder por tí patria y riquezas,
vida y también honores, todo... todo:
hasta mi más poética esperanza
de conseguir de Córdoba el Gualiato;
hasta mi odio al alarbe
que por nada se doma,
y hasta ¡qué más! la parte prometida
que tengo allá en el cielo de Mahoma.
¿Qué me quieres? Ordénalo, amor mío.
¿Quieres que mate? ¿quieres que asesine?
¿Quieres abrirme con mi propio alfanje
el corazón, y verte retratada,
ó que abra mi camino de ira ciego,
entrando á sangre y fuego,
desde Llivia hasta Córdoba?

MONISSA.

Quisiera
que así como un amor grande nos une,
un mismo Dios á entrambos nos uniera.

OTMÁN.

¡Monissa!

MONISSA.

Oye. Tres años ya han cumplido
desde la tarde aquella en que, rompiendo
de mi pudor los lazos,
de mi ángel tutelar abandonada,
ciega y loca de amor caí en tus brazos.
¿Por qué permitió el cielo que vinieras
un día, como grato
mensajero de paz y de esperanza,
á convenir con Eudo, mi buen padre,
tus tratados de alianza?
¿Por qué ¡ay de mí! llenaste
mi pecho de emociones no sentidas
y mi calma turbaste
con palabras de amor jamás oídas?
¿Por qué furtivamente despertaste
mi inocencia dormida castamente
del ángel del Señor bajo las alas?
¿Con qué secreto filtro me rendiste?
¿Cómo el volcán de tu pasión lograste
en mi pecho prender? ¿Qué es lo que entonces
pasó por mí? ¿Qué fué? ¿Qué me dijiste
que ví pasar las horas por la noche
en tí sólo pensando;
y de día, dichosa, comulgando
con el fuego de amor de tu mirada,
cada vez más creciendo mi locura,
por la luz de tus ojos deslumbrada?
Y vino luego un día...

¡llegado nunca hubiera!
Mas sí, que Dios ya sabe por qué envía
el dolor y el placer... Llegó una tarde...
inflamado el ambiente,
en tus ojos el fuego chispeaba;
tu frase enardecida me abrasaba:
jamás fué tan candente
la atmósfera infernal que nos cercaba.
Nunca estuviste, Otmán, más amoroso,
ni más crédula yo. Nunca mostramos
yo más débil flaqueza,
ni tu pecho pasión más atrevida.
Cual si verme en tus brazos no quisiera,
huía el sol la sierra trasponiendo;
pero al huir, el cielo empurpuraba...
Jamás tan encendido se le viera...
¡Por mí, ya que yo no, se avergonzaba!
Abandoné por tí y contigo entonces
el antiguo castillo de mi padre,
la tierra de mi infancia y do reposa
la veneranda tumba de mi madre.
Todo, Otmán, te lo dí: corazón, vida,
honra, la flor de mi pureza, y hasta
mi patria bendecida.
Ni un pensamiento solo
tengo hoy, Otmán, que para tí no sea.
Registra por doquier todo mi cuerpo,
mi corazón que al verte se recrea;
nada en el uno ni en el otro existe
que ocultarte yo deba, nada, nada
que descubrir no pueda tu mirada.
Jamás oíste á mis amantes labios
murmurar ni una queja.
Allá á mis solas á mi Dios rogaba;
y dentro de aquel nido de poesía,
de joyas, flores y preciosas galas
que tu amor me ofreció, la Virgen pía
llegar junto á sus pies me permitía

de las místicas preces en las alas.
Proscrito te ves hoy y perseguido...
los tuyos defendiéndonos murieron;
y pobre y abatido
sin glorias, ni riquezas, ni ventura,
efímeras cenizas
que el viento por los aires ha esparcido,
tan sólo yo te quedo en tu amargura;
pero conmigo, Otmán, mi amor te queda.
Así cuando contemples ya perdida
toda esperanza humana,
te quedará mi amor, con él mi vida
y la esperanza de la fe cristiana.
¡Si tú fueras cristiano! ¡Cuán tranquila
se deslizara entonces mi existencia!
Ante las santas aras del Dios único
felices juntaríamos las palmas
como un día enlazamos nuestras almas.
Así volver pudiera á mi castillo
por las sagradas nupcias redimidas,
sin los ojos bajar avergonzados
como el cielo lo estaba aquella tarde...
Mirar podría sin rubor ni pena
la tumba de mi madre,
con la frente serena,
y decirle también á mi buen padre:
«Este ¡Eudo de Aquitania, valeroso!
este es tu hijo, porque ya es mi esposo.»

OTMÁN.

¡Oh, Alá! ¿Qué me propones?... ¡Puedo oirlo
y puedo yo impasible
escucharlo dispierto y con sosiego!
¡Oh, mujer! ¿qué me pides, que cual lava
mi sangre siento hervir, llena de fuego?
¿No te he dado mi amor, y mi alma esclava?
¿No rendiste al menor de tus caprichos,
riqueza y nombre, honores y poderes,

fortuna y todo cuanto yo tenía?
¿No te lo dí ¡oh mujer! qué es lo que quieres?
Nada esconde la tierra en sus entrañas
que yo no pueda darte:
¿quieres quizá de Córdoba el Gualiato?
¿Deseas en el trono
del Califa sentarte?
¿De todos los haremes que la Arabia
guarda feliz en su amoroso seno
quieres ser la sultana?
¿O prefieres de Córdoba y Damasco
ser reina y soberana
más hermosa, ¡oh mujer! que todo un cielo
de nítidas estrellas tachonado;
más bella y peregrina
que todo un mundo de fragantes flores,
que todo un mar de perlas alfombrado;
hurí divina, amor de mis amores
que bajaste por mí del paraíso?
Pide, pues, cuanto pueda yo brindarte,
cuanto pueda inspirarte
el pensamiento de caprichos lleno;
cuanto á inventar tu fantasía llegue
en sueño grato ó en insomnio ameno,
todo caerá á tus pies, hasta mi vida.
Mas mi salud eterna,
la religión sagrada de mis padres,
mi parte en el celeste paraíso
que he de gozar un día,
no me pidas jamás... ¡te la daría!

MONISSA.

No hablemos, pues. Comprendo que me toca
sólo sufrir. Te seguiré doquiera...
Jamás mis labios volverán á abrirse
para exhalar mis quejas. Resignada
me verás á mi suerte, que es tu suerte,
sin temor y sin duda,

cual la esclava ha de ser, sorda y callada,
cual ha de ser la concubina, muda.
Pero si ves que voy desfalleciendo,
si en mi rostro de lágrimas secretas
rastro adviertes, la causa no preguntes;
sabré morir callando
y amante iré buscando
tus ojos con mis ojos
y tu existencia siempre bendiciendo.
Ni al morir seré ingrata.
Mi muerte ha de salvarte. Dios lo quiere:
soy, Otmán, como sándalo oloroso
que perfuma el cuchillo que le hiere.

OTMÁN.

¿Morir tú? ¿Morir dices? ¡Qué locura!

MONISSA.

¿Quién mi pena secreta calmaría
sino la misma muerte?
¿Quién el ansiado bálsamo que cura
del corazón las penas, me daría?

OTMÁN.

(*Después de un momento de vacilación.*)

El renegado que su error abjura.

MONISSA.

¡Cristiano, Otmán!

(*Con trasportes de alegria.*)

¡Dios mío!

OTMÁN.

Tú eres sola.
¡Tú eres mi religión! ¡Morir, Monissa!
¡Oh, tú morir pudiendo yo salvarte!
¡Jamás! Dios, patria, amor, todo lo asumes,

todo en tí se atesora...
El renegado su bautismo implora.

(*Monissa estrecha amorosamente con ambas manos la frente de Otmán y se la besa dejando descansar un momento sus labios.*)

MONISSA.

Estas que por el rostro me serpean
lágrimas saturadas
de amor y de alegría,
ya que son puras tu bautismo sean!

OTMÁN.

De plácidos perfumes
llegan al corazón tan impregnadas,
que siento que mi sér se fortalece
con el incienso de tu amor, Monissa.
Por fin desaparece
la negra oscuridad que aprisionaba
mi existencia querida,
y ya en mi vida nueva,
que lágrimas de amor purificaron,
revive el corazón que se embelesa
elevándose al cielo en su alegría
en raudales de luz y de harmonía!
¡Cual si fuera la hora de mi muerte
tu amor, tu Dios, mi corazón confiesa!

MONISSA.

¡Hora santa de Dios, yo te bendigo!

(*Otmán abre sus brazos y en ellos se deja caer Monissa llorando y reclinando su frente sobre el seno de Otmán.*)

OTMÁN.

(*Repitiendo amorosamente y con gran ternura sus últimas palabras.*)

¡Tu Dios y mis amores
el corazón confiesa!

(*Silencio prolongado. Los dos amantes forman un grupo en medio de la escena. El silencio es interrumpido sólo por los sollozos de Monissa que llora de ternura, oculto el rostro sobre el pecho de Otmán, que la abraza y contempla con amor. En estos momentos, sin que los personajes que están en escena se aperciban, llegan por el fondo, ocultos entre árboles y matas, Gedy y Ben-Zayan y una partida de árabes.*)

OTMÁN, MONISSA, GEDHY BEN-ZAYAN Y ÁRABES.

(*Gedhy, al ver el grupo que forman Otmán y Monissa, lo señala á los suyos, que se adelantan entonces con gran precaución y se arrojan de pronto sobre Otmán, apoderándose de él, derribándole y matándole sin darle tiempo para gritar ni defenderse. Monissa, de quien otros se apoderan al mismo tiempo, al verse arrancada de los brazos de Otmán, da un grito supremo y cae desmayada.*

La escena, rápida. Gedhy, que se ha quedado en el fondo del teatro, se adelanta entonces, y después de tocar con el pie el cuerpo de Otmán para asegurarse de que está muerto, se para un momento á contemplar la belleza de Monissa.)

GEDHY.

Hélos allí. (*Hablando á los que le acompañan.*)

OTMÁN.

(*Al verse sorprendido.*) ¡Traidores!

MONISSA.

(*Prorrumpiendo en un grito supremo.*) ¡Ah!

OTMÁN.

(*Luchando y cayendo muerto.*) ¡Miserables!

(*Gedhy se adelanta y se detiene á contemplar la belleza de Monissa.*)

GEDHY.

¡Por Alá que nunca
se vió cara tan bella
de esta montaña en las quebradas vías!

(*Se vuelve á los suyos y señalándoles el cadáver de Otmán y después á Monissa desmayada.*)

¡El á un barranco!... Pronto... ¡Al harem ella!...

CAE EL TELÓN.

LA ÚLTIMA HORA DE COLÓN

ORIGINAL CATALÁN, Y TRADUCCIÓN

DE

D. ÁNGEL R. CHAVES

LA ÚLTIMA HORA DE COLÓN

Fou escrita esta escena tenint á la vista una poesía italiana, per encárrech del famós trágich Ernest Rossi, quan sa vinguda á Barcelona pel juliol de 1868; y á dit actor insigne está dedicada per l' autor que 's degué cenyir al plan y objecte del artista.

Lo teatro representa una modesta cambra. A un costat una taula y una cadira de brassos. Al altre una finestra d' hont se suposa que 's veu la mar.

COLÓN.

Vell moro y miserable. ¡Fou destino
que jo morís axís! La vida mia
en lo dolor s' enclota y en l' angúnia,
mes al menos un joi Deu volgué darme,
un joi tant gran, y de virtuts tant altas,
que es al més greu dolor bálsam supremo.

Lo Deu del cel, que quan de llum eterna
un raitg llensa pel mon, es á sa Italia,
hont solament lo llensa, Deu un dia
me digué:—«¡Genovés, anímat! Proba
á fé 'l camí del sol.» Y ma mirada
vers Occident sortir veya de l' ona
com un nou mon. Eran inmensas selvas,
d' árbres inconeguts; eran planuras
de flors hermosas y de fruytas dolsas
que sols maduran en lo clima d' Indias,

desitj y enveja de l' Europa: y eran
aucells sens nom aquí, plantas estranyas,
montanyas plenas d' or, mars richs en perlas...
y la veu deya:—«¡Veshi, torna, y conta!»

Mes jo era pobre. Velas no tenía
que obehíssen ma veu. Sols era duenyo
d' un pensament no més, y per ma idea
als Unjits de la terra los recava
darme un poch d' or. Per tot tots m' escarníren,
per tres llarchs lustros jo de poble en poble,
de rey en rey aní... ¡No m' entenían!...
¡Jo tampoch ho entenía, pero ho veya!
(*S' aproxima á la finestra.*)
Auras del mar que, dolsas y manyagas,
veniu mon front á refrescar, jo 'us amo,
vérges auras, y á tú també, oh mestressa
de ma pensa y mon cor, mar tenebrosa,
si ingrata per los altres y voluble,
bona y fidel per mí!
¡La mar! Inmensa,
infinita fa poch, y ara ja closa
després que ab novas rivas l' he enfeixada.
¡La mar! ¡La mar! Lo realme meu, l' amiga
de mos bells anys y de ma gloria. Encara
jo 't saludo una volta, avans de empéndre
lo viatje aquell del que ningú retorna.
¡Així estava de bella y de serena
quan jo hi entrí per la primera volta
clivellant ab mas naus son tel de plata;
quan de son infinit lo fí cercaba!
Plena d' horror, de feredats, de mónstres,
me deyan qu' era; mes en va m' ho deyan...

¡Oh! ¡Ja 'm trovo en la mar! ¡Oh! ja sos acres
perfums respiro, y me dalesch en béure
á plens pulmons las ratjas que m' envía
lo vent Terral qu' empeny mas carabelas.

Si 'l cor precipitat jo sento bátre,
no es per por de las onas ni dels mónstres;
es lo temor dels meus lo que jo temo.
¡Vóla, oh ma barca, vóla! ¡Que 'ls auguris
nefastos no 't detingan! ¡Vóla! ¡Vóla!
La terra allí 'ns espera... Jo l' he vista,
la veu mon cor, mon pensament... Vers ella
á vela y rem partím sens deturarnos!
Si la empresa es gegant, Deu nos ajuda,
que 'ns son propicis y lo vent y l' ona!

Mes ja los días passan y los mesos,
y dels remots paísos res no 's mostra.
Entre 'l cel y la mar passém la vida...
La esperansa y la fe ja de tots fujen...
¿Qué 'n trech jo, donchs, que 'n trech de reanimarlos
si lo vil só del or tant sols entenen?...
Nou polo, nous estels, y sempre, sempre
la mar mateixa, inmensa, inacabable!...
¡Avant sempre! ¡Seguím!... Dáume tres días,
dáume tres días sols, y si en va passan,
á vosaltres llavoras jo m' entrego.

Passan aixams d' aucells... Vers ponent vólan...
Herbas y tronchs tallats portan las aiguas,
com arrancats d' una vehina selva...
¡Es la terra! ¡es la terra!... Un crit de joia
ve á rómpre d' eixos cels l' etern silenci.
¡Es la terra! ¡es la terra!... ¿Quí podría
tota ma ditxa dir y ma ventura?
¿Es somni 'l meu?... ¡No es somni! Es ella, es ella,
la terra desitjada, hermosa, vérge,
com esposa al valor donada en premi,
bella y florida á par de l' esperansa
dintre del cor nudrida per tants lustros!
Es ella que s' avansa falaguera,
ella que viu d' una superba vida,
¡ella que á mon voler surt ja del cáos!

¡Amaynéu, velas!... ¡Donéu fons!... ¡Las anclas!...
¡Las anclas, donchs!... ¡Bot á estribor!... ¡Oh terra,
ja 't tinch!... ¡Per fi jo 't miro!... ¡Per fi 't beso!...
Per fi, món meu, te veig bróllar de l' ona
al *fiat* arriscat del obscur náuxer!
¡Oh lo meu llarch sospir! No en va creguda
terra del cor y del amór, ¡oh terra,
món nat primé en ma pensa, jo 't saludo!

S' ha cumplert la gran obra. ¿Y no só encara
de mas illas senyor y de ma terra?...
Lo trono meu ¿hónt es? ¿Hónt lo meu ceptre?
¿Hónt es, donchs, oh Ferrand, hónt la fe tua?...
Jo 't vegí un jorn. La conquestada Alhambra
ton palau era, y á tos peus vensuda
Granada jeya. Un infelís, un pobre
que de la má son petit nin conduhía,
un jorn se presentá devant ton soli.
Entorn hi había 'ls capitans y 'ls nobles
que son d' Espanya l' esplendor y gloria.
Rey, ¿qué 't digué llavors lo miserable
genovés que á tos peus se prosternava?
—«¡Senyor! te dix ab tremolosos llavis,
ets per lo dret lo rey de la corona
d' Aragó, y per l' amor lo de Castella;
t' ha dat la guerra, ab sos llorers cenyinte,
lo realme dels alarbs: jo vull donarte
més que la sort y que l' amor no 't donan,
més que los realmes tots y que las glorias
que 't pugan dar las perillosas armas,
més que Aragó y Castella: un món vull darte!»

Y quan, ¡oh Rey! del Occeá recóndit
l' hoste, ja inesperat, vingué á oferirte
l' or y los fruyts de tos novells realmes
conquestats sense sang; quan tots, atónits,
tos grands, tos consellers, palpable veyan
la proba de son erro, tú, llavoras.

¿qué 'ls diguéres, oh Rey?—«Quan brilla 'l geni
del pensament etern, deyas mirantlos,
no son res las coronas de la terra.
¡Devant d' ell, grands d' Espanya, descubriuvos!»

Y bé, jo só 'l Colón aquell. Criaderos
he trovat d' or y argent que apagar poden
la set d' Espanya y de l' Europa entera,
y só pobre n' obstant... ¡Demano almoyna!
Ni sisquera te un llit hont morir puga
aquell que un mon ha descobert. No 's conte
tanta infamia als fills nostres! ¡Oh! no 's diga
qu' encara portan los meus punys la marca
dels ferros ab que un jorn m' enmanilláren!
Si estava escrit que tal mercé debía
seguir al benefici, jo 't don' gracias,
jo 't don' gracias, Senyor, que li evitáres
tal deshonra á ma Italia. ¡Fou justicia,
justicia fou! ¡Oh mar! al contemplarte,
me remordeix lo cor. Abdós som cómplices,
abdós ensemps de moltas desventuras.
Be prou que de segur vindrá lo día
en que 'l consorci dels dos mons reporte
tants grands bens com grands mals avuy nos dona.
Beneyt mon nom sía llavors. Futuras
generacións l' invoquen, y mos ossos
honrats descansen en sa tomba.
Y ara,
morir deixáume en pau. Mort, tan temuda
dels prepotents, que ben vinguda sías! [1]

CAU LO TELÓ.

[1] Ya se comprenderá que ha debido colocarse la escena de este monólogo á orillas del mar, sólo para el efecto escénico que se proponía el artista encargado de ejecutarlo.

LA ÚLTIMA HORA DE COLÓN

TRADUCCIÓN EN VERSO CASTELLANO

POR

DON ÁNGEL R. CHAVES

El teatro representa una modesta estancia. A la derecha una mesa y sillón. A la izquierda ventana desde la cual se supone que se divisa el mar.

COLÓN.

Muero mísero y viejo. Mi destino
quiere que muera así. La vida mía
se hunde al fin en el duelo y la agonía;
pero á lo menos Dios en mi camino
un bálsamo me dió de tal consuelo,
que él basta sólo á compensar mi duelo.
Dios, ese Dios que cuando en luz eterna
quiere el mundo bañar, su rayo envía
sólo á Italia feliz, me dijo un día:
«Despierta, Genovés, sigue si puedes
el camino del sol.»
Y mi mirada
tendida hacia Occidente,
vió surgir de las ondas, asombrada,
un mundo esplenderoso y refulgente.
Selvas inmensas por doquier veía
de árboles para mí desconocidos;
por extensas llanuras se tendía

mi vista; entre las hojas escondidos
los aromosos frutos contemplaba
que de las Indias bajo el rojo cielo
maduran sólo, y que en su suerte esclava
Europa envidia con ardiente anhelo.
Plantas allí sin nombre se veían,
y aves extrañas que en arpado coro
á las nubes tendían
sus alas, y al tenderlas
dejaban á sus pies montañas de oro
y mares ricos en preciosas perlas.
Y en tanto que á mi altivo pensamiento
tanta grandeza y tanta se brindaba,
aquella voz con imperioso acento:
«Vé, vuelve y cuenta,» inquieta me gritaba.

¡Mas ay! era yo pobre; no podía
ni disponer siquiera,
de una nave velera
que del airado mar en la ancha vía
mi voz obedeciera.
Una idea era todo mi tesoro,
y cuando á cambio de ella les pedía
un puñado de oro
del mundo á los ungidos,
una voz resonaba en mis oídos
que mi audaz pensamiento escarnecía.
Y así tres largos lustros,
de rey en rey corrí, de pueblo en pueblo;
mas nadie me entendía,
nadie mi pensamiento se apropiaba...
Y ¿qué mucho? Si yo que lo veía
apenas á explicármelo llegaba.

(*Se acerca á la ventana.*)

Brisa del mar, que dulce y halagüeña
vienes mi frente á refrescar, yo te amo,
oh virgen brisa, sí; y á tí, la dueña

de mi fiel corazón, mar tenebrosa,
ingrata para todos,
para mí sólo buena y amorosa.
¡La mar! Llanura inmensa,
infinita hace poco, ahora cerrada
desde que yo con una nueva orilla
limité tu extensión ilimitada.
Reino de mis ensueños, dulce amiga
de mis más bellos años y mi gloria,
deja que á tu extensión, nunca sondada,
me acerque una vez más, que sólo quiero
volverte á saludar, mar adorada,
hoy antes de emprender esa jornada
de la que nunca regresó el viajero.

Así estaba de hermosa, así de pura
cuando á ella me lancé por vez primera,
surcando con las quillas
de mis naves veleras
ese torso de plata que ocultaba
el fin de su infinito,
que yo tenaz por encontrar pugnaba.

¡Oh! ya me hallo en la mar, ya sus perfumes
acres se goza en respirar mi pecho;
cruzad la mar sombría
ligeras carabelas,
que el raudo viento que la tierra envía
hincha propicio las tendidas velas.
Corred, corred: que el corazón palpita
no de miedo á los monstruos ni á las olas,
otro temor mi corazón combate,
el miedo de los míos temo sólo,
él es no más el que mi aliento abate.

¡Vuela tú, barca mía! Los augurios
nefastos no detengan tu carrera;
no te detengas, no, yo te lo fío,

detrás de esa extensión la tierra espera.
¡La tierra! ¡Sí, la tierra!... Yo la he visto,
la ve mi corazón, mi pensamiento...
¡Partamos, sí, partamos al instante!
¡Si la empresa es gigante,
Dios nos ampara y nos ayuda el viento!

¡Mas ay! Pasan los días y los meses
y aun la lejana tierra no se alcanza,
entre el cielo y el mar pasa la vida,
la fe se agota y muere la esperanza.
Si del oro el vil són escucha sólo
¿quién reanima á esa gente miserable?
Nuevos los astros son, nuevo ya el polo,
y siempre el mismo mar interminable.
¡Adelante! ¡Seguid! Dadme tres días,
tres días nada más, ved que os lo ruego,
y si en ellos la tierra no se viese,
me entrego inerme á vuestro enojo ciego.

Cruzan bandadas de aves á Poniente,
hierbas frescas aún, troncos cortados
por la mano del hombre, la corriente
del mar lleva, de suelos no apartados.
¡Es la tierra! ¡Es la tierra! De alegría
ronco grito rasgó la niebla oscura.
¡Es la tierra! ¡Es la tierra! ¿Quién podría
decir toda mi dicha y mi ventura?
Ese es el sueño mío; no, no es sueño,
es la virgen hermosa y deseada
que llega esposa fiel con grato empeño
á darme el premio al fin de la jornada.
Es ella que á mi encuentro halagadora
sale por fin. Es ella, que soberbia
brota á mi voz del caos. ¡Ya era hora!
Las velas amainad. Dad fondo. El ancla
soltad. Bote á estribor... ¡Oh! ¡Ya eres mía,
tierra que tanto amé! Por fin te miro,

al fin es realidad mi fantasía,
mis besos mezclo al fin á tu suspiro.
En tí cifré mis esperanzas solas,
mas hoy, mundo gigante,
brotar te miro al fin de entre las olas
al *fiat* del oscuro navegante.

Tierra feliz, no en vano deseada,
tierra del corazón y el amor mío,
tú, nacida en mi altivo pensamiento
aun antes de nacer, ardiente y rudo
llega el nauta hasta tí, de amor sediento;
tierra de mi ilusión, yo te saludo!

La gran obra cumplióse. De esas tierras
y esas islas señor soy todavía.
Mas ¿dó mi trono está? ¿Dónde mi cetro?
¿Dónde tu fe, Fernando? Te ví un día,
la Alhambra infiel teniendo por palacio,
en tanto que á tus plantas se adormía
la tendida Granada,
que elevaba al espacio
de su verjel la sombra perfumada.
Un pobre, un desdichado
que de la mano un niño conducía,
hasta tu regio trono, fatigado,
pero lleno de fe, llegó aquel día.
¿Te acuerdas? En las gradas de tu trono
la flor de tu nobleza se agrupaba.
Rey, ¿qué te dijo entonces el mendigo
genovés que á tus pies se prosternaba?
—Señor, te dijo altivo, la corona
de Aragón te ha ceñido tu derecho,
de la rica diadema de Castilla
dueño la suerte y el amor te han hecho;
la guerra te ciñó con sus laureles,
del alarbe el imperio dilatado
te rindieron tus armas victoriosas;

pues bien, hoy este errante peregrino
mucho más que el amor y que la suerte
viene ¡oh rey! á brindarte...
¿Qué valen tu Aragón y tu Castilla
cuando yo todo un mundo quiero darte?

Y después, cuando ¡oh rey! del mar las olas
volviendo á atravesar el nauta osado
puso á tus pies los frutos y riquezas
de aquel mundo sin sangre conquistado;
mientras tus grandes, tu nobleza toda
clara la prueba de su error veía,
¿qué le dijiste al genovés oscuro
que todo un mundo ante tus pies ponía?
—Del genio audaz, ante la augusta llama,
le dijiste, ¿qué vale otra corona?
¡Grandes del reino, humildes, descubríos
delante de él, mi admiración le abona!

¡Pues bien, yo soy Colón! Yo soy el mismo.
El que oro halló bastante á que pudiera
no ya saciar de España los deseos,
sino apagar la sed de Europa entera,
hoy es mísero y pobre, una limosna
de puerta en puerta pide inútilmente;
hoy triste, fatigado y moribundo,
no tiene un lecho en que posar su frente,
aquel que supo audaz hallar un mundo.
Mas callad, que no escuchen mengua tanta
vuestros hijos jamás. Vuestras odiosas
voces ahogad; que temo que por ellas
lleguen á descubrir las hondas huellas
que en mis manos dejaron las esposas.

Si escrito estaba así, si era ese el premio
que mi audaz beneficio merecía,
gracias te doy, Señor, que no guardaste
deshonra tal para la Italia mía.

¡Justicia fué! ¡Justicia! Mi conciencia
se agita, inmenso mar, ante tu anchura;
ambos culpables fuimos
de esta mi horrible y ciega desventura.
Mas ¡ay! llegará un día, yo os lo juro,
en que la unión feliz de los dos mundos
si hoy desdicha nos da, dará veneros
en gloria, en bienes y en amor fecundos:
bendecido mi nombre entonces sea,
las edades futuras ese día
invoquen mi memoria no olvidada,
y entonces paz encontrarán mis huesos
de mi sepulcro en la estrechez honrada.
Mientras llega ese instante
morir dejadme en paz. ¡Muerte, temida
del fuerte y poderoso,
el náufrago te da la bienvenida,
en tus brazos al fin hallo el reposo!

FIN DEL TOMO PRIMERO DE «TRAGEDIAS».

ÍNDICE.

LA FIESTA DE TIBÚLO

LA MUERTE DE NERÓN

SAFO

LA TRAGEDIA DE LLIVIA

LA ÚLTIMA HORA DE COLÓN

OBRAS COMPLETAS

DE

D. VÍCTOR BALAGUER

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA.

Los que deseen adquirir estas obras, en totalidad ó en parte, podrán hacerlo dirigiéndose al señor bibliotecario de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, á D. Fernando Fe, librero, Madrid, ó al propio autor.

POESÍAS CATALANAS

Un tomo, que es el primero de la colección.

Precio: 6 pesetas.

Contiene todas las poesías catalanas del autor, divididas en 6 libros: *El libro del amor.—El libro de la fe.—El libro de la patria.—Eridanias*, ó sean los cantos que escribió cuando la guerra de la Independencia italiana.—*Lejos de mi tierra*, poesías escritas durante su emigración.—*Ultimas poesías*. Forman parte de este volúmen las composiciones que el autor escribió en provenzal.

TRAGEDIAS

Un tomo, el segundo de la colección.

Precio: 8 pesetas.

Contiene las tragedias escritas en verso catalán por el autor, con la traducción castellana en prosa, por el mismo. Estas tragedias, señaladas entre las mejores obras del autor, han sido traducidas al castellano, al italiano, al francés, al alemán y al sueco por distinguidos poetas.

LOS TROVADORES

Cuatro tomos, que son III, IV, V y VI de la colección.

Precio: 30 pesetas.

Preceden á este libro dos dictámenes, uno de la Real Academia Española y otro de la Real Academia de la Historia que hacen notar la bondad y bellezas de la obra, habiendo merecido por esta causa que se publicase su primera edición subvencionada por el Estado.

Es la historia política y literaria de los trovadores provenzales, con la biografía de los más principales entre ellos. Está algo más concretada y reducida que la primera edición publicada en Madrid por Dorregaray en 7 tomos.

Casi todo el primer tomo lo forma un *Discurso preliminar* en que se ocupa de los diversos géneros de poesía entre los trovadores, de lo que eran las *Cortes* y *Puys de amor*, del estilo y escuelas de los trovadores, de los juglares, de lo que fué la poesía provenzal en Castilla, León, Aragón y Cataluña. Al final del tomo 4.º está el índice alfabético, histórico y biográfico, de asuntos y personajes.

Es obra de amena lectura, de estudio y de consulta, en cuya traducción se ocupa hace ya tiempo el insigne historiador señor barón de Tourtoulon, á quien el autor ha cedido la propiedad en Francia.

DISCURSOS ACADÉMICOS Y MEMORIAS LITERARIAS

Un tomo, VII de la colección.

Precio: 7 pesetas y media.

Va precedido de un prólogo del insigne y malogrado escritor aragonés D. Jerónimo Borao.

Contiene: Discursos en los Juegos florales de Cataluña, Valencia y Pontevedra, que versan principalmente sobre las literaturas catalana y provenzal: Discursos de recepción y de contestación en las Reales Academias Española y de la Historia: Dictámenes sobre asuntos literarios é históricos, por encargo de dichas Academias: Polémicas literarias: Memorias históricas y literarias: Proposición de ley á las Cortes para crear un ministerio de instrucción pública: Estudios sobre el poeta Manuel de Cabanyes, y sobre Alfonso V de Aragón y su corte de literatos: Fundación de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú.

EL MONASTERIO DE PIEDRA.—LAS LEYENDAS DEL MONTSERRAT.—LAS CUEVAS DE MONTSERRAT

Un tomo, VIII de la colección.

Precio: 7 pesetas y media.

Precede á este libro un dictamen de la Real Academia de la Historia elogiando con especial recomendación *El monasterio de Piedra*, que es historia y guía de aquel antiguo monumento y de aquellos encantadores sitios.

Las leyendas del Montserrat, las mismas que en su juventud publicó el autor, son la crónica de aquel famoso monasterio, libro traducido al alemán y al francés, y del que, sólo en América, se han hecho 22 ediciones.

En cuanto á *Las cuevas de Montserrat* es la crónica y reseña del descubrimiento de estas célebres cuevas, emprendido y realizado por el autor el año 1851 en compañía de algunos amigos.

HISTORIA DE CATALUÑA

Once tomos, que forman del IX al XIX de la colección.

Precio: 110 pesetas.

Esta Historia es muy popular en Cataluña, pudiendo asegurarse que en ella está el origen del movimiento histórico y literario de aquella región, habiendo sido fuente é inspiración para los modernos historiadores y poetas catalanes, según se desprende de un interesante dictamen y juicio de la Real Academia de la Historia.

En esta segunda edición, revisada, corregida y aumentada sobre la primera que se publicó por los años de 1860, el autor termina su obra con el siglo XVIII, pero inserta á continuación una serie de monografías y estudios sobre hechos y sucesos de Aragón y Cataluña, completando así su trabajo. Estas monografías, que forman casi tres voluminosos tomos, desde mitad del IX hasta terminar el XI, son: *La guerra de la Independencia en Cataluña: Cataluña en los reinados de Fernando VII y de Isabel II: Pablo Claris: La heroica Puigcerdá: El*

conceller Casanova: Del bandolerismo y de los bandoleros en Cataluña: Las bodas de Felipe V: Bach de Roda: Historia de Sabadell: El asalto de Brihuega: Un episodio del sitio de Barcelona en 1705: Los últimos días del general Alvarez: De la soberanía nacional y de las Cortes en Cataluña: El castillo y los caballeros de Egara: El rey don Jaime y el obispo de Gerona: Las ruinas de Poblet, con la crónica é historia de este monasterio: *Alí Bey el Abbassí.*

LAS CALLES DE BARCELONA EN 1865

Tres tomos, XX, XXI y XXII de la colección.

Precio: 30 pesetas.

Debe considerarse esta obra como complemento de la *Historia de Cataluña*. Va precedida de una *Noticia histórica de Barcelona*; contiene noticias interesantes sobre cada calle respecto á su nombre, sucesos en ella acaecidos, personajes, casas y monumentos; explica cómo se formaron las calles del ensanche, y termina el tercer tomo con *La primavera del último trovador*, interesante episodio en que se hallarán relatadas las principales tradiciones históricas y legendarias de Cataluña.

EN EL MINISTERIO DE ULTRAMAR

Dos tomos, XXIII y XXIV de la colección.

Precio: 10 pesetas.

Es la historia de lo proyectado y realizado por el autor en la tercera época que fué ministro de Ultramar. Al frente de cada tomo se inserta una *Memoria*, y á continuación los documentos justificativos, reales órdenes, decretos, proyectos de ley, presupuestos, etc.

El primer tomo abraza la época de su ministerio desde octubre de 1886 á fin de 1887. El segundo tomo desde 1.° de enero á 14 de junio de 1888.

MIS RECUERDOS DE ITALIA

Un tomo, que es el XXV de la colección.

Precio: 7 pesetas y media.

Es un libro de palpitante interés, que se lee como si fuera una novela, según ha dicho uno de los mejores críticos españoles

Refiere el autor su primer viaje á Italia en 1859, cuando la guerra de la independencia italiana, y habla de sus impresiones en los campos de batalla de Majenta, Palestro y Solferino. En la segunda parte refiere su expedición á Italia en 1870 cuando formaba parte de la comisión de diputados españoles que fué á ofrecer la corona de España al duque de Aosta, Amadeo I.

Es obra de verdadero interés político, teniendo el carácter de Memorias contemporáneas íntimas, para una época determinada.

NOVELAS

Dos tomos, XXVI y XXVII de la colección.

Precio: 10 pesetas.

Contiene varias novelas publicadas por el autor en los años de 1850 y 1851, cuando dominaba la escuela romántica.

Estas novelas son, en el primer tomo: *La guzla del cedro ó los almogávares en Oriente: El doncel de la reina: La espada del muerto.* Y en el segundo tomo: *El del capuz colorado: La damisela del castillo: Un cuento de hadas: El ángel de los Centellas: El anciano de Favencia: Historia de un pañuelo.*

TRAGEDIAS

Dos tomos, XXVIII y XXIX de la colección.

Precio: 12 pesetas.

Nueva edición de esta obra, añadiendo la titulada *Los Pirineos*, que no figura en las otras ediciones; y así como en aquellas se inserta el original catalán con la traducción en prosa castellana del mismo autor, en la presente se publican las traducciones hechas en verso castellano por poetas ilustres.

El primer tomo contiene: *La muerte de Aníbal*, con las traducciones en verso de D. Teodoro Llorente y de D. Pedro Barrera: *Coriolano*, con las de D. Francisco Pérez y Echevarría y D. Jerónimo Roselló: *La sombra de César*, con las de D. Gaspar Núñez de Arce y D.ª Patrocinio de Biedma: *La fiesta de Tibulo*, con la de D. Ventura Ruiz Aguilera: *La muerte de Nerón*, con las de D. Francisco Luis de Retes y D. Enrique Sierra Valenzuela: *Safo*, con las del mismo autor y D. José María de Retes: *La tragedia de Llivia*, con las de D. Abelardo F. Díaz y don Manuel de la Revilla: *La última hora de Cristóbal Colón*, traducida en verso por D. Angel R. Chaves.

El segundo tomo contiene: *Los esponsales de la muerta*, con la traducción en verso de D. Juan de Dios de la Rada Delgado: *El guante del degollado*, con la del propio autor, y *Los Pirineos*, con la del propio autor asimismo. *Los Pirineos* forman una trilogía precedida de un prólogo que se titula *Alma Mater*. Los tres cuadros son: *El conde de Foix*, *Rayo de Luna* y *La jornada de Panissars*.

Al final de este tomo se publica el poema *La romería de mi alma*, en catalán y en castellano.

El producto íntegro de estas obras se destina al sostén y fomento de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, fundación del autor.

Se hace una rebaja del 30 por ciento al que adquiera toda la colección y la del 20 al que tome por lo menos dos obras ó una de más de dos tomos.

Las obras del autor que están preparadas para publicar á continuación de las citadas, son las siguientes:

Los frailes y sus conventos, tres tomos.—*D. Juan de Serrallonga*, novela, un tomo.—*Poesías castellanas y obras dramáticas*, dos tomos. —*Impresiones de viaje*, dos tomos.—*Bellezas de la Historia de Cataluña*, dos tomos.—*Memorias literarias*, un tomo.—*Estudios políticos*, un tomo.—*Discursos parlamentarios*, dos tomos.—*El libro de mi vida*, un tomo.



